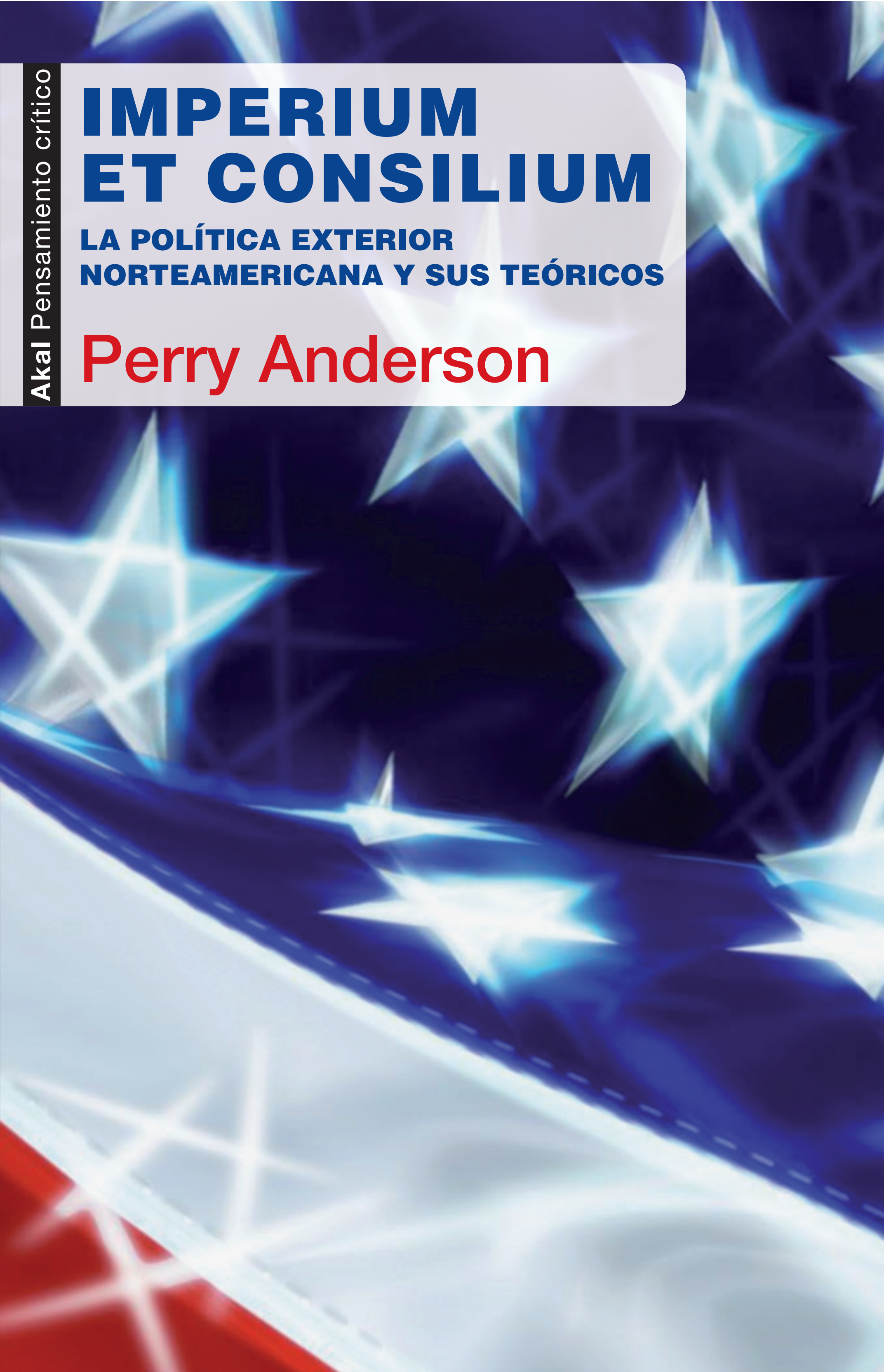

Akal Pensamiento crítico
IMPERIUM ET CONSILIUM
LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA Y SUS TEÓRICOS
Perry Anderson

AKAL / PENSAMIENTO CRÍTICO

40



Diseño interior y cubierta: RAG

Título original:
American Foreign Policy and Its Thinkers, Special Issue of *New Left Review*
(n.º 83, sept.-oct. 2013)

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4000-2

Depósito legal: M-23.473-2014

Impreso en España

Perry Anderson

Imperium et Consilium
La política exterior norteamericana y sus teóricos

Traducción de
Jaime Blasco Castiñeyra





PRÓLOGO

El texto de este libro, que está formado por dos ensayos interrelacionados y que se publicó originalmente como número especial de la revista *New Left Review*, se terminó de redactar en octubre de 2013. Quizá sea útil explicar brevemente el lugar que ocupa dentro de la literatura autóctona dedicada a esta materia, pues sus objetivos son en cierto modo distintos. En «Imperium» y en «Consilium» se ofrece un análisis del sistema de la hegemonía estadounidense, un tema que en la actualidad se estudia fundamentalmente desde el punto de vista de la historia de la diplomacia y la estrategia geopolítica. En su alcance, «Imperium» se desmarca de las obras que se han escrito hasta ahora en tres sentidos: en el sentido temporal, en el espacial y en el político. En el primer caso, la diferencia es el marco cronológico. Existe un amplio conjunto de investigaciones, muchas de ellas excelentes, sobre la política exterior norteamericana. Pero una de sus características es que se dividen en bloques historiográficos bien definidos: básicamente, el de las obras que estudian la expansión territorial e internacional de EEUU en el siglo XIX; el de las que examinan el comportamiento de EEUU en su lucha contra la URSS durante la Guerra Fría; y el de las que analizan la proyección del poder estadounidense desde la última década del siglo XX. Yo he intentado, por el contrario, establecer una interrelación entre la dinámica de la estrategia americana y la de su diplomacia, siguiendo un único arco cronológico que va desde la guerra contra México hasta la «guerra contra el terror». La segunda divergencia es de índole geográfica. Los estudios sobre el ejercicio del poder imperial estadounidense suelen concentrarse en las operaciones que los norteamericanos han llevado a cabo en los antiguos territorios coloniales del Tercer Mundo o en la lucha que entabló esta poten-

cia contra los antiguos Estados comunistas del Segundo Mundo. En general, muestran un interés menor por los objetivos de Washington en el Primer Mundo del capitalismo avanzado. En esta obra, nos hemos esforzado por prestar atención, al mismo tiempo, a los tres frentes de la expansión de EEUU.

Por último, hay una diferencia política. Gran parte de las obras que se han escrito sobre el poder imperial americano lo critican, y a menudo –pero no siempre, ni mucho menos, como veremos– lo hacen desde una postura que, en términos generales, se puede considerar de izquierdas, a diferencia de lo que sucede con los estudios convencionales que ensalzan la actuación internacional de EEUU, que proceden de la derecha o del centro del espectro ideológico. Una característica habitual de los autores de izquierdas es que no se limitan a criticar la hegemonía global de EEUU, sino que están convencidos de que esta ha entrado en un proceso acelerado de decadencia, o incluso en una fase de crisis terminal. Sin embargo, considero que para oponerse radicalmente al imperio americano no es necesario afirmar reiteradamente que su fracaso es inminente o que su poder ha menguado. El equilibrio cambiante de las fuerzas que giran en torno a la hegemonía estadounidense debe evaluarse objetivamente, dejando de lado los deseos y las ilusiones. En qué medida las propias élites estadounidenses se alejan de este rigor analítico constituye el objeto de estudio del segundo ensayo de este libro, «Consilium», dedicado al pensamiento actual de los estrategas norteamericanos. Este pensamiento forma un sistema de discurso del que se ha escrito relativamente poco. El examen que llevaremos a cabo constituye una primera explicación sinóptica.

He podido escribir estos ensayos gracias a una estancia de un año en el Instituto de Estudios Avanzados de Nantes que concluyó en octubre de 2013. En el año que ha transcurrido desde entonces, la escena internacional ha estado dominada por una serie de acontecimientos que han tenido lugar en Oriente Medio, en la antigua Unión Soviética y en el Lejano Oriente, sucesos que han reavivado el debate en torno a la situación del poder americano. En el epílogo revisaremos brevemente estos sucesos y sus consecuencias, todavía por determinar.

IMPERIUM

Desde la Segunda Guerra Mundial, el orden exterior del poder norteamericano ha permanecido en buena medida aislado del sistema político interno. Mientras que en el ámbito doméstico la competencia entre partidos se ha basado en la rivalidad de bloques electorales y la significativa inestabilidad de los contornos se ha combinado con la creciente definición de los conflictos, en la escena global tales diferencias son mucho menos acentuadas. Las ideas compartidas y la continuidad en los objetivos diferencian el gobierno del imperio del de la patria[1]. En cierta medida, el contraste entre estas dos esferas se debe a la distancia general que existe en todas las democracias capitalistas entre la perspectiva de las cancillerías y de las corporaciones y la de los ciudadanos: lo que sucede en el extranjero tiene una trascendencia mucho mayor para los banqueros y los diplomáticos, para los responsables políticos y los industriales, que para los votantes y, por tanto, las consecuencias de estos acontecimientos son mucho más concretas y coherentes.

En el caso de Estados Unidos, este fenómeno responde, además, a dos factores locales: el provincianismo de un electorado con un conocimiento mínimo del mundo exterior y un sistema político que, en total contradicción con los planes de los padres fundadores, ha otorgado progresivamente al ejecutivo un poder prácticamente ilimitado para la gestión de los asuntos exteriores,

---

[1] Para estas cuestiones, véase P. Anderson, «Homeland», *New Left Review* II/81 (mayo-junio de 2013). En las contiendas presidenciales, la retórica electoral se basa en buena medida en criticar sistemáticamente la precariedad o la mala gestión de la política exterior del presidente de turno. Acto seguido, los vencedores actúan de una manera muy similar.

y ha concedido a los sucesivos presidentes, con frecuencia desprovistos de objetivos domésticos en virtud de la inestabilidad de sus legislaturas, libertad para actuar en el extranjero sin presiones transversales. En la esfera generada por estas condiciones objetivas de formación política, a partir de los años cincuenta ha surgido en torno a la presidencia una reducida élite dedicada a la política exterior y un vocabulario ideológico específico sin parangón en el ámbito de la política interna: la idea de una «gran estrategia» que el Estado norteamericano debe aplicar en sus relaciones con el mundo[2]. Los parámetros de este concepto se fraguaron durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ya se vislumbraba la victoria y, con ella, la perspectiva del dominio del planeta.

[2] Para la composición general de la élite responsable de la política exterior, véase el mejor análisis sucinto de la trayectoria de la política exterior estadounidense en el siglo XX, Thomas J. McCormick, *America's Half-Century*, Baltimore, [2]1995, pp. 13-15: la tercera parte se componía de funcionarios de carrera, y el resto –cuya influencia acostumbraba a ser mayor– procedía, en un 40 por 100, del ámbito de la banca y de las corporaciones de inversión, en otro 40 por 100 se reclutaba entre los bufetes de abogados y los demás, en su mayoría, de las facultades de ciencia política.

1. PRÓDROMOS

El imperio estadounidense que nació a partir de 1945 tenía una larga prehistoria. En Norteamérica, excepcionalmente, las coordenadas que originaron el imperio surgieron al mismo tiempo que la propia nación. En este país, la economía colonizadora desprovista de cualquier residuo feudal y de los impedimentos del Viejo Mundo se combinó con la situación geográfica de un territorio continental protegido por dos océanos, una situación que dio lugar a la forma más pura de capitalismo naciente en el Estado-nación más grande del planeta. Esta sería la matriz material que acompañaría al ascenso del país en el siglo posterior a su independencia. A los privilegios objetivos de una economía y una geografía sin parangón se sumaron dos potentes legados subjetivos, uno cultural y otro político: la idea –derivada del puritanismo de los primeros colonos– de que esta nación gozaba del favor divino y que tenía que llevar a cabo una misión sagrada; y la creencia –derivada de la guerra de la Independencia– de que en el Nuevo Mundo había surgido una república dotada de una constitución capaz de garantizar la libertad para los tiempos venideros. Con estos cuatro ingredientes se amasó desde una etapa muy temprana el repertorio ideológico de un nacionalismo estadounidense que permitió una transición perfecta hacia un imperialismo caracterizado por una *complexio oppositorum* de excepcionalismo y universalismo. Estados Unidos era una nación única entre las demás naciones y, al mismo tiempo, el faro que guiaría al mundo: un orden sin precedentes en la historia que, al mismo tiempo, podía servir en última instancia como un modelo convincente para todos.

Estas eran las convicciones de los padres fundadores. En un primer momento, la nación resplandecería en el plano territorial, en el hemisferio occidental. «Aunque nuestros intereses actuales

nos obligan a mantenernos dentro de nuestros propias fronteras», le explicaba Jefferson a Monroe en 1881, «no podemos evitar dirigir la mirada hacia un futuro lejano en el que nos multiplicaremos más allá de esas fronteras y nos extenderemos por la totalidad del norte del continente, o incluso por el sur, y nos convertiremos en un pueblo que hablará una misma lengua, se regirá por las mismas formas de gobierno y respetará las mismas leyes». Pero, en última instancia, el fulgor de la nación no solo sería de índole territorial, sino moral y político. «Nuestra república pura, virtuosa, cívica, federada vivirá para siempre –le decía Adams a Jefferson en 1813–, gobernará el mundo y logrará la perfección de los hombres»[1]. Hacia mediados de siglo, ambos registros se fundieron y dieron lugar al famoso eslogan que acuñó uno de los colaboradores de Jackson: «El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha asignado la Providencia para el desarrollo de un gran experimento de libertad y autogobierno federado». Pues esa tierra «enérgica y recién tocada por la mano de Dios» tenía una «misión sagrada para con las naciones del mundo». ¿Quién podía dudar que «el vasto e ilimitado futuro sería la era de la grandeza norteamericana?»[2]. La anexión de la mitad del territorio de México se produjo poco después.

Una vez que quedaron establecidas en buena medida las fronteras actuales de Estados Unidos esta misma idea de futuro adquirió un sesgo más comercial que territorial y, en lugar de orientarse hacia el Sur, se volvió hacia Occidente. «Ya sois la gran potencia continental de América», exhortaba a sus compatriotas el secretario de Estado de Lincoln, «pero ¿acaso os conformáis con eso? Confío en que no. Aspiráis al comercio del mundo. Y hay que buscarlo en el Pacífico. La nación que más riqueza extrae de la tierra, la nación que más produce y más exporta a las nacio-

---

[1] Véase la clarividente obra de Robert Kagan *Dangerous Nation: America and the World 1600-1900*, Londres, 2006, pp. 80-156; para una valoración de este libro, véase *infra*, «Consilium», pp. 199-207.

[2] John O'Sullivan, el hombre que acuñó esta expresión, autor de estas declaraciones, fue el ideólogo de Jackson y de Van Buren. Véase Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right*, Nueva York, 1995, pp. 39-42, la mejor obra sobre este tema.

nes extranjeras debe ser y será la gran potencia de la tierra»[3]. Los logros que se habían alcanzado en tierra firme gracias a la doctrina del destino manifiesto y a la conquista de México, se podían obtener en los mares gracias al comodoro Perry y a la expansión comercial: la perspectiva de la primacía marítima y mercantil de EEUU en Oriente, que llevaría el libre comercio y el cristianismo hasta sus costas. La guerra contra España, un conflicto clásico entre potencias imperialistas, se saldó con algunas colonias nuevas en el Pacífico y en el Caribe, y con la entrada triunfal en el rango de las grandes potencias. Bajo el primer Roosevelt, Estados Unidos arrebató Panamá a Colombia y lo convirtió en dependencia estadounidense que conectaba ambos océanos, y el componente racial –los valores y la solidaridad anglosajones– se sumó a la religión, a la democracia y al comercio en la retórica nacionalista.

Pero esta retórica nunca contó con un apoyo unánime. En cada etapa, se alzaron elocuentes voces norteamericanas que denunciaban la megalomanía de la doctrina del destino manifiesto, el saqueo de México, la anexión de Hawái, las matanzas de Filipinas y criticaban todas las manifestaciones racistas o imperialistas que traicionaban el legado anticolonial de la república. Esta oposición a las aventuras en el extranjero –ya fueran anexiones o intervenciones– no representaba una ruptura con los valores nacionales, sino en todo caso una alternativa viable a estos valores. Desde los comienzos, el excepcionalismo y el universalismo formaron un compuesto potencialmente inestable. La creencia en la especificidad de la nación favorecía la convicción de que Estados Unidos solo podía conservar sus virtudes únicas si se mantenía apartado de un mundo en decadencia. El compromiso universalista justificaba un activismo mesiánico cuya finalidad era la redención de ese mismo mundo. Entre estos dos polos, el de la «separación» y el de la «intervención regeneradora», que es como los ha defini-

[3] Seward no descuidó la expansión territorial; incorporó Alaska y las Islas Midway, e intentó hacerse con Hawái. Pero no consideraba que la expansión fuera un fin en sí misma, sino un medio para incrementar el poder norteamericano.

do Anders Stephanson, la opinión pública osciló bruscamente en más de una ocasión[4].

Cuando Estados Unidos se adentró en el nuevo siglo, sin embargo, tales cambios de humor fueron perdieron importancia en favor del crecimiento estrictamente económico y demográfico del país. En 1910, el capitalismo norteamericano ya era un fenómeno único en su categoría, con una magnitud industrial superior a la de Alemania y Gran Bretaña juntas. En una era en la que la idea de la supervivencia del más apto que postulaba el darwinismo social estaba muy extendida, estos índices de productividad solo podían traducirse, según los ambiciosos contemporáneos, en el desarrollo de una fuerza militar que estuviera a la altura. Después de que la guerra civil arrebatara la vida a medio millón de estadounidenses, Whitman se regocijaba de que «es indudable que Estados Unidos es la mayor potencia militar del mundo»[5]. Sin embargo, tras la reconstrucción, el poder del ejército en tiempos de paz era bastante modesto, según los criterios internacionales. La armada –las frecuentes intervenciones de los marines en el Caribe y en América Central– tenía más futuro. Sintomáticamente, la incorporación de Estados Unidos a la escena intelectual de la *Weltpolitik* se produjo a raíz del impacto de la *The Influence of Sea Power upon History* de Mahan, un libro que se estudiaba detenidamente en Berlín, Londres, París y Tokio y que sería una piedra de toque para los dos Roosevelt. Según Mahan, «todo aquello que se mueve en el agua» –al contrario de lo que se mueve en tierra– poseía «la prerrogativa de la defensa ofensiva»[6]. Diez años después,

---

4 A. Stephanson, *Manifest Destiny*, cit., pp. xii-xiii; esta distinción es uno de los puntos fuertes de este estudio, un ramillete de las más extravagantes expresiones del chovinismo norteamericano, aunque también incluye las réplicas (a menudo apasionadas) de sus críticos.

5 Victor Kiernan, *America: The New Imperialism: From White Settlement to World Hegemony*, Londres, 1978, p. 57, donde se ofrece una gráfica descripción del imaginario imperial de las «décadas centrales» del siglo XIX.

6 Capitán A. T. Mahan, *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, Londres, 1890, p. 87 [ed. cast.: *Influencia del poder naval en la historia*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007]. Prolífico comentarista de los asuntos internacionales, asesor de Hay en sus notas a la política de Puertas Abiertas y amigo íntimo del primer Roosevelt, Mahan era un enérgico defensor del

Brooks Adams sentaría las bases de la lógica global de la preeminencia industrial de EEUU en *America's Economic Supremacy*. «Por primera vez en la historia de la humanidad», escribió en 1900, «este año una sola nación se encuentra a la cabeza de la producción de metales preciosos, cobre, hierro y carbón; y, además, este año, por primera vez, el mundo se ha inclinado hacia el Oeste del Atlántico, no hacia el Este». En la lucha por la supervivencia de las naciones, el imperio era «el premio más deslumbrante por el que puede competir cualquier pueblo». Si el Estado norteamericano adquiría una estructura adecuada podría superar la riqueza y el poder del imperio británico y del romano[7]. Pero cuando estalló la guerra en 1914, todavía existía un marcado desajuste entre estas premoniciones y el consenso en relación con la necesidad de que Norteamérica se involucrara en los conflictos de Europa.

II

Con la llegada de Woodrow Wilson a la Casa Blanca, sin embargo, se empezó a vislumbrar un cambio convulsivo en la trayectoria de la política exterior norteamericana. Como ningún otro presidente anterior o posterior, Wilson supo expresar, con un tono

---

espíritu marcial y del poderío naval: la paz, para él, no era más que la «deidad tutelar del mercado de valores».

[7] «Dentro de dos generaciones», explicaba Adams a sus lectores, «los grandes intereses [de Norteamérica] abarcarán el Pacífico, que se habrá convertido en una especie de mar interior», y liderará «el desarrollo del Lejano Oriente, que quedará reducido a una parte de nuestro sistema». Para ello, «Norteamérica debe expandirse y concentrarse hasta que se alcance el límite de lo posible; pues los gobiernos no son más que grandes empresas que compiten, y la más económica en proporción a su energía es la que sobrevive, mientras que las que despilfarran y actúan con lentitud se venden a bajo precio y desaparecen». Habida cuenta de que «estas grandes luchas a veces implican el recurso a la fuerza, la seguridad depende de estar armado y preparado para cualquier emergencia». *America's Economic Supremacy*, Nueva York, 1900, pp. 194, 50-51, 85, 222. Adams y Mahan eran amigos y pertenecían al círculo de la Casa Blanca cercano a Theodore Roosevelt.

mesiánico, cada matiz de arrogancia del repertorio imperial. La religión, el capitalismo, la democracia, la paz y el poder de Estados Unidos eran lo mismo a su modo de ver. «Alzad los ojos para contemplar el futuro del comercio», exhortaba a los vendedores norteamericanos, «e inspirándoos en la idea de que sois norteamericanos y tenéis que llevar la libertad y la justicia y los principios de la humanidad allá donde vayáis, salid a vender productos que conviertan el mundo en un lugar más cómodo y feliz, y convertid a la gente a los principios de Norteamérica»[8]. En un discurso electoral que pronunció en 1912, declaraba que «si no creyera en la Providencia me sentiría como un hombre que avanza con los ojos vendados a través de un mundo caótico. Pero creo en la Providencia. Creo que Dios supervisó la creación de esta nación. Creo que nos inculcó la visión de la libertad». Además, Norteamérica tenía reservado un «destino divino»: «Hemos sido elegidos, elegidos de un modo señalado, para mostrar el camino a las naciones del mundo, para enseñarles cómo deben caminar para alcanzar la libertad»[9]. Puede que el camino fuera arduo, pero el objetivo era evidente. «Ascendiendo lentamente por la tediosa pendiente que conduce a las cumbres más altas, obtendremos una visión definitiva de los deberes de la humanidad. Hemos avanzado bastante por esa pendiente, y dentro de poco, puede que en una o dos generaciones, lleguemos a la cima donde brilla perfecta la luz de la justicia de Dios»[10]. Con Wilson, se incrementó la frecuencia de las intervenciones de las tropas estadounidenses en los Estados caribeños y centroamericanos –en México, Cuba, Haití, República Dominicana, Nicaragua–, y en 1917, el presidente arrastró a su país a la Primera Guerra Mundial, un conflicto en el que Estados Unidos gozaba del «infinito privilegio de cumplir su destino y salvar al mundo»[11].

---

[8] Discurso en el Congreso Internacional de Vendedores de Detroit, 10 de julio de 1916. *The Papers of Woodrow Wilson*, vol. 37, Princeton, 1981, p. 387.

[9] Discurso electoral en Jersey City, 26 de mayo de 1912. *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 24, Princeton, 1977, p. 443.

[10] Discurso en el Congreso Comercial del Sur en Mobile, 27 de octubre de 1913, *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 28, Princeton, 1978, p. 52.

[11] Discurso en el Princess Theatre de Cheyenne, 24 de septiembre de 1919: *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 63, Princeton, 1990, p. 469.

La entrada de EEUU en la guerra contribuyó a que la victoria de la Entente se convirtiera en un resultado inevitable, pero la imposición de una paz americana resultaba más difícil. Los Catorce Puntos de Wilson, un intento apresurado por responder a la denuncia de los tratados secretos y del dominio imperialista que había planteado Lenin, se caracterizaban sobre todo por un llamamiento a una política global de Puertas Abiertas –«la supresión, en la medida de lo posible, de todas las barreras económicas»– y por el «ajuste imparcial», de «cualquier reivindicación colonial», en lugar abolir estas reivindicaciones para siempre. En contra de lo que afirma la leyenda, en esta enumeración el principio de autodeterminación no aparecía por ninguna parte. Sus socios de Versalles trataron con desdén las declaraciones de redención democrática de Wilson. En su país, su propuesta de una Liga para evitar futuros conflictos tampoco tuvo una acogida entusiasta. «El escenario está listo, el destino se ha revelado», anunció, cuando presentó sus soluciones para la paz perpetua en 1919, «la mano de Dios nos ha guiado por este camino»[12]. El Senado permaneció impasible, Estados Unidos podía prescindir de las ambiciones de Wilson. El país no estaba preparado para una ampliación indefinida de la intervención regeneradora para atender los asuntos del mundo en general. Bajo el mandato de los tres presidentes posteriores, Estados Unidos se centró en recuperar los préstamos que había concedido a Europa y, por lo demás, sus operaciones más allá del hemisferio se limitaron a una serie de intentos frustrados por favorecer la recuperación de Alemania y a frenar los excesos expansionistas de los japoneses, empeñados en conquistar China. Para muchos, el desplazamiento hacia el polo de la separación –hacia el «aislacionismo», según el lenguaje de sus detractores– era prácticamente absoluto.

---

[12] *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 61, Princeton, 1981, p. 436. Después de conseguir durante la guerra que todo el mundo se pusiera histérico ante cualquier atisbo de alemanidad, Wilson no tuvo escrúpulos en declarar que «las únicas fuerzas organizadas en este país» contrarias al Tratado de Versalles que él mismo presentó ante el Senado, eran «las fuerzas de los norteamericanos de origen extranjero». vol. 63, pp. 469, 493.

En realidad, la participación norteamericana en la Primera Guerra Mundial no había obedecido a un interés nacional determinado. Esta decisión presidencial gratuita, impuesta en el ámbito nacional con la persecución étnica radical y la represión política, fue el resultado de un tremendo excedente de poder que se antepuso a los objetivos materiales que se podían conseguir con ayuda de este instrumento. La retórica del expansionismo norteamericano siempre había considerado que los mercados extranjeros representaban una frontera exterior, y los productos y las inversiones estadounidenses requerían ahora un mercado de salida que solo se podía lograr con la política de Puertas Abiertas. Sin embargo, la economía norteamericana, abundante en recursos naturales y con un mercado interior gigantesco, seguía siendo en buena medida autárquica. Antes de la Primera Guerra Mundial, cuando la mayoría de las exportaciones norteamericanas dependían aún de las materias primas y de los productos alimenticios procesados, el comercio exterior tan solo representaba el 10 por 100 del PNB. Además, el propio mercado estadounidense, protegido desde siempre por elevados aranceles que apenas respetaban los principios del libre comercio, tampoco se regía por una política de Puertas Abiertas, por supuesto. Y no había ninguna posibilidad, por remota que fuera, de que tuviera lugar un ataque o una invasión procedentes de Europa. Fue este desajuste entre la ideología y la realidad el que provocó el fin abrupto del milenarismo global de Wilson. Estados Unidos se podía permitir decidir el destino militar de la guerra en Europa. Pero si el coste de su intervención había sido modesto, la ganancia había sido nula. Ni el pueblo ni las élites sentían una necesidad acuciante de respaldarla institucionalmente. Norteamérica podía cuidar de sí misma, sin preocuparse indebidamente por Europa. Bajo la bandera del regreso a la normalidad, en 1920 Harding aplastó a su rival demócrata en la victoria electoral más amplia de los tiempos modernos.

Pero una década después, la llegada de la Depresión señaló el principio del fin de la prehistoria del imperio norteamericano. El *crac* inicial de Wall Street de 1929 fue el detonante de una burbuja crediticia endógena, pero la mecha de las quiebras bancarias que incendiaron la economía estadounidense hasta sumirla en

una auténtica depresión la prendió la bancarrota del Creditanstalt en Austria en 1931 y las repercusiones que este acontecimiento tuvo en toda Europa. La crisis dejó claro que, si bien la industria norteamericana se encontraba todavía relativamente aislada del comercio mundial –la agricultura y la ganadería algo menos–, los depósitos norteamericanos no estaban separados de los mercados financieros internacionales, un síntoma de que, después de que Londres dejara de desempeñar su papel de pivote del sistema y de que Nueva York fracasara como su sucesor, el orden general del capital estaba en riesgo, en ausencia de un centro estabilizador. La preocupación inmediata de Roosevelt durante su primer mandato eran las medidas internas que había que poner en marcha para superar la crisis, lo cual dio lugar al brusco abandono del patrón oro y al rechazo abrupto de cualquier intento internacional coordinado de controlar los tipos de cambio. Pero, según los criterios de la época anterior, el New Deal no era una política proteccionista. Se revocó la Ley Smoot-Hawley, se llevó a cabo una rebaja selectiva de los aranceles y se situó al frente de la política exterior a un apasionado paladín del libre comercio –adaptado a los planes norteamericanos–, Cordell Hull, el «Cobden de Tennessee», que sería el secretario de Estado de más larga carrera de la historia de EEUU.

Hacia el final del segundo mandato de Roosevelt, cuando la guerra proseguía con furia en el Asia Oriental y representaba una amenaza en Europa, el rearme empezó a transformar en virtudes los defectos (realzados por la recesión de 1937) de la recuperación doméstica, y el New Deal encontró un segundo aliento. El destino interno de la economía norteamericana y las posturas externas del Estado norteamericano se unirían desde este momento como nunca antes lo habían hecho. Pero aunque la Casa Blanca estaba cada vez más pendiente de lo que sucedía en el extranjero y los preparativos del ejército se intensificaban, la opinión pública no estaba dispuesta a que se repitiera lo que había sucedido entre 1917 y 1920, y el gobierno no sabía muy bien cuál sería el papel o las prioridades de Estados Unidos en caso de que esta posibilidad se materializara. Roosevelt estaba cada vez más alarmado ante la beligerancia alemana y en menor medida ante la japonesa. Lo que más le

preocupaba a Hull era que las economías nacionales se parapetaran detrás de un muro arancelario, y que se crearan bloques comerciales. En el Departamento de Guerra, Woodring se resistía a la idea de involucrar al país en una nueva ronda de conflictos entre grandes potencias. Más allá de estos temores negativos, no había todavía una sensación demasiado positiva del lugar que debía ocupar la potencia norteamericana en el orden futuro.

2. CRISTALIZACIÓN

Esta ausencia de reflexiones a largo plazo en Washington se pondría de manifiesto con la aparición de una obra singular que se escribió antes del Ataque a Pearl Harbor y que se publicó poco después del bombardeo, *America's Strategy in World Politics*. Su autor, Nicholas Spykman, un holandés formado en Egipto y en Java que en aquel entonces ocupaba una cátedra en Yale, moriría un año después[1]. En esta obra, que aún se puede considerar el ensayo individual más sorprendente de la literatura geopolítica, Spykman

---

[1] Spykman tuvo una carrera singular. Sus comienzos no suscitaron curiosidad alguna en su país de adopción y el resto de su biografía fue ignorada en su país natal, donde al parecer todavía es una figura desconocida en gran medida. Después de formarse en Delft, Spykman viajó a Oriente Medio en 1913, a los veinte años, y a Batavia en 1916, en calidad de periodista –al menos esta fue la labor que desempeñó en Java, y quizá también en Egipto– y agente secreto del Estado holandés, con la misión de manipular la opinión pública de estos países, según se desprende de las referencias que aparecen en Kees van Dijk, *The Netherlands Indies and the Great War 1914-1918*, Leiden, 2007, pp. 229, 252, 477. Durante su estancia en Java, publicó un libro bilingüe –en holandés y en malayo– titulado *Hindia Zelfbestuur [La autonomía de las Indias]*, Batavia, 1918, en el que recomendaba al movimiento nacionalista considerar en serio la posibilidad de instaurar una economía autónoma, y de crear cooperativas y sindicatos en lugar de limitarse a denunciar las inversiones extranjeras. En 1920 llegó a California, terminó una tesis doctoral sobre Simmel en Berkeley en 1923, que se publicó dos años después en Chicago, y fue contratado en Yale como catedrático de Relaciones Internacionales. No son pocos los misterios que rodean a su trayectoria, pero está claro que fue desde sus comienzos un pensador audaz y original y, a diferencia de Morgenthau o Kelsen, otros dos intelectuales europeos que desarrollaron su carrera en Norteamérica con los cuales se le podría comparar, no llegó a EEUU en calidad de refugiado, sino como un *esprit fort* procedente de las Indias que, una vez nacionalizado, esgrimió sin inhibiciones duras críticas contra la sociedad que le había acogido.

exponía un esquema conceptual elemental para explicar las relaciones entre los Estados de la época y estudiaba en detalle la posición que ocupaban los norteamericanos en este esquema y las perspectivas que tenían ante sí. En un sistema internacional desprovisto de una autoridad central, el objetivo primordial de la política exterior de cualquier Estado era, necesariamente, mantener e incrementar su poder y esforzarse por poner freno al de los demás. La estabilidad política –el equilibrio de poder– era un ideal noble, pero «lo cierto es que el único equilibrio que le interesa a los Estados es aquel que se inclina de su lado. Su objetivo no es el equilibrio, sino obtener una ventaja sustancial». Los medios para alcanzar el poder eran cuatro: la persuasión, la adquisición, el trueque y la coerción. Aunque el poder militar era el requisito fundamental de todo Estado soberano, cualquier política exterior eficaz tenía que poner en práctica los cuatro medios que acabamos de citar. Si los combinaba, un Estado podía alcanzar la hegemonía que, según la definición de Spykman, era «una posición de poder que permite el dominio de todos los Estados que se encuentran a su alcance»[2].

Estados Unidos gozaba desde hacía tiempo de una hegemonía de esas características en la mayor parte del hemisferio occidental. Pero era un error peligroso pensar que, por tanto, podía confiar en la protección de ambos océanos y en los recursos de la masa de tierra interconectada que se extendía entre ellos para mantener su posición de poder con respecto a Alemania y Japón. Un inventario exhaustivo de los materiales estratégicos necesarios para la victoria en la guerra moderna ponía de manifiesto que América Latina, a pesar de las valiosas materias primas que podía aportar, no podía proporcionar la totalidad de los productos esenciales de los que Norteamérica carecía[3]. Y tampoco era

---

[2] N. Spykman, *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, Nueva York 1942, pp. 7, 21, 19 [ed. cast.: *Estados Unidos frente al mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944].

[3] Sesenta años después, en el único estudio riguroso sobre este tema que se ha publicado después de la obra de Spykman, Robert Art ha observado que el autor de este «libro magistral» se equivocaba cuando afirmaba que Norteamérica era invulnerable a una invasión militar, pero que podía ser

realista imaginar que el sur apoyaría espontáneamente a Estados Unidos. Los antecedentes de la actuación del gobierno de Washington en esta región, en la que «nuestro así llamado imperialismo indoloro tan solo lo ha sido para nosotros», dificultaban las cosas. En las sociedades latinoamericanas, que en líneas generales se encontraban en la época feudal, no existía nada parecido a la «moderna economía capitalista basada en el crédito» de Estados Unidos, con su desarrollado sistema industrial, sus gigantescas corporaciones, sus luchas sindicales y sus esquiroles justicieros, y, por otra parte, países como Argentina, Brasil y Chile, situados en el lejano Sur, se encontraban «demasiado alejados del centro de nuestro poder para poder ser intimidados con facilidad con medidas que no sean de índole bélica»[4]. Cualquier tipo de defensa estrictamente hemisférica era un espejismo; es más, defender solamente el norte del hemisferio limitaba a Norteamérica en caso de que Estados Unidos quisiera evitar convertirse en un mero Estado tapón entre los imperios de Alemania y Japón. La estrategia norteamericana tenía que ser ofensiva; los norteamericanos no tenían otro remedio que golpear allende los mares a las dos potencias que se encontraban en guerra –en la época en que se publicó el libro– contra EEUU al otro lado del Atlántico y del Pacífico.

---

víctima de un estrangulamiento económico por parte de las potencias del Eje en caso de que estas vencieran en Europa. Esta mitad del hemisferio, según explica Art, disponía de las materias primas suficientes para aguantar cualquier bloqueo: Norteamérica podría haberse mantenido al margen de la Segunda Guerra Mundial sin riesgo alguno. Pero su participación en la guerra, no obstante, era lógica para los propósitos de la Guerra Fría. «Al luchar en la Segunda Guerra Mundial y contribuir a la derrota de Alemania y de Japón, Estados Unidos, en efecto, creó bases de operaciones avanzadas contra la Unión Soviética: la Europa Occidental y Japón. Al tener de su parte estas regiones económico-industriales, junto con el petróleo del Golfo Pérsico, Estados Unidos consiguió cercar a la Unión Soviética, que es lo que le habría sucedido a él si se hubiera abstenido de participar en la guerra»: «The United States, the Balance of Power and World War II: Was Spykman Right?», *Security Studies* 14, 3 (primavera de 2005), pp. 365-406, un artículo incluido ahora en Robert Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, Nueva York, 2009, pp. 69-106.

[4] N. Spykman, *America's Strategy in World Politics*, cit., pp. 64, 213, 62.

La refutación del aislacionismo que proponía Spykman se convirtió en una creencia popular cuando EEUU entró en guerra. Pero no sucedió lo mismo con la visión más general que planteaba el autor, su sereno rechazo de las verdades norteamericanas que el gobierno reciclaría para transformarlas en objetivos bélicos era incompatible con cualquiera de las doctrinas que formularía el gobierno de Washington en el transcurso del conflicto. En *America's Strategy in World Politics* Spykman afirmaba que la democracia liberal se había convertido en un mito marchito; el liberalismo había conducido al incremento de los monopolios y a la concentración del poder económico; el libre comercio era una ficción que desmentían las subvenciones estatales; en el ámbito doméstico, la lucha de clases, que se había declarado inexistente, se había resuelto con gas lacrimógeno y violencia; en el extranjero, las bayonetas norteamericanas enseñaban contabilidad moderna a las razas inferiores[5]. Spykman se negaba a interpretar al pie de la letra la retórica convencional de la lucha y extraía conclusiones que desentonaban con las ideas de los responsables políticos de la época. EEUU tenía que pensar que una vez ganada la guerra no se mantendrían las mismas alianzas. En Europa, Gran Bretaña tenía tan pocas ganas de ver a los alemanes en las costas del mar del Norte como a los rusos, y parecía lógico apoyar a Alemania en contra de la Unión Soviética; y en Asia, Norteamérica tendría que respaldar a Japón y dar la espalda a China, un país con un poder potencial infinitamente su-

[5] «El mito social de la democracia liberal ha perdido la mayor parte de su fuerza revolucionaria desde mediados del siglo XIX, y en su forma actual no es ni mucho menos adecuado para justificar las prácticas democráticas en los países donde se originó, y menos aún para inspirar nuevas lealtades en otros pueblos y otras tierras». Por lo que respecta al credo económico del país, «la empresa norteamericana aún cree que una mano invisible guía la economía, y que el egoísmo inteligente y la actuación libre y sin obstáculos del sistema de precios provocará el mayor bien para el mayor número de personas». En general, «la ideología norteamericana, como cabe esperar, es en esencia una ideología empresarial de clase media», si bien también incluía, por supuesto, «cierto componente religioso». *American Strategy in World Politics*, cit., pp. 215-217, 258, 7. Para los sarcásticos comentarios de Spykman sobre la Doctrina Monroe, el Corolario de Roosevelt y la política de Buena Vecindad en el «Mediterráneo americano», véanse pp. 60-64.

perior que, una vez «modernizado, revitalizado y militarizado» se convertiría en la principal amenaza a la posición de las potencias occidentales en el Pacífico[6]. En un momento en que el Ejército Rojo combatía contra a la *Wehrmacht* a las puertas de Moscú y los portaaviones japoneses se dirigían hacia Midway, estas previsiones no parecían oportunas. Pero llegaría su momento.

II

El esquema mental de los responsables de la política exterior norteamericana no era ni mucho menos uniforme. Pero había un consenso general en torno a los supuestos básicos. En 1939, cuando estalló la guerra europea, los estrategas de Washington contemplaban con alarma casi todos los posibles desenlaces del conflicto. Desde luego, la victoria alemana sería funesta: eran pocos los que estaban ilusionados con Hitler. Pero la perspectiva de un triunfo británico obtenido a través de una movilización estatista, que reforzaría aún más al bloque de la libra esterlina, no parecía mucho más halagüeña. La peor posibilidad, quizá, era que la destrucción mutua alcanzara tal extremo que, en el caos posterior, se apoderara del continente cualquier variedad de socialismo[7]. Una vez que el gobierno de Washington entró en la guerra y la alianza con Londres y Moscú parecía esencial para lograr la victoria, las prioridades militares se antepusieron a los cálculos del capital. Pero estos fueron, durante todo el conflicto, el trasfondo estratégico de la lucha global. Para los planificadores de Roosevelt las prioridades a largo plazo eran dos[8]. Había que convertir el mundo

[6] N. Spykman, *American Strategy in WorldPolitics*, cit., pp. 460, 466-470.

[7] Para estos temores, véase la abundante documentación que se puede encontrar en Patrick Hearden, *Architects of Globalism: Building a New World Order during the World War II*, Lafayetteville, 2002, pp. 12-17 y ss., con diferencia el estudio más detallado sobre los estrategas estadounidenses durante la guerra.

[8] Este influyente grupo lo formaban Hull, Welles, Acheson, Berle, Bowman, Davis y Taylor en el Departamento de Estado. Hopkins era un caballerizo o ayuda de cámara, más que un estratega.

en un lugar seguro para el capitalismo en general; y, dentro del mundo capitalista, Estados Unidos tenía que gozar del dominio absoluto. ¿Qué consecuencias tendría este doble objetivo en la escena de la posguerra?

Ante todo, en lo que concierne al tiempo conceptual, la construcción de un marco internacional para el capital puso fin a las dinámicas de división autárquica y control estatal que habían precipitado la guerra, un esquema cuyos ejemplos más destructivos habían sido el Tercer Reich de Hitler y la «Gran Esfera de Coprosperidad» de Japón. Pero el sistema de preferencia imperial británico también era un caso retrógrado. El modelo de libre empresa de la propia Norteamérica corría peligro sin el acceso a los mercados extranjeros[9]. Lo que se necesitaba después de la guerra era que se generalizara la política de Puertas Abiertas que Washington había animado a adoptar a sus rivales en la

---

[9] «Necesitamos estos mercados para la producción de Estados Unidos», explicaba Acheson ante el congreso en noviembre de 1944. «Sostengo que es imposible alcanzar el pleno empleo y la prosperidad en Estados Unidos si no contamos con los mercados extranjeros.» Si se negaba esto, Norteamérica se vería obligada a adoptar una política de intervención estatal, un temor que se expresaba reiteradamente en la época. En 1940, la Fortune Round Table expresaba su preocupación ante el «peligro real de que como consecuencia de una larga guerra todas las potencias beligerantes acepten permanentemente cierta forma de sistema económico controlado por el Estado», lo cual planteaba «el problema más general de si el sistema capitalista norteamericano podría seguir funcionando si la mayor parte de Europa y de Asia abolen la libre empresa en favor de la economía totalitaria»; P. Hearden, *Architects of Globalism*, cit., pp. 41, 14. Brooks Adams ya había expresado a principios de siglo el miedo a que EEUU se viera obligado a seguir ese rumbo. Adams temía que si se daba el caso de que una coalición europea llegara a dominar el comercio con China, «tendría buenas perspectivas para devolvernos una considerable cantidad de excedentes, para que la asimilemos como podamos», de tal forma que Norteamérica quedaría reducida a la situación «de inmovilidad parcial» de Francia, y a una lucha contra los rivales en la que «solo se podría vencer al enemigo con sus propias armas». La consecuencia: «El continente asiático y el occidental competirían por el sistema más perfecto de socialismo de Estado», en B. Adams, *America's Economic Supremacy*, cit., pp. 52-53. En 1947 se reeditó el libro de Adams con una introducción de Marquis Childs, que consideraba que era una visión profética del desafío que Rusia había planteado a Estados Unidos en la Guerra Fría.

carrera por hacerse con el control de los mercados en China: una liberalización total del comercio que en lo sucesivo –y esto era crucial– se apoyaría firmemente en unas nuevas instituciones internacionales. Este orden económico no solo garantizaría las relaciones pacíficas entre Estados, sino que permitiría a EEUU asumir su lugar natural de líder. Desde la época de Jefferson y Adams en adelante, la tradición nacional había sido genéricamente expansionista y, ahora que EEUU era con diferencia la potencia industrial más grande y avanzada del mundo, podía confiar en que el libre comercio garantizaría su hegemonía en general, como ya había sucedido con Inglaterra un siglo antes. El complemento político de este orden económico se basaría en los principios de la democracia liberal que se recogían en la Carta del Atlántico.

A partir de 1943, a medida que se vislumbraba la victoria, los requisitos de esta visión adquirieron un tono político más acentuado. Había tres preocupaciones fundamentales[10]. La primera era que Gran Bretaña defendiera el sistema de preferencia imperial, una postura que dificultaría alcanzar un acuerdo satisfactorio una vez terminada la guerra. El gobierno de Washington no estaba dispuesto a tolerar que se pusieran barreras a las exportaciones norteamericanas. Desde el comienzo, EEUU había insistido en que una de las condiciones de la ayuda económica de la que dependía la supervivencia de Gran Bretaña a partir de 1940 era la renuncia al sistema de preferencia imperial una vez que cesaran las hostilidades. Churchill, enfurecido ante la imposición del Artículo VII, solo podía aspirar a debilitar este dictado norteameri-

---

[10] Estas preocupaciones son el objeto de estudio de la fabulosa obra de Gabriel Kolko, *The Politics of War: The World and United States Foreign Policy, 1943-1945*, Nueva York, 1968 [ed. cast.: *Políticas de guerra: el mundo y la política exterior de Estados Unidos, 1943-1945*, Madrid, Grijalbo, 1974], una obra con un enfoque magistral sin parangón en este tipo de literatura, pues abarca la totalidad de los objetivos económicos de EEUU; la reducción de las posiciones imperiales británicas; el freno a la izquierda en Italia, Grecia, Francia y Bélgica; los tratos con la Unión Soviética en la Europa del Este; la manipulación de la ONU; la planificación del futuro de Alemania; el apoyo al Kuomintang en China; y el bombardeo nuclear de Japón.

cano con una vaga cláusula de excepción temporal. La segunda preocupación, compartida por Gran Bretaña y cada vez más acuciante a medida que la guerra se aproximaba a su fin, era la propagación de movimientos de resistencia en Europa –en Francia, Bélgica, Italia, Yugoslavia, Grecia– liderados por distintas corrientes de izquierdas, lo que habían temido desde el principio los estrategas de Washington. La tercera era que en la primavera de 1944 el Ejército Rojo había empezado a desplegarse por la Europa del Este, un avance que pronto se convirtió en una profunda obsesión para EEUU. Aunque en los primeros compases de la guerra la perspectiva más inmediata de los estrategas norteamericanos había sido el peligro de un regreso a las condiciones que habían dado pie al nazismo en Alemania y al militarismo en Japón, a medida que la guerra se acercaba a su fin empezó a tomar forma una amenaza aún mayor, encarnada en el aliado más importante que le había ayudado a luchar contra esos dos enemigos: la Unión Soviética.

Pues en este caso no se enfrentaban meramente a una forma de capitalismo alternativa, sino a la propia negación del capitalismo, a un sistema que aspiraba nada menos que a erradicar el capitalismo del planeta. El comunismo era un enemigo mucho más radical que el fascismo: no era un pariente pervertido de la familia de los Estados que respetaban la propiedad privada de los medios de producción, sino una fuerza extraña empeñada en destruirla. Los dirigentes norteamericanos, por supuesto, siempre habían sido conscientes de los males del bolchevismo; Wilson había intentado acabar con ellos desde sus comienzos y había enviado una expedición para ayudar al Movimiento Blanco en 1919. Aunque la intervención no había logrado asfixiar al comunismo en su cuna, la URSS del periodo de entreguerras era una potencia aislada, débil en apariencia. Las victorias soviéticas contra la *Wehrmacht*, muy anteriores a que los ingleses y los norteamericanos pusieran el pie en suelo europeo, alteraron bruscamente su posición en los cálculos de la posguerra. Mientras durara la pelea, Moscú era un aliado al que había que ayudar con prudencia y complacer cuando fuera oportuno. Pero una vez concluida la guerra, habría que ajustar las cuentas.

III

A las riendas de la nación durante la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt no había llevado a la guerra a su país movido por una convicción antifascista general –aunque sentía aversión por Hitler, admiraba a Mussolini, aupó a Franco al poder y mantenía una relación cordial con Pétain–[11], sino por miedo a la expansión de Japón y de Alemania. Tampoco se puede decir que fuera especialmente anticomunista: a gusto con la URSS como aliada, tenía una imagen de Stalin más o menos igual de alejada de la realidad que la que Stalin tenía de Hitler. Aunque Churchill le caía bien, sus sentimientos no se extendían al imperio que este defendía, mientras que nunca había tiempo para De Gaulle. Los razonamientos estratégicos de cierta profundidad le eran totalmente ajenos. Nunca se distinguió por ser una persona especialmente bien informada, ni actuó de manera coherente en la escena mundial. Suplía con seguridad en sí mismo la falta de análisis y con frecuencia sus caprichos sacaban de quicio a sus subordinados[12]. Pero tenía unos principios firmes.

---

[11] Italia: poco después de su investidura en 1932, Roosevelt le confesaba a un amigo que mantenía «una relación bastante estrecha con ese admirable caballero italiano». Cinco años después, cuando su embajador en Roma le preguntó si «tenía algo en contra de las dictaduras», replicó: «Por supuesto que no, a menos que traspasen sus fronteras e intenten causar problemas a otros países». España: un mes después de la sublevación de Franco, impuso un embargo de armas sin precedentes a la República, «un gesto que los nacionales nunca olvidaremos», según declararía el generalísimo: «El presidente Roosevelt se comportó como un caballero». Francia: declaró sentir un «afecto antiguo y profundo» por Pétain. EEUU mantuvo relaciones diplomáticas con el régimen de Vichy hasta 1944, y detestaba a De Gaulle –una «diva», un «mequetrefe» y un «fanático»–. Véase, respectivamente, David Schmitz, *The United States and Fascist Italy, 1922-1940*, Chapel Hill, 1988, pp. 139, 184; Douglas Little, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, 1985, pp. 237-238, y Dominic Tierney, *FDR and the Spanish Civil War*, Durham, 2007, pp. 39, 45-47; Mario Rossi, *Roosevelt and the French*, Westport 1993, pp. 71-72, y John Lamberton Harper, *American Visions of Europe: Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan and Dean G. Acheson*, Cambridge, 1994, p. 113.

[12] Esto es lo que pensaban algunos observadores antagónicos de los errores de Roosevelt durante la guerra. Kennan: «Roosevelt, con todo su encanto y su habilidad como líder político era, en lo que atañe a la política exterior, un

En palabras del principal apologista de su conducta en política exterior, su coherencia se basaba únicamente en el hecho de que «Roosevelt era un nacionalista, un norteamericano cuyo etnocentrismo estaba integrado en su pensamiento»: un gobernante que poseía «la tranquila y serena convicción» de que el resto del mundo adoptaría con entusiasmo el americanismo, entendido como «una combinación de libre empresa e individualismo», una vez que la potencia norteamericana hubiera eliminado los obstáculos que impedían su difusión. Aunque estaba orgulloso de haber salvado el capitalismo estadounidense con ayuda del New Deal, no era ni mucho menos un experto en cuestiones económicas. Pero, «como la mayoría de los norteamericanos, creía ciegamente en los objetivos expansionistas del plan económico de Hull». Por tanto, en este sentido «no era un líder, sino un seguidor»[13].

En su visión del mundo de la posguerra, una imagen que se fraguó cuando la URSS todavía luchaba a muerte contra el Tercer Reich mientras Estados Unidos disfrutaba de una época de prosperidad, el presidente concedía prioridad a la construcción de un orden liberal internacional de comercio y seguridad mutua en el

---

hombre muy superficial, ignorante, diletante, con un horizonte intelectual extremadamente limitado», y Kolko: «En cuanto líder, Roosevelt siempre fue un elemento desestabilizador en la gestión de los asuntos norteamericanos durante las crisis de la guerra, que eran complejas y exigían un profundo conocimiento de la situación antes de emitir un juicio serio». J. L. Harper, *American Visions of Europe*, cit., p. 174; G. Kolko, *Politics of War*, cit., pp. 348-350. La frivolidad y la ignorancia llevaron a Roosevelt a establecer compromisos y a tomar decisiones –en relación con la política del préstamo y arriendo, con el Plan Morgenthau, con Palestina o con el Imperio francés– que a menudo dejaban pasmados a sus aliados y que después había que rectificar.

[13] Warren Kimball, *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton, 1991, pp. 185, 186, 10, 59. Desde el punto de vista cultural, el nacionalismo de Roosevelt tenía un persistente matiz de antipatía hacia el Viejo Mundo. Harper ha definido la actitud predominante del gobierno de Roosevelt anterior a la guerra como un «hemisferismo eurofóbico». *American Visions of Europe*, cit., pp. 60 y ss.: «Los archivos están plagados de declaraciones del presidente que revelan la preocupación, la sospecha y la indignación que animaban esta tendencia». Por otra parte, el nacionalismo de Roosevelt –como bien refleja Kimball–, en la medida en que daba por sentado que el mundo se desviviría por adoptar el estilo de vida norteamericano, tenía un tono relajado, derivado de ese inocente orgullo desmedido.

que el dominio de EEUU fuera indiscutible. Las ideas de Roosevelt eran el producto de la guerra y señalaron una ruptura histórica en el ámbito de la política exterior norteamericana. Hasta entonces, siempre había existido una tensión en el seno del expansionismo norteamericano entre la convicción del separatismo hemisférico y la exigencia del intervencionismo redentor, y estos dos polos habían generado sus propios motivos ideológicos y presiones políticas, que se entrecruzaban o se enfrentaban dependiendo de la coyuntura, pero que nunca se habían fundido para dar lugar a un punto de vista estable sobre el mundo exterior. La oleada de indignación patriótica y la prosperidad que surgieron después del ataque japonés a Pearl Harbor, se llevaron por delante los conflictos del pasado. Tradicionalmente, los baluartes del aislacionismo nacionalista habían sido las pequeñas empresas y la población agrícola del Medio Oeste; los bastiones del nacionalismo de corte más intervencionista –del «internacionalismo» en la jerga local– eran las élites bancarias y empresariales de la Costa Este. La guerra reconcilió a estos dos grupos. Los aislacionistas siempre habían considerado que el Pacífico era la extensión natural de las fronteras del país y reclamaban una venganza sin concesiones por el ataque a Hawái. Los internacionalistas, orientados hacia los mercados y las inversiones del otro lado del Atlántico, amenazados por el nuevo orden de Hitler, tenían un horizonte más amplio. Estos intereses, renovados por la aparición de nuevas empresas y bancos de inversión con una gran densidad de capital, dos elementos clave del bloque político que brindó su respaldo a Roosevelt, se convirtieron en el principio rector de la economía de guerra. Más allá de los enormes beneficios domésticos que podían obtener, los norteamericanos estaban ansiosos por hacer una gran fortuna en Europa después de la guerra[14].

[14] Véase la famosa taxonomía de intereses que aparece en Thomas Ferguson, «From Normalcy to New Deal: Industrial Structure, Party Competition and American Public Policy in the Great Depression», *International Organization* 38, 1 (invierno de 1984), pp. 41-94. En 1936, Roosevelt ya contaba con el apoyo de Chase Manhattan, Goldman Sachs, Manufacturers Trust and Dillon, Read; Standard Oil, General Electric, International Harvester, Zenith, IBM, ITT, Sears, United Fruit y Pan Am.

Es estas condiciones, los dos nacionalismos –el aislacionista y el intervencionista– pudieron por fin comenzar a fundirse para dar lugar a una síntesis perdurable. Para Franz Schurmann, cuyo libro *Logic of World Power* pertenece a la misma categoría que *American Strategy* de Spykman y que *Politics of War* de Kolko por su originalidad dentro del ámbito de los ensayos sobre política exterior estadounidense, este momento señaló el comienzo del imperialismo norteamericano en sentido estricto: ya no se trataba del resultado natural del antiguo incremento del expansionismo impulsado desde abajo, sino de la súbita cristalización de un proyecto orquestado desde arriba cuya finalidad era reconstruir el mundo según el modelo norteamericano[15]. Ese imperialismo, a su modo de ver, pudo desarrollarse porque se basaba en los fundamentos democráticos del New Deal y en un líder carismático que había intentado trasladar este sistema al extranjero, creando un orden global de bienestar equiparable, lo cual garantizó la hegemonía consensuada de EEUU sobre la humanidad en general una vez terminada la guerra. «Lo que Roosevelt pensaba y supo expresar de manera visionaria era que el mundo estaba listo para uno de los experimentos más radicales de la historia: la unificación del mundo entero bajo una supremacía centrada en Norteamérica»[16]. En esta empresa, las fuerzas contrarias del aislamiento y la

[15] «Existe una importante diferencia cualitativa entre el expansionismo y el imperialismo». El expansionismo era la adición paulatina de territorios, activos productivos, bases estratégicas, etcétera, que siempre habían practicado los imperios antiguos y que EEUU siguió practicando desde la guerra con ayuda de una extensa red de inversiones, estados clientes y guarniciones en todos los continentes. Por el contrario, el «imperialismo, en cuanto visión y en cuanto doctrina, posee una naturaleza total, mundial. Prevé la organización de grandes regiones del mundo desde arriba, a diferencia del expansionismo, que consiste en una adición desde abajo», Schurmann, *The Logic of World Power*, Nueva York, 1974, p. 6.

[16] «El imperialismo norteamericano no era la prolongación natural de un expansionismo que había comenzado con el nacimiento de Norteamérica. Tampoco era el resultado natural de un sistema de mercado capitalista mundial que Norteamérica había contribuido a reactivar a partir de 1945. El imperialismo norteamericano, en virtud del cual Norteamérica se comprometió a dominar, organizar y dirigir el mundo libre, fue el producto del New Deal de Roosevelt». F. Schurmann, *The Logic of World Power*, cit., pp. 5, 114.

intervención, del orgullo nacionalista y de la ambición internacionalista, se unirían y se sublimarían para llevar a cabo la tarea de la reorganización del mundo según el modelo de EEUU para beneficio de EEUU –y de la humanidad.

La imaginativa explicación que ofrece Schurmann de la imperiosa mutación del imperio norteamericano aún no ha sido superada[17]. Pero su idealización de Roosevelt, a pesar de ser bastante ambigua, excede a la época y al personaje por un amplio margen. En aquel entonces, en la Casa Blanca todavía se tenía una idea muy vaga del orden que era preferible cuando se restituyera la paz y, desde luego, nadie pensaba en imponer un New Deal a la humanidad en general. La principal preocupación del gobierno no era el bienestar, sino el poder. En el sistema que Roosevelt tenía en mente, Rusia y Gran Bretaña ocupaban un lugar en la dirección del mundo e incluso, formalmente, China, pues se suponía que Chiang Kai-shek acataría las órdenes de EEUU. Pero lo que estaba claro era quién sería el comisario jefe de los «cuatro policías», que es como le gustaba a Roosevelt definir a estas potencias. Con sus territorios intactos, en 1945 Estados Unidos contaba con una economía que triplicaba a la de la URSS y quintuplicaba a la de Gran Bretaña y acaparaba la mitad de la producción industrial mundial y las tres cuartas partes de sus reservas de oro. Los fundamentos institucionales de una paz duradera tendrían que reflejar esa hegemonía[18]. Antes de morir, Roosevelt había establecido dos de estos principios. En Bretton Woods, el lugar que vio nacer al Banco Mundial y al FMI, se obligó a Gran Bretaña a abandonar el sistema de preferencia imperial y el dólar

---

[17] Por su formación, Schurmann se encuentra alejado de las dos tendencias, radicales y liberales, que predominan en la literatura especializada en la política exterior de EEUU. Schumpeter, Polanyi, Schmitt, junto con Marx y Mao, dejaron su huella en su pensamiento. Véase el autorretrato que aparece en *The Logic of World Power*, cit., pp. 561-565. Es uno de los pensadores que han influido en Giovanni Arrighi.

[18] «En apariencia, la noción de los "cuatro policías" de Roosevelt reflejaba la igualdad internacional, pero, en realidad, presupone la debilidad de China y el pulso anglo-soviético en Europa», W. Kimball, *The Juggler*, cit., p. 191.

se convirtió en amo y señor del sistema monetario internacional, la moneda de reserva a la que debían vincularse todas las demás[19]. En Dumbarton Oaks, se consiguió sacar adelante una estructura del Consejo de Seguridad de la futura Organización de las Naciones Unidas que concedía escaños permanentes y derecho de veto a los cuatro gendarmes, en una Asamblea General en la que las dos quintas partes de los representantes pertenecían a Estados latinoamericanos clientes de Washington. La asamblea se reunió apresuradamente con una declaración de guerra a Alemania en el último minuto. Las escaramuzas con Gran Bretaña y Rusia quedaron reducidas al mínimo[20]. Hull, que recibió el Premio Nobel por el papel que había desempeñado en la creación de esta nueva organización –y fue el primero de una larga serie de galardonados por motivos similares–, tenía motivos para considerar que había sido todo un éxito. En el momento en que se fundó la ONU en San Francisco, en 1945, el dominio de EEUU era tan absoluto que las comunicaciones diplomáticas entre los representantes que asistieron a la conferencia fundacional fueron cons-

---

[19] Irónicamente, el arquitecto de la imposición de la voluntad norteamericana en Bretton Woods, Harry Dexter White, un político que simpatizaba en secreto con Rusia, criticaba en privado el «desenfrenado imperialismo» que «instaba a EEUU a aprovechar al máximo nuestro domino financiero y nuestro poder militar para convertirnos en la nación más poderosa del mundo», Benn Steil, *The Battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White and the Making of a New World Order*; Princeton, 2013, pp. 40-41. De la exposición de Steil no solo se desprende que White superó totalmente a Keynes en sus torpes intentos por defender los intereses británicos en 1944, sino que además era un iluso al convencerse a sí mismo de que los procedimientos de la conferencia reflejaban la buena voluntad de Estados Unidos en relación con Gran Bretaña.

[20] Para compensar la incorporación de su bestia negra, la Francia de De Gaulle, al Consejo de Seguridad, un extremo en el que Churchill insistía, Roosevelt presionó sin éxito para que se incluyera a Brasil, otro satélite de Washington y, ante la oposición británica, intentó crear «fideicomisarios» que ocultaran las intenciones de los norteamericanos en algunas islas clave del Pacífico. El veto tuvo que convertirse en incondicional ante la insistencia de los soviéticos. Para estas maniobras, véase el riguroso estudio de Robert Hilderbrand, *Dumbarton Oaks. The Origins of the United Nations and the Search for Postwar Security*, Chapel Hill, 1990, pp. 123-127, 170-174, 192-228.

tantemente controladas por un equipo de vigilancia militar situado en el cercano Presidio[21].

Roosevelt falleció antes de que Alemania se rindiera. Su gobierno había puesto los cimientos de un sistema que no estaba terminado a su muerte. Todavía quedaba mucho por decidir. Gran Bretaña y Francia no habían consentido deshacerse de unas colonias asiáticas o africanas que él consideraba anacrónicas. Rusia, con sus ejércitos a las puertas de Berlín, tenía interés en la Europa del Este. Puede que ello no encajara fácilmente en el nuevo esquema, pero con una población diezmada y con buena parte de su industria arruinada a medida que la *Wehrmacht* se retiraba, la URSS no representaba una amenaza importante para el orden venidero y cabía la posibilidad de que con el tiempo la convencieran de que se integrara en esta nueva arquitectura. El papel exacto que debía desempeñar Moscú después de la victoria era una preocupación secundaria.

---

[21] Para el férreo control estatal y las escuchas secretas de la Conferencia, véase la entusiasta crónica que ofrece Stephen Schlesinger en *Act of Creation: The Founding of the United Nations*, Boulder, 2003, *passim*, y la mordaz reconstrucción de Peter Gowan en «US: UN», *New Left Review* II/24 (noviembre-diciembre de 2003) [ed. cast.: «Estados Unidos / Naciones Unidas», *New Left Review (en español)* 24 (2004), pp. 5-26].

3. SEGURIDAD

Roosevelt se llevó a la tumba su despreocupación. Una vez que el Ejército Rojo se atrincheró en la Europa del Este y los regímenes comunistas se escudaron detrás, la actividad de los partidos comunistas se incrementó en Occidente y en el Norte, en Francia, Italia y Finlandia, las prioridades de Washington se invirtieron. Enfrentarse a la amenaza soviética era más urgente que afinar la *Pax Americana* y hubo que aplazar algunos de los principios de esta paz para combatir el comunismo. La prioridad era la victoria en lo que con el tiempo se definiría como la Guerra Fría. Truman, que en tiempos se había alegrado de que los nazis invadieran la Unión Soviética, con la esperanza de que ambos Estados se destruyeran mutuamente, estaba bien preparado para liderar un cambio de rumbo[1]. Cuatro días después de la rendición alemana, retiró de buenas a primeras las ayudas de la Ley de Préstamo y Arriendo a Rusia. Al principio se mostró inseguro, y oscilaba entre las bravatas –un reflejo de su temperamento– y la jovialidad –del de su predecesor–, pero una vez que las armas nucleares estadounidenses demostraron en Japón lo que podían hacer, rara

[1] Así lo expresaría en un famoso discurso: «Si vemos que Alemania está ganando la guerra, deberemos ayudar a Rusia; si va ganando Rusia deberemos ayudar a Alemania y así dejarlos que se maten entre ellos lo más posible». Discurso ante el Senado, 5 de junio de 1941. Desde la presidencia, Truman afirmaría en más de una ocasión que el falso testamento de Pedro el Grande –el equivalente polaco y decimonónico de *Los protocolos de los sabios de Sión*– era el anteproyecto de los planes soviéticos para conquistar el mundo. Según el severo juicio de su biógrafo más lúcido, cuyas conclusiones al respecto son categóricas, «En el transcurso de su mandato, Truman nunca dejó de actuar como un nacionalista provinciano», Arnold Offner, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953*, Stanford, 2002, p. 177.

vez volvió la vista atrás. En la primavera de 1946, las relaciones conciliadoras con Moscú que Roosevelt había imaginado vagamente y Stalin esperaba sin demasiado convencimiento, llegaron a su fin. Un año después, la Doctrina Truman fue el toque de corneta que marcó el comienzo de la lucha en defensa de las naciones libres del mundo amenazadas por la agresión y la subversión del totalitarismo, y el presidente estaba encantado de haber despertado a su país de su letargo[2].

En la Guerra Fría que se había puesto en marcha, los dos bandos en contienda eran asimétricos. Bajo Stalin, la política exterior soviética era en esencia defensiva: inflexible en su exigencia de un glacis de seguridad en la Europa del Este para evitar que se repitiera la invasión que acababa de sufrir el país, sin importar el grado necesario de represión política o militar para conseguirlo, pero más que dispuesto a dejar de lado o a poner trabas a cualquier posible revolución que surgiera fuera de esta zona de seguridad –en Grecia o en China– y que pudiera desatar el conflicto con un Occidente mucho más poderoso que la propia Unión Soviética[3].

---

[2] La crudeza y la violencia de la actitud de Truman le diferenciaba de Roosevelt y, por ello, Wilson Miscamble ofrece una semblanza muy positiva de este personaje en su vehemente obra *From Roosevelt to Truman: Potsdam, Hiroshima and the Cold War*, Cambridge, 2007. Lo único que lamenta el autor es que no se desmarcara antes de la actitud colaboradora que había mantenido Roosevelt con Stalin: pp. 323-328. No creo que Roosevelt, al destituir a un miembro de su gabinete, hubiera vociferado que «todos los “Artistas”, con A mayúscula, los rojillos de salón y los hombres con voz de soprano» representaban un «peligro para la nación» y constituían un «frente de sabotaje» de Stalin; véase A. Offner, *Another Such Victory*, cit., p. 177.

[3] En los últimos meses de la guerra, Stalin estaba tan preocupado por mantener las buenas relaciones con los Aliados que desaprovechó la oportunidad de tomar Berlín cuando el Grupo de Ejército de Zhukov se encontraba tan solo a unos sesenta kilómetros de la ciudad. El 5 de febrero, ordenó a su comandante tomar la ciudad el 15 o el 16 de ese mismo mes, pero rectificó al día siguiente por miedo a herir las susceptibilidades de los Aliados en Yalta, donde las tres grandes potencias habían empezado a negociar, y no recibió ningún favor a cambio. Si hubiera dejado que sus generales avanzaran como había decidido en un principio, la posición soviética en las negociaciones en relación con la Alemania de la posguerra habría sido distinta. «Hacia finales de marzo, Zhukov lo encontró cansado, tenso y visiblemente deprimido. Su angustia se agravaba cuando pensaba que todas aquellas incertidumbres se

La URSS solo construía el socialismo –lo reconstruía, en realidad, después de la destrucción provocada por los nazis– en un único país. Stalin nunca abandonó la convicción bolchevique de que el comunismo y el capitalismo eran enemigos mortales[4], pero la perspectiva final de una asociación libre y mundial de productores –la sociedad sin clases que Marx había vaticinado– era muy remota. Por el momento, el equilibrio de fuerzas se inclinaba del lado del capital. Con el tiempo, las contradicciones inter-imperialistas darían problemas de nuevo y debilitarían al enemigo, como ya había sucedido en dos ocasiones en el pasado, y los obreros tomarían la delantera[5]. Entre tanto, era vital que las fuerzas revolucionarias que se encontraban más allá del perímetro del bloque soviético no amenazaran su seguridad provocando al imperialismo antes de tiempo y que no cuestionaran la autoridad del PCUS.

Tanto desde el punto de vista doctrinal como en lo que respecta a la fuerza, la posición de Estados Unidos era muy distinta. Ideológicamente, los dos universalismos entablaron una lucha encarnizada en el transcurso de la Guerra Fría, pero existía una diferencia ontológica entre ellos. Según la mordaz formulación de Stephanson, «mientras que la Unión Soviética, que representaba (según declaraban los propios soviéticos) la penúltima etapa de la

---

podrían haber evitado si hubiera autorizado al Ejército Rojo a atacar Berlín y, posiblemente, la guerra habría terminado en febrero, como se había planeado en un principio», Vojtech Mastny, *Russia's Road to the Cold War. Diplomacy, Warfare and the Politics of Communism, 1941-1945*, Nueva York, 1979, pp. 238-239, 243-244, 261. Esta no sería la única metedura de pata desastrosa de Stalin, y estos errores no se debían a un exceso de agresividad, sino de prudencia, en los últimos compases de la Segunda Guerra Mundial.

[4] Para una brillante descripción del punto de vista de Stalin al final de la guerra, véase Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*, Cambridge, Massachusetts, 1996, pp. 11-46.

[5] Este fue el tema del discurso que pronunció ante el Soviet Supremo el 9 de febrero de 1946. Habida cuenta de que la primera guerra entre imperios había dado lugar a la Revolución de Octubre y en la segunda el Ejército Rojo había llegado hasta Berlín, una tercera guerra podría acabar con el capitalismo, una perspectiva que ofrecía la victoria definitiva sin alterar su estrategia pasiva. Hasta el final de su vida, Stalin siguió pensando que las contradicciones inter-imperialistas seguían teniendo una importancia primordial. Las contradicciones entre el bando capitalista y el socialista ocupaban un lugar secundario.

historia, se enzarzaba en una lucha dialéctica por la liberación definitiva de la humanidad, Estados Unidos *es* esa liberación. Es el fin, ya es un imperio mundial sin parangón, no existe un Otro dialéctico. Lo que no es como Estados Unidos no puede, en principio, funcionar. Puede ser una perversión o, en el mejor de los casos, una potencialidad»[6]. En el plano material, por otra parte, no existía una unidad de medida común que permitiera comparar a los Estados rivales que habían surgido de la guerra. La URSS de los años 1946-1947 no podía aspirar ni remotamente a la ambición en la que se basaba la gran estrategia norteamericana: la «preponderancia de la fuerza» en todo el mundo, anunciada y escenificada en Hiroshima y Nagasaki. La iniciativa en el conflicto entre los dos bandos tenía que llevarla el más fuerte. La etiqueta ideológica que se manejaba era la de la «contención», como si el objetivo de los estrategas estadounidenses fuera contener la marea de la agresión soviética. Pero en esencia esta doctrina no era ni mucho menos defensiva. Nominalmente, se recomendaba firmeza y paciencia táctica para desgastar al enemigo, con ayuda de «la aplicación diestra y vigilante de una fuerza que sirva de contrapeso en una serie de puntos geográficos y políticos en constante cambio», en palabras del inventor de esta estrategia. Pero desde el principio el objetivo no fue controlar al enemigo, sino eliminarlo. El fin último no era la seguridad, sino la victoria[7].

---

[6] «Si la encarnación del fin de la historia en cuanto emancipación de la humanidad son los "Estados Unidos", entonces el resto del mundo no puede ser idéntico ni, en definitiva, equivalente. Existe algo diferente, pero se trata de un modelo injusto e ilegítimo por naturaleza, y ha de ser derrotado o erradicado.» Este pasaje es un extracto de A. Stephanson, «Kennan: Realism as Desire», en Nicolas Guilhot (ed.), *The Invention of International Relations Theory*, Nueva York, 2011, pp. 177-178.

[7] «Sin duda, la Guerra Fría fue una lucha a muerte, pero se trataba de una muerte abstracta. La supresión de la voluntad de lucha del enemigo –la victoria– no se reducía a una victoria en el campo de batalla. Implicaba, en principio, la propia aniquilación del enemigo, pues no se le reconocía el derecho a existir y menos aún su igualdad. Solo la aniquilación traería la paz verdadera. La aniquilación era por tanto la "verdad" de la Guerra Fría», A. Stephanson, «Fourteen Notes on the Very Concept of the Cold War», en Gearóid Ó Tuathail y Simon Dalby, *Rethinking Geopolitics*, Londres, 1998, p. 82.

Años después, Kennan afirmaría que su concepción de la contención había sido una estrategia política de alcance geográfico limitado –no un llamamiento a la actividad bélica mundial, como afirmaba Lippman, uno de sus primeros detractores– y contrapondría esta postura prudente y defensiva a las temerarias políticas de Dulles, partidario de «hacer retroceder» al enemigo, y a la «respuesta flexible» de Kennedy. La leyenda ha canonizado después la imagen de Kennan, que ha pasado a la historia como un discreto asesor cuyos consejos sabios y moderados se tergiversaron, lo cual condujo a un insensato activismo anticomunista que trajo consigo los desastres que él mismo había denunciado, mientras permanecía fiel a sí mismo y criticaba el orgullo desmedido y la intransigencia de los norteamericanos. Pero la realidad fue muy distinta. Inestable y excitable, Kennan carecía de la templanza de Nitze, su amigo y sucesor. Pero mientras se mantuvo en el poder en Washington defendió incondicionalmente la Guerra Fría, y fijó el rumbo de unas políticas de intervención global y contrarrevolución que se mantendría vigente durante décadas[8]. Al princi-

[8] El extravagante Kennan, que pasaba con facilidad de la autoestima eufórica a la autoflagelación atormentada y que cambiaba de opinión constantemente, se parece más a un personaje de Dostoievski que a uno de Chéjov, uno de sus escritores predilectos. Era tan contradictorio que se le puede definir retrospectivamente como un oráculo del realismo moderado, pero no se puede considerar que fuera una mera síntesis o un arquetipo de la élite de la política exterior que condujo a EEUU a la Guerra Fría y, en cualquier caso, su responsabilidad política solo se prolongó hasta 1950. Pero en la medida en que se le representa como el sensato guardián de la conciencia de la política exterior estadounidense, su trayectoria real –violenta y errática hasta mediada la setentena– es un buen indicador de lo que se entendía por sentido de la proporción en la defensa de los intereses nacionales. En la ingente bibliografía que ha generado este personaje, el estudio de A. Stephanson, *Kennan and the Art of Foreign Policy*, Cambridge, Massachusetts, 1989, destaca como el único examen riguroso de la sustancia intelectual de sus escritos, una deconstrucción cortés pero devastadora de su obra. En el libro de J. L. Harper *American Visions of Europe*, cit., pp. 135-232, podemos encontrar un retrato político-cultural perspicaz, bastante comprensivo, de este político, a quien Harper presenta como un conservador de otra época. En sus últimos años, Kennan intentó borrar los rastros de su actuación cuando todavía conservaba algo de poder, con el fin de proteger su reputación y la de su eslogan. Estos esfuerzos dieron lugar a algunas páginas sorprendentes, y por tanto no tene-

pio de su carrera como diplomático, consideraba que los bolcheviques eran «un grupito de rencorosos parásitos judíos» que, debido su «cobardía innata» y a su «insolencia intelectual», habían saltado «como ratas del barco de la civilización europea occidental». No se podía transigir con ellos. Destinado en Praga cuando los nazis ocuparon Checoslovaquia, su primera reacción fue afirmar que los checos habían acogido el dominio alemán como una bendición; más tarde, en un viaje por la Polonia ocupada –cuando estaba destinado en Berlín– observaría que los polacos también acabarían reconociendo que el gobierno de Hans Frank representaba una mejora para ellos. Cuando Hitler atacó la Unión Soviética, informó a sus superiores de que, desde Escandinavia al Mar Negro, Rusia era mucho más temida que Alemania, y debía cargar con las «consecuencias morales» de la Operación Barbarroja a solas, «sin reclamar la solidaridad de Occidente»[9].

Después de la guerra, cuando fue ascendido a Vicecomandante del National War College, declaró que si la industria militar rusa progresaba a un ritmo más acelerado que la norteamericana «ten-

---

mos derecho a quejarnos, aunque tampoco debemos interpretar al pie de la letra su exposición de los hechos. Lo mejor de su obra se halla cuando acierta a conjugar lo autobiográfico con lo histórico, en unas *Memoirs* vivaces, si bien no del todo francas –evitan la *suggestio falsi* pero están plagadas de *suppresio veri*–, en las desoladas viñetas de la escena norteamericana que reunió en *Sketches from a Life*, así como en su última obra, *Decline of Bismarck's European Order: Franco-Prussian Relations 1875-1890*, Princeton, 1979.

[9] Bajo el dominio nazi, «los checos disfrutaron de muchos más privilegios y satisfacciones de las que "habían soñado en los días austriacos"», y pudieron «alinearse alegremente con el movimiento más dinámico de Europa». Así es como se resume la opinión que defendía Kennan entonces en la mejor crónica de esta etapa de su carrera. En Polonia, según Kennan, «la esperanza en una mejora de las condiciones materiales y en una administración eficiente y ordenada quizá baste para colmar las aspiraciones de un pueblo cuya educación política ha sido siempre primitiva». Véase David Mayers, *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, Nueva York, 1988, pp. 71-73. Para la carta de Kennan correspondiente al 24 de junio de 1941, dos días después de que Hitler lanzara su ataque contra la URSS, una campaña que describía sencillamente como «los esfuerzos bélicos de los alemanes», véanse sus *Memoirs, 1925-1950*, Nueva York, 1968, pp. 133-134, donde no se alude en ningún momento a su reacción inicial ante la ocupación nazi de lo que quedaba de Checoslovaquia y tampoco se menciona su visita a la Polonia ocupada.

dremos razones para considerar la posibilidad de una guerra preventiva», desplegando armas nucleares. «Con diez impactos certeros de bombas atómicas», afirmaba Kennan, «inutilizaremos prácticamente el potencial bélico de Rusia sin demasiadas bajas y sin poner en juego el prestigio o la reputación de Estados Unidos»[10]. Al frente de la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado y como *consigliere* de Acheson, puso en marcha algunas operaciones paramilitares encubiertas en la Europa del Este; defendió, cuando lo creyó necesario, la intervención militar de EEUU en la Europa meridional y en el Sudeste Asiático; recomendó prestar apoyo a las campañas coloniales francesas en el norte de África; supervisó la revocación de las reformas en Japón; aprobó la represión en América Latina; propuso ocupar Taiwán; y expresó su regocijo cuando Estados Unidos envió sus tropas a Corea[11]. La contención no tenía límites en el alcance ni en los me-

[10] C. Ben Wright, «Mr "X" and Containment», *Slavic Review* 35, 1 (marzo de 1976), p. 19. Cuando se divulgó este archivo, Kennan enfureció e intentó negarlo, en un artículo que se publicó en el mismo número de la revista, pero Wright echó por tierra sus argumentos en «A Reply to George F. Kennan», *Slavic Review*, junio de 1976, pp. 318-320, y demostró la falsedad de la documentación que había aportado Kennan. En su refutación, Wright describía acertadamente a Kennan en estos términos: «Su dominio de la lengua inglesa es innegable, pero no se puede confundir el don de la palabra con la claridad del pensamiento».

[11] Taiwán: «Si se lleva a cabo con la resolución, la velocidad, la inflexibilidad y la confianza necesarias, como lo habría hecho Theodore Roosevelt», la conquista de la isla «tendría un efecto electrizante sobre este país y sobre todo el Lejano Oriente», Anna Nelson (ed.), *The State Department Policy Planning Staff Papers*, Nueva York, 1983, vol. III, *PPS* 53, p. 65. Corea: «George [Kennan] daba saltos de alegría cuando se enteró de que los hombres de MacArthur se habían movilizado para entrar en combate bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Llevaba consigo su balalaika, un instrumento ruso que solía tocar bastante bien en las reuniones sociales, y con un movimiento amplio y enérgico, me golpeó con ella en la espalda y casi me empujó hasta la acera. "Bueno, Joe –gritó– ¿qué te parecen las democracias ahora?"», Joseph Alsop, «*I've Seen The Best of It*». *Memoirs*, Nueva York, 1992, pp. 308-309. Alsop, además de recordar que Kennan le había explicado que «Estados Unidos estaba condenado a la destrucción porque ya no estaba gobernado por su "aristocracia"», explica en pp. 274, 307 que unos días antes le había oído despotricar de la democracia. Dos millones de coreanos perdieron la vida como consecuencia de la intervención norteamericana. Las tropas estadounidenses arrasaron

dios. No fue una *Niederwerfungskrieg*, sino una *Ermattungskrieg*, pero el objetivo era el mismo. Norteamérica podía albergar la esperanza de que «en el transcurso de cinco o diez años» la URSS se sintiera «abrumada por las nubes de la desintegración civil» y el gobierno soviético incurriera enseguida «en la violencia». Entre tanto, habría que poner en juego «todos los medios posibles» para desestabilizar al régimen de Moscú y a sus relevos en la Europa del Este[12]. En lo que atañe a su propósito, la política de contención y la del *rollback*, que consistía en hacer retroceder al enemigo, fueron idénticas desde el principio.

II

La contención, un eufemismo burocrático, era un término demasiado árido para lograr que la opinión pública apoyara la estrategia de la Guerra Fría. Pero se podía traducir fácilmente y transformarla en otra noción que se convertiría desde entonces en el motivo central de la ideología imperialista norteamericana: la seguridad. En el periodo decisivo que se extendió entre 1945 y 1947 esta palabra pasaría a ser la consigna clave que estableció una relación entre la atmósfera interior y las operaciones exteriores y las agrupó en un frente único que permitió la transición desde el New Deal a la Doctrina Truman[13]. La Ley de Seguridad Social

---

con bombas el norte del país durante tres años consecutivos. Véase Bruce Cumings, *The Korean War*, Nueva York, 2010, pp. 147-161.

[12] David Foglesong, «Roots of "Liberation": American Images of the Future of Russia in the Early Cold War, 1948-1953», *International History Review* 21, 1 (marzo de 1999), pp. 73-74. Gregory Mitrovich, *Undermining the Kremlin: America's Strategy to Subvert the Soviet Bloc, 1947-1956*, Ithaca, 2009, pp. 6, 29, 180. Mitrovich observa que «había que actuar sin demora: la estrategia de contención y la de "presión" debían aplicarse a la vez, no de forma consecutiva».

[13] Schurmann fue el primero en darse cuenta de este fenómeno y lo situó en un lugar central de su explicación del imperialismo norteamericano: «Una nueva ideología, diferente del nacionalismo y el internacionalismo, forjó la base sobre la cual se podría crear el bipartidismo. La palabra y el concepto clave en esa nueva ideología era la *seguridad*». *The Logic of World Power*, cit., pp. 64-68.

había sido la reforma más popular de la era Roosevelt y se había consagrado un nuevo valor en el vocabulario de la política doméstica. ¿Qué complemento más natural que una Ley de Seguridad Nacional que permitiera hacer frente al peligro, no ya de la depresión, sino de la subversión? En marzo de 1947, Truman pronunció un discurso apocalíptico en el que advertía a sus conciudadanos de los peligros del comunismo en el Mediterráneo. El texto había sido redactado por Acheson con el fin de «dar un susto de muerte al país» con ayuda de un mensaje que tenía que ser necesariamente «más claro que la verdad». Kennan hizo un llamamiento a sus compatriotas a luchar en la Guerra Fría y expresó «cierta gratitud a la Providencia, la cual, al enfrentar al pueblo norteamericano con este desafío implacable, ha permitido que la totalidad de su seguridad como nación dependa de la unión de sus fuerzas y de la aceptación de la responsabilidad del liderazgo moral y político que es evidente que la historia ha querido imponernos»[14]. Ese mismo mes, en virtud de la Ley de Seguridad Nacional se creó el Departamento de Defensa (que dejó de llamarse Departamento de Guerra), El Estado Mayor conjunto, el Consejo de Seguridad Nacional y la Agencia Central de Inteligencia, la *pièce de résistance*. En torno a este complejo institucional se desarrolló la ideología permanente de la seguridad nacional que ha guiado al imperio norteamericano hasta nuestros días[15]. Aunque esta ideología arraigó profundamente en el imaginario nacional como consecuencia de la Guerra Fría, los temores en los que se basaba tenían una larga prehistoria, basada en el alarmismo que siempre había generado la presunta vulnerabilidad de EEUU a un ataque

---

[14] "X", «The Sources of Soviet Conduct», *Foreign Affairs* 25, 4 (julio de 1947), p. 582.

[15] Para los antecedentes burocráticos de la Ley, y para la ideología que generó y que cristalizó a su alrededor, véase el estudio fundamental de Michael Hogan, *A Cross of Iron: Harry S. Truman and the Origins of the National Security State*, *1945-1954*, Cambridge, 1998. El título de esta obra es una aguda alusión al famoso lema de Bryan, «No debéis crucificar a la humanidad en una cruz de oro». Forrestal fue el principal arquitecto de la Ley, y se convirtió en el primer secretario de Defensa del país. La paranoia personal y política le llevaron a una trágica muerte: si tiró por la ventana de un hospital.

exterior y en la magnificación de los peligros extranjeros que se había promovido desde Lodge a Roosevelt pasando por Wilson[16]. La idea de la seguridad, que enmascaraba las estrategias ofensivas transformándolas en exigencias defensivas, es una estrategia diseñada deliberadamente para cerrar la brecha potencial entre el sentir popular y los designios de la élite. En el estudio más riguroso que se ha escrito sobre la entrada de la administración Truman en la Guerra Fría se critica la «ampliación» de la concepción de la seguridad nacional que se acabó imponiendo en Washington. Pero la variedad norteamericana de la ideología de la seguridad nacional era inherentemente expansionista[17]. «No hay literalmente ninguna cuestión, militar o política, que escape a los intereses de Estados Unidos», le explicaba Roosevelt a Stalin en un telegrama de 1944 y eso en medio de un conflicto global que los norteamericanos no habían iniciado. Con mayor razón, pues, en un conflicto –la Guerra Fría– que sí habían iniciado ellos.

El hecho de que el discurso imperial de la posguerra se articulara en torno al tema de la seguridad no quiere decir, por descontado, que este motivo eclipsara los motivos fundacionales del patriotismo norteamericano. La legitimación del expansionismo estadounidense siempre había formado un complejo móvil de ideologemas con un orden y un énfasis que variaban como un caleidoscopio

---

[16] La larga trayectoria de estos temores se estudia en John A. Thompson, «The Exaggeration of American Vulnerability: The Anatomy of a Tradition», *Diplomatic History* (invierno de 1992), pp. 23-43, donde se explica que «El imponente incremento de la intervención de Norteamérica en el extranjero en los últimos cien años no refleja un deterioro de la seguridad, sino un aumento de poder. Sin embargo, el despliegue pleno y efectivo de ese poder ha exigido al pueblo norteamericano una disciplina y un sacrificio que solo estaban dispuestos a aceptar si se les convencía de que la seguridad de la nación estaba en juego, directamente». Una de las consecuencias ha sido «la ampliación de la noción de seguridad nacional para dar cabida a la defensa de los valores norteamericanos y al mantenimiento del orden mundial» y «la tendencia recurrente a exagerar la vulnerabilidad del país a los ataques».

[17] Para el destacado historiador de la Guerra Fría John Lewis Gaddis, se trata de una larga tradición nacional digna de admiración: «La expansión, hemos dado por supuesto, es el camino que conduce a la seguridad», en *Surprise, Security and the American Experience*, Cambridge, Massachusetts, 2004, p. 13.

según la coyuntura histórica. La primacía que se le concedió a la seguridad a partir de 1945 alteró la jerarquía de los motivos, pero estos no cambiaron. Inmediatamente después de la seguridad se situaba la democracia, el regalo que los norteamericanos habían entregado al mundo que la seguridad aspiraba a proteger. Lo que había que asegurar –es decir, ampliar–, para defenderse de la amenaza totalitaria del comunismo era el Mundo Libre cuyo modelo se basaba en la libertad norteamericana. En la lucha de EEUU contra la URSS, afirmar que Norteamérica era lo que su enemigo no era, una democracia liberal, tenía una fuerza evidente: allí donde existía un gobierno representativo o la posibilidad de crearlo, existía una posibilidad de vencer. En privado, por supuesto, los responsables de la seguridad nacional solían despreciar la democracia que se suponía que defendían. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Kennan, que admiraba a Schuschnigg y a Salazar, gobernantes que habían demostrado que el «despotismo benévolo siempre tenía más posibilidades de favorecer el bien» que la democracia, se declaraba partidario de arrebatar el voto en Estados Unidos a los inmigrantes, a las mujeres y a los negros. La democracia, a su modo de ver, era un «fetiche»: lo que se necesitaba era una «transición constitucional hacia un Estado autoritario»: un *Estado Novo* norteamericano[18]. Después de la guerra, Kennan compararía la democracia con «uno de esos monstruos prehistóricos que tienen un cuerpo tan largo como esta habitación y el cerebro del tamaño de un alfiler», y siempre pensó que el mejor gobierno para su país era el de una élite ilustrada inmune a las pasiones populares. Acheson rechazaba «la premisa que afirma que la democracia es positiva». «Creo que no vale un pimiento», observaba. «En realidad, el congreso es demasiado represen-

[18] «Fair Day Adieu!» y «The Prerequisites: Notes on Problems of the United States in 1938», dos documentos que todavía se mantienen en secreto. El mejor resumen aparece en Mayers, *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, cit., pp. 49-55. Para un examen convincente de las ideas que expresa Kennan en estos textos, véase Joshua Botts, «“Nothing to Seek and… Nothing to Defend”: George F. Kennan’s Core Values and American Foreign Policy, 1938-1993», *Diplomatic History* 30, 5 (noviembre de 2006), pp. 839-866.

tativo. Es igual de estúpido que la gente; igual de inculto, igual de idiota, igual de egoísta»[19]. El público no estaba al tanto de este tipo de confidencias. Oficialmente, la democracia era un valor tan prominente en la misión que tenían que llevar a cabo los norteamericanos en el mundo como lo había sido en su época la doctrina del Destino Manifiesto.

Esa doctrina, sin embargo, había experimentado un cambio. Después de la guerra contra España perdió su carácter territorial y con Wilson se convirtió en una creencia metafísica. Durante la Guerra Fría, se expresaría con una actitud menos extática, en un registro político-moral que ocupaba una posición inferior en la jerarquía ideológica. Pero el vínculo con la religión seguía estando presente. «Dios Todopoderoso ha bendecido a nuestra tierra de muchas maneras», señalaba Roosevelt en su discurso de investidura en 1944. «Ha dotado a nuestro pueblo de corazones y armas poderosas con los que asestar golpes contundentes en nombre de nuestra libertad y nuestra verdad. Ha otorgado a nuestro país una fe que se ha convertido en la esperanza de todos los pueblos angustiados del mundo.» Truman, el mismo día que ordenó lanzar la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, también aludiría directamente a las armas de la nación: «Hemos de agradecer a Dios que [la bomba atómica] esté en nuestras manos y no en las de nuestros enemigos; y rezamos para que Él nos guíe y la utilicemos según Sus designios y Sus propósitos». En medio de las ruinas de la posguerra, el presidente se mostraría no menos efusivo. «Avanzamos hacia nuestro destino, el destino que Dios Todopoderoso ha querido para nosotros», anunciaba. «Vamos a ser los líderes»[20]. A la

---

[19] Acheson: entrevista con Theodore Wilson y Richard McKinzie, 30 de junio de 1971. Johnson se mostraba aún más despiadado: «Hemos regalado muchos buenos dólares norteamericanos a los griegos, señor Embajador», le explicaba a un enviado de este país, después de obsequiarle, alargando las palabras, con este improperio: «Si su primer ministro está dispuesto a darme una charla sobre la democracia, el parlamento y la constitución, él, su parlamento y su constitución no van a durar mucho», Philip Deane [Gerassimos Gigantes], *I Should Have Died*, Londres, 1976, pp. 113-114. Nixon y Kissinger también eran bastante dados a este tipo de salidas de tono.

[20] John Fousek, *To Lead the World. American Nationalism and the Cultural Roots of the Cold War*, Chapel Hill, 2000, pp. 44, 23; Lloyd Gardner, en

vista de la devastación de Alemania, Kennan declaraba haberse quedado «sin palabras, al darme cuenta de que el Todopoderoso nos ha elegido a nosotros para provocar esta destrucción»[21]. Pero con el tiempo se sentiría reconfortado al descubrir que la misma Providencia había decidido enfrentar a los norteamericanos con el abrumador desafío de la Guerra Fría. Desde entonces, la divinidad ha seguido guiando a Estados Unidos. Del mismo modo que Eisenhower convirtió la expresión «In God We Trust» en el lema oficial de la nación, Kennedy declararía: «Con la buena conciencia de que nos aguarda una recompensa segura, con la historia como juicio final de nuestras acciones, dirijamos el país que amamos, con Su bendición y ayuda, sabiendo que aquí sobre la faz de la tierra el trabajo de Dios debe ser verdaderamente el nuestro». George W. Bush, por su parte, afirmaría que «Nuestra nación ha sido elegida por Dios y designada por la Historia como modelo del mundo», y Obama confía en que Dios no deje de contar con los norteamericanos para cumplir con su destino: legar a la posteridad, con ayuda de Su gracia, «el gran don de la libertad»[22]. Norteamérica no sería Norteamérica sin su característica fe en lo sobrenatural. Pero, por razones obvias, este rasgo de su ideología tiene un alcance nacional y en el extranjero no goza de mucho atractivo. Por eso en la actualidad ha quedado relegado al peldaño más bajo de la estructura de la justificación imperial.

Gardner, Schlesinger, Morgenthau, *The Origins of the Cold War*, Ann Arbor, 1970, p. 8. En 1933, Roosevelt advertía solemnemente a Litvinov de que en su lecho de muerte querría «hacer las paces con Dios» y añadía: «Dios os castigará a los rusos si seguís persiguiendo a la Iglesia», David Foglesong, *The American Mission and the «Evil Empire»*, Cambridge, 2007, p. 77.

[21] G. F. Kennan, *Memoirs, 1925-1950*, Nueva York, 1968, p. 429.

[22] Discurso de investidura de Kennedy, 20 de enero de 1961: «Los derechos del hombre no provienen de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios»; George W. Bush, discurso pronunciado en la International Jewish B'nai B'rith Convention, 28 de agosto de 2000; Obama, discurso de investidura, 20 de enero de 2009: «Esta es la fuente de nuestra confianza: la certeza de que Dios nos anima a modelar un destino incierto», en un discurso en el que habló, entre otras cosas, del heroísmo de los que habían luchado por la libertad en Gettysburg y en Khe Sanh.

Para que una ideología sea eficaz, además de distorsionar u ocultar la realidad, debe reflejarla. Tanto al principio como al final de la Guerra Fría, Estados Unidos contaba con un número reducido de colonias, se regía por una democracia electoral, se enfrentaba a un sistema sociopolítico que no era democrático y, como en el pasado, gozaba de extraordinarias ventajas naturales en virtud de su tamaño, su situación y sus recursos. Todos estos elementos se podían sintetizar, y de hecho se sintetizaron, para dar lugar a una ideología imperial que contaba con el consenso popular, en ningún caso unánime, en el ámbito nacional y con un gran poder de atracción, en ningún caso ubicuo, en el extranjero. Pero el rasgo que en última instancia determinó el carácter de la política exterior norteamericana se encontraba en otro lugar y no se pudo articular con prudencia hasta que se obtuvo la victoria en la Guerra Fría. Mientras el comunismo representó una amenaza, el capitalismo fue una palabra tabú, prácticamente, en el vocabulario de Occidente. Por supuesto, en la liturgia nacional de EEUU, las virtudes de la libre empresa siempre ocuparon un lugar prominente, pero incluso en este lenguaje casi nunca se utilizaban como *leitmotiv* en la defensa global de la libertad frente a los peligros del totalitarismo. Los responsables del imperio eran conscientes de que insistir en estos principios podía resultar contraproducente. En los primeros borradores del discurso presidencial que daría pie a la doctrina Truman, redactados por los asesores Clifford y Elsey, se afirmaba que Grecia era una línea de defensa estratégica para acceder al petróleo de Oriente Medio, se señalaba que «existe una tendencia global a alejarse del sistema de la libre empresa» y se advertía de que «si, por omisión, permitimos que desaparezca la libre empresa en otras naciones del mundo, la propia existencia de nuestra economía y de nuestra democracia se verá gravemente amenazada». Era un mensaje demasiado directo. Truman objetaba que de esta manera «da la sensación de que el texto no es más que un folleto para promocionar las inversiones» y Acheson se aseguró de que no se descubriera el pastel[23]. El libre comercio,

[23] Th. J. McCormick, *America's Half-Century*, cit., p. 77. El semanario *Business Week*, que podía expresarse de forma más directa, observaba que la

aunque era esencial para la *Pax Americana*, tampoco podía ser uno de los imperativos ideológicos más destacados. Pero los acontecimientos acabarían demostrando que estos principios, que por el momento no ocupaban un lugar prominente en la jerarquía de la legitimación imperial, serían absolutamente decisivos en su mapa operativo. Lo primero era ganar la Guerra Fría, y el catecismo de la seguridad era primordial.

III

Todavía se considera que la Gran Contienda, que es como definió Deutscher a este conflicto, fue el marco que definió la gran estrategia norteamericana en la época de la posguerra. Pero las exigencias de la lucha contra el comunismo, que con el tiempo serían cada vez más absorbentes, no fueron más que una fase, una fase prolongada, eso sí, dentro de una trayectoria más general y mucho más duradera de la proyección de poder norteamericano. Desde el fin de la Guerra Fría han aparecido numerosas monografías sobre este conflicto, extraordinarias en muchos casos. Pero en casi todas ellas se ignora la existencia de una dinámica que antecedió, acompañó y sobrevivió a esta guerra. En palabras de uno de los autores que representa una excepción a la regla que acabamos de mencionar, a pesar de su alcance y su intensidad la Guerra Fría no fue más que «una trama secundaria» en la historia general de la hegemonía global norteamericana[24].

Esta obra excepcional hunde sus raíces en la tradición pionera de los estudios modernos acerca del imperialismo norteamericano, inaugurada en Wisconsin por William Appleman Williams en los años cincuenta. En *American-Russian Relations* (1952), *Tragedy of American Diplomacy* (1959) y *The Contours of American History*

---

tarea del gobierno de EEUU era «mantener el capitalismo a flote en el Mediterráneo –y en Europa–», y que en Oriente Medio «ya se ha demostrado que el comercio tiene una enorme importancia, cualquiera que sea el papel que desempeñe EEUU».

[24] Th. J. McCormick, *America's Half-Century*, cit., p. xiii.

(1961), Williams había afirmado que el avance de la frontera interior dentro de Norteamérica, que había favorecido la aparición de una sociedad de colonos ajena a las contradicciones de raza y de clase características de la emergente economía capitalista, se había propagado a través del Pacífico gracias al impulso de un emporio comercial basado en la política de Puertas Abiertas y, después, en la huida hacia adelante del intento por alcanzar un dominio hegemónico que no consentía ni siquiera la existencia de una Unión Soviética defensiva. Para Williams, esta trayectoria había sido desastrosa desde el punto de vista moral, pues suponía un alejamiento de la idea de una comunidad de iguales que había servido de inspiración a los primeros colonos que llegaron a Norteamérica procedentes del Viejo Mundo. La idea de un imperialismo norteamericano de larga duración que defendía Williams en esta obra, publicada antes de la guerra de Vietnam, tuvo un impacto tremendo en los sesenta por su carácter profético. Los historiadores sometidos a su influjo –Lloyd Gardner, Walter LaFeber, Thomas McCormick, Patrick Hearden– se despojaron del idealismo de su marco explicativo y llevaron a cabo estudios más rigurosos y mejor documentados de la dinámica económica de la diplomacia, de las inversiones y de las guerras en Norteamérica desde el siglo XIX hasta el final del XX. La Escuela de Wisconsin no fue la única que produjo una historiografía crítica del imperio. La monumental obra *Politics of War* de Kolko, aunque tenía una filiación intelectual diferente, surgió en este mismo ambiente político de repulsa a la guerra de Vietnam.

Para el liberalismo imperante de la época, y para el posterior, esta visión del papel que había desempeñado Norteamérica en el mundo después de la guerra era una aberración. La política exterior estadounidense no se regía por los requisitos de rentabilidad, sino por la seguridad, y no estaba condicionada por los objetivos de la política de Puertas Abiertas, sino por el conflicto de la Guerra Fría. Al frente de esta postura se situaba John Lewis Gaddis, un autor que lleva más de cuatro décadas desgranando incesantemente las verdades patrióticas acerca de su país y de los peligros que tiene que afrontar. El gobierno norteamericano, explicaba Gaddis en 1972, cuando EEUU estaba bombardeando Vietnam,

se había visto obligado, por motivos de seguridad, a participar a su pesar en la Guerra Fría. La responsabilidad del conflicto recaía exclusivamente sobre un dictador soviético que no tenía que rendir cuentas a la opinión pública y que, por tanto, podía haber evitado un enfrentamiento que los dirigentes democráticos de Washington, obligados a tomar en cuenta el sentir de un pueblo indignado con el comportamiento soviético, no lo podían pasar por alto. La actuación de la nación en el ámbito exterior no había estado determinada por consideraciones de índole económica, sino por su sistema de política doméstica[25]. Si existía algo que se pudiera definir como el imperio norteamericano –quizá, a fin de cuentas, los «revisionistas» tenían parte de razón en este punto–, había surgido a petición de la Europa occidental ante el temor a las agresiones soviéticas, a diferencia del imperio ruso, que se había impuesto por la fuerza en la Europa del Este[26]. La política exterior norteamericana, insistiría una década después, siempre había sido fundamentalmente defensiva. Su *leitmotiv* era la contención, una constante que se había declinado de distintas maneras desde la época de Truman hasta la de Kissinger, en una impresionante trayectoria de moderación y clarividencia[27].

Otros diez años después, con la victoria en el bolsillo, Gaddis revelaría la verdadera naturaleza del conflicto: una batalla del bien contra el mal, según la visión contemporánea, en la que las teorías norteamericanas de la seguridad colectiva, encarnadas en una alianza de la OTAN basada en unos principios federales similares

---

[25] John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War 1941-1947*, Nueva York, 1972, pp. 353, 356-358, 360-361. En un prólogo a la reedición del libro en 2000, Gaddis se mostraba orgulloso de haber tenido la suerte, en su época de estudiante en Texas, de no sentir obligación alguna de «condenar el sistema norteamericano y todas sus acciones», p. x.

[26] J. L. Gaddis, «The Emerging Post-Revisionist Synthesis and the Origins of the Cold War», *Diplomatic History* 7, 3 (julio de 1983), pp. 181-183.

[27] J. L. Gaddis, *Strategies of Containment*, Nueva York, 1982, p. viii, *passim*. En el momento en que publicó esta obra, Gaddis se había convertido ya en el exégeta más destacado de Kennan, y se había ganado el puesto de biógrafo oficial y el apelativo de «padrino de la contención». Véase Sarah-Jane Corke, *US Covert Operations and Cold War Strategy: Truman, Secret Warfare and the CIA, 1945-1953*, cit., pp. 39-42 y ss.

a los de la Constitución de EEUU, se habían impuesto a las mezquinas teorías soviéticas de la seguridad unilateral y, al hacerlo, habían favorecido la propagación de la democracia por todo el mundo. La carrera nuclear había sido el único escollo que había retrasado la inevitable derrota de la URSS[28]. Pero no todas las amenazas a la libertad habían quedado neutralizadas. En 2001, los terroristas que atacaron las Torres Gemelas y el Pentágono, al igual que los japoneses que habían bombardeado Pearl Harbor, habían «otorgado a EEUU una nueva oportunidad para conducir al mundo a una nueva era» y George W. Bush –el subestimado Príncipe Hal del momento– había estado a la altura de las circunstancias y había creado un «imperio de la libertad» en sintonía con la definición de la nación que había formulado Lincoln, «la última y mejor esperanza de la humanidad»[29].

Para entonces, el clima intelectual había cambiado. Desde mediados de los ochenta en adelante, la trayectoria del Estado norteamericano durante la Guerra Fría se empezó a juzgar con mayor escepticismo. Su actuación en dos escenarios distintos atrajo numerosas críticas por parte de los estudiosos posteriores, que consideraban que había sido excesiva e innecesariamente agresiva. En primer lugar, se criticaba el papel que había desempeñado EEUU en Europa al principio de la Guerra Fría y, en segundo lugar, las intervenciones posteriores en el Tercer Mundo. El estudio de estos fenómenos favoreció a su vez la ampliación y la especialización de la historiografía de la Guerra Fría, impulsada además por la desclasificación de los archivos soviéticos y chinos, y por la aparición gradual de una corriente crítica en la interpretación de las

---

[28] J. L. Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Oxford, 1997, pp. 51, 199–201, 280, 286–287, 292.

[29] J. L. Gaddis, «And Now This: Lessons from the Old Era for the New One», en Strobe Talbott y Nayan Chanda (eds.), *The Age of Terror*, Nueva York, 2001, p. 21; J. L. Gaddis, *Surprise, Security, and the American Experience*, cit., pp. 115, 117. En este ensayo, se habla de «la transformación más sorprendente de un dirigente nacional infravalorado desde que el Príncipe Hal se convirtiera en Enrique V», y se compara la guerra de Afganistán con la Batalla de Azincourt, véanse pp. 82, 92; y, más adelante, pp. 115, 117. Con el tiempo, Gaddis escribiría alguno de los discursos del presidente texano.

fuentes occidentales[30]. La imponente *Cambridge History of the Cold War* (2010) en tres volúmenes, un monumento a la investigación actual, da fe de este giro y se puede considerar que sus coeditores, Melvyn Leffler y Odd Arne Westad, encarnan el avance que ha representado esta nueva literatura y sus limitaciones. Estos dos autores han escrito sendas obras profundas de reflexión histórica que se pueden considerar las mejores en sus campos respectivos: *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration and the Cold War* (1992) de Leffler y *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (2005) de Westad. La conclusión inequívoca que se desprende de la lectura del imponente y minucioso análisis que ofrece Leffler de las doctrinas y las acciones norteamericanas, en los cinco primeros años de la Guerra Fría, es que el gobierno de Washington impulsó una campaña de hegemonía global –la «preponderancia» total– y que, sin tener en cuenta los previsibles temores de Moscú, que acababa de sufrir una invasión de Alemania y no quería que aquello se volviera a repetir, dividieron el país para mantener la región del Ruhr a su alcance[31]. El estudio de Westad, por su parte, representa una ruptura decisiva con la tradición, pues en lugar de centrarse en Europa estudia los campos de batalla del Tercer Mundo, que a juicio de este autor fueron el frente individual más importante de la Guerra Fría, con consecuencias desastrosas para los pueblos que se vieron atrapados en el fuego cruzado de los intentos norteamericanos y soviéticos por controlar su destino.

---

[30] Para las sucesivas fases de esta historiografía, véase A. Stephanson, «The United States», en David Reynolds (ed.), *The Origins of the Cold War in Europe: International Perspectives*, New Haven, 1994, pp. 25-48. Una versión actualizada más sucinta se puede encontrar en John Lamberton Harper, *The Cold War*, Oxford, 2011, pp. 83-89, una elegante obra que es, hoy por hoy, la mejor síntesis en este campo.

[31] Para la refutación que lleva a cabo Leffler de la versión de la Guerra Fría de Gaddis, véase su ataque despiadado a *We Now Know:* «The Cold War: What Do "We Now Know"?», *American Historical Review* 104, 2 (abril de 1999), pp. 501-524. Leffler ya había cuestionado esta interpretación en 1984: «The American Conception of National Security and the Beginnings of the Cold War, 1945-1948», *American Historical Review* 89, 2 (abril de 1984), pp. 346-381.

Es cierto que estas obras ocupan una posición dominante en su campo, pero se trata de un campo restringido. En lo que respecta a su alcance histórico, ninguno de estos estudios se puede comparar con la obra de Kolko, que abarca en un solo estudio la totalidad de los objetivos estratégicos y de las acciones de los norteamericanos en la época en que el Ejército Rojo luchaba contra la *Wehrmacht*, y estudia detenidamente el sufrimiento y las rebeliones de los pueblos que se encontraban más allá de las fronteras de EEUU, desde el Yangtsé hasta el Sena[32]. En la bibliografía de cuarenta páginas que se incluye en el primer volumen de la *Cambridge History of the Cold War* no encontramos ni una sola alusión a *Politics of War*; una omisión muy elocuente. En sus expresiones más sofisticadas, este enfoque ha dado lugar a importantes y clarividentes estudios de historia política. Pero, aunque hay que reconocer que ya no son ensayos apologéticos, a menudo prestan una atención excesiva a los injustificados excesos y errores de la política exterior norteamericana que impidieron obtener mejores resultados diplomáticos después de la guerra, o a los crímenes que cometieron los norteamericanos en el mundo subdesarrollado por miedo a cometer otros peores, pero no saben explicar por qué todas estas decisiones les parecían suficientemente racionales para alcanzar sus propósitos. Un síntoma de esta incapacidad es que no mencionan en ningún momento las obras de aquellos historiadores estadounidenses que se han dedicado a estudiar este fenómeno. Aunque están de acuerdo en que las causas de los juicios erróneos o la conducta equivocada de los norteamericanos en el extranjero fueron las distorsiones debidas a la ideología y los excesos en cuanto a la percepción de inseguridad, la lógica política de una dinámica economía continental que era la sede del capital mundial es objeto, en el mejor de los casos, de evasivas o de incomodidad[33].

---

[32] En 1990, Kolko añadió un prólogo a su reedición de *The Politics of War* en el que utilizaba su teoría para llevar a cabo un estudio comparado del régimen alemán y del japonés, así como de sus gobernantes respectivos, y analizaba además los diferentes resultados políticos de la experiencia popular de la guerra en Francia y en Alemania, con una brillantez extraordinaria.

[33] Cuando Bruce Cumings le preguntó a Leffler por qué no analizaba ni mencionaba la obra de Kolko o, en términos más generales, la de la Escuela

Esto no sucedía a principios de los setenta, cuando la influencia de Williams se encontraba en su punto álgido. En esa época vieron la luz dos perspicaces críticas a la Escuela de Wisconsin, críticas cuya claridad y rigor contrastan notablemente con el abotargamiento posterior. El blanco de Robert Tucker y John Thompson

---

de Wisconsin heredera de Williams, se limitó a defenderse aduciendo que para él, «las obras de William Appleman Williams siguen siendo el mejor fundamento de las reconfiguraciones arquitectónicas que yo he concebido», pues «Williams supo captar la verdad esencial de que la política exterior norteamericana siempre ha girado en torno a la expansión del territorio, el comercio y la cultura de los norteamericanos». De esta trinidad, el único elemento que ocupa un lugar destacado en la obra de Leffler sobre la Guerra Fría es, sin embargo, el de la cultura. Véase, para este diálogo, Michael Hogan (ed.), *America in the World: The Historiography of American Foreign Relations since 1941*, Cambridge, 1995, pp. 52-59, 86-89. Por su parte, Westad afirmaba perplejo en una fecha tan tardía como el año 2000 que «los responsables de la política norteamericana parecen haber entendido de una manera más inmediata de lo que pensamos la mayoría que existía una relación intrínseca entre la difusión del capitalismo como sistema y el triunfo de los valores políticos norteamericanos», O. A. Westad (ed.), *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations, Theory*, Londres, 2000, p. 10. Cinco años después, en *The Global Cold War*, incluiría algunas páginas nerviosas e indecisas sobre la dimensión económica de la política exterior estadounidense que no parecen guardar demasiada relación con la explicación que ofrece después, antes de concluir, visiblemente aliviado que, como había demostrado la invasión de Iraq, «la libertad y la seguridad han sido y son aún las fuerzas que han impulsado la política exterior estadounidense», pp. 27-32, 405. Sobre Kimball, el autor explica en una discreta nota a pie de página que «solo ahora empiezan los historiadores a lidiar con las fascinantes cuestiones que planteó William Appleman Williams» y señala que Gardner y Kolko se muestran contrarios al «punto de vista más aceptado, que hace hincapié en la política de la fuerza y en el idealismo wilsoniano» y que «en realidad no aborda la cuestión de los objetivos económicos generales de Norteamérica y sus efectos en la política exterior», un tema que se analiza de forma un tanto cauta, o incluso sin un atisbo de realismo, en el siguiente capítulo sobre la Ley de Préstamo y Arriendo. *The Juggler*, cit., pp. 218-219, pp. 43-61. A propósito de las teorías alternativas a la ortodoxia tradicional de la Guerra Fría, McCormick señaló en cierta ocasión con razón que «si bien los postrevisionistas suelen dejar debida constancia de los factores materiales, después los esconden en una lista indiferenciada e inconexa de variables. La premisa operativa es que lo sofisticado es la multiplicidad, no la articulación», «Drift or Mastery? A Corporatist Synthesis for American Diplomatic History», *Reviews in American History* 10 (diciembre de 1982), pp. 318-319.

eran las carencias del término «expansión» según el uso que le daba la Escuela de Wisconsin. A su juicio, en el siglo XIX o en la primera mitad del XX Estados Unidos había ampliado sus territorios en América del Norte, o incluso en el Pacífico, y la economía estadounidense había prosperado sin recurrir a los mercados extranjeros, y el hecho de que algunos políticos o empresarios estuvieran convencidos de lo contrario no demostraba la existencia de una continuidad en los objetivos de la política exterior norteamericana, visiblemente ausente. Tucker reconocía que era cierto que había tenido lugar una expansión. Pero este fenómeno no debía interpretarse como una proyección de la estructura socioeconómica del capitalismo norteamericano, sino como la proyección del desarrollo del poder norteamericano y de la dinámica de la competencia interestatal, un proceso que había venido acompañado por la idea de que los norteamericanos tenían la misión de difundir sus valores en el exterior. Según Thompson, los norteamericanos aducían distintas creencias para justificar la política exterior de su país, y no existía motivo alguno para conceder *a priori* más importancia a las razones de índole comercial que a las de índole estratégica, moral o política. Para Tucker, las cuestiones relacionadas con la seguridad, que se invocaban a menudo, estaban incluidas en el repertorio. Aunque habían sido una preocupación legítima hasta mediados de los cincuenta, a continuación se les había atribuido una importancia excesiva y se había abandonado la búsqueda racional del equilibrio de poder en favor del afán de la hegemonía de un expansionismo global. En ese sentido, la crítica que había esgrimido la escuela de Wisconsin contra la política exterior en la Guerra Fría era acertada. «Para contener la expansión de los demás, o lo que se percibía como tal, se hizo necesaria nuestra expansión. De esta manera, la trayectoria de la contención se convirtió en la del imperio»[34].

[34] Robert W. Tucker, *The Radical Left and American Foreign Policy*, Baltimore, 1971, pp. II, 23, 58-64, 107-111, 149. Un estudio conservador de una gran elegancia intelectual. Asimismo, en el ensayo de John A. Thompson, «William Appleman Williams and the "American Empire"», *Journal of American Studies* 7, 1 (abril de 1973), pp. 91-104, se ofrece un examen textual más detallado desde el punto de vista de un liberal inglés.

4. PIEDRAS ANGULARES

Dos cuestiones que no se llegaron a abordar en los debates de la época fueron la estructura general de las relaciones entre el Estado y el capital en la era moderna y la forma histórica concreta que estas relaciones habían adoptado en Estados Unidos. Debido al origen independiente del Estado y del capital, el patrón de incentivos y restricciones al que ambos estaban sometidos nunca podría ser idéntico. El capitalismo, en cuanto sistema de producción sin fronteras, surgió en un mundo europeo que ya estaba dividido territorialmente en una pluralidad de Estados feudales tardíos enfrentados entre sí, cada uno con sus propios medios de agresión y sistemas de coacción. Llegado el momento, cuando las monarquías absolutistas se convirtieron en Estados-nación capitalistas, el poder económico y el poder político, que en el orden feudal se encontraban fusionados, experimentaron una separación estructural. Una vez que los productores directos fueron privados de los medios de subsistencia y pasaron a depender del mercado laboral para ganarse la vida, la coacción extra-económica dejó de ser necesaria para su explotación. Pero sus explotadores aún estaban divididos en la multiplicidad de Estados que habían heredado junto con las tensiones mutuas. El resultado, según la fórmula clásica de Robert Brenner, presentaba dos vertientes[1]. Por una parte, estos Estados no podían contradecir los intereses del capital sin debilitarse, pues su poder dependía de la prosperidad de una economía que se regía por los requisitos de la rentabilidad. Por otra, las actividades de los Estados no se podían someter al mismo conjunto de incentivos y restricciones que acataban

[1] Robert Brenner, «What Is, and What Is Not, Imperialism?», *Historical Materialism* 14, 4 (2006), pp. 79-95, esp. pp. 83-55.

las empresas. Pues mientras que el ámbito de las relaciones interestatales –al igual que el de las relaciones entre empresas– era también un ámbito de competencia, carecía tanto de las reglas institucionales del mercado como de la transparencia de un mecanismo de precios que permitieran valorar su racionalidad o su eficiencia. No existía un equivalente exterior a la solución interna del problema de la coordinación. Por tanto, todos los bandos rivales corrían el riesgo en todo momento de caer en errores de cálculo y de obtener resultados insatisfactorios o, en condiciones extremas, desastrosos.

El objetivo del capital es la rentabilidad. ¿Cuál es el objetivo equivalente del Estado? Según la jerga oficial, la «seguridad», que se impuso como definición convencional del propósito último del Estado a partir de 1945, coincidiendo con la sublimación de los Ministerios de Guerra en Ministerios de Defensa. Este término, vago como pocos otros, se adaptaba perfectamente –y se sigue adaptando– a un uso ideológico global[2]. Spykman supo advertir que detrás de esta noción se ocultaba una realidad distinta. «La lucha por el poder», señalaba, «es idéntica a la lucha por la supervivencia, y el perfeccionamiento de la posición de poder relativa se convierte en el objetivo fundamental de la política interior y exterior de los Estados», pues «la seguridad no consiste en ser igual de fuerte que un enemigo potencial; solo puede haber seguridad si se es un poco más fuerte»[3]. A partir de 1945, incluso ese «poco» se convirtió en un arcaísmo. El estudio de Leffler sobre la época de Truman se puede interpretar como una exfoliación inte-

[2] Según Joseph Nye, experto en este concepto y presidente del Consejo de Inteligencia Nacional en el gobierno de Clinton, «la seguridad es como el oxígeno: no la notas hasta que te falta», «East Asian Security – The Case for Deep Engagement», *Foreign Affairs* 74, 4 (julio-agosto de 1995), p. 91. Lloyd Gardner observaba que Gaddis utilizaba este término constantemente y declaraba que «se cierne ante nuestros ojos como una abstracción o, con permiso de T. S. Eliot, como "una figura sin sombra, [una] sombra sin color», «Responses to John Lewis Gaddis», *Diplomatic History* 7, 3 (julio de 1983), p. 191. Para la teoría que desarrollaría Gaddis dos décadas después, según la cual la seguridad estadounidense siempre ha implicado la expansión, véase *supra*, p. 46, n. 17.

[3] N. Spykman, *America's Strategy in World Politics*, cit., pp. 18, 20.

lectual exhaustiva de la incisiva conclusión que había alcanzado Tucker veinte años antes: el significado de la seguridad nacional se había ampliado hasta los confines de la Tierra[4]. Desde el punto de vista conceptual, sin embargo, la obra de Leffler mantiene una prudente ambigüedad. «Los factores clave que dieron forma a las políticas norteamericanas», escribió, no eran «la implacable presión soviética, ni los impulsos humanitarios, ni los factores de la política interior, ni la influencia británica», sino «el miedo y la fuerza»[5]. El miedo y la fuerza –la necesidad de seguridad, el impulso hegemónico– ¿tenían la misma importancia o acaso uno de estos factores era más importante que el otro? El título del libro de Leffler y las pruebas que se recogen en él apuntan de modo inequívoco en una dirección: la juiciosa casuística de su desenlace, en otra.

Sin embargo, en el Washington de la posguerra, la «preponderancia del poder» no era solo el objetivo estándar de cualquier Estado importante: la búsqueda, en palabras de Spykman «de un generoso margen, no de un equilibrio» de fuerzas. Objetivamente, esta expresión tenía otro significado, basado en el carácter singular de EEUU, un Estado capitalista que no solo contaba con la economía industrial más voluminosa y autosuficiente del mundo, con diferencia, sino que además se podía escudar detrás de sus océanos para protegerse de cualquier posible ataque de un enemigo o rival. En el plano de la *Weltpolitik* se abrió de este modo una amplia brecha entre el poder potencial del Estado norteamericano y el alcance real de sus intereses. La participación en la Segunda

---

[4] Tucker criticaba radicalmente este fenómeno: «Al interpretar que la seguridad no es únicamente una función del equilibrio entre Estados, sino del orden interno que mantienen los Estados, la Doctrina Truman equiparó la seguridad de Norteamérica con unos intereses que evidentemente iban más allá de los requisitos convencionales de la seguridad. Y no era una concepción meramente retórica diseñada en esta época exclusivamente para lograr que la opinión pública apoyara algunas acciones políticas concretas, aunque se trate de una retórica que las sucesivas administraciones se tomaron en serio. Más bien, es una fiel expresión de la magnitud de la imagen que tenían los norteamericanos de su papel y sus intereses en el mundo desde el comienzo mismo de la Guerra Fría», *The Radical Left and American Foreign Policy*, cit., p. 107.

[5] M. Leffler, *A Preponderance of Power*, cit., p. 51.

Guerra Mundial redujo la distancia y transformó la estructura de la relación entre el poder y los intereses estadounidenses. La Depresión había dejado claro a los responsables políticos que la economía de EEUU no estaba aislada de los movimientos sísmicos que podían afectar al sistema mundial del capital, y el estallido de la guerra evidenció que los bloques comerciales autárquicos no solo podían excluir al capital estadounidense de grandes zonas geográficas, sino que representaban un riesgo de conflagraciones militares que podían poner en peligro la estabilidad de la civilización burguesa en general. La participación en la guerra reportó, pues, un doble beneficio a los norteamericanos: su economía creció a un ritmo espectacular bajo el estímulo de las adquisiciones militares y el PNB se duplicó entre 1938 y 1945; y sus tres rivales industriales más importantes –Alemania, Gran Bretaña y Japón– quedaron destrozados o debilitados a raíz del conflicto, de tal manera que Washington se encontraba en posición de reorganizar el universo del capital adaptándolo a sus propias necesidades.

Las élites de la Gran Potencia que había adquirido esta capacidad se encontraban más próximas a la banca y al mundo empresarial que las de cualquier otro Estado de la época. En la administración Truman, los peldaños más altos de la política estaban atestados de banqueros y abogados de empresa, y de industriales y comerciantes destacados: Forrestal, Lovett, Harriman, Stettinius, Acheson, Nitze, McCloy, Clayton, Snyder, Hoffman: una clase que no podía ignorar los intereses del capital norteamericano en su nuevo diseño de la escena de la posguerra. La libre empresa era el fundamento de cualquier tipo de libertad. EEUU era el único que podía garantizar su conservación y su difusión a escala mundial, y tenía derecho a disfrutar de los beneficios derivados de esta labor. Inmediatamente después de la guerra, cuando los temores a un posible regreso de la depresión a raíz de la desmovilización estaban muy extendidos, la apertura de los mercados extranjeros a las exportaciones estadounidenses –una *idée fixe* del Departamento de Estado en tiempos de guerra– se consideraba vital para la prosperidad del futuro.

La Guerra Fría alteró estos pronósticos. Siempre se había considerado que la recuperación económica de la Europa occidental

y de Japón era una condición para la creación de un sistema de libre comercio en el que los productos norteamericanos pudieran llegar hasta los mercados de consumo que habían recuperado la solvencia en el extranjero, pero con el Ejército Rojo a orillas del Elba y el Ejército Popular de Liberación al otro lado del Yangtsé, se impusieron otras prioridades –y se produjo un cambio de dirección– en la construcción del orden liberal internacional. De momento, la política de Puertas Abiertas tendría que ralentizarse, y habría que proteger más a los mercados europeos y japoneses que a los norteamericanos para estar preparados en caso de que hubiera que vencer a un enemigo totalitario del mercado en general. En estos lugares, la preponderancia del poder norteamericano sobre sus intereses fue por primera vez sumamente útil, y adoptó la forma de una hegemonía imperial. En lo sucesivo, el Estado norteamericano no tendría que actuar principalmente como una proyección de los intereses del capital estadounidense, sino como guardián del interés general de todos los capitales, sacrificando –allí donde fuera necesario, y durante el tiempo oportuno– el beneficio nacional en aras del internacional, con la garantía de una segura recompensa final.

Se podían permitir actuar de esta manera, ya que después de la guerra, al igual que antes de que empezara, la magnitud del poder norteamericano –que ahora no era simplemente económico sino militar y político– era aún muy superior a la de de los bancos y las empresas norteamericanas. Todavía se podían hacer muchas concesiones a los Estados subalternos y a sus grupos dirigentes, algo esencial para la construcción de un sistema hegemónico. La aprobación del nuevo orden no se compró exclusivamente con estas concesiones: estos Estados tenían las mismas razones para temer al enemigo común que la nación superior que ahora les protegía. Ellos también necesitaban la fuerza militar inseparable de cualquier hegemonía. Se había puesto en marcha un nuevo tipo de guerra que requería los nervios de acero de una superpotencia. Forrestal resumía así los medios y los fines estratégicos del futuro imperio norteamericano: «Mientras seamos capaces de producir más que el resto del mundo, de dominar los mares y de atacar las regiones interiores con la bomba atómica, podemos asumir cier-

tos riesgos que de lo contrario serían inaceptables en nuestro esfuerzo por recuperar el comercio mundial, el equilibrio de poder –de poder militar– y por eliminar algunas de las condiciones que generaron la guerra»[6]. En este proyecto, recuperar el equilibrio de poder era una expresión que pertenecía al mismo vocabulario de eufemismos que la estrategia de la contención: como ya había advertido Spykman, «a los Estados solo les interesa un equilibrio que les resulte favorable». El gobierno de Moscú era tan consciente de ello como el de Washington y, por consiguiente, ninguno de los dos se hacía demasiadas ilusiones al respecto. El capitalismo y el comunismo, como sabían sus dirigentes, eran modelos sociales incompatibles, y ambos intentarían –antes o después: antes para el capitalismo, mucho después para el comunismo– acabar con el otro. Mientras se prolongara el conflicto, la hegemonía de los norteamericanos en el bando del capital estaba garantizada.

II

En un principio, la tarea primordial para el gobierno de Washington era garantizar que las dos regiones industriales más avanzadas situadas entre EEUU y la URSS, las que habían provocado la guerra, no cayeran en manos del comunismo. La Europa occidental y Japón contaban con unos niveles históricos de desarrollo económico y científico muy elevados que les convertían en el primer gordo en cualquier cálculo de poder en la posguerra. Reconstruir estas dos regiones bajo la tutela y la protección de los norteamericanos fue por tanto la primera prioridad de la política de contención. Las antiguas potencias del Eje, una vez despojadas de sus conquistas, debían transformarse, con ayuda de EEUU, en prósperos baluartes del Mundo Libre y en posiciones militares avanzadas del poder militar norteamericano; y había que apoyar a

[6] Carta a Chandler Gurney, presidente del Comité de Servicios Armados del Senado, 8 de diciembre de 1947, Walter Millis (ed.), *The Forrestal Diaries*, Nueva York, 1951, p. 336. Según Forrestal, la lucha contra la Unión Soviética no era tanto una Guerra Fría como una «guerra parcial».

las antiguas potencias aliadas, menos perjudicadas por la guerra, para que recuperaran la normalidad económica. Europa occidental, el mayor de los dos trofeos, una región que a diferencia del Japón insular era vulnerable a un hipotético ataque por tierra del Ejército Rojo, requería la máxima atención y la mayor ayuda. Esta región era, según explicaría Acheson al Congreso, «la piedra angular del mundo»[7].

Entre 1946 y 1947, Gran Bretaña se convirtió en el campo de pruebas del brusco giro de la política norteamericana que exigía la Guerra Fría. En bancarrota financiera después de enfrentarse por segunda vez con Alemania, a mediados de 1946 el Reino Unido se vio obligado a someterse a las condiciones draconianas de un préstamo norteamericano para mantenerse a flote: no solo se contemplaban unos intereses desmesurados, que suscitaron las protestas británicas, sino el recorte de los controles a la importación y la plena convertibilidad de su moneda en el plazo de un año. Con los precios norteamericanos en alza, el coste de las importaciones se elevó y el país quedó sumido en una enorme crisis de la balanza de pagos. El gobierno de Attlee se vio obligado a suspender la convertibilidad a las pocas semanas de su implantación[8]. El maximalismo liberal de Hull había sobrepasado sus objetivos imperiales y era contraproducente. No tenía sentido arruinar a un antiguo aliado si lo que se quería era convertirlo en un protectorado viable. Menos aún a los países más precarios de la Europa occidental, sobre todo a Francia y a Italia, aún más débiles económicamente que Gran Bretaña y más inestables desde el punto de vista político. En 1947, la brecha cambiaria del dólar entre las importaciones europeas procedentes de EEUU y su capacidad para pagarlas era enorme y señalaba la necesidad de un cambio de rumbo. Gracias al Plan Marshall se canalizaron unos 13.000 millones de dólares que se transformaron en fondos de contrapartida para la recuperación

[7] M. Leffler, *A Preponderance of Power*, cit., p. 277.

[8] «Al firmar la ley que permitía el préstamo a los británicos el 15 de julio de 1946, Truman hizo que la libra esterlina comenzara una agonizante marcha hacia la muerte de un año de duración», señala Steil en *The Battle of Bretton Woods*, cit., p. 309, una descripción bastante gráfica de la crueldad de la imposición norteamericana.

de Europa –controlada por los ejecutivos de las empresas estadounidenses y condicionada a la adquisición de productos norteamericanos– y se dejó de insistir en que había que abolir inmediatamente los aranceles y los controles comerciales. En lugar de ello, comenzaron las presiones dirigidas a lograr el saneamiento presupuestario y la integración europea[9]. El corolario de estas medidas no se hizo esperar demasiado. Los fondos del Plan Marshall trajeron la ayuda económica; la OTAN proporcionó un escudo militar. El Pacto Atlántico se firmó en la primavera de 1949.

En Alemania, un país dividido entre cuatro potencias ocupantes, con un tercio del territorio bajo control soviético, no se podían aplicar las mismas medidas. La región occidental, que abarcaba el Ruhr, era una parcela demasiado valiosa para renunciar a ella en cualquier posible unificación en la que Moscú pudiera meter baza. A mediados de 1947, Washington dejó claro que Rusia no podía esperar indemnización alguna por la enorme destrucción con la que le había castigado el Tercer Reich mientras EEUU se deleitaba con el crecimiento que había experimentado su país durante la guerra, y que la idea era que la región occidental de Alemania se separara de la oriental y se convirtiera en un nuevo Estado alemán sometido a la jurisdicción angloamericana[10]. Pero

---

[9] También se presionó, por supuesto, para que se obtuvieran resultados electorales convenientes: «El Plan Marshall era un poderoso mensaje para que los votantes europeos comprendieran que la generosidad de los norteamericanos dependía de que eligieran a gobiernos dispuestos a aceptar las reglas de comercio multilateral y el conservadurismo fiscal que la acompañaban», y evitó al mismo tiempo un recorte salarial drástico que habría provocado conflictos sociales, T. J. McCormick, *America's Half-Century*, cit., pp. 78-79; A. Offner, *Another Such Victory*, cit., p. 242. Alan Milward demostró que el efecto económico real de la contribución del Plan Marshall a la recuperación europea, que ya estaba en marcha cuando llegó la ayuda, fue menor de lo que se publicitó, «Was the Marshall Plan Necessary?», *Diplomatic History* 13, 2 (abril de 1989), pp. 231-252. Lo que fue decisivo no fue su impacto material, sino su impacto ideológico.

[10] Véase la crónica definitiva que se recoge en Carolyn Eisenberg, *Drawing the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949*, Cambridge, 1996, *passim*. Stephanson defiende que la negativa de EEUU a pagar las indemnizaciones que había prometido a la URSS en Yalta –una reivindicación que no solo estaba totalmente justificada, sino que además era per-

incluso en su versión reducida de República Federal, Alemania, al contrario que Japón, suscitaba los temores de sus vecinos. Para reconstruirla y convertirla en un bastión de la libertad, por tanto, no solo se necesitaba el dinero y las armas de los norteamericanos, sino que había que integrar esta nación en un sistema europeo de seguridad mutua, de tal manera que la industria alemana pudiera ayudar a reanimar las economías vecinas y que el rearme alemán fortaleciera las barreras para impedir un hipotético ataque del Ejército Rojo. Washington se convertiría así desde el principio en el patrocinador de todas las medidas que condujeron a la unidad europea. En 1954, cuando Francia bloqueó la versión predilecta de los norteamericanos –el proyecto militar de una Comunidad de Defensa Europea–, admitió a Alemania occidental en la OTAN. Pero la integración económica no dejó de ser un objetivo clave y por eso el Departamento de Estado y el de Defensa no se opusieron en ningún momento a los aranceles establecidos para el Mercado Común en el Tratado de Roma, a pesar de las protestas del Departamento de Comercio. Los imperativos del libre comercio no se ignoraron cuando se puso en marcha la Guerra Fría –el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade) se firmó poco después del Plan Marshall y la Ronda Kennedy le siguió en su debido momento– pero ya no constituían el frente principal. La derogación de estos imperativos tuvo que ser aceptada para asegurar la estabilidad del capitalismo en los centros industriales más importantes de los dos extremos de Eurasia.

---

fectamente factible– fue el factor decisivo que propició la Guerra Fría. A. Stephanson, *Kennan and the Art of Foreign Policy*, cit., pp. 127-132. A su modo de ver, la negativa estadounidense a normalizar, a partir de mediados de 1947, las relaciones diplomáticas fue el elemento definitorio de la Guerra Fría, y debe interpretarse como «el desarrollo del concepto de "rendición incondicional", tomado directamente de la Guerra Civil», y proclamado por Roosevelt en Casablanca. Véase «Liberty or Death: The Cold War as American Ideology», en O. A. Westad (ed.), *Reviewing the Cold War*, cit., p. 83. De manera más clara y convincente que cualquier otro autor, Stephanson sostiene que «la Guerra Fría no solo fue desde el principio un término estadounidense sino un proyecto estadounidense». Véase su ensayo «Cold War Degree Zero», en Joel Isaac y Duncan Bell (eds.), *Uncertain Empire*, Oxford, 2012, pp. 10-49.

En Japón, el otro trofeo importante de la paz, esta postura se adoptó aún con mayor firmeza. Estaba rodeado por el mar y no corría el riesgo de una invasión soviética. EEUU era la única potencia ocupante, el control político norteamericano fue más férreo y la asistencia económica menor que en Europa. Las reformas de la posguerra se suspendieron bruscamente después de que de Kennan diera un giro a su política y decidiera conservar el *zaibatsu* y restituir a la clase política anterior a la guerra, incluidos los criminales de guerra de Clase A, algo que no se podía hacer en Alemania. El ejército de ocupación, señalaba Kennan, podía «prescindir del tópico de la democratización»[11]. El Plan Dodge no fue una réplica del Plan Marshall, sino un programa de estabilización convencional, y el Tratado de Seguridad se firmó una década después de la creación de la OTAN. Pero en este escenario, mucho más devastado por la guerra y con un movimiento obrero que aplastar, Washington no puso obstáculos a un modelo de desarrollo basado en un alto grado de protección de facto y de intervención estatal, notablemente distinto del orden económico liberal que impuso en otros lugares. El dirigismo era un precio muy bajo para lograr la inmunidad a la revolución.

En general, en la Europa industrial avanzada, los objetivos norteamericanos se alcanzaron sin problemas. Eran sociedades con élites empresariales –aliados naturales de EEUU–, amplias clases medias y en general (aunque no siempre) movimientos obreros moderados. Antes de la guerra, contaban con instituciones parlamentarias y alternancia electoral. Después de la reconstrucción de

---

[11] Convencido de haber «cambiado por completo nuestra política de ocupación», Kennan consideraba que su papel en Japón era «la contribución constructiva más importante que hice desde el gobierno», J. L. Gaddis, *George F. Kennan*, cit., pp. 299-303. Miscamble –un admirador de Kennan– observa que «demostró que no le interesaba en absoluto que los japoneses decidieran su destino. No solo apenas parecía preocuparle que el *zaibatsu* estuviera dispuesto a asociarse con los militaristas japoneses, sino que, además, no le inquietaba lo más mínimo que la preservación de este grupo en el poder limitara la verdadera apertura de la economía japonesa. No era entusiasta ni partidario de las reformas», *George F. Kennan and the Making of American Foreign Policy*, Princeton, 1992, p. 255. En informe que Kennan escribió a su llegada de Tokio, recomendaba restringir la purga de los oficiales que habían participado en la guerra.

la posguerra se sucedieron veinte años de rápido crecimiento económico y se produjo una mejora en el nivel de vida, y estos países se transformaron sin contratiempos en prósperos protectorados de la ecúmene norteamericana. En Japón, donde el partido creado por las fuerzas de ocupación sigue gobernando en la actualidad, se necesitaron en un principio importantes dosis de coacción y corrupción para fundar un régimen satisfactorio. En la Europa occidental, sin embargo, la presión necesaria para encerrar a las sociedades locales en el sistema de seguridad estadounidense nunca fue excesiva. La fuerza solo decidió el resultado en la periferia empobrecida de Grecia, donde los británicos habían allanado el camino para la contrarrevolución militar[12]. En otros lugares –sobre todo en Italia y en Francia– la financiación encubierta de partidos, sindicatos y periódicos que llevaron a cabo los norteamericanos favoreció a la causa anticomunista. La intervención militar, aunque se encontraba preparada, no fue necesaria[13]. En estos países, la opi-

[12] Desde el principio, Roosevelt había respaldado la decisión de Churchill de enviar tropas británicas en 1944 para acabar con el núcleo de la resistencia griega. Bajo Truman, este país se convirtió en la bengala del avance norteamericano en la Guerra Fría, y Acheson explicaría a los congresistas que si fracasaban en su intento de mantener un gobierno amistoso en su lugar «tres continentes [quedarían] expuestos a la penetración soviética. Como en un cesto con una manzana podrida, la corrupción de Grecia se extenderá hasta Irán y afectará a todo Oriente». El destino de «las dos terceras partes del mundo» estaba en juego, nada menos. Marshall no tardó en ordenar a la embajada norteamericana «no interferir en la administración de justicia de Grecia», y se produjo una ejecución masiva de prisioneros políticos. Veinte años después, con la junta en el poder en Atenas, Acheson explicaría a los griegos que «no existía ninguna alternativa realista a los coroneles», pues Grecia no estaba «preparada para la democracia», Lawrence Wittner, *American Intervention in Greece, 1943-1949*, Nueva York, 1982, pp. 12-13, 71, 145; G. Gigantes, *I Should Have Died*, cit., pp. 122-144.

[13] Para estos sucesos, véase el telegrama que le envió Kennan a Acheson el 15 de marzo de 1948: «Italia es, obviamente, la clave. Si los comunistas ganan las elecciones en este país nuestra posición en el Mediterráneo, y posiblemente en la Europa occidental, se debilitará. Estoy convencido de que los comunistas no pueden ganar si no recurren a un grado de intimidación importante, y está claro que sería mejor evitar que se llegaran a celebrar elecciones antes que permitir que los comunistas venzan en estas circunstancias. Por estos motivos, me pregunto si no sería preferible que el gobierno italiano declarara ilegal al Partido Comunista y emprendiera acciones en su contra

nión pública era favorable de por sí. Fundamentalmente, el proceso fue consensuado: las democracias capitalistas aceptaron libremente su lugar en un orden imperial que les permitía prosperar. No era un «imperio con invitación», según la obsequiosa expresión de un noruego partidario de los norteamericanos[14]. Era una invitación *del* imperio, no una invitación para incorporarse *al* imperio, y este tipo de invitaciones no se podían rechazar. Alemania y Japón, potencias derrotadas despojadas de los territorios que habían conquistado, tenían pocos motivos para hacerlo: EEUU les había ayudado a levantarse, les protegía con su paraguas nuclear y podían dedicarse decididamente a poner en marcha sus propios milagros económicos. Los gobernantes de Gran Bretaña y de Francia, potencias vencedoras que todavía mantenían el control de sus posesiones en el extranjero, gozarían durante un tiempo de más autonomía, con las posibles fricciones que ello entraña. Estas cuatro potencias, junto con otros Estados europeos de menor entidad, tenían derecho a cierta dosis de tacto diplomático, por su condición de auxiliares en el campo de batalla de la Guerra Fría. El mando seguía en manos de los norteamericanos.

III

Era una guerra fría, pero no dejaba de ser una guerra. La URSS no era solo un Estado cuyos dirigentes estaban comprometidos con el derrocamiento político del capitalismo. Esa era la posición que había adoptado la Unión Soviética desde la Revolu-

---

antes de las elecciones. Es de suponer que los comunistas responderán con la guerra civil, lo que nos servirá de excusa para ocupar de nuevo los campos de Foggia y otros instalaciones que nos interesaran. Reconozco que esto derivaría en un incremento importante de la violencia y, probablemente, en la división militar de Italia; pero la fecha límite está cada vez más cerca y pienso que sería preferible a una victoria electoral sin derramamiento de sangre y sin nuestra oposición, pues en este caso la totalidad de la península quedaría de golpe en manos de los comunistas y el pánico se extendería a las regiones circundantes», A. Stephanson, *Kennan and the Art of Foreign Policy*, cit., p. 99.

[14] Geir Lundestad, *The United States and Western Europe Since 1945*, Oxford, 2003, pp. 2-3, *passim*.

ción de Octubre. Era, además, una potencia militar temible que había batido a los ejércitos de Hitler en un momento en que Norteamérica no era más que un mero espectador en Europa, y ahora gozaba de una ventaja abrumadora en cuanto a la proporción de fuerza militar convencional en el continente. Para contrarrestar la amenaza del Ejército Rojo se necesitaba un arsenal de destrucción de primera calidad. Después de arrasar Hiroshima y Nagasaki, parecía que Washington estaba en poder de un arsenal de estas características: Moscú había recibido un aviso antes incluso de que terminara la guerra del Pacífico. Truman tenía la esperanza de que esta advertencia sirviera para disuadir a los rusos de participar en la contienda[15]. Durante cuatro años, EEUU tuvo el mo-

---

[15] Nunca se cuestionó que Norteamérica utilizara sus armas atómicas en Japón sin respetar los requisitos militares y las consideraciones morales: «La guerra había embrutecido hasta tal punto a los dirigentes norteamericanos que en la primavera de 1945 abrasar a una ingente cantidad de civiles ya no representaba dilema alguno». Dos meses antes de lanzar la bomba atómica, Stimson mantuvo la siguiente conversación con Truman: «Expresé mi temor a que las fuerzas aéreas hubieran sometido a Japón a un bombardeo tan exhaustivo que la nueva arma no pudiera demostrar su potencial». El presidente «se rio *[sic]* y dijo que lo comprendía», G. Kolko, *The Politics of War*, cit., pp. 539-540. Exultante ante lo que Stimson definía como «la escalera de color» que se había guardado en la manga en Potsdam, Truman regresó a casa a bordo del acorazado *Augusta*. «Cuando el *Augusta* se acercaba a la costa de Nueva Jersey el 6 de agosto, el oficial de la sala de mapas, el capitán Frank Graham, nos comunicó que se había lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima. Diez minutos después, llegó un cable de Stimson en el que afirmaba que el bombardeo había sido aún más "vistoso" que el de Nuevo México. "Es el acontecimiento más importante de la historia", le dijo Truman a Graham, y salió corriendo por el barco para difundir la noticia, insistiendo en que era la mejor noticia que había comunicado en su vida. "Hemos ganado la partida", explicó a la concurrencia ante los vítores de la tripulación. El presidente no dio la más mínima muestra de remordimiento, compasión o humildad inmediatamente después de una destrucción casi incomprensible: cerca de 80.000 muertos de golpe, y decenas de miles agonizando por la radiación», A. Offner, *Another Such Victory*, cit., p. 92. Offner añade que el número de bajas norteamericanas que supuestamente se había evitado gracias a los ataques nucleares a Japón –la razón fundamental que aducían para dichos ataques– jamás habría llegado a los 500.000 soldados de los que hablaba Truman ni al millón de las estimaciones de Stimson –20.000, quizá, p. 97.

nopolio de la bomba atómica. Después, en 1949, mucho antes de lo que esperaban los servicios de inteligencia norteamericanos, los soviéticos realizaron sus primeras pruebas atómicas. Pero el Pentágono no se había dormido en los laureles, y en 1952 probó la primera bomba de hidrógeno. Esta vez, la réplica soviética fue aún más rápida, con una rudimentaria explosión en 1953. Con todo, EEUU todavía llevaba la delantera y el artefacto que hizo estallar en las Bikini un año después sería treinta veces más destructivo que el equivalente soviético de 1955.

No bastaba con fabricar armas nucleares: había que usarlas. En este apartado, Norteamérica también mantuvo un liderazgo constante, a pesar de que las autoridades estadounidenses aseguraban una y otra vez que su país se estaba quedando rezagado en la carrera. A mediados de los cincuenta, la leyenda de la «brecha de los misiles» impulsó la construcción de más de dos mil bombarderos estratégicos, en un momento en que Rusia no tenía más de veinte. El lanzamiento del satélite *Sputnik* por parte de la URSS, rápidamente superado por otros cohetes estadounidenses más poderosos en la carrera espacial, favoreció un gran incremento del presupuesto militar, una decisión basada en la suposición de que Moscú había abierto una «brecha de los misiles» en las defensas norteamericanas, cuando en realidad los soviéticos solo contaban con cuatro prototipos de ICBMs y el arsenal de cabezas nucleares norteamericano era diez veces mayor que el de la URSS. Poco después, el Pentágono desarrolló la tecnología MIRV y EEUU tomó de nuevo la delantera. A principios de los setenta, cuando Rusia había alcanzado por fin a Norteamérica en potencia en megatones y en número de lanzamisiles, aunque no en calidad, y reivindicaba la paridad estratégica, las ojivas norteamericanas todavía triplicaban a las soviéticas.

Por supuesto, el equilibrio estratégico general no se basaba únicamente en los misiles. Norteamérica era una potencia marítima que dominaba los océanos del mundo: su flota patrullaba las vías marítimas desde el oriente del Mar de China hasta el Mediterráneo, desde el Atlántico al Golfo Pérsico, y sus portaaviones surcaban las olas mientras los submarinos nucleares –de los cuales contaban con cinco veces más que los rusos– se deslizaban bajo

los mares. En 1945, antes incluso de que terminara la guerra, el Estado Mayor Conjunto había empezado a planear la creación de una red global de bases militares y derechos de tránsito que se extendiera por América Latina, el norte de África, el Mediterráneo, Oriente Medio, Asia meridional y el Lejano Oriente, y en 1946 ya contaba con 170 bases aéreas activas en el extranjero[16]. A mediados de los sesenta, Estados Unidos controlaba unas 375 bases importantes y 3.000 instalaciones militares menores en todo el mundo, incluso en el infranqueable Ártico[17]. El Bloque Soviético estaba asediado por los cuatro costados. Con una sociedad mucho más pobre y atrasada, la URSS era en comparación una potencia regional, relacionada ideológicamente con una serie de movimientos de oposición que se encontraban más allá de sus fronteras, mientras que EEUU era una potencia global con regímenes satélites en todos los continentes. En esta competición desigual, Norteamérica podía mantener un imperio estratégico muy superior al de Rusia con un coste muy inferior en proporción a su riqueza. El esfuerzo económico que tuvo que hacer la URSS para competir en estas circunstancias tan adversas era enorme.

«Sin un poder militar global superior, real y preparado para la movilización, una política de "contención" –que es, en realidad, una política de coacción calculada y gradual– no es más que un farol», se decía en una autorizada exposición de la estrategia estadounidense redactada en plena Guerra Fría, un documento escrito en buena medida por Nitze en la primavera de 1950 en el que se proponía triplicar el presupuesto de defensa. Pero la acumulación de poder militar no era suficiente. La batalla contra la URSS estaba, además, indisolublemente ligada a la política y a la ideología, en una lucha existencial entre «la maravillosa diver-

---

[16] M. Leffler, *A Preponderance of Power*, cit., pp. 56-59, 135-171. Los estrategas de 1945, por supuesto, no solo tenían en mente a la URSS. «Al concebir las bases en el Pacífico, por ejemplo, los oficiales del Ejército y de la Marina subrayaban su utilidad a la hora de sofocar posibles conflictos en el Nordeste y en el Sudeste Asiático, y de garantizar el acceso a materias primas fundamentales», p. 56.

[17] C. T. Sandars, *America's Overseas Garrisons: The Leasehold Empire*, Oxford, 2000, p. 9.

sidad, la profunda tolerancia y la legitimidad de una sociedad libre», y «la idea de la esclavitud bajo la adusta oligarquía del Kremlin». No solo estaba en juego «la consolidación o la destrucción de esta República, sino la de la propia civilización»[18]. Desde el punto de vista político, lo prioritario era «ejercer la máxima presión sobre la estructura de poder soviética y, en particular, sobre las relaciones entre el gobierno de Moscú y sus países satélites», librando «una guerra psicológica abierta para alentar las deserciones en masa de la lealtad soviética» y empleando «métodos encubiertos de guerra económica, así como política y psicológica, con vistas a fomentar y apoyar los disturbios y las rebeliones en algunos países satélites estratégicos». La prehistoria de las operaciones encubiertas contra Rusia se había desarrollado durante el mandato de Wilson, que se había inclinado por derrocar al régimen bolchevique con medios clandestinos y que los había utilizado profusamente, legando una serie de métodos y un equipo de profesionales especializados que se renovarían y se utilizarían treinta años después[19]. Dos años antes de que se redactara el

---

[18] «Nuestra sociedad libre se encuentra amenazada de muerte por el sistema soviético. Ningún otro sistema de valores es tan incompatible con el nuestro, tan implacable en su propósito de destruirnos, tan capaz de utilizar para sus propios fines las tendencias más peligrosas y divisivas de nuestra sociedad; ningún otro evoca con tal destreza y energía los elementos irracionales de la naturaleza humana.» En un principio, los superiores de Nitze rechazaron el informe NSC-68, pero en otoño fue ratificado por Truman, después de que la Guerra Fría estallara al fin en algunos conflictos en el Lejano Oriente. El documento era de alto secreto, un *arcanum imperii*, y no se desclasificaría sino pasados 25 años.

[19] Allen Dulles, uno de los productos de esta experiencia, afirmaría más tarde: «A veces me pregunto por qué Wilson no inventó la Agencia Central de Inteligencia». Su hermano también mostró el mismo entusiasmo a la hora de enviar operativos con el fin de subvertir el bolchevismo. Véase D. Foglesong, *America's Secret War against Bolshevism*, cit., pp. 126-129, donde se explican en detalle los proyectos de Wilson, «envueltos en una nebulosa combinación de autoengaño y ficciones convenientes», p. 295. Leffler exoneraba a Wilson de su responsabilidad en la Guerra Civil rusa –«despreciaba a los bolcheviques. Pero no temía su poder»– antes de que se publicara el libro de Foglesong, en el que se despachan de un plumazo las apologías tradicionales de Wilson en este campo. La valoración que ofrece Leffler de estas apologías se puede encontrar en *The Spectre of*

informe de seguridad NSC-68, Kennan[20] pondría en marcha estas operaciones, que se intensificarían a lo largo de los años cincuenta y que, con el tiempo, se convertirían en el objetivo público de la estrategia del *rollback*, que consistía en obligar a retirarse al enemigo y que, según Dulles, era una respuesta más dura que la estrategia de la contención. Para entonces, el lema era la bravata. Ante el estallido de algunas rebeliones en la Europa del Este –en la Alemania Oriental y en Hungría, y más tarde en Checoslovaquia–, Washington se mantuvo al margen. El cerco militar del bloque soviético era viable, la intervención política, no. El único recurso era, por tanto, la guerra ideológica. Estados Unidos no defendía el capitalismo –se tenía la precaución de evitar este término, pues pertenecía al vocabulario del enemigo– sino que protegía el mundo libre de la esclavitud totalitaria del comunismo. Las emisoras de radio, las organizaciones culturales, los medios de comunicación impresos de toda laya, se movilizaron para divulgar este mensaje[21]. En las sociedades industriales avanzadas de la Europa occidental y de Japón, donde la Guerra Fría

Communism: The United States and the Origins of the Cold War 1917-1953, Nueva York, 1994, pp. 8-9 y ss.

[20] Para el papel de Kennan en la introducción de este término, en la práctica de la «guerra política» encubierta y en la preparación de las expediciones paramilitares de la «Operación Valioso» en Albania, véase Corke, *US Covert Operations and Cold War Strategy*, cit., pp. 45-46, 54-55, 61-62, 84; y W. Miscamble, *George F. Kennan and the Making of American Foreign Policy*, cit., pp. 110-111: «En 1948, Kennan abordó con entusiasmo las operaciones encubiertas y no parece que declarara en ningún momento que este tipo de operaciones debieran tener un alcance limitado. Tampoco mostró reserva alguna en relación con el carácter extralegal de gran parte de las actividades de la OPC (Office of Policy Coordination)». Para el reclutamiento de antiguos nazis para estas labores, véase Christopher Simpson, *Blowback*, Nueva York, 1988, pp. 112-114. El origen de las conexiones de Kennan con el submundo de la Inteligencia estadounidense, exterior y doméstica, se remonta a su estancia en Portugal durante la guerra y se prolongaría durante las tres décadas posteriores, hasta la guerra de Vietnam.

[21] Las tapaderas que la CIA creó para infiltrarse culturalmente en el ámbito nacional y en el extranjero –el Congress for Cultural Freedom y otras instituciones similares– también se pusieron en marcha por iniciativa de Kennan, un entusiasta de este tipo de labores. Véase Hugh Wilford, *The Mighty Wurlitzer*, Cambridge, Massachusetts, 2008, pp. 25-28.

se podía interpretar fácilmente como un conflicto directo entre la democracia y la dictadura, la batalla de las ideas se ganó sin problemas. Pero ¿qué pasaba con el mundo que se encontraba más allá de estas fronteras y que también se decía que era libre? ¿Qué significado tenía allí la libertad?

5. PERÍMETROS

Proteger del comunismo los flancos industrializados de Eurasia, desarrollar una capacidad de ataque superior y levantar una serie de estratégicos muros de contención para defenderse de la Unión Soviética eran las tareas más urgentes para los planificadores de Washington después de la guerra, y acapararon su atención inmediata. Todos estos objetivos se cumplieron sin demora. A pesar de la sucesión de falsas alarmas que interrumpía repetidamente la carrera armamentística y de las prolongadas disputas contra un adversario imaginario en Berlín, las líneas maestras del conflicto que se habían dibujado entre 1947 y 1948 se fijaron enseguida y comenzó una guerra de posiciones indefinida. Desde el principio, sin embargo, los estrategas norteamericanos eran conscientes de que el campo de batalla general era más amplio. En los inmensos territorios de Asia, África y América Latina se enfrentaban a un panorama distinto. Allí no existían centros industriales importantes, los niveles de alfabetización eran muy bajos y las estructuras sociales mucho más atrasadas. Por otra parte, atesoraban los recursos naturales necesarios para desarrollar una economía avanzada y poderosas tecnologías militares: el petróleo en Oriente Medio, el estaño y el caucho en el Sudeste Asiático, el uranio y el cobalto en el África central, el cobre y la bauxita en Sudamérica, y muchas otras materias primas. Además, en estos países se concentraba la gran mayoría de la población mundial. Estaba claro que apoderarse de ellos era vital.

Esta tarea planteaba una serie de problemas mucho más complicados que los que acarreaba la recuperación de la Europa occidental y de Japón, o la modernización del arsenal nuclear. Desde los parapetos de Washington en los primeros compases de la Guerra Fría, el panorama de lo que más tarde se convertiría en el Tercer Mundo estaba formado por cuatro regiones principales. En Asia, los impe-

rios coloniales europeos que habían sido atacados o invadidos por Japón durante la Segunda Guerra Mundial se enfrentaban a movimientos nacionalistas –algunos anteriores a la guerra, otros surgidos a raíz de la contienda–. En Oriente Medio predominaban los Estados débiles, parcialmente coloniales, soberanos pero ligados a las antiguas potencias que los gobernaban o los supervisaban. En África, la guerra había afectado poco a la autoridad imperial europea y los movimientos nacionalistas todavía eran modestos. Las repúblicas independientes de América Latina, más antiguas que la mayoría de los Estados europeos, eran clientes de EEUU desde hacía mucho tiempo. En ninguno de estos lugares se podía encontrar algo similar a la estabilidad de los sistemas representativos de las regiones que se acabarían convirtiendo en el Primer Mundo.

En este variopinto paisaje, los imperios coloniales de Gran Bretaña y de Francia –los mayores con diferencia– eran los más problemáticos para Washington. La guerra había debilitado enormemente a estos países y EEUU les había recordado sin más ceremonias que su situación económica había empeorado y que no tolerarían que retomaran sus pretensiones tradicionales. Dentro de la comunidad atlántica, que desde este momento presidiría Norteamérica, un grupo de Estados capitalistas occidentales cuya misión era combatir a la Unión Soviética, podían gozar de la posición de subordinados predilectos. Pero ¿cuál era el futuro de su botín imperial en los trópicos? EEUU, aunque había adquirido de forma tardía sus propias colonias en el Pacífico y en el Caribe, se definía ideológicamente como una potencia anticolonial, la «primera nación nueva» que se había emancipado del Viejo Mundo, y no tenía intención alguna de permitir que se restituyeran los ámbitos de influencia anteriores a la guerra ni el control de las materias primas. Su hegemonía en el hemisferio occidental, donde América Latina era desde hacía mucho tiempo una región satélite de Estados Unidos, era el modelo a seguir, en principio: la independencia oficial de las antiguas colonias, su reducción oficiosa a la categoría de clientes de EEUU.

Pero un siglo político después, no parecía una tarea tan sencilla. Pues ahora el anticolonialismo, una doctrina que sin duda gozaba de bastante aceptación, a menudo estaba demasiado conta-

minado por confusas ideas de sesgo anticapitalista, y en algunos lugares la lucha por la liberación nacional estaba expuesta a la infiltración comunista. La labor de los grandes estrategas norteamericanos era, por tanto, delicada. Las potencias coloniales europeas eran leales auxiliares de EEUU en la Guerra Fría y no se les podía dar de lado ni humillar demasiado. Es más, allí donde los movimientos nacionalistas estaban liderados por comunistas, la contrainsurgencia colonial merecía el respaldo incondicional de EEUU. Por otra parte, en aquellos lugares en los que esta amenaza aún no había cristalizado, el imperialismo europeo corría el riesgo, al aferrarse a sus posesiones, de provocar precisamente la situación que había que evitar: la radicalización de un nacionalismo ecléctico y su transformación en un socialismo rebelde. Para cortar de cuajo este peligro, los imperios coloniales tendrían que desaparecer y su patrimonio debía pasar a otras manos. Esto exigía necesariamente un grado extremo de intervención –económica, política y militar– por parte de Estados Unidos que garantizara una transición segura desde el dominio europeo a la protección norteamericana y que, al mismo tiempo, protegiera los intereses comunes de Occidente.

En este proceso, EEUU tendría que encontrar agentes efectivos que cumplieran sus designios siempre que fuera posible. No había lugar para los escrúpulos. Los oligarcas y los dictadores de uno u otro signo, en muchos casos excepcionalmente despiadados, habían sido desde tiempo atrás elementos esenciales en la política estadounidense de Buena Vecindad en América Latina. Ahora, había que echar una mano a los gobernadores y virreyes coloniales que todavía se mantenían en el poder. Monarcas, comisarios, generales, jeques, gánsteres, latifundistas: cualquier cosa antes que los comunistas[1]. Desde luego, la democracia era el sistema políti-

[1] En su crítica al artículo de Kennan firmado como «X», Walter Lippmann había vaticinado este panorama desde el comienzo. «El continente eurasiático es un espacio inmenso y el poder militar de Estados Unidos, aunque es enorme, tiene ciertas limitaciones que hay que tener en mente si se quiere usar de forma eficaz», observaba fríamente. «Las fuerzas de oposición que exige el señor X tendrán que estar integradas por chinos, afganos, iraníes, turcos, kurdos, árabes, griegos, italianos, austriacos, polacos antiso-

co ideal. En aquellos lugares donde este modelo se encontraba firmemente asentado, en los países industriales avanzados, los mercados estaban más arraigados y los negocios estaban a salvo. Pero donde no había democracia, en las sociedades menos desarrolladas, las cosas cambiaban. Allí, aunque el sistema electoral no evitara los atentados a la propiedad privada, era indispensable. El Mundo Libre era compatible con las dictaduras: la libertad que lo definía no era la de los ciudadanos, sino la del capital, el único común denominador de las regiones ricas y de las pobres; de las emancipadas y de las colonizadas, de las zonas templadas y de las tropicales. Lo que era incompatible con el capital no era la ausencia de parlamentos o de derechos de reunión, sino la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Pero el peligro de que esto sucediera estaba muy extendido. En las sociedades atrasadas no solo rondaba el espectro del comunismo internacional. En su afán por intentar salir del subdesarrollo, los propios movimientos nacionalistas estaban expuestos a las tentaciones de la intervención estatal –las nacionalizaciones arbitrarias y otras medidas similares que acababan con la confianza de los inversores extranjeros– y, por tanto, no se podía bajar la guardia.

Para actuar en este terreno incierto, EEUU creó una serie de políticas e instrumentos adaptados al mundo colonial y a sus secuelas. Las guerras terrestres convencionales, descartadas en el Primer Mundo, se situaron en uno de los extremos del espectro; el soborno de dirigentes y de la opinión pública –que también había sido útil al principio en el Primer Mundo– en el otro[2]. En-

---

viéticos, checoslovacos, búlgaros, yugoslavos, albaneses, húngaros, fineses y alemanes. Esta política solo se puede poner en práctica reclutando, subvencionando y apoyando a un conjunto heterogéneo de satélites, clientes, subordinados y títeres», *The Cold War: A Study in US Foreign Policy*, Nueva York, 1947, pp. 11, 14.

[2] Para Gramsci, la corrupción es una modalidad de poder que se encuentra a medio camino entre el consenso y la coerción. Por tanto, es lógico que su uso haya abarcado la totalidad del arco de la acción imperial, a través de todas las regiones de la Guerra Fría. El papel mundial del reparto clandestino de dinero para afianzar el imperio norteamericano –lo que Spykman definía como «adquisiciones»– ha sido eclipsado a menudo por el papel de la violencia encubierta. Se trata de una práctica más discreta, más secreta

tre el extremo de la violencia totalmente mecanizada y el de la corrupción selectiva, emplearon una amplia variedad de métodos diferentes para imponer su voluntad: el bombardeo aéreo, el golpe de Estado, la sanción económica, el ataque con misiles, el bloqueo naval, el espionaje, la tortura delegada o directa, el asesinato. El rasgo común de todas estas estrategias era el recurso a una u otra forma de coacción, en una guerra de movimientos que pasaba rápidamente de un escenario geográfico al siguiente. El consentimiento mayoritario con el que podía contar la potencia imperial norteamericana en el Primer Mundo no se daba en el Tercer Mundo. Allí, casi siempre había que obtenerlo por la fuerza o falsificarlo. EEUU contaba con amigos sinceros y empleados leales en las élites regionales. Puede que fueran muchos. Pero cuando las fuerzas populares entraban en juego, siempre había que echar mano de la fuerza y del fraude.

II

El primer desafío se presentó en el Lejano Oriente. En los últimos compases de la guerra del Pacífico, la actuación del imperio japonés, que había conquistado Asia desde Seúl a Mandalay –sustituyendo a las potencias coloniales de Occidente en el Sudeste Asiático y maltratando al régimen del Partido Nacionalista Chino hasta su destrucción, prácticamente– había creado una situación única en esta región. En la época de la Esfera de Coprosperidad, la forma más efectiva de nacionalismo había sido el comunismo de los movimientos de resistencia de los países que se encontraban en el bando Aliado, contrarios a Tokio. La más temible de estas orga-

---

que el recurso a la fuerza, pero ha sido más universal, y abarca desde la financiación de partidos políticos en Italia, en Francia y en Japón durante la posguerra, y de instituciones culturales en todo el mundo occidental, al soborno de multitudes en Irán y a las recompensas a los militares en América Latina, las subvenciones a los señores de la guerra afganos o a los disidentes polacos, etcétera. Hoy día, por supuesto, es imposible establecer un cálculo preciso, pues el presupuesto general de la CIA es un secreto de Estado incluso en EEUU, por no hablar del registro de desembolsos.

nizaciones, la que tenía una historia más dilatada y contaba con una base más amplia, era el Partido Comunista de China. Roosevelt había considerado que el Partido Nacionalista podía convertirse en un aliado fiel de EEUU una vez que terminara la guerra del Pacífico y la administración Truman, consciente del peligro que representaba el PCC para este régimen, decidió mantener en China a las fuerzas japonesas que se encontraban bajo su mando; envió 50.000 marines para que defendieran la región de Tianjin-Pekín en nombre de Chiang Kai-shek y otros 100.000 efectivos para que ocuparan Shandong; aerotransportó a medio millón de soldados del Partido Nacionalista a Manchuria para impedir que esta región cayera en manos de los comunistas; y en el transcurso de los tres años posteriores envió unos 4.000 millones de dólares para respaldar a Chiang. Gracias a las armas y a la ayuda de los norteamericanos, el Partido Nacionalista obtuvo una ventaja inicial, pero los estragos de la guerra y la corrupción de la posguerra habían debilitado tanto el régimen de Chiang que las tornas no tardaron en cambiar. Los avances de los comunistas en las zonas cercanas a la Unión Soviética eran cada vez más frecuentes y el desenlace de una posible intervención directa de los norteamericanos en un país tan grande parecía demasiado incierto para arriesgarse. La pérdida de China era inevitable. Para los estrategas de Washington, el triunfo de la Revolución china, aunque representaba un duro golpe, era una atracción secundaria desde el punto de vista estratégico[3]. Lo importante era mantener el control del núcleo industrial de Occidente y del Lejano Oriente. Pero el comunismo asiático, a diferencia del europeo, estaba en marcha.

Si se hubiera dejado a su aire a Corea, la primera conquista de los japoneses, se habría convertido en el escenario de una revolución antes que China. Después de la rendición japonesa la única

[3] Kennan, cuyas opiniones sobre China pasaron de un extremo a otro entre 1948 y 1949, escribió en septiembre de 1951: «Cuanto menos tengamos que ver los norteamericanos con China, mejor. No hemos de anhelar los favores, ni temer la enemistad de ningún régimen chino. China no es la gran potencia de Oriente», J. L. Gaddis, *Strategies of Containment*, cit., p. 45. Es indudable que en esta declaración, que habría hecho sonreír a Spykman, se puede detectar cierta frustración, además de una evidente ceguera.

manera de impedir una victoria en toda la península del comunismo coreano, la fuerza autóctona más sólida después de la guerra, fue repartir el país entre EEUU (el sur) y la URSS (el norte)[4]. Cinco años después, el régimen instaurado en el norte bajo los auspicios rusos, envalentonado por el triunfo del Ejército Popular de Liberación y la invitación parcial de Stalin, invadió el Sur con la esperanza de derribar rápidamente al impopular gobierno que había impuesto EEUU al otro lado de la frontera. Fue un ataque directo a una creación norteamericana, en un espacio más fácil de controlar, con acceso directo desde Japón. Cumpliendo las órdenes de Truman, se lanzó un contraataque que hizo replegarse al enemigo hasta Yalu, donde tuvo que detenerse al encontrarse con los chinos, que se acaban de sumar a la contienda, y retroceder hasta llegar casi a las fronteras originales que dividían el país, donde se llegó a un punto muerto. A pesar de la frustración del resultado final, el bombardeo exhaustivo de las fuerzas aéreas estadounidenses –mucho después de que existiera la posibilidad de una tregua– destruyó la mayoría del norte y dejó a salvo el sur para crear una nación que con el tiempo se convertiría en un escaparate del desarrollo capitalista, además de activar el crecimiento vertiginoso de

[4] Por culpa, sobre todo, de los veteranos coreanos que lucharon con el Ejército Popular de Liberación en China durante las guerras civiles contra Japón, entre 75.000 y 100.000 efectivos, por la cultura autóctona del régimen instalado en el Norte y por la fuerza de las guerrillas de la posguerra en el sur. Véase Bruce Cumings, *Korea's Place in the Sun: A Modern History*, Nueva York, 1997, pp. 199, 239-242 y ss.; Charles Armstrong, *The North Korean Revolution, 1945-1950*, Ithaca, 2003, pp. 241-244, *passim.* En noviembre de 1947, Kennan llegó a la triste conclusión de que, mientras que los comunistas se encontraban «en su elemento» en Corea, «nosotros no podemos contar con que las fuerzas nativas coreanas contengan la expansión soviética», *State Department Policy Planning Staff Papers*, vol. I, p. 135. La división del país fue una de las dos temerosas meteduras de pata de Stalin en los últimos meses de la guerra y sus consecuencias fueron aún más catastróficas que su error en Berlín. Sin motivo alguno, como lamentaría Khrushchev más tarde, accedió a la solicitud norteamericana de que las tropas estadounidenses ocuparan la mitad sur del país cuando no se hallaban ni remotamente cerca y el Ejército Rojo podía haberse acercado tranquilamente a Busan sin romper ningún acuerdo. Naturalmente, Truman no le devolvió el favor con una franja, por mínima que fuera, de territorio bajo ocupación soviética en Japón.

Japón gracias al boom de adquisiciones de equipos militares. En el plano diplomático, esta guerra emprendida por EEUU bajo la bandera de la ONU sentó un precedente para el futuro.

En los trópicos, la amenaza no se presentó en la forma de una guerra civil entre ejércitos regulares. Allí, las guerrillas comunistas que acababan de surgir de la resistencia contra los japoneses luchaban por la independencia contra las potencias coloniales europeas que habían recuperado sus posesiones de antes de la guerra. Lograron mantenerse incluso en aquellos países en los que se expulsó rápidamente a las potencias coloniales. En Filipinas, una vez obtenida la independencia, se celebraron unas elecciones manipuladas que auparon al poder a un gobierno sumiso, pero el Hukbalahap no fue eliminado hasta 1955. En Birmania, el Partido Comunista de Birmania todavía luchaba veinte años después de que se fueran los británicos. Los mayores peligros, sin embargo, se encontraban en aquellas naciones a las que las potencias europeas no tenían intención de renunciar. En Malaca, un país rico en estaño y en caucho, un factor que obstaculizaba cualquier tentativa de descolonización, Gran Bretaña tuvo que esforzarse bastante para sofocar un movimiento comunista que solo contaba con el apoyo de la minoría china de la población. En Indochina la situación era aún más precaria. Francia quedó atascada en la guerra que había emprendido para reconquistar una colonia en la que el partido comunista había liderado una lucha de liberación nacional en Vietnam que no solo contaba con el respaldo de la mayoría de la población, sino que además disponía de una ayuda militar considerable del Partido Comunista de China, al otro lado de la frontera. Financiada por Washington, la represión francesa estaba perdiendo la batalla. Después de considerar la posibilidad de un ataque nuclear para solucionar el problema, EEUU se echó atrás y se reunieron con Francia y con Gran Bretaña en Ginebra en 1954 para imponer una división del país basada en el modelo de Corea, un mal menor, por el momento.

Financiar la guerra francesa había sido más barato para Washington y menos llamativo desde el punto de vista de la política doméstica que participar en ella. Pero los resultados habían sido sencillamente deficientes. Había que mantener a la Viet Minh alejada del Sur, pero no existía una zona desmilitarizada para acordo-

narlo en el futuro. La república que había proclamado Ho Chi Minh en 1945, antes de que los franceses llegaran para reclamar sus derechos, se había extendido por todo el país y gozaba de una legitimidad nacional que la República Popular Democrática de Corea, fundada después de la división en 1948, nunca había poseído. Las elecciones que se celebraron en el sur, supuestamente pactadas en Ginebra, se tuvieron que cancelar en vista de los previsibles resultados, y se enviaron fondos y asesores al débil régimen católico en Saigón para que combatiera los ataques de la guerrilla de la Viet Minh, cada vez más frecuentes. Era evidente que no se podía permitir que este gobierno cayera. En 1949, Kennan ya había propuesto que los norteamericanos brindaran su apoyo «para lograr, *por mucho que se tarde en conseguirlo*, la victoria del nacionalismo indochino sobre el imperialismo rojo»[5]. Doce

---

[5] G. F. Kennan, «United States Policy Towards South-East Asia», PPS 51, en Nelson (ed.), *The State Department Policy Planning Staff Papers*, vol. III, p. 49. Véase, para este documento, Walter Hixson, «Containment on the Perimeter: George F. Kennan and Vietnam», *Diplomatic History* 12, 2 (abril de 1988), pp. 151-152, donde aparece en cursiva la frase que acabamos de citar. En este mismo artículo, Kennan explicaba que el Sudeste Asiático era «un segmento vital en la línea de contención» y su pérdida constituiría una «importante derrota política cuyas repercusiones se notarán en el resto del mundo, sobre todo en Oriente Medio y en Australia, una región sumamente expuesta en esta época» *[sic]*. Más adelante, Kennan respaldaría la ampliación de la guerra de Johnson después de la Resolución del Golfo de Tonkín, por la cual se autorizaba el bombardeo masivo de la República Democrática de Vietnam –la Operación Rolling Thunder– en febrero de 1965, un arma para obligar al enemigo, a la manera de Kissinger, a sentarse a la mesa de negociaciones. Aunque cada vez se mostraría más crítico con la guerra, aduciendo que perjudicaba a los intereses nacionales, hasta noviembre de 1969 Kennan no pediría la retirada de EEUU de Vietnam. En casa, mientras tanto, expresó su deseo de que los estudiantes que se manifestaban en contra de la guerra fueran encarcelados y colaboró con William Sullivan, responsable de COINTELPRO, socio suyo desde hacía mucho tiempo, en el desarrollo de las operaciones encubiertas del FBI contra los estudiantes y los negros que se oponían al gobierno. Véase Nicholas Thompson, *The Hawk and the Dove: Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War*, Nueva York, 2009, pp. 221-222, la típica fruslería del *New Yorker* escrita por un miembro de la redacción que resulta ser, por añadidura, nieto del propio Nitze, si bien presenta de vez en cuando materiales que contradicen el tenor general de la obra.

años después, Kennedy envió al ejército norteamericano para que se hiciera cargo de la situación. Bajo el mandato de Johnson, el número de efectivos superaría el medio millón, los mismos soldados que se habían enviado a Corea. Pero aunque el tonelaje de los explosivos de alta potencia que los norteamericanos lanzaron sobre Indochina era superior al de los que habían utilizado durante la totalidad de la Segunda Guerra Mundial, con una capacidad de destrucción equivalente a doscientas bombas atómicas como la de Hiroshima; a pesar de las frecuentes masacres cometidas por el ejército estadounidense, del uso sistemático de la tortura por parte de los interrogadores y los esbirros de la CIA; y de los dos o tres millones de víctimas con que se saldó el conflicto, no lograron acabar con la Revolución vietnamita[6]. A principios de los setenta, en vista de la oposición popular en el ámbito nacional, era imposible seguir adelante con la guerra, y una vez que Norteamérica se retiró, el régimen de Saigón se desplomó. Fue la derrota más aplastante en la historia de Estados Unidos.

Pero no se produjo ningún efecto dominó a continuación. Tanto el colonialismo británico como el francés habían contado con un apoyo considerable en el Sudeste Asiático, una vez que comenzaron a luchar contra el comunismo. Los ingleses habían salido victoriosos, pero los franceses, que se enfrentaban a un movimiento mucho más poderoso, habían cosechado una derrota que había hecho necesaria la intervención de los norteamericanos. El colonialismo holandés era diferente, por dos motivos. En primer lugar, en términos relativos, los Países Bajos representaban una *quantité négligeable* en el tablero europeo, en comparación con Gran Bretaña o con Francia, y se les podía dar órdenes sin cumplidos; y, en segundo lugar, en las Indias Orientales Holandesas, a diferencia de lo que sucedía en Malaca o en Vietnam,

---

[6] Véase Nick Turse, *Kill Anything That Moves: The Real American War in Vietnam*, Nueva York, 2013, pp. 11-15, 79-80, 174-191, una obra que se basa, entre otras fuentes, en el descubrimiento de los «amarillentos y apolillados archivos del Grupo de Trabajo sobre Crímenes de la guerra de Vietnam», un secreto grupo de trabajo del Pentágono cuyos hallazgos han permanecido ocultos durante medio siglo y que reúne además numerosas entrevistas.

las fuerzas nacionalistas habían sofocado una rebelión comunista en el transcurso de la lucha anticolonial[7]. Como reconocía agradecido Lovett, el subsecretario de Marshall, la naciente República de Indonesia –todavía en guerra con los holandeses– era «el único gobierno del Lejano Oriente que ha aplastado una ofensiva comunista total». Seis meses después, en el informe confidencial NSC-51 se consideraba imprescindible presionar a los holandeses para que entregaran el poder a aquellos que habían demostrado una «habilidad excepcional» para liquidar una rebelión instigada por el Kremlin. Dos días después, Acheson comunicó a los holandeses que no habría ayuda del Plan Marshall a menos que renunciaran a esta colonia[8]. Sin embargo, la independencia no apaciguó el comunismo en Indonesia y diez años después se había convertido en el partido de masas más sólido del país. Dado que el régimen de Sukarno se mostró tolerante con el PKI, la CIA intentó derrocarlo a finales de los cincuenta. Pero los templados militares indonesios estaban igual de preocupados por el alarmante crecimiento de este partido. A los pocos meses de que las tropas estadounidenses desembarcaran en Da Nang en 1965, el partido comunista más grande del Mundo Libre fue aniquilado y medio millón de militantes y familiares fueron masacrados por un ejército que tampoco necesitaba que la CIA le animara demasiado para hacer su trabajo, aunque sí agradecieron a los servicios secretos norteamericanos que les ayudaran a localizar a los líderes del PKI. Una vez completada la masacre, la dictadura de Suharto recibió todos los favores de Washington.

---

[7] La presencia de comunistas en la lucha anticolonial había sido un motivo de profunda alarma en Washington: Kennan decidió, como era habitual en él, que Indonesia era «el problema más importante del momento en nuestra lucha contra el Kremlin». Su caída provocaría nada menos que «la bisección del mundo desde Siberia a Sumatra», cortando «nuestras comunicaciones globales Este-Oeste» y «solo sería cuestión de tiempo que la infección se extendiera hacia el Oeste a través del continente hasta Birmania, la India y Paquistán», W. Miscamble, *Kennan and the Making of American Foreign Policy*, cit., p. 274.

[8] Robert McMahon, *Colonialism and Cold War: The United States and the Struggle for Indonesian Independence, 1945-1949*, Ithaca, 1971, pp. 242-244, 290-294.

El pogromo de Indonesia, un país cuya población excedía en casi tres veces la de Vietnam, compensó con creces los reveses sufridos en Indochina. Con la destrucción del PKI, el peligro de contagio revolucionario en la zona donde el comunismo y el nacionalismo se habían fundido de forma más directa, había desaparecido. Cuando terminó la guerra en Indochina, cualquier amenaza al capital en el Sudeste Asiático había sido desactivada. Los países donde se había conseguido frenar a los ejércitos japoneses ya no eran un hervidero. En el subcontinente, los británicos podían transferir el poder a los gobiernos nacionales que se encontraban por encima de toda sospecha de caer en la tentación del radicalismo. En Paquistán, Washington contaba con un aliado leal desde el principio. Puede que en la India el Congreso armara cierta bulla antiamericana de cuando en cuando, pero se podía confiar tranquilamente en que trataran con displicencia a los comunistas.

III

Oriente Medio era un escenario totalmente diferente. Allí, la huella del imperialismo europeo no era tan profunda. Egipto se encontraba bajo la tutela británica desde finales del siglo XIX pero nunca había sido anexionado y los protectorados británicos que se controlaban desde la India se extendían a lo largo de la costa del Golfo. En el resto de la región la llegada del colonialismo europeo fue tardía, pues se produjo después de la disolución del Imperio Otomano, en los últimos compases de la Primera Guerra Mundial y, camuflada bajo otros mandatos, no duró demasiado. Indemne, en buena medida, después de la Segunda Guerra Mundial, una vez terminado el conflicto la totalidad de la región estaba compuesta por Estados oficialmente independientes –con la excepción de la colonia británica de Adén–, gobernados por monarquías conservadoras o emires de uno u otro signo, salvo Siria, donde el gobierno colonial francés era republicano, y el Líbano, un país que los franceses habían convertido en Estado independiente antes de abandonarlo. Antes de la guerra los británicos ha-

bían aplastado rebeliones populares en Iraq y en Palestina, las corrientes nacionalistas no se habían fortalecido para transformarse en movimientos de resistencia durante la contienda y la influencia del comunismo era en general modesta. De momento, todo iba bien. Pero, a diferencia del Sudeste Asiático, esta región estaba cerca de la Unión Soviética. Contaba con las mayores reservas de petróleo de la Tierra –Hull había declarado que los campos petrolíferos saudíes eran «uno de los mayores trofeos del mundo»[9]– y Roosevelt ya había intentado seducir a su propietario a su regreso de Yalta. Ahora, esta región contaba además con un Estado que debía su existencia a Truman, que había hecho aprobar por una mayoría aplastante en la ONU la división de Palestina para la creación de Israel. Pero el gobierno de Washington no había diseñado un plan general para la región. Roosevelt había establecido la conexión saudí. Truman, la israelí. En la cartografía del poder norteamericano estos dos lugares eran aún vivaques dispersos entre los grandes emplazamientos de Eurasia.

Pero aunque en la primera fase de la Guerra Fría, Oriente Medio, sin ser una región irrelevante, tenía una prominencia relativa

---

[9] P. Hearden, *Architects of Globalization*, cit., p. 124. La preocupación primordial de Hull era mantener el petróleo saudí alejado de las manos de los británicos: «La expansión de las instalaciones británicas sirve para que afiancen su posición en Oriente Medio después de la guerra a expensas de los intereses norteamericanos». Ya en febrero de 1943, Roosevelt formuló un dictamen en el que afirmaba que «la defensa de Arabia Saudí» era «vital para la defensa de Estados Unidos». Véase David Painter, *Oil and the American Century: The Political Economy of US Foreign Oil Policy, 1941-1954*, Baltimore, 1986. «La idea de que Estados Unidos tenía un derecho preferencial sobre los recursos petrolíferos del mundo se consolidó a raíz de la Segunda Guerra Mundial», pp. 37, 208. Con este espíritu, Roosevelt le explicaría a Halifax: «El petróleo persa es vuestro. Compartimos el de Iraq y el de Kuwait. Pero el de Arabia Saudí es nuestro». En agosto de 1945, Ibn Saud accedió a que Washington construyera su primera base militar en la región, en Dhahran. Pero, cuando la Guerra Fría se puso en marcha, fueron las bases británicas de El Cairo y Suez las que cobraron mayor importancia. «Desde las pistas de aterrizaje que los británicos tienen en Egipto, los bombarderos norteamericanos podrían atacar más ciudades clave y refinerías de petróleo en la Unión Soviética y en Rumanía que desde cualquier otra lugar del mundo», M. Leffler, *A Preponderance of Power*, cit., p. 113.

para EEUU, había un país que les había preocupado desde el principio. Irán no era solo el segundo productor mundial de petróleo. Lindaba directamente con la URSS y albergaba al único movimiento comunista de la región que contaba con un número significativo de seguidores inmediatamente después de la guerra. En 1951, el gobierno de Mossadeq había nacionalizado los campos petrolíferos de propiedad británica situados en Abadán. En Londres, Bevin se había declarado partidario de enviar a la Royal Navy para recuperarlos. Para Washington, esto solo habría empeorado las cosas, pues habría avivado un nacionalismo persa que ya estaba expuesto al contagio comunista del Partido Tudeh, una fuerza política local[10]. La solución no eran las lanchas bombarderas, sino una operación encubierta. En 1953, la CIA y el MI6 orquestaron un golpe militar para expulsar a Mossadeq e instalaron en el poder al joven sah Pahlevi, cuyo régimen acabó con el Tudeh[11]. En pago por sus servicios, la administración Eisenhower

---

[10] Kennan estaba indignado, y en 1952 afirmaba que EEUU debería prestar una ayuda incondicional a la expedición británica para recuperar Abadán. Solo «el frío resplandor de la fuerza apropiada y resuelta» podía salvar las posiciones de Occidente en Oriente Medio. «Para los pueblos locales, Abadán y Suez solo son importantes en términos de *amour propre*… Para nosotros, tienen una importancia mucho más fundamental, y en la actualidad tenemos motivos mucho más sólidos y justificables que en toda la historia», le escribió a Acheson. «Con el fin de conservar estos centros y estas posiciones, solo nos queda una opción: la fuerza militar, apoyada en la resolución y el coraje de emplearla», D. Mayers, *Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, cit., pp. 253-255. Kennan lamentaba, además, que la administración republicana se opusiera al ataque contra Egipto de la coalición integrada por ingleses, franceses e israelíes, y aplaudía la decisión del gobierno de enviar tropas al Líbano.

[11] Sobre este golpe, en la historia secreta de esta operación de la CIA se explicaba: «Fue un día que nunca tenía que haber terminado. Pues trajo consigo tal sensación de emoción, satisfacción y júbilo, que dudamos que se vuelva a repetir algo semejante», véase Lloyd Gardner, *Three Kings: The Rise of an American Empire in the Middle East after World War II*, Nueva York, 2009, p. 123. Recientemente, un antiguo funcionario del sah ha publicado un libro en el que intenta restar importancia al papel de la CIA en el golpe, aduciendo que Mossadeq había despertado cierta oposición en la jerarquía chií. Véase Darioush Bayandor, *Iran and the CIA: The Fall of Mossadeq Revisited*, Nueva York, 2010, y las sucesivas refutaciones a las que ha dado lugar en *Iranian Studies* (septiembre de 2012).

obligó a un reticente Whitehall a entregar a los mayoristas de petróleo norteamericanos una porción de la participación británica en Abadán.

En aquellos lugares donde no existía una amenaza comunista directa sobre el terreno, no era tan necesario colaborar con los antiguos imperios, que defendían unos intereses que en ocasiones estaban reñidos con los objetivos de EEUU. Tres años después, en 1956, la tensión potencial acumulada explotó cuando Egipto decidió nacionalizar el Canal de Suez. EEUU no toleraba a Nasser, pues, a pesar de su insistencia, no accedía a entablar diálogos secretos con Israel y a hacerle el vacío a Moscú. Pero temían que si lanzaban un ataque militar para recuperar el Canal de Suez, la totalidad de los países del Tercer Mundo se alinearía con la Unión Soviética para combatir a Occidente[12]. Cansado de que Eden ignorara sus advertencias, Eisenhower interrumpió abruptamente el ataque de los aliados ingleses, franceses e israelíes contra Egipto al retirar su apoyo a la libra esterlina, y dejó plantado al gobierno de Londres. La posición real de los aliados europeos en el orden que habían impuesto los norteamericanos después de la guerra, disimulada hasta entonces con las decorosas ficciones de la solidaridad atlántica, se reveló en toda su crudeza.

Pero esta operación tuvo un precio. Después de haber desafiado a Occidente, el prestigio de Nasser en el mundo árabe aumentó vertiginosamente, avivó un nacionalismo más radical en la re-

---

[12] Si Gran Bretaña y Francia enviaban sus tropas, advirtió Eisenhower a Eden el 2 de septiembre, «los pueblos de Oriente Próximo y del norte de África y, en cierta medida, de toda Asia y África, se agruparan para luchar contra Occidente hasta tal punto que temo que esta situación no se podrá superar en una generación, quizá ni siquiera en un siglo, sobre todo si tenemos en cuenta la capacidad de los rusos para causar daño». Los responsables políticos estadounidenses le recomendaron que tuviera paciencia, pues pensaban que la crisis se podía resolver a través de los cauces de la diplomacia y de las acciones encubiertas. «El principal argumento de los norteamericanos», observaba Eden el 23 de septiembre, «es que podemos derrocar a Nasser gradualmente en lugar de hacerlo como con Mossadeq», Douglas Little, «The Cold War in the Middle East: Suez Crisis to Camp David Accords», en Leffler y Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. II, Cambridge, 2010, p. 308.

gión y se disipó su reticencia a estrechar los lazos con la URSS. Tras librarse de Mossadeq, EEUU había intentado, con el Pacto de Bagdad, crear un *cordon sanitaire* para combatir el comunismo agrupando a Turquía, Iraq, Irán y Paquistán. En 1958, el plan fracasó cuando la Revolución iraquí derrocó a la monarquía y aupó al poder a un régimen militar situado aún más a la izquierda que Nasser y respaldado por el movimiento comunista más potente de Oriente Medio a la sazón. En respuesta, EEUU envió 14.000 marines al Líbano para proteger al presidente maronita de esta nación del espectro de la subversión. Cinco años después tuvo lugar el golpe de Estado que llevó al Partido Baaz Árabe Socialista al poder en Bagdad. La CIA, que conocía este suceso de antemano, entregó a cambio a los golpistas listas de comunistas iraquíes que fueron asesinados en la matanza posterior. Sin embargo, Washington no podía confiar en ninguno de los regímenes militares del momento –Siria también se encontraba ahora bajo el control del Baaz–, pues independientemente de cómo trataran a los comunistas, no eran partidarios de la libre empresa ni de las inversiones extranjeras, y no solo recibían armas y ayuda de Moscú sino que además representaban una amenaza para las fieles dinastías que gobernaban los países vecinos.

En este insatisfactorio escenario, el bombardeo aéreo israelí de junio de 1967, que aniquiló a las fuerzas aéreas egipcias en unas pocas horas y se apoderó del Sinaí, de los Altos del Golán y de Cisjordania en menos de una semana, cayó como una bomba política. Nasser, que había apostado equivocadamente por una república yemení que era temida por la monarquía saudí, se había convertido en una molestia y en una promesa rota para el mundo árabe, mientras que Israel surgía ahora como la potencia militar más poderosa de la región con diferencia. Después del ataque del Tripartito sobre Egipto en 1956, Francia –con la colaboración de Gran Bretaña– había ayudado a Israel a convertirse en una potencia nuclear clandestina, en el marco del pacto secreto que habían firmado los tres países que habían lanzado la expedición de Suez, y durante una temporada París había sido el aliado más directo de Israel en Occidente. Pero la espectacular victoria en la guerra de los Seis Días alteró todas las previsiones de EEUU, un país en el que

la comunidad judía animaba con entusiasmo renovado a la patria del sionismo y el Pentágono consideraba que Israel podía convertirse en un buen aliado en la región, gracias su formidable capacidad punitiva. A partir de ese momento, la alianza con Israel sería el eje en torno al cual giraría la política en Oriente Medio de los norteamericanos, convencidos de que los reinos del petróleo árabe tendrían que conformarse con ello.

Quedaba pendiente el problema del flujo de armas y profesionales soviéticos hacia Egipto y Siria, que se había acelerado después del desastre árabe de 1967 y que en Washington se veía como la punta de lanza de las incursiones rusas en Oriente Medio. Para ganarse el favor norteamericano, Sadat expulsó de Egipto a todos los asesores soviéticos en 1972 y un año después lanzó un ataque conjunto con Siria y Jordania sobre los territorios conquistados por Israel en 1967. En esta ocasión, el transporte aéreo masivo de tanques y aviones le salvó el pellejo a Israel. Los estadounidenses convencieron en el último minuto a los israelíes, que pretendían cruzar el Canal y aniquilar al ejército egipcio, de que interrumpieran el contraataque. El desenlace de la guerra de 1973 era casi perfecto para Washington, pues demostraba que, por muchas divisiones acorazadas que los soviéticos pudieran concentrar, no podían competir con el potencial conjunto de EEUU e Israel en la región. Además, se metieron en el bolsillo al régimen militar de Egipto, que en lo sucesivo actuaría como un subordinado de EEUU.

IV

Alejada de la Unión Soviética, libre de imperios europeos, ilesa después de la guerra, América Latina era un feudo de Washington, la provincia de la Doctrina Monroe y del famoso Corolario Olney: «Estados Unidos es prácticamente el soberano de este continente y su mandato es ley para los súbditos que se interponen entre sus límites», pues sus «infinitos recursos combinados con su posición de aislamiento le permiten dominar la situación». Desde los últimos años del siglo XIX hasta la Gran Depresión, EEUU

había enviado tropas y buques de guerra al Caribe y a América Central para sofocar huelgas y rebeliones, para expulsar gobernantes y para ocupar territorios con una regularidad desinhibida. Después, ya no había necesidad de hacerlo. A principios de 1945, gracias al Acta de Chapultepec, los estadounidenses se habían asegurado la lealtad de un cortejo latinoamericano en las Naciones Unidas –numéricamente, el bloque individual de mayor envergadura– antes incluso de que se fundara esta institución. En 1947 se firmó el Tratado de Defensa Interamericana de Río, que culminó con la creación, en 1948, de la Organización de Estados Americanos, con base en Washington y expresamente dedicada a combatir la subversión. Dos años después, Kennan, alerta ante «cualquier visión indulgente y complaciente de las actividades comunistas en el Nuevo Mundo», dejaría claro que era preciso poner en práctica medios despiadados para acabar con ellas: «No debemos vacilar a la hora de exigir la represión policial por parte de los gobiernos locales. No hemos de avergonzarnos de este tipo de medidas, pues los comunistas son en esencia unos traidores», explicaba a los embajadores estadounidenses en Sudamérica que se habían reunido en Río para escuchar sus palabras. «Es mejor tener un régimen fuerte en el poder que un gobierno liberal si este se muestra indulgente, tolerante e infestado de comunistas»[13].

---

[13] Véase Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, Nueva York, 1993, p. 109. A su regreso a Washington, Kennan siguió insistiendo en su mensaje: «En aquellos lugares en los que los conceptos y las tradiciones de un gobierno popular son demasiado débiles para asimilar correctamente la intensidad del ataque comunista, debemos reconocer entonces que las medidas despiadadas de represión pueden ser la única respuesta; que estas medidas pueden proceder de regímenes cuyos orígenes y métodos no cumplen los requisitos de la idea norteamericana del procedimiento democrático; y que estos regímenes y estos métodos pueden ser alternativas preferibles, e incluso las únicas alternativas, al triunfo del comunismo», véase Roger Trask, «George F. Kennan's Report on Latin America (1950)», *Diplomatic History*, julio de 1978, p. 311. El hemisferio sur, para Kennan, era una zona catastrófica desde el punto de vista cultural: no estaba seguro de que existiera «ninguna otra región de la Tierra en la que la naturaleza y el comportamiento humano se hubieran combinado para producir un entorno más desafortunado y desesperado para el desarrollo de la vida».

En esta época, con la notable excepción del régimen de Perón en Argentina, prácticamente todos los gobiernos latinoamericanos, una miscelánea de autocracias conservadoras de una u otra clase –dictaduras convencionales, oligarquías neofeudales, juntas militares, unipartidismos– que incluía unas cuantas democracias con una base muy limitada, simpatizaban en mayor o menor medida con las empresas y la diplomacia estadounidense. El nivel de vida, bajo para la mayoría de la población, era sin embargo en general algo más elevado que el del Sudeste Asiático o el de Oriente Medio. En los primeros años de la Guerra Fría, la región ofrecía menos motivos de alarma que otras del mundo poscolonial.

La victoria electoral de un partido de izquierdas en Guatemala, que nacionalizó las tierras de la United Fruit Company y legalizó el Partido Comunista local, alteró esta situación. La CIA organizó una invasión por tierra con un ejército de mercenarios, respaldada por el bloqueo marítimo y bombardeos aéreos, y expulsó al régimen de Árbenz en 1954. El *New York Times* informaba exultante de que esta había sido «la primera rebelión anticomunista exitosa desde la guerra»[14]. Seis años después, cuando triunfó la Revolución cubana y la expropiación del capital norteamericano llegó hasta las puertas de EEUU[15], la administración Kennedy intentó, sin éxito, aplastar al régimen de Castro organizando otra invasión de mayor envergadura dirigida por la CIA, y

[14] En 1952, Truman ya había aprobado un plan diseñado por Somoza después de visitar al presidente para lanzar una operación de la CIA destinada a derrocar a Árbenz, pero Acheson la canceló en el último minuto, quizá por miedo a que fracasara, Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States 1944-1955*, Princeton, 1992, pp. 228-231. Richard Helms, ascendido a Jefe de Operaciones de la CIA un año después, le explicaría a Gleijeses que «Truman dio el visto bueno a muchas operaciones encubiertas de las cuales, años después, afirmaría no saber nada. No es más que un ejemplo de "negación presidencial"», p. 366.

[15] Momento en el cual derrocar al régimen de La Habana se convirtió rápidamente en «la máxima prioridad del gobierno de EEUU», en palabras del más joven de los Kennedy: «Todo lo demás es secundario. No hay que escatimar tiempo, dinero, esfuerzos ni soldados». Kennan, consultado por el mayor de los Kennedy antes de su discurso de investidura, aprobó la invasión de Cuba, con tal de que fuera exitosa. N. Thompson, *The Hawk and the Dove*, cit., p. 172.

después impuso un bloqueo naval para impedir que los misiles soviéticos llegaran a la isla. El régimen cubano ofreció retirar los misiles a cambio de que se interrumpieran las acciones militares contra Cuba. A raíz de estos sucesos, América Latina se convirtió, a ojos de Washington, en el primer punto del orden del día de la Guerra Fría. Inspirándose en la Revolución cubana otros movimientos de guerrilla afloraron en todo el continente. Mientras, EEUU pregonaba la creación de una Alianza para el Progreso, la alternativa liberal a los objetivos de los radicales, y orquestaba campañas de contrainsurgencia en numerosos países –en Venezuela, en Perú, en Bolivia, en Guatemala– para arrancar de raíz estos movimientos.

Pero las fuerzas tradicionales de la derecha latinoamericana –el ejército, la Iglesia, los terratenientes y las grandes empresas– estaban dispuestas a tomar la iniciativa para destruir cualquier amenaza, armada o pacífica, procedente de la izquierda, pues sabían que contaban con la bendición de EEUU y con ayuda material en caso de que la necesitaran. En 1964, los militares brasileños orquestaron el primero de los numerosos golpes contrarrevolucionarios contra un gobierno electo que se extenderían por las principales sociedades del continente, mientras el portaaviones *Forrestal* y otros destructores de apoyo merodeaban por la costa dispuestos a intervenir[16]. Un año después, los marines de EEUU penetraron en la República Dominicana para repeler una amenaza comunista imaginaria, con la colaboración de las tropas brasileñas, que de este modo les devolvían el favor a los norteamericanos. En Uruguay, Argentina y Chile, cada vez que la esperanza

---

[16] McGeorge Bundy al Consejo Nacional de Seguridad, 28 de marzo de 1964: «La estructura del problema en Brasil es tal que no nos debería preocupar que se produjera una reacción de los militares; más bien, nos debería preocupar lo contrario», Westad, *Global Cold War*, p. 150. El 1 de abril, el embajador Lincoln Gordon envió un teletipo a Washington en el que informaba de que todo «ha terminado, pues la rebelión democrática ya ha triunfado en un 95 por 100», y al día siguiente celebró «una gran victoria del mundo libre» sin la cual podría haberse producido «una pérdida definitiva, para Occidente, de todas las repúblicas del Sur de América». Para este y otros detalles de la «Operación Hermano Sam», véase Phyllis Parker, *Brazil and the Quiet Intervention, 1964*, Austin, 1979, pp. 72-87.

popular de un orden alternativo tomaba forma, ya fuera a través de las guerrillas urbanas, de los movimientos obreros populistas, de los partidos socialistas o comunistas, era aplastada por feroces dictaduras militares que actuaban con el respaldo de EEUU. A mediados de los años setenta, la Revolución cubana había sido aislada y el continente estaba blindado contra cualquier otro desafío al capital.

Como escenario de la Guerra Fría, América Latina fue testigo del enfrentamiento entre la más amplia variedad de formas y fuerzas políticas y el orden imperial norteamericano, pero estos movimientos estaban muy alejados –ideológica o materialmente– del lejano Estado soviético. El gobierno de Moscú proporcionó a Cuba una línea de salvación económica sin la cual la Revolución apenas habría podido sobrevivir, pero en lo que atañe a la estrategia no estaba de acuerdo con La Habana, pues condenaba el activismo revolucionario cubano. El mensaje del Corolario Olney había perdido su vigencia: las juntas de Brasilia y de Santiago ya no eran meros súbditos de EEUU y era imposible recuperar Cuba. Pero su lógica se mantenía. Todo parecía indicar que en el primer cuarto de siglo de la Guerra Fría la victoria norteamericana no había sido tan absoluta en ningún otro lugar.

6. RECALIBRACIÓN

En la historia del imperio estadounidense de posguerra, se puede establecer un punto de inflexión a comienzos de los años setenta. Durante los veinte años posteriores al comienzo de la Guerra Fría, la alternancia de presidentes en la Casa Blanca apenas afectó a la continuidad de la estrategia que se había trazado en el informe confidencial NSC-68. A principios de los setenta, sin embargo, se produjeron profundos cambios en el entorno del poder global de EEUU que coincidieron con una presidencia menos comprometida con las quimeras y las obsesiones políticas de sus predecesores, capaz de luchar por los mismos objetivos con medios mucho más flexibles, aunque también más despiadados si era necesario. Nixon, a diferencia de cualquier otro dirigente anterior o posterior, fue un innovador. Pero lo cierto es que si desobedeció las directrices del manual para la dirección del Mundo Libre fue debido a las oportunidades y a las limitaciones de la coyuntura que le tocó vivir. En los tres grandes frentes de la gran estrategia de EEUU, los años 1971, 1972 y 1973 fueron testigos de cambios drásticos.

El primer cambio se produjo en un lugar donde hasta entonces todo había ido sobre ruedas. La reconstrucción de la Europa occidental y de Japón, la prioridad fundamental de los norteamericanos después de la guerra había sido un éxito rotundo. Pero después de dos décadas, las antiguas potencias del Eje eran ahora –gracias a las ayudas de EEUU, al acceso a los mercados norteamericanos y a la tecnología estadounidense, así como a unos ejércitos de reserva basados en una mano de obra poco costosa y a formas de organización industrial más avanzada que la de los norteamericanos– más competitivas que las empresas norteamericanas en todos los sectores productivos: en el del acero, en el de

los automóviles, en el de la maquinaria y en el de la electrónica. Bajo la presión de Alemania y de Japón, la tasa de beneficios de los productores estadounidenses disminuyó abruptamente y se produjo el déficit comercial de EEUU[1]. Este implacable efecto del desarrollo desigual del capitalismo durante el prolongado *boom* de la posguerra se agravó debido al coste de las reformas domésticas que emprendió Nixon, siguiendo el ejemplo de Johnson, para afianzar su electorado y acabar con la oposición a la guerra de Vietnam, que había dejado un buen agujero en el Tesoro de EEUU. El resultado fue el ascenso vertiginoso de la inflación y el deterioro de la balanza de pagos. Para colmo de males, Francia –el único Estado occidental que, bajo la presidencia de De Gaulle y Pompidou, había recuperado temporalmente su independencia política efectiva de Washington– había empezado a atacar al dólar con adquisiciones de oro cada vez mayores. La independencia del poder norteamericano en relación con los intereses estadounidenses –la de las tareas del Estado imperial respecto de los requisitos del capital nacional–, se encontraba por primera vez amenazada.

La respuesta de Nixon fue draconiana. Los principios del libre cambio, del libre mercado y de la solidaridad con el mundo libre no podían obstaculizar el interés nacional. Sin perder un minuto en negociaciones diplomáticas, en un discurso televisivo de cuatro minutos de duración dirigido al público de la nación, se deshizo del sistema de Bretton Woods, desvinculó al dólar del oro, impuso un recargo arancelario a todas las importaciones y decretó una congelación de salarios y precios. A corto plazo, la devaluación devolvió la competitividad a las exportaciones de Estados Unidos y a largo plazo la desvinculación del oro otorgó a la nación una libertad de maniobras económicas sin precedentes. La estructura real del orden liberal internacional que se había diseñado entre 1943 y 1945 quedó al descubierto por un momento. Pero este impresionante éxito en el ejercicio del egoísmo nacional

[1] Para este fenómeno, véase el libro indispensable de Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Londres y Nueva York, 2006, pp. 99-142 [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009].

solo podía ocultar por un tiempo limitado la irreversible alteración en la posición que Estados Unidos ocupaba en la economía mundial, y Nixon era consciente de ello.

Un mes antes de asestar el golpe de gracia a Bretton Woods, Nixon había sobresaltado al mundo con una reorientación no menos drástica de la política estadounidense, el anuncio de su inminente viaje a Pekín. El triunfo de la Revolución china había sido el peor revés que había sufrido Washington en la Guerra Fría. Los norteamericanos consideraban que el PCC era un enemigo aún más implacable que el PCUS y se habían negado a reconocer el régimen de Mao. La verdadera China, habían declarado, era el protectorado de Taiwán, y habían ignorado la ruptura entre Pekín y Moscú que se había hecho pública a principios de los sesenta y se había agravado progresivamente desde entonces. Nixon estaba ahora decidido a sacar provecho de esta escisión. Empantanado en Vietnam, donde la República Democrática todavía recibía ayuda tanto de Rusia como de China, su objetivo era incrementar su influencia en ambas potencias, enfrentándolas entre sí para lograr un acuerdo que le permitiera conservar Vietnam del Sur y la credibilidad militar de EEUU en el Sudeste Asiático. En febrero de 1972, la cordial recepción que le dispensó Mao en Pekín fue un suceso revolucionario en la historia de la diplomacia. Ambos líderes estaban de acuerdo en que la Unión Soviética representaba una amenaza y sentaron las bases para establecer una alianza tácita destinada a combatir este peligro. Tres meses después de alcanzar este pacto, Nixon viajó a Moscú, donde –sin perder la ocasión de recordar a Brezhnev el peligro potencial que representaban los chinos– firmó el primer Acuerdo SALT, una tregua que fue muy celebrada. El tratado no suponía la interrupción de la carrera armamentística y la atmósfera de la tregua tuvo un efecto menor del esperado, pues no logró neutralizar la oposición doméstica a la guerra en Indochina. Pero la ventaja estratégica fundamental de la jugada de Nixon fue enorme y se mantendría con el tiempo. El mundo comunista ya no solo estaba dividido. En lo sucesivo, China y Rusia tendrían que competir por mantener unas relaciones privilegiadas con Estados Unidos.

Lo que no consiguió Nixon con esta transformación de la dinámica de la Guerra Fría fue su objetivo inmediato de terminar con el estancamiento de la guerra de Vietnam. Aunque tanto Moscú como Pekín querían alcanzar un acuerdo similar al de Ginebra en Hanói, no se encontraban en posición de imponerlo. Los norteamericanos lanzaron un nuevo bombardeo masivo, pero no consiguieron doblegar a la República Democrática de Vietnam. En enero de 1973 se vieron obligados a firmar un acuerdo en París para una retirada de las tropas estadounidenses de Vietnam en el plazo de sesenta días y, de este modo, se fijó el destino del régimen del Sur. Pero el ignominioso fin de la prolongada intervención norteamericana en Vietnam se amortizó rápidamente en otras latitudes. En septiembre, los militares chilenos acabaron con el gobierno de Allende, el régimen socialista más avanzado de Sudamérica, elegido democráticamente, un ejemplo temible para el capital que Nixon había querido eliminar desde el principio[2]. Un mes después, los israelíes derrotaron al ejército egipcio desde la otra orilla del Canal y el nacionalismo árabe que encarnaba el régimen de Nasser llegó a su fin, de tal manera que Estados Unidos se convirtió en el amo y señor de la diplomacia de Oriente Medio.

[2] El director de la CIA envió un cablegrama al jefe de su puesto en Santiago el 16 de octubre de 1970: «Es una decisión firme y constante que Allende sea derribado con un golpe de Estado. Sería mucho más preferible que esto sucediera antes del 24 de octubre, pero los esfuerzos en este sentido proseguirán enérgicamente después de esta fecha. Hemos de seguir generando la máxima presión para lograr este objetivo utilizando todos los recursos oportunos. Es imprescindible que estas medidas se apliquen de forma segura y clandestina para que el gobierno de EEUU y la responsabilidad norteamericana permanezcan totalmente ocultos», véase Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, 2003, p. 64 [ed. cast.: *Pinochet: los archivos secretos*, Barcelona, Crítica, 2004]. En lo que respecta a Chile, Kissinger se mantuvo fiel a las recomendaciones que había realizado Kennan dos décadas antes: «Henry entiende mi punto de vista mejor que ninguna otra persona en el departamento de Estado», y ocho días después del golpe de Chile, le escribió a Kissinger, recién nombrado secretario de Estado: «No podría estar más contento por este nombramiento», J. L. Gaddis, *George F. Kennan*, cit., p. 621.

II

Después de que Nixon abandonara el poder tuvo lugar, tras un breve interludio, un regreso táctico a un estilo más convencional de *Weltpolitik* norteamericana. En un enfrentamiento político doméstico típicamente norteamericano, los demócratas no tardaron en acusar a los republicanos de haberse vendido al gobierno de Moscú con la tregua. A finales de 1974 se aprobó la enmienda Jackson-Vanik y de esta manera, por entorpecer la emigración de los judíos desde Rusia a Israel, se impidió que se le concediera a la URSS el trato de nación favorecida. Un año después, se malogró el tratado SALT II. Nixon no había ondeado las banderas del Mundo Libre con suficiente entusiasmo, en concreto, no había prestado la atención debida a la causa de los derechos humanos que elegiría Jackson y que proclamaría Carter en la campaña que le llevaría a la Casa Blanca, que en lo sucesivo se convertiría en uno de los elementos ideológicos esenciales de todos los regímenes de Washington. La Guerra Fría no se podía librar como una mera contienda por el poder político. Era una batalla moral e ideológica en nombre de la civilización, como había visto Nitze.

Desde el punto de vista estratégico, no se produjeron demasiados cambios. No se renunció al legado de Nixon, sino que se consolidó de forma considerable. Ya no era posible retomar la benévola indiferencia norteamericana ante el ascenso económico de Japón y de Alemania, y menos aún ayudar como antes a estos países. Estaba claro que el Primer Mundo se había convertido en el escenario de una contienda entre naciones capitalistas en la que estaba en juego la primacía estadounidense, que debía afirmarse sin escrúpulos allí donde fuera necesario. Nixon había liberado al dólar del patrón oro y no había demostrado demasiado respeto por los tótems del liberalismo, tanto en casa como en el extranjero, pero la crisis del petróleo de 1973 había agravado los problemas económicos en EEUU con un brusco incremento de la inflación que la fluctuación de los tipos de cambio que se había puesto en práctica en virtud del Smithsonian Agreement de 1971 no había logrado subsanar del todo. Al final de la década, el impulso temporal de las exportaciones norteamericanas derivado de la devaluación de 1971

se agotó y el dólar se devaluó hasta extremos peligrosos. Con el nombramiento de Volcker como director de la Reserva Federal bajo la presidencia de Carter, se produjo un brusco giro. Los tipos de interés se pusieron por las nubes para erradicar la inflación, el capital extranjero empezó a fluir y se sometió a una presión enorme a la deuda del Tercer Mundo, denominada en dólares. Pero una vez que el dólar recuperó su fortaleza –los fabricantes pagaron el precio y la tasa de déficit se amplió– la administración Reagan se dejó de ceremonias. Después de una presión despiadada, se obligó a Japón y a Alemania a aceptar una revalorización desmesurada del yen y del marco para que las exportaciones norteamericanas recuperaran su competitividad[3]. Tras los Acuerdos del Plaza de 1985, que sirvieron para afianzar una recuperación económica relativa en EEUU en los ochenta, no cabía duda de quién era el amo y señor del orden liberal internacional y de que estaba decidido a conservar esta posición hegemónica.

Más allá de las fronteras del Primer Mundo, también había que culminar los otros dos grandes legados de Nixon. En el Lejano Oriente, los norteamericanos habían intentado seducir a los chinos para que formaran una entente tácita con ellos, pero aún no se habían entablado relaciones diplomáticas entre ambos Estados y, oficialmente, Washington seguía reconociendo al régimen del Partido Nacionalista de Taiwán como gobierno legítimo. En Oriente Medio, habían entregado la victoria a Israel y habían salvado a Egipto del desastre, pero era necesario firmar un acuerdo entre estos dos países para que EEUU sacara el máximo provecho de su dominio de la situación. Pocos meses después de estos sucesos, se cerraron los negocios que se habían iniciado en ambos escenarios. En el otoño de 1978, Sadat y Begin firmaron un acuerdo supervisado por EEUU en Camp David en virtud del cual Israel tenía que devolver los territorios del Sinaí que había ocupado a cambio de que Egipto diera la espalda a los aliados que le habían

[3] R. Brenner, *Economics of Global Turbulence*, cit., pp. 190, 206-207; *The Boom and the Bubble*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 60-61, 106-107, 122-123, 127 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003].

ayudado, cuyos territorios Israel seguía ocupando, y de algunas promesas vanas a los palestinos que se olvidaron enseguida. Se prometió un aluvión de ayuda militar estadounidense a ambos países, que en lo sucesivo se convertirían en dos baluartes del sistema norteamericano en Oriente Medio, interrelacionados pero con privilegios desiguales: Israel era un aliado más que capaz de iniciar acciones independientes; Egipto, un Estado mercenario que no estaba autorizado a hacerlo.

En el Lejano Oriente, la situación de China era más sencilla. Se necesitaban algunas negociaciones para hacer el *impasse* al problema de Taiwán, pero una vez que Pekín decidió que haría la vista gorda y consentiría que los norteamericanos siguieran prestando apoyo comercial y material a la isla a cambio de que Washington no reconociera oficialmente a la República de China, el camino quedó libre para que las dos potencias iniciaran relaciones diplomáticas oficiales el día de Año Nuevo de 1979. Dos semanas después, Deng Xiaoping llegó a EEUU para realizar una gira por el país y unas conversaciones en la Casa Blanca. Su intención no era solo alcanzar un pacto con Norteamérica para contrarrestar el poder estratégico de Rusia, como había hecho Mao, sino, además, integrar a su país en el sistema económico global liderado por EEUU –una política de Puertas Abiertas a la inversa–. A cambio, se ofrecía a atacar a Vietnam como castigo por haber derrocado en Camboya el régimen de Pol Pot, un protegido de Pekín. EEUU, que todavía estaba dolido por la derrota que había sufrido en Indochina, aceptó encantado. La invasión china de Vietnam no marchó bien y tuvo que ser suspendida con un gran número de bajas y escasos resultados. Pero sí cumplió su propósito político: China firmó un pacto de sangre con EEUU y en lo sucesivo sería su socio en el Sudeste Asiático. Estas dos potencias unirían sus fuerzas para respaldar a los Jemeres Rojos a lo largo de la frontera de Tailandia durante doce años más y la República Popular de China empezaría a beneficiarse plenamente de las inversiones y de los mercados norteamericanos. Carter –que cubrió las vergüenzas en materia de derechos humanos de Pol Pot mucho mejor que los Chicagos Boys las de Pinochet– resultó ser, a la postre, un eficaz ejecutor de las políticas de Nixon.

III

La consolidación de las posiciones en el Próximo y Lejano Oriente no garantizaba la seguridad en otros lugares del Tercer Mundo. A finales de los años setenta y durante los ochenta, en lugar de producirse una contracción de las zonas de peligro para EEUU, la amenaza se propagó hacia regiones que hasta entonces apenas habían sido alcanzadas por la Guerra Fría[4]. África había sido el continente menos afectado por este conflicto. La Revolución de Argelia, la única lucha armada de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, había generado cierta alarma, pero la rápida conquista del poder por parte de un introvertido régimen militar con escasas ambiciones ideológicas hizo que estas preocupaciones se desvanecieran. En otros lugares no existía un grado comparable de densidad de colonos europeos, con la excepción del baluarte blanco y racista de Sudáfrica, una nación que sabía cuidar de sí misma. Entre medias, las colonias francesas y británicas gobernadas por un puñado de administradores, ajenos

---

[4] Aunque, por supuesto, nunca habían sido ignoradas en Washington del todo. No hay nada que ilustre mejor hasta qué punto es imaginaria la creencia en que la doctrina de la contención de Kennan tenía limitaciones geográficas, en lugar de ser incondicionalmente global, que el PPS 25 sobre el norte de África que se redactó en marzo de 1948, un documento en el que, después de observar que «el pueblo de Marruecos avanzará mejor bajo la tutela de los franceses», se llegaba a la siguiente conclusión: «La transformación de EEUU en una destacada potencia mundial junto con las guerras que este país ha entablado para prevenir que el litoral atlántico de Europa y de África caiga en manos del enemigo, la creciente dependencia que tiene Inglaterra de EEUU y la situación provocada por el auge de la potencia aérea y de otros avances tecnológicos, ha hecho necesario aplicar un nuevo concepto a la totalidad de los territorios que tienen frontera con el Atlántico Oriental, al menos hasta la "protuberancia" de África. La estrecha interrelación de los territorios africanos de Francia que tienen frontera con el Mediterráneo también deben considerarse una parte integral de este concepto. Esto significaría, en términos modernos, que no podemos tolerar desde el punto de vista de nuestra seguridad nacional la incursión en esta región de un sistema de poder que no sea miembro de la comunidad atlántica o que no sea plenamente consciente de sus obligaciones en relación con la paz en el orden atlántico», Anna Kasten Nelson (ed.), *State Department Policy Planning Staff Papers*, vol. II, pp. 146-147.

a cualquier radicalización derivada de la guerra, ocupaban la mayoría de las inmensas regiones subsaharianas. Allí, la descolonización se podía llevar a cabo sin demasiadas dificultades. Se trataba de traspasar el poder de forma controlada a unas élites por lo general moderadas que todavía tenían una gran dependencia material y cultural de las antiguas metrópolis.

Sin embargo, había otras dos potencias coloniales con unas dimensiones y una confianza en sí mismas más reducidas que habían seguido un rumbo distinto y el gobierno de Washington estaba en situación de alerta. Bélgica, que durante años no se había preocupado lo más mínimo por planificar la transición poscolonial del Congo, concedió la independencia a esta nación de la noche a la mañana en 1960. En medio del tumulto posterior a un motín de la antigua gendarmería colonial, que se había levantado contra sus oficiales blancos, Lumumba –líder electo del país– pidió ayuda a los soviéticos y la CIA recibió órdenes de envenenarle. Como el plan no prosperó, EEUU –que controlaba de facto la operación que la ONU envió, aparentemente, para estabilizar la situación– ayudó a las tropas de Mobutu, en la nómina de la CIA, a llegar al poder. Mobutu ejecutó a Lumumba *par pouvoir interposé*, e instauró una dictadura en el Congo que duraría treinta años[5].

---

[5] Los responsables de la ONU y de los servicios secretos de EEUU estaban totalmente de acuerdo. Hammarskjöld opinaba que había que «destruir a Lumumba», y su adjunto estadounidense, Cordier, afirmaba que era el «pequeño Hitler» de África, y Allen Dulles le envió un cable al jefe del puesto de la CIA en Leopoldville en el que señalaba que: «En el cuartel general de aquí se sostiene que si [Lumumba] sigue gobernando, el resultado inevitable será en el mejor de los casos el caos y en el peor que se allanará el camino para que el comunismo se apodere del Congo con consecuencias desastrosas para el prestigio de la ONU y para los intereses del mundo libre en general. Por consiguiente, hemos llegado a la conclusión de que su eliminación debe ser un objetivo urgente y primordial». En Washington, Eisenhower dio luz verde al asesinato de Lumumba y se envió a un emisario para que lo envenenara. La obra que mejor documenta este episodio es Ludo De Witte, *The Assassination of Lumumba*, Londres y Nueva York, 2001, pp. 17-20 y ss., y *passim* [ed. cast.: *El asesinato de Lumumba*, Barcelona, Crítica, 2002]. Pero lo más importante de la operación del Congo no fue que sirvió de pantalla para desviar la atención de la guerra de Corea, sino que que sentó un precedente para la posterior utilización de la ONU como un instrumento de la voluntad norteamericana.

Portugal, una dictadura desde la época del fascismo cuya identidad como potencia europea estaba ligada inseparablemente a su imperio africano, no tenía intención alguna de renunciar a sus colonias. Su permanencia en el continente creó las condiciones para el desarrollo de un antiimperialismo radical que recurrió a la URSS en busca de ayuda e inspiración. En Angola, la posesión más rica de Portugal, después de doce años de conflicto armado estalló una revolución urbana que trajo por fin la emancipación, repartiéndose el país entre tres movimientos independentistas, dos de derechas, respaldados por el Congo y China, y uno de izquierdas, apoyado por Rusia. En 1975, alarmado ante la posibilidad de que esta última formación pudiera vencer en la contienda, el gobierno de Washington proporcionó a sus rivales dinero y armas, ordenó a la CIA que llevara a cabo una operación encubierta en el Norte, e instigó a Sudáfrica a que invadiera la colonia desde el Sur. Tropas cubanas, transportadas desde el Caribe en barcos soviéticos, acudieron en masa, despejaron el Norte y obligaron a la columna sudafricana a retirarse, impidiendo así que cayera Luanda. Para EEUU, la derrota en Angola equivalía a entregar el país a los comunistas, y por ello en los ochenta intensificaron su apoyo a la única fuerza rival que se había mantenido a flote, liderada por su aliado en Pretoria Savimbi. Trece años después, una nueva expedición cubana detuvo una segunda invasión Sudafricana, con la colaboración de Savimbi. En Angola, cuando Reagan abandonó la presidencia, Norteamérica había sido derrotada[6].

Como era de prever, el único escenario africano que había escapado a la colonización europea antes de la Primera Guerra Mundial y que solo fue objeto de una breve ocupación después de este conflicto, se convirtió en otro terreno de prueba en las últimas fases de la Guerra Fría, pues era un reino feudal que hacía tiempo que debía haber sido explotado. La revolución etíope que derrocó a la arcaica dinastía local en 1974 se fue radicalizando a medida que el grupo de suboficiales que había tomado el poder experimentaba una convulsa serie de purgas que desembocó en un régimen que no

---

[6] Véase la certera explicación que ofrece O. A. Westad en *The Global Cold War*, cit., pp. 218-246, 390-392.

solo pidió ayuda militar a los soviéticos, sino que además, en lugar de hablar vagamente del socialismo africano, como habían hecho muchos otros, proclamó el objetivo de crear una sociedad basada en el socialismo científico al estilo soviético. La Etiopía imperial había sido, tradicionalmente, un centro de tránsito del despliegue estratégico de los norteamericanos en el Cuerno de África. En 1977, cuando se inclinó hacia el comunismo, EEUU promovió la invasión de Somalia para reclamar la región de Ogaden. Al igual que en Angola, la incursión fue rechazada por un ejército cubano mejor equipado, con las armas y la supervisión de los soviéticos, un desenlace difícil de asimilar para Washington. A las riendas del Consejo de Seguridad Nacional, Brzezinski declaró el fin de la tregua en los desiertos de Ogaden. El éxito en el Congo había demostrado que la ONU podía ser una buena tapadera para encubrir las operaciones de EEUU en el Tercer Mundo. Los reveses de Angola y de Etiopía, habían sido una buena lección para la guerra indirecta.

A finales de los setenta, al otro lado del Atlántico, la depuración de amenazas al capital en Sudamérica había sido tan exhaustiva que los regímenes militares que las habían erradicado podían retirarse, una vez cumplida su misión histórica, y se podían situar en su lugar regímenes democráticos a salvo de las tentaciones del cambio radical. América Central, sin embargo, se encontraba en otro huso horario político. Desde hacía tiempo era un remanso político en manos de los tiranos más ignorantes del continente. Los fugaces episodios de insurgencia que habían tenido lugar se habían sofocado rápidamente y la mayor parte de la región había permanecido en calma durante el máximo apogeo del activismo revolucionario en el sur. En 1979 los rebeldes sandinistas derrocaron a la dinastía de los Somoza, que gobernaban Nicaragua bajo los auspicios de los norteamericanos desde los tiempos de Roosevelt y EEUU situó al país en el punto de mira de sus campañas de contrainsurgencia[7]. Los revolucionarios nicaragüenses mantenían

---

[7] Somoza, con quien Stimson había congeniado durante la segunda ocupación de Nicaragua a manos de EEUU, se convirtió en el primer jefe de la Guardia Nacional creada por los marines cuando Roosevelt asumió la presidencia. Después de asesinar a Sandino en 1934, el presidente le dispensó

una relación muy estrecha con Cuba, y en 1981 su victoria provocó una insurrección en El Salvador que desembocó en una guerra civil que se prolongó durante una década y en un levantamiento más breve en Guatemala –donde las guerrillas tenían una tradición más arraigada– que fue interrumpido con una represión brutal. Los oligarcas y los gobernantes locales reaccionaron a la oleada de radicalización regional con la creación de escuadrones de la muerte y se produjeron numerosas desapariciones, torturas y masacres. En estos dos países, la administración Carter colaboró con ayuda económica y adiestramiento militar. Reagan, dispuesto a mantenerse firme en El Salvador y en Guatemala, decidió también eliminar el problema de raíz en Nicaragua.

En 1982, EEUU empezó a reunir un ejército de contrarrevolucionarios, bien financiado y equipado, en Honduras y Costa Rica, con la intención de acabar con al régimen sandinista. Las incursiones y los ataques desde el otro lado de la frontera se multiplicaron y el sabotaje de las comunicaciones, la destrucción de cosechas e instalaciones económicas y el asesinato de civiles eran cada vez más frecuentes, en una campaña controlada y planificada directamente por los norteamericanos. Aunque no logró apoderarse de grandes franjas de territorios, la Contra dejó el país en estado de sitio. Las privaciones y el cansancio fueron minando gradualmente el respaldo popular al gobierno sandinista, que al final de la década accedió a convocar unas elecciones si la Contra se retiraba. En los comicios, los sandinistas fueron derrotados por el candidato del Departamento de Estado, el único que podía poner fin al embargo nortea-

---

una acogida sin precedentes en Washington: «Se planeó que Roosevelt, por primera vez desde que asumió la presidencia en 1933, saliera de la Casa Blanca para dar la bienvenida a un jefe de Estado. El vicepresidente, el gabinete en pleno y los principales líderes del Congreso y del poder judicial debían estar presentes cuando llegara el tren de Somoza. Una ingente guardia de honor, veintiuna salvas, un desfile presidencial a lo largo de Pennsylvania Avenue, una cena de Estado y una habitación en la Casa Blanca, donde pasaría la noche, componían el itinerario oficial», con «más de cinco mil soldados, marineros y marines bordeando las calles y cincuenta aviones surcando los cielos. Se les dio el día libre a los empleados del gobierno para que asistieran al multitudinario desfile», Paul Coe Clark, *The United States and Somoza: A Revisionist Look*, Westport, 1992, pp. 63-64.

mericano que había llevado a la ruina al país. América Central no era África. Para librarse de un líder político que no era de su agrado, EEUU podía entablar una guerra indirecta contra un rival inferior, alcanzar una victoria total y rematar la faena con una invasión del estrecho de Panamá, que parecía sacada de los años veinte, para hacerse con el control total de la región, antes incluso de que los nicaragüenses acudieran a las urnas[8].

IV

La situación era mucho más comprometida en otra región que se había convertido en un frente de la Guerra Fría en la última década del conflicto. Entre el mundo árabe y el subcontinente asiático había dos Estados que nunca habían estado sometidos al mandato europeo ni habían sido conquistados, aunque ambos habían sido objeto de repetidas intrusiones y manipulaciones por

[8] «Desde el comienzo de la Guerra Fría global en 1948 hasta su conclusión en 1990, el gobierno de EEUU logró derrocar al menos a veinticuatro gobiernos en América Latina, cuatro de ellos mediante el uso directo de la fuerza del ejército norteamericano, tres gracias a rebeliones o asesinatos orquestados por la CIA, y diecisiete animando a las fuerzas políticas o militares locales para que intervinieran sin la participación directa de EEUU, por lo general a través de golpes de Estado militares… El coste humano de esta campaña fue inmenso. Entre 1960, el momento en que los soviéticos desmantelaron los gulag de Stalin, y la caída de la Unión Soviética en 1990, las cifras de prisioneros políticos, víctimas de torturas y ejecuciones de disidentes políticos no violentos en América Latina excedió con mucho a las de la Unión Soviética y los Estados satélites de la Europa del Este. En otras palabras, entre 1960 y 1990, el bloque soviético en su totalidad fue menos represivo, si se mide en términos de víctimas humanas, que muchos países latinoamericanos individuales. La Guerra Fría «caliente» de América Central provocó una catástrofe humanitaria sin precedentes. Entre 1975 y 1991, el número de víctimas alcanzó casi los 300.000 en una población de menos de treinta millones. Más de un millón de refugiados huyeron de la región, en su mayoría a Estados Unidos. El coste económico no ha sido calculado, pero fue inmenso. En los ochenta, estos costes no afectaron a la política estadounidense porque las repercusiones en EEUU fueron insignificantes», John Coatsworth, «The Cold War in Central America, 1975-1991», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, vol. 3, pp. 220-221.

parte de las potencias imperiales. Desde que los servicios de inteligencia estadounidenses y británicos instalaran en los cincuenta la monarquía dictatorial en Irán, este país había sido el eje de la estrategia norteamericana en la región que rodeaba al Golfo, y el gobierno de Washington le había concedido incontables privilegios y ayudas. En Afganistán, la monarquía que había gobernado el país hasta entonces había sido derrocada por una dinastía rival de la misma familia que quería poner al día el país con ayuda soviética. En enero de 1978, tuvieron lugar una serie de manifestaciones multitudinarias en contra del régimen de Palevi, un nombre que era sinónimo desde hacía tiempo de tiranía y corrupción, y un año después de que cayera este régimen, el sah huyó al exilio y el ayatolá Jomeini regresó del extranjero para dirigir un gobierno revolucionario con un sesgo inesperadamente islamista, igual de hostil hacia la izquierda iraní que hacia la superpotencia norteamericana[9]. En abril de 1978, los comunistas afganos, que iban a ser objeto de una purga, contraatacaron con un golpe de Estado que los situó en el poder de la noche a la mañana. Aunque no tuvieron las mismas repercusiones, ambas rebeliones representaron un duro golpe para EEUU. No pasaba nada porque Afganistán mostrara cierta inclinación hacia la esfera de influencia diplomática de Moscú, pero que se instaurara en este país un régimen comunista que amenazaba a Paquistán, era en principio inaceptable. En cualquier caso, era un país pobre y aislado. Irán, que doblaba a Afganistán en población y superficie, y uno de los mayores productores de petróleo, no era ninguna de las dos cosas. En realidad, sin duda, un régimen islámico era menos peligroso que un gobierno comunista, pero su fervor antiimperialista podía resultar más desestabilizador,

[9] El día de Nochevieja de 1977, Carter había brindado con el sah en Teherán –«no hay ningún líder con el cual sienta una sensación más profunda de gratitud personal y de amistad»–, al que consideraba un compañero espiritual en la lucha por la causa de los «derechos humanos», y un pilar de la estabilidad en la región, basada en «la admiración y el amor que su pueblo le profesa». Véase Lloyd Gardner, *The Long Road to Baghdad*, Nueva York, 2008, p. 51. Dos años después, cuando los estudiantes ocuparon la embajada de EEUU en Teherán, Kennan recomendó que los norteamericanos declararan la guerra a Irán, N. Thompson, *The Hawk and the Dove*, cit., p. 278.

si no se controlaba, en Oriente Medio. A fin de cuentas, fue en Teherán, y no en Kabul, donde se ocupó la embajada de EEUU y se secuestró al personal diplomático allí destinado.

De manera fortuita, el problema de la Revolución iraní se solucionó en septiembre de 1980, menos de un año después de que fuera derrocado el sah, cuando Iraq lanzó un ataque frontal contra Irán, pensando que el régimen de Jomeini, atareado aún con la represión de la oposición interna, era mucho más vulnerable de lo que resultó ser en realidad. El intento de Saddam Hussein por apoderarse de la provincia de Juzestán, rica en petróleo y mayoritariamente árabe, desencadenó la segunda guerra convencional más larga del siglo XX, un conflicto que contó con la ayuda y el estímulo encubierto de EEUU[10]. El sistema de Jomeini sobrevivió al ataque recurriendo al abundante arsenal del patriotismo iraní. Pero para los intereses de los norteamericanos, la guerra fue rentable. Pues sin recurrir al ejército ni a la CIA, inutilizada en este país, consiguieron que la Revolución iraní quedara atrapada dentro de sus propias fronteras durante casi una década y que su impulso internacional se agotara en buena medida por culpa de la lucha defensiva por la supervivencia. Cuando la guerra terminó por fin en 1988, el régimen islamista seguía en pie, pero había sido contenido, y con la proclamación de la doctrina Carter y su aplicación por parte de la administración Reagan, el Golfo se convirtió en una pasarela militar del poder estadounidense en la región.

El problema de Afganistán se podía abordar de un modo más ambicioso que el de Irán, utilizando una estrategia más parecida a la de América Central que a la del sur de África. Si Bagdad era una remota Pretoria, Islamabad era una cercana Tegucigalpa. Desde allí, EEUU podía organizar una guerra indirecta contra los comunistas con un ejército de Contras que, sin embargo, no actuarían como meros mercenarios. En una fecha tan temprana como julio de 1979, antes de que cayera la monarquía en Irán o de que los tanques soviéticos se acercaran a Kabul, EEUU ya había empezado a financiar a los opositores religiosos y tribales de la Revo-

---

[10] Véase Bruce Jentleson, *With Friends Like These: Reagan, Bush and Saddam, 1982-1990*, Nueva York, 1994, pp. 42-48.

lución de Saur. En diciembre, Moscú reaccionó al fratricidio en el comunismo afgano con una intervención militar a gran escala y Washington aprovechó la oportunidad para pagar a la URSS con su misma moneda: este conflicto tenía que convertirse en el Vietnam soviético. Bajo el amparo de la benévola dictadura de Zia en Paquistán, empezaron a enviar enormes sumas de dinero y armamento moderno a los guerreros muyahidín que combatían el ateísmo. Dividido desde el principio, el comunismo afgano había intentado compensar la debilidad de sus bases, en una sociedad que todavía era extremadamente rural y tribal, con la brutalidad de la represión de la oposición al régimen, a la que ahora había que sumar el peso pesado de un enemigo extranjero. En estas condiciones, EEUU no tuvo problemas para ayudar a la guerrilla durante más de una década con armamento avanzado. Aunque también contó con el apoyo de la CIA y de Arabia Saudita, este movimiento se basaba en un apasionado sentimiento religioso popular. El respaldo aéreo y terrestre de los soviéticos permitió la supervivencia militar del régimen de Kabul, pero también supondría su muerte política.

V

En su larga contienda con Estados Unidos, los dirigentes de la Unión Soviética llegaron a la conclusión a mediados de los setenta de que habían alcanzado la paridad nuclear estratégica, y que, por tanto, el gobierno de Washington reconocía que la URSS era una superpotencia de la misma categoría que Estados Unidos. La tregua, a su modo de ver, indicaba que habían aceptado esta realidad. De modo que no había razón alguna para que la URSS no actuara con la misma libertad que EEUU allí donde, a diferencia de Europa, las fronteras entre los dos bloques no se habían fijado de mutuo acuerdo. América Central se encontraba bajo el dominio hemisférico de EEUU y los soviéticos respetaban su hegemonía. Pero África era un *terrain vague*, y Afganistán un territorio fronterizo de la URSS en el que EEUU nunca se había involucrado tanto como ahora. La proyección de poder militar en estas

regiones no era una provocación, sino que respetaba las reglas del juego tal y como las entendía Moscú.

Pero todo esto era no más que un espejismo. Lo que Brezhnev y sus colegas veían como un punto de inflexión estratégico era, para Nixon y Kissinger una interpretación táctica. Ninguna administración norteamericana tenía la más mínima intención de permitir que Moscú actuara en el Tercer Mundo como lo podía hacer Washington y disponían de medios para advertir a los soviéticos de que tendrían problemas si lo intentaban. Las aparentes conquistas soviéticas de los setenta eran castillos de naipes, regímenes frágiles que no contaban con el respaldo de cuadros comunistas disciplinados ni de movimientos de masas de alcance nacional, y caerían o cambiarían de signo inmediatamente una vez que Moscú les retirara su apoyo. La diferencia fundamental entre estas dos potencias rivales era igual de marcada que lo había sido en los albores de la Guerra Fría, antes de que el triunfo de Mao en China alterara el alcance del desequilibrio por una temporada. Las líneas de comunicación del gobierno de Moscú solo llegaban hasta Afganistán, y los soviéticos estaban atrapados, como había previsto Brzezinski. El Ejército Rojo no podía hacer nada para contrarrestar los misiles Stinger. A la desmoralización que imperaba más allá del perímetro del régimen de Stalin había que sumarle el desgaste interno en el ámbito doméstico. Europa del Este siempre había estado fuera del alcance de EEUU, que se había mantenido al margen de la rebelión de los obreros de la Alemania del Este en 1953, de la revuelta de 1956 en Hungría y de la invasión de Checoslovaquia en 1968. Pero la tregua, que había inducido a creer a los dirigentes soviéticos que podrían actuar con mayor desparpajo en el Cuerno de África o en el Hindu Kush, donde el gobierno de Washington no ejercía una influencia directa, permitió a EEUU operar con mayor libertad en Europa. En los Acuerdos de Helsinki, Moscú tuvo que reconocer formalmente unos derechos humanos que estaban en entredicho para obtener el reconocimiento oficial de unas fronteras territoriales que en realidad nunca lo habían estado y, a raíz de este tratado, se alteraron las coordenadas de la Guerra Fría. Cuando Solidaridad [Solidarność] se sublevó en Polonia, el Telón de Acero había dejado de existir. No se pudo impedir que el dinero nortea-

mericano empezara a entrar en el país a través del Vaticano, ni se logró contener a la arrolladora insurgencia polaca.

Con las heridas militares y los conflictos políticos llegaron las presiones económicas. En los setenta, el incremento del precio del petróleo había agravado la recesión en Occidente. En los ochenta, el descenso de los precios del crudo afectó a la balanza comercial soviética, que dependía de los ingresos de divisas derivados del sector energético para pagar las importaciones de tecnología de nivel medio. Si bien los orígenes de la prolongada ralentización de los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) se encontraban en la dinámica del desarrollo desigual y del exceso de competitividad, sus consecuencias se podían controlar y retrasar a través de una expansión sistemática del crédito que impidiera una traumática desvalorización del capital. En la URSS, la prolongada ralentización de la economía, basada en una falta de competitividad planificada y en la excesiva ampliación de la vida del capital, comenzó antes: la tasa de crecimiento ya se encontraba en descenso en los sesenta, aunque este proceso se agravó bruscamente en la segunda mitad de los setenta[11]. En los treinta, Trotsky ya había advertido que el destino del socialismo soviético dependía de que superara en productividad al capitalismo avanzado. En los ochenta, era evidente que no lo había conseguido. El PNB y la renta per cápita de la URSS representaban la mitad que las de EEUU y la productividad laboral quizá un 40 por 100. Esta diferencia fundamental se basaba en otra aún más marcada, a la inversa. En la economía norteamericana, mucho más rica, el presupuesto militar representaba una media de entre el 6 y el 7 por 100 del PNB, desde los años sesenta; en la economía soviética, la cifra era más del doble: entre el 15 y el 16 por 100.

---

[11] Vladimir Popov, «Life Cycle of the Centrally Planned Economy: Why Soviet Growth Rates Peaked in the 1950's», CEFIR/NES Working Paper, n.º 152, noviembre de 2010, pp. 5-11, un diagnóstico fundamental en el que se muestra que, en efecto, la economía soviética padeció una versión propia, mucho más radical, del mismo problema que ralentizaría las tasas de crecimiento norteamericanas desde los años setenta en adelante, según el análisis de Robert Brenner.

Desde los años cincuenta, la gran estrategia norteamericana habían ido dirigida casi siempre a «someter a la máxima presión» al sistema soviético, como se afirmaba en el informe confidencial NSC-68. La administración Reagan, que atacó a la URSS por los flancos en Asia Central y penetró en sus defensas en la Europa del Este, también le apretó las tuercas en el aspecto económico con un embargo tecnológico que supuso un varapalo para la producción de petróleo de Rusia y que cuadruplicó la de Arabia Saudí, de manera que los precios se redujeron en un 60 por 100. Pero su maniobra decisiva fue el anuncio del desarrollo de una Iniciativa de Defensa Estratégica (Strategic Defense Initiative) destinada a convertir a EEUU en un país invulnerable a un posible ataque con misiles balísticos intercontinentales. Creada a raíz de un informe realizado por el Equipo B de la CIA en el que se advertía de la existencia de una «ventana de vulnerabilidad» –una nueva encarnación de la desventaja armamentística en misiles y bombarderos esgrimida durante los años cincuenta y sesenta– que Moscú podía utilizar para arrasar o chantajear a Occidente, la iniciativa era en realidad un espantapájaros tecnológico con un coste desproporcionado. En realidad era un proyecto inviable, pero eso no importaba demasiado. Lo importante era que servía para intimidar a unos dirigentes soviéticos arrinconados que estaban intentando por todos los medios recuperar la economía nacional y que buscaban desesperadamente la aprobación de Occidente en el extranjero.

Consciente de que la URSS nunca podría aspirar a un programa tan costoso, Gorbachov viajó a Reikiavik para intentar librar a su país para siempre del peso abrumador de la carrera armamentística[12].

---

[12] Gorbachov ante el Politburó en octubre de 1986: «Nos veremos arrastrados a una carrera armamentística que excede nuestra capacidad, y la perderemos, pues nos encontramos al límite de nuestras posibilidades. Es más, lo lógico es que muy pronto Japón y la RFA incorporen su potencial económico al norteamericano. Si empieza este nuevo *round*, la presión a la que quedará sometida nuestra economía será increíble», Vladislav Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, 2007, p. 292. Como reconocía ingenuamente Reagan, «el gran éxito dinámico del capitalismo nos había proporcionado un arma poderosa en nuestra batalla contra el comunismo: *el dinero*. Los rusos nunca podrán ganar la carrera armamentística; siempre podremos gastar más que ellos», *An American Life*, Nueva York, 1990, p. 267.

Allí, los representantes estadounidenses se quedaron boquiabiertos cuando descubrieron que el dirigente ruso no paraba de hacer concesiones unilaterales. «Llegamos sin nada que ofrecer y no ofrecimos nada», recordaba uno de los negociadores. «Nos sentamos allí mientras ellos desenvolvían sus regalos»[13]. Pero no obtuvo ningún resultado. La SDI no se podía abandonar: Gorbachov salió de allí con las manos vacías. Dos años después, la prohibición de los misiles de alcance intermedio fue un modesto premio de consolación. La Unión Soviética había tardado treinta años en alcanzar la paridad nuclear oficial con Estados Unidos. Pero se trataba de un objetivo sobrevalorado y el precio había sido ruinoso. El asedio norteamericano a la URSS nunca se concibió como una *Niederwerfungskrieg* convencional. Desde el comienzo fue una prolongada *Ermattungskrieg* y la victoria estaba ahora al alcance de la mano.

En medio de una crisis doméstica de suministro de materias primas cada vez más grave, con un viejo sistema económico afectado por las sucesivas reformas que no conseguían alumbrar un nuevo modelo, después de abandonar Afganistán la URSS se retiró de la Europa del Este. Los gobiernos del Pacto de Varsovia nunca habían gozado de un respaldo popular excesivo y el pueblo se rebelaba cada vez que se le presentaba la oportunidad. En 1989, envalentonados por la nueva coyuntura, las fugas políticas se fueron sucediendo: en seis meses Polonia, Hungría, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía abandonaron del Pacto de Varsovia. El disparo de salida se produjo en la primavera, cuando Kohl entregó en secreto al gobierno húngaro 1.000 millones de marcos alemanes para que abriera su frontera con Austria y los jóvenes de la Alemania Oriental empezaron a cruzarla en masa[14]. En Moscú, Gorbachov dejó que los acontecimientos siguieran su curso. No intentó en ningún momento negociar la salida soviética

[13] «El secretario Schultz, que a la sazón no estaba demasiado versado en asuntos nucleares, lo entendió enseguida, sin embargo. Habíamos ganado», Kenneth Adelman, *The Great Universal Embrace*, Nueva York, 1989, p. 55. Adelman fue Director de Control de Armamento con Reagan.

[14] J. L. Harper, *The Cold War*, cit., p. 238.

de la región y depositó su confianza en la gratitud que mostraría Occidente a cambio de la retirada unilateral de 500.000 soldados del Ejército Rojo estacionados en esta región. El primer Bush le prometió verbalmente que la OTAN no se extendería hasta las fronteras de Rusia y se negó a ofrecer ayuda económica alguna hasta que el país se convirtiera en una economía de mercado[15]. Su plan de una Europa unida y libre se cumplió. Pero para que la URSS fuera libre, tenía que dividirse. Gorbachov sobrevivió poco más de un año a su afán no correspondido de sellar una alianza con los norteamericanos. Los vestigios del sistema soviético pudieron comprobar adónde conducía la visión de la paz con honor de Gorbachov, y al intentar deponerle, precipitaron el desenlace. En diciembre de 1991 la URSS desapareció del mapa.

[15] «Decepcionado por el fracaso de sus relaciones personales con los líderes occidentales para obtener resultados, Gorbachov intentó argumentar pragmáticamente en favor de una ayuda considerable. Como le explicó a Bush en julio de 1991, si Estados Unidos podía gastar 100.000 millones de dólares para solucionar los problemas de la región del Golfo, ¿por qué no podía invertir una suma similar para financiar la perestroika, que había reportado enormes dividendos en el ámbito de la política exterior, incluido un apoyo soviético sin precedentes en Oriente Medio? Pero nadie le escuchó. Los políticos ni siquiera accedieron a entregar la suma relativamente modesta que proponían los expertos norteamericanos y soviéticos, 30.000 millones de dólares, similar a la magnitud de la ayuda occidental a Europa del Este», Alex Pravda, «The Collapse of the Soviet Union, 1990-1991», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, cit., vol. 3, p. 376.

7. LIBERALISMO MILITANTE

El fin de la Guerra Fría cerró una época. Estados Unidos era la única superpotencia del mundo, por primera vez en la historia. Eso no significaba que pudiera dormirse en los laureles. Puede que el proyecto de 1950 se hubiera completado. Pero la gran estrategia del Estado norteamericano siempre había sido más ambiciosa. La visión original del año 1943 se había dejado en suspenso durante medio siglo para atender una emergencia, pero nunca se había renunciado a ella: había que construir un orden liberal internacional con Norteamérica a la cabeza. El comunismo había muerto, pero el capitalismo todavía no había encontrado su expresión definitiva: un orden planetario universal gobernado por una sola potencia. El libre mercado aún no era mundial. La democracia no siempre estaba a salvo. En la jerarquía de los Estados, las naciones no siempre sabían qué lugar tenían que ocupar. Además, había que limpiar los escombros de la Guerra Fría allí donde aún se podían encontrar los vestigios de un pasado deshonroso.

Inmediatamente después de la caída de la Unión Soviética, estas labores eran problemas menores que se solucionaban solos. En 1992, ya habían caído los gobiernos de Yemen del Sur, Etiopía y Afganistán; Angola había entrado en razón y Nicaragua estaba de nuevo en buenas manos. En el Tercer Mundo, no quedaba casi ningún gobierno que se definiera como socialista. Pero siempre había Estados que, sin caer en el error del socialismo, eran inaceptables por otros motivos. Algunos no respetaban los principios del liberalismo económico y otros la voluntad de lo que ahora se podía llamar, sin temor a caer en la contradicción, la «comunidad internacional». Eran pocos los que desafiaban a Washington sistemáticamente, pero el nacionalismo de uno u otro sesgo podía encaminarles en una dirección que no se podía tolerar. El dicta-

dor panameño Noriega estaba en nómina de la CIA desde hacía mucho tiempo y había prestado una valiosa ayuda en la guerra no declarada contra los sandinistas. Pero, a pesar de las presiones, se negaba a ceder su parte del negocio de la droga y empezó a distanciarse de Washington. A finales de 1989, EEUU le expulsó sumariamente e invadió el país.

Una ofensa aún mayor fue la que cometió la dictadura iraquí cuando se apoderó de Kuwait un año después. El dirigente baasista Saddam Hussein también había contado con la ayuda de la CIA para llegar al poder, y había desempeñado un papel útil al poner contra la pared a la Revolución iraní en una prolongada guerra de trincheras. Pero aunque actuaba de manera despiadada con los comunistas y con el resto de sus adversarios, era una dictadura agresiva y nacionalista que no permitía que las empresas petroleras extranjeras operaran en su país. A diferencia de la dictadura egipcia, no se dejaba controlar por los norteamericanos. Fuera cual fuera la legitimidad histórica de las reivindicaciones de Bagdad en relación con los territorios del reino del sur, un país creado por los británicos, no se podía permitir de ninguna manera que los iraquíes se apoderaran de los campos petrolíferos de Kuwait, pues, en ese caso, el país se situaría en una posición que representaría una amenaza para Arabia Saudí. Después de cinco semanas de bombardeos aéreos, la Operación Tormenta del Desierto, en la que participaron medio millón de soldados norteamericanos apoyados por contingentes de otros treinta y tantos países, derrotó al ejército iraquí en cinco días, restituyendo en su trono a la dinastía Al Sabah. El coste de esta guerra para EEUU fue insignificante: el 90 por 100 de la factura la pagaron Alemania, Japón y los Estados del Golfo.

La guerra del Golfo, la primera que declaró Bush, marcó la llegada de un nuevo orden mundial. Solo un año antes, numerosos países de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad de la ONU habían condenado la invasión de Panamá (Rusia y China se unieron a la totalidad de los países del Tercer Mundo para votar a favor de la resolución, mientras que el Reino Unido y Francia se aliaron con EEUU para vetarla), pero en esta ocasión el Consejo de Seguridad aprobó sin problemas la expedición a Iraq, con el

voto a favor de Rusia, la abstención de China y la propina de EEUU a los Estados del Tercer Mundo por sus servicios. El fin de la Guerra Fría lo había cambiado todo. Era como si se hubiera impuesto la visión rooseveltiana del mundo como una patrulla, como una fuerza policial de naciones neutrales[1]. Para rubricar el triunfo de EEUU, a los pocos meses de estas victorias el Tratado de No-proliferación Nuclear, que hasta entonces no había sido más que un ineficaz residuo de finales de los sesenta, se transformó en un poderoso instrumento al servicio de la hegemonía norteamericana cuando Francia y China lo suscribieron y se instauró así una oligarquía nuclear en el seno del Consejo de Seguridad, en virtud de la cual la suscripción del Tratado sería desde entonces una condición de respetabilidad internacional para los Estados menores, salvo para aquellos que Washington quisiera exonerar –Israel quedaba por supuesto exento–[2]. En tan solo cuatro años, la política exterior del insulso Bush se convirtió en la más exitosa desde la guerra.

II

Clinton se benefició de la candidatura de un tercer partido no mayoritario y ganó las elecciones en un momento en que la economía doméstica atravesaba una época de depresión, la recesión de 1991. Pero, al igual que el resto de los aspirantes a la Casa Blanca desde los años cincuenta, antes de llegar al poder había criticado al presidente anterior por su debilidad en la lucha contra

---

[1] Bush: «El mundo, antes dividido en dos bandos armados, reconoce ahora una única y preeminente superpotencia: Estados Unidos de América. Y la reconocen sin pavor. Pues el mundo nos ha confiado el poder, y el mundo tiene razón. Confían en nuestra justicia y en nuestro comedimiento; confían en que estamos del lado de la decencia. Confían en que haremos lo correcto», discurso del Estado de la Unión, enero de 1992.

[2] Susan Watkins, «The Nuclear Non-Protestation Treaty», *New Left Review* II/54 (noviembre-diciembre de 2008) [ed. cast.: «El Tratado de No Protesta contra las Armas Nucleares», *New Left Review en español* 54 (2009), pp. 5-25], una de las pocas reconstrucciones históricas rigurosas, por no decir la única crítica, de los antecedentes y de la historia del Tratado.

los enemigos extranjeros de Norteamérica, exigiendo una política más dura en relación con Cuba y con China, una postura que encontró el respaldo de Nitze, Brzezinski y otros espíritus afines, que pensaban que Bush había sido demasiado blando con los dictadores y que no había perseguido con la resolución necesaria a los que violaban los derechos humanos[3]. Una vez en la presidencia, sin embargo, su prioridad sería transformar el orden liberal del libre comercio en un sistema global integral bajo el mando de EEUU. No es que Bush hubiera descuidado este frente, pero no había tenido tiempo de ultimar la creación de un bloque económico regional que vinculara a México y a Canadá a Estados Unidos, ni de cerrar las prolongadas negociaciones de la Ronda de Uruguay en relación con el GATT. Clinton, en contra de la firme oposición de su propio partido, consiguió sacar adelante el NAFTA (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) y transformar el GATT en la Organización Mundial del Comercio, el marco formal de un mercado universal para el capital futuro. En este marco, EEUU desempeñaría un papel más decisivo que nunca en la formación de un emergente mundo pancapitalista adaptado a sus propias exigencias.

En las primeras décadas de la Guerra Fría, las políticas norteamericanas habían sido bastante permisivas: se podía tolerar la existencia de otros Estados industriales, se les podía ayudar, incluso, ante la amenaza comunista, a que se desarrollaran según sus deseos, sin tener demasiado en cuenta la ortodoxia liberal. Desde los años setenta en adelante, las políticas norteamericanas se tornaron defensivas: había que afirmar los intereses de EEUU frente a otros Estados rivales de la OCDE, asestando brutales *coups d'arrêt* cuando fuera necesario, pero sin intervenir demasiado en su economía. En los noventa, Washington se encontraba en condiciones de pasar a la ofensiva. El giro neoliberal había liberalizado los mercados financieros internacionales, se habían logrado abrir algunas economías nacionales que hasta entonces habían permane-

[3] Derek Chollert y James Goldgeier, *America Between the Wars: From 11/9 to 9/11*, Nueva York, 2008, pp. 35-37. Robert Kagan también prestó su apoyo a Clinton en 1992.

cido semicerradas y Estados Unidos dominaba estratégicamente un mundo unipolar. En esta situación, EEUU pudo por primera vez presionar sistemáticamente a los Estados circundantes para que se alinearan con los criterios económicos norteamericanos. El libre mercado ya no era cosa de juego. Había que observar sus principios. En aquellos lugares donde se habían aplicado políticas de protección social o nacional, había que suprimirlas gradualmente. El Consenso de Washington –los imperativos que compartían el FMI, el Banco Mundial y el Tesoro de EEUU– estableció las reglas apropiadas para el Tercer Mundo. Pero fueron las crisis financieras de México y de Asia, que se produjeron como consecuencia directa del nuevo régimen liberal de finanzas globales, las que brindaron a la administración Clinton la oportunidad real para hacer hincapié en las normas de conducta que favorecieran a los mercados[4]. Estados Unidos, que contaba con los mercados de capital más activos, con diferencia, de cualquier economía importante y con la moneda de reserva global, controlaba de momento las propias turbulencias que estaba provocando su modelo de acumulación. La prensa local podía definir al triunvirato formado por Greenspan, Rubin y Summers como el «Comité para la Salvación del Mundo».

México, Corea, Indonesia: estos países eran objetivos prioritarios para aplicar las recetas del FMI. Pero el principal motivo de preocupación para EEUU era, como es lógico, Rusia, donde la caída del comunismo no parecía garantizar *ipso facto* la tranquila transición hacia el capitalismo, un proceso esencial para la consolidación de la victoria en la Guerra Fría. Para la administración Clinton, mantener en Moscú a un régimen político dispuesto a romper por completo con el pasado era una prioridad. Puede que Yeltsin fuera un borracho corrupto e incompetente, pero se había convertido a la causa del anticomunismo y no tenía escrúpulos a la hora de administrar una terapia de choque –a liberalizar los precios y a recortar las subvenciones de la noche a la mañana– ni

---

[4] Para estas últimas, véase Peter Gowan, *The Global Gamble*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 76-79, 84-92, 103-115 [ed. cast.: *La apuesta de la globalización*, Madrid, Akal, 2000].

de entregar los principales activos del país a un reducido grupo de planificadores criminales a cambio de sumas simbólicas, reservando una comisión para los asesores transferidos a Rusia desde Harvard. Yelstin metió los tanques en el parlamento ruso y dio un pucherazo en un referéndum constitucional para permanecer en el poder, y el equipo de Clinton le felicitó calurosamente. Cuando se vio que su reelección peligraba, llegó un oportuno préstamo norteamericano, junto con un equipo de asesores procedente de California, que le ayudaron en la campaña electoral. Después de arrasar Grozni, Clinton celebró su liberación. Cuando estalló la crisis financiera de 1998, el FMI le ayudó sin condiciones. A cambio, la alineación diplomática de Yeltsin con Washington era tan plena que Gorbachov, que no era ni mucho menos sospechoso de hostilidad hacia EEUU, llegaría a afirmar que su ministro de Exteriores era el cónsul norteamericano en Moscú.

Se podría considerar que la difusión mundial de las reglas neoliberales del comercio y la inversión, y la integración de la antigua Unión Soviética en su sistema encarnaban la visión a largo plazo que había defendido Roosevelt en los últimos años de su presidencia. Pero los instintos y las ambiciones de las élites estadounidenses habían cambiado mucho desde entonces. La Guerra Fría había terminado con la instauración económica y política de una paz americana. Pero eso no era un regreso a la Arcadia. El poder norteamericano no se basaba únicamente en la fuerza del ejemplo –la riqueza y la libertad que convertían a EEUU en un modelo que había que emular y en el líder natural de la civilización del capital–, sino también, en la indisociable fuerza de las armas. La expansión de su influencia política y económica era incompatible con una contracción de su alcance militar. La una, insistían los estrategas norteamericanos, no podía darse sin la otra. Para el régimen de Clinton, la desaparición de la amenaza soviética no era por tanto razón alguna para retirar las posiciones avanzadas de EEUU en Europa. Al contrario: la debilidad de Rusia hacía posible ampliarlas. La OTAN, lejos de ser desmantelada ahora que la Guerra Fría había terminado, se podía ampliar hasta las puertas de Rusia.

De este modo, se situaba un retén de seguridad para contrarrestar cualquier intento de recuperar las antiguas aspiraciones mosco-

vitas y asegurar a los recién liberados Estados de la Europa del Este que se encontraban protegidos por el escudo de Occidente. Pero no solo eso. La expansión de la OTAN hacia el Este era la afirmación de la hegemonía de Norteamérica sobre Europa, en una época en que, después de la caída de la Unión Soviética, el riesgo de que los socios tradicionales de EEUU en la región actuaran con mayor independencia que antes era mayor[5]. Para dejar clara la importancia que tenía este continente, la OTAN se amplió para incluir a los países de la Europa del Este antes de que estos ingresaran en la UE. En el ámbito nacional, la ampliación de la OTAN contaba con el respaldo de los dos partidos mayoritarios del Congreso, ya que los republicanos la defendían con el mismo ardor que los demócratas. Pero en la esfera de las élites, que era donde se decidía la gran estrategia, provocó la más aguda escisión *ex ante* desde la Segunda Guerra Mundial, y muchos curtidos guerreros de la Guerra Fría –Nitze, e incluso el propio secretario de Defensa de Clinton– consideraban que era una peligrosa provocación a Rusia, y que la posibilidad de que esta decisión debilitara la recién adquirida amistad con Occidente y favoreciera un revanchismo cargado de resentimiento no era ni mucho menos remota. En 1996, para ayudar a Yeltsin en su reelección, Clinton pospuso sus planes un año[6]. Pero conocía a su socio: las protestas fueron meramente simbólicas. Llegado el momento, el número de países que ingresaron en la OTAN se duplicó, pues las operaciones militares «externas» que no eran defensivas ni por asomo –en los Balcanes, en Asia Central, en el norte de África– favorecieron la expansión de la proyección geopolítica de la Alianza «Atlántica» todavía más.

---

[5] «En última instancia, la administración Clinton quería ampliar la OTAN porque pensaba que esta alianza tenía que recuperar su vigor para seguir siendo viable. La viabilidad de la OTAN, a su vez, era importante porque la alianza no solo ayudaba a mantener la posición de Norteamérica como potencia europea, sino que además servía para preservar la hegemonía de Norteamérica en Europa». Robert Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, cit., p. 222. Art es el teórico más claro, lúcido y riguroso de la proyección de poder de EEUU en la actualidad. Véase *infra*., «Consilium», pp. 219-227.

[6] D. Chollet y J. Goldgeier, *America Between the Wars*, cit., pp. 124, 134.

Entre tanto, el nuevo orden unipolar había generado una tercera novedad. La Yugoslavia federal, comunista pero no integrada en el Bloque Soviético, se desintegró en la última etapa de la presidencia de Bush y las repúblicas que la formaban se separaron según criterios étnicos. En Bosnia, donde ninguno de estos grupos étnicos era mayoritario, la Comunidad Europea acordó un reparto de poder entre musulmanes, serbios y croatas en la primavera de 1992 que no tardó en ser rechazado por los primeros, animados por EEUU, que proclamaron la independencia de Bosnia, lo cual desencadenó una guerra civil entre los tres bandos. Cuando el contingente militar de la ONU mandado para proteger a la población civil y lograr la paz entre los tres bandos fracasó en su intento de evitar las matanzas –de las cuales las más sangrientas las cometieron los serbios– la administración Clinton adiestró y suministró armas a los croatas para que en 1995 lanzaran un contraataque que limpió Krajina de población serbia. Con el respaldo de una campaña de bombardeos de la OTAN contra las fuerzas serbias, se puso fin a la guerra, y Bosnia quedó dividida en tres pequeños Estados con un procónsul euroamericano. Las acciones de EEUU marcaron un doble hito. Era la primera vez que el Consejo de Seguridad subcontrataba a la OTAN para llevar a cabo una operación militar y que un bombardeo aéreo se definía como una intervención humanitaria.

Cuatro años después, la OTAN lanzó un ataque aún más intenso –36.000 misiones de combate y 23.000 bombas y misiles– sobre lo que todavía eran oficialmente los restos de Yugoslavia, con la excusa de detener el genocidio de la población albana de Kosovo a manos de los serbios. Esto fue demasiado para el régimen de Yeltsin, que se enfrentaba con la indignación generalizada en su país y no podía aprobar oficialmente esta decisión en el Consejo de Seguridad, con lo cual no se pudo utilizar a la ONU como tapadera. Pero, oficiosamente, Moscú convenció a Milosěvić de que se rindiera sin oponer resistencia sobre el terreno, que era lo que temía Clinton. La guerra de Yugoslavia marcó otros tres nuevos hitos en el ejercicio del poder norteamericano. La OTAN, una alianza supuestamente defensiva, se había utilizado –después de una nueva ampliación– para atacar a otro Es-

tado. El ataque fue una primera demostración de la «revolución en los asuntos militares» derivada de los avances electrónicos en la selección de objetivos y en el bombardeo desde altitudes extremas: no se produjo ni una sola baja en el bando estadounidense. Pero, sobre todo, se recurrió a una nueva doctrina como justificación de la agresión. La causa de los derechos humanos, según Clinton y Blair, invalidaba el principio de soberanía nacional.

La última innovación de la presidencia de Clinton tuvo lugar en Oriente Medio. En esta región, la supervivencia de la dictadura de Saddam representaba un desafío permanente para EEUU y era necesario acabar con ella. En contra de lo que se esperaba, después de la derrota del ejército iraquí en la guerra del Golfo el régimen baasista había seguido en el poder. Washington logró que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobara las sanciones más despiadadas que se recordaban, un bloqueo «de un rigor sin precedentes en la historia mundial», según se jactaba Sandy Berger, el Consejero de Seguridad Nacional de Clinton, pues se prohibieron las transferencias económicas y financieras, con la excepción de las medicinas y –en circunstancias extremas– de los alimentos. El grado de mortalidad infantil, desnutrición y exceso de mortalidad que provocó este bloqueo en la población iraquí sigue siendo objeto de discusión[7], pero cuando le informaron de que la cifra de víctimas había alcanzado el medio millón, el secretario de Estado de Clinton declaró que le parecía un precio justo. El estrangulamiento económico no fue completamente posible y, en 1998, Clinton aprobó la propuesta de Ley de Liberación de Iraq, de manera que la aniquilación política del régimen de Saddam se convirtió en una política explícita de EEUU. Cuando ya no pudo financiar más operaciones secretas para derribar al dictador, descargó sobre el país sucesivas oleadas de bombardeos. A finales de 1999, el año de la guerra de Yugoslavia, las seis mil expediciones angloamericanas habían dejado caer sobre Iraq unas cuatro-

[7] Para una revisión crítica de las pruebas, véase Michael Spagat, «Truth and death in Iraq under sanctions», *Significance* 7, 3 (septiembre de 2010), pp. 116-120.

cientas toneladas de artillería[8]. Era la primera vez que sucedía algo parecido. Una nueva arma se había incorporado al arsenal imperial: la guerra convencional no declarada.

III

En la campaña electoral que le condujo a la Casa Blanca, el segundo Bush se apartó del modelo tradicional al proponer un descenso de la participación tutelar de los norteamericanos en el mundo. Una vez en el cargo, la prioridad inicial de su secretario de Defensa fue la contracción del estamento militar. Después del mazazo del 11-S el gobierno republicano adoptó la postura contraria y el mandato de Bush siempre será recordado por imponer la voluntad de los norteamericanos a través de agresión y la fuerza militar. Por primera vez desde Pearl Harbor, se había profanado el suelo norteamericano. El justo castigo tenía que dejar claro el alcance del poder estadounidense. El enemigo era el terrorismo, y se le haría la guerra hasta erradicarlo en todo el mundo.

Fue una reacción nacional que no encontró prácticamente ninguna oposición dentro del país y, en un principio, una muy discreta en el exterior. Los comentaristas apocalípticos abundaban en que la humanidad se adentraba en una época radicalmente nueva. La realidad, por supuesto, era que el 11-S había sido un accidente histórico e irrepetible, y que los autores de los atentados habían sorprendido al Estado norteamericano con la guardia baja porque eran una mota insignificante en la pantalla del radar de sus intereses estratégicos. Desde un punto de vista más general, Al Qaeda era una organización diminuta, con una importancia marginal magnificada únicamente por los abundantes recursos económicos de su líder. Con todo, aunque el resultado del plan de atacar edificios simbólicos en Nueva York y en Washington había sido cuestión de suerte, su motivación subyacente no lo era. El origen de este episodio se encontraba en una región geopolítica donde EEUU lleva-

---

[8] Véase Tariq Ali, «Our Herods», *New Left Review* II/5 (septiembre-octubre de 2000), pp. 5-7.

ba mucho tiempo aplicando una serie de políticas cuyo propósito explícito era acrecentar la hostilidad popular. En Oriente Medio, los norteamericanos solían brindar su apoyo a dinastías tiránicas de una u otra región, siempre que se adaptaran a sus intereses. Sin embargo, esto no tenía nada de extraordinario: en América Latina y en el Sudeste Asiático se había seguido más o menos la misma pauta. Lo que diferenciaba la actuación de los norteamericanos en Oriente Medio era su relación con Israel. En el resto del mundo después de la guerra, EEUU siempre se habían esforzado porque no se les identificara con las potencias coloniales europeas –incluso en aquellos lugares donde habían tenido que aceptar temporalmente la hegemonía colonial para contener el comunismo–, pues sabían que, de lo contrario, sus planes de vencer en el campo de batalla de la Guerra Fría se verían amenazados. Los dictadores tenían cabida en el Mundo Libre; pero las colonias no se podían tolerar. Esta regla solo se había violado en Oriente Medio. Israel no era una colonia, sino algo aún más escandaloso: un Estado colonial expansionista que no se había fundado en el siglo XVIII o en el XIX, cuando la colonización europea se encontraba en su máximo apogeo en todo el mundo, sino en pleno siglo XX, cuando la descolonización se encontraba en todo su esplendor. Es más, era un Estado basado explícitamente en la religión, la Tierra Prometida del Pueblo Elegido, y se había creado en una región donde existía una religión rival mucho más populosa en la que el recuerdo de una intrusión confesional muy anterior y de su exitosa expulsión se conservaba prácticamente intacto. Era difícil imaginar una combinación más explosiva.

En la gran estrategia norteamericana, se interprete como se interprete, una relación orgánica con un Estado que representaba semejante provocación en un entorno tan importante para EEUU por su riqueza petrolífera no tenía cabida racional[9]. Es cierto que la capacidad militar israelí tenía cierta utilidad para Washington. En 1956, la alianza israelí con el colonialismo anglo-francés había sido contraproducente, pero en 1967 había infligido una oportu-

---

[9] Véase P. Anderson, «Jottings on the Conjuncture», *New Left Review* II/48 (noviembre-diciembre de 2007), pp. 15-18.

na humillación al nacionalismo árabe de orientación soviética, en 1973 había contribuido a que Egipto cayera en manos de los norteamericanos y en 1982 había dejado maltrecha a la OLP al expulsarla del Líbano. Pero su funcionalidad tenía límites: los norteamericanos habían tenido que impedir que las Fuerzas Armadas Israelíes ocuparan Beirut y les habían pedido que se mantuvieran al margen en la guerra del Golfo. La potencia militar israelí, cuyo coste político potencial en el mundo árabe conocían perfectamente todos los dirigentes norteamericanos, no justificaba por sí sola el compromiso que había mantenido EEUU con Israel durante más de medio siglo. Las virtudes de la democracia israelí, un oasis en medio de los desiertos del despotismo, tampoco daban cuenta de esta relación tan estrecha, y lo mismo se puede decir del espíritu fronterizo que unía a ambas naciones, un barniz ideológico que ocultaba la verdadera naturaleza de las relaciones entre Tel Aviv y Washington. Estas relaciones eran el resultado del poder que ejercía dentro del sistema político norteamericano la comunidad judía, un grupo que ya había demostrado su influencia en 1947, cuando Baruch y Frankfurter recurrieron a los sobornos y a las amenazas para lograr la mayoría necesaria en la ONU para la partición de Palestina, y que había ejercido una influencia decisiva en la articulación de la política regional desde 1967, imponiendo una atención sobrevenida que no concordaba con los cálculos del interés nacional en general, en una perversión de la lógica del ajuste normal de los medios y los fines[10].

El vínculo entre Estados Unidos e Israel era uno de los factores que diferenciaba a Oriente Medio de cualquier otra región en la proyección de poder de EEUU, pero no era el único. Iraq era todavía una tarea pendiente. El Estado baasista no era solo uno de los regímenes que no satisfacían las expectativas de Washington. En diferentes momentos de la historia del Tercer Mundo habían existido –y todavía existían– Estados similares. Este era un caso único en la historia de la posguerra, pues era el primer Estado cuyo derrocamiento había dado lugar a la aprobación de una ley

---

[10] Véase P. Anderson, «Scurrying towards Bethlehem», *New Left Review* II/10 (julio-agosto de 2001), pp. 10-15 y ss.

pública en el Congreso que había sido refrendada por la Casa Blanca y que llevaba años aplicándose en una guerra convencional pero no declarada. Durante la Guerra Fría ningún régimen comunista había sido proscrito de un modo comparable. Si el gobierno de Saddam hubiera sobrevivido a esta legislación –y a la campaña de destrucción que se había autorizado en virtud de ella–, constituiría una derrota político-militar que pondría en duda la credibilidad del poder norteamericano. El segundo Bush había subido al poder con la promesa de que EEUU actuaría con mayor discreción, en general, pero nunca había hablado de alcanzar la paz con Bagdad. Desde el principio, su administración estuvo plagada de entusiastas de la Ley de Liberación de Iraq.

Por último, había un tercer rasgo de la escena de Oriente Medio que no tenía parangón en ningún otro lugar. En el transcurso de la Guerra Fría, EEUU había utilizado una amplia variedad de representantes para luchar a distancia con diversos enemigos: mercenarios franceses, capos de la droga del Partido Nacionalista Chino, *gusanos* cubanos, tribus hmong, militares sudafricanos, contras nicaragüenses, banqueros del Vaticano: todos ellos habían actuado en algún momento como instrumentos de la voluntad norteamericana. Ninguno, sin embargo, había recibido un apoyo tan incondicional –con efectos espectaculares– como los muyahidines en Afganistán. En la operación más importante de su historia, la CIA había canalizado unos 3.000 millones de dólares en armas y ayuda, y había conseguido que Arabia Saudí aportara otros tres, a las guerrillas que finalmente habían logrado expulsar a los rusos del país. Pero, aparte de la hostilidad hacia el comunismo, en esta operación, a diferencia de otras similares, no existía prácticamente ningún denominador común ideológico entre la metrópoli y los actores locales. La resistencia afgana no era exclusivamente tribal –Washington sabía cómo controlar a este tipo de grupos– sino religiosa, impulsada por una fe que odiaba tanto a Occidente como a la Unión Soviética y que había atraído a voluntarios de todo el mundo musulmán. A la barrera cultural del islam, imposible de controlar, había que añadir el escollo político de Paquistán, un filtro que había que salvar para enviar ayuda a Afganistán. La Dirección de Inteligencia paquistaní ejercía un control directo sobre los diferentes grupos muyahidines

y sus campamentos en la frontera noroeste, muy superior al que podía aspirar a alcanzar la CIA. Se habían desatado una serie de fuerzas que habían otorgado a Estados Unidos la victoria individual más importante de la Guerra Fría, pero los norteamericanos no habían sabido entender y aprovechar sus consecuencias políticas. En la disputa poscomunista por el poder en Kabul salió vencedor el más radical de todos los grupos islamistas, secundado por los voluntarios árabes más extremistas. La confianza y la energía derivadas de la victoria en la yihad contra un grupo de infieles se volvió, de un modo bastante lógico, contra EEUU. Habían aceptado su ayuda por razones tácticas para ganar la batalla contra los soviéticos, pero nunca habían pensado que fueran mejores que aquellos.

Al Qaeda, una organización que se creó en Afganistán pero que estaba compuesta fundamentalmente por árabes, tenía la mirada fija en Oriente Medio, más que en Asia Central. En el primer manifiesto público de la organización, su líder explicaba cuál era la causa por la que luchaba. El destino de Palestina ocupaba un lugar de honor en este credo. Israel y su protector, Estados Unidos, habían cometido numerosos atropellos en la región y los fieles tenían que pasar a la acción: en respuesta al bombardeo de Beirut había que atacar a aquellos que lo habían perpetrado. Y esto no era todo. Desde la guerra del Golfo contra Iraq, las tropas norteamericanas se encontraban estacionadas en Arabia Saudí y estaban profanando los Lugares Sagrados. El profeta exigía explícitamente que había que hacer la yihad ante semejantes intrusiones. Los fieles ya habían vencido a una superpotencia en Afganistán. Ahora, su deber era expulsar a la otra y a sus vástagos, declarando la guerra al enemigo. Por tanto, detrás de los atentados del 11-S se ocultaba, bajo un atuendo teológico, la típica reacción antiimperialista contra una potencia que desde hacía tiempo se había convertido en el amo y señor extranjero de la región. Al Qaeda había recurrido al terrorismo –como casi siempre– en virtud de su debilidad, no de su fortaleza, en ausencia de una amplia base popular que se opusiera al invasor[11].

---

[11] Para un análisis equilibrado, véase Michael Mann, *Incoherent Empire*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 113-115 [ed. cast.: *El imperio incoherente*, Barcelona, Paidós, 2004].

El contragolpe de la administración Bush fue rápido y fulminante. Los bombardeos a gran altitud se combinaron con los ataques de grupos reducidos de fuerzas especiales y con los servicios de los señores de la guerra de Tajik, despachándose al régimen talibán en unas pocas semanas. En el bando norteamericano solo se produjeron siete bajas. La ocupación, liderada por EEUU, contó con el patrocinio de la ONU. Después, el mando se transfirió a la OTAN. Se instaló un régimen sumiso en Kabul liderado por un antiguo colaborador de la CIA. En el plano diplomático, la Operación Libertad Duradera fue un éxito total, pues contó con la bendición de todas las potencias importantes y de los países vecinos; si bien Paquistán colaboró casi a punta de pistola, Rusia no solo lo hizo *motu proprio*, sino que hasta puso su espacio aéreo a disposición del Pentágono. Las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, por su parte, se peleaban por ofrecer bases a EEUU. Puede que los comandantes talibanes y los líderes de Al Qaeda escaparan a sus perseguidores, pero la guerra de alta tecnología desde el cielo dio de sí todo lo que pudo: era imposible resistirse a la RAM, la «revolución en asuntos militares» [RMA, Revolution in Military Affairs].

Evidentemente, en vista de lo rápida y fácil que había sido la conquista de Afganistán, el siguiente paso, que había sido planeado en Washington inmediatamente después de los atentados del 11-S, era darle a Iraq el golpe de gracia. Para ello, había que superar dos obstáculos. La iraquí era una sociedad mucho más avanzada, gobernada por un régimen que poseía un ejército considerablemente más moderno que no podía dispersarse con ayuda de unos cuantos soldados irregulares. Para derrocar a este gobierno era necesario lanzar la guerra terrestre que se había logrado evitar en Yugoslavia. Esto implicaba un riesgo de víctimas que no agradaría demasiado al público norteamericano y, por tanto, se necesitaba un *casus belli* más concreto que la pérdida general de credibilidad derivada de la permanencia en el poder del régimen baasista. En su busca de un motivo que provocara la impresión deseada en la opinión pública, la administración estadounidense dio con las armas de destrucción masiva –nucleares o biológicas– y les presentó como una amenaza a la seguridad nacional. Este sería el pretex-

to más recurrente, aunque también se invocaría a menudo la violación de los derechos humanos por parte de Saddam Hussein y la perspectiva de instaurar una democracia en Iraq. El hecho de que las armas de destrucción masiva de Iraq fueran igual de irreales que el genocidio en Kosovo no importaba demasiado. Estas razones bastaron para generar un amplio consenso nacional –entre demócratas y republicanos, y en los medios de comunicación impresos y electrónicos– en relación con el ataque a Iraq[12]. La opinión pú-

---

[12] Como en todas las fases de la expansión imperial norteamericana, desde mediados del siglo XIX en adelante, en el ámbito nacional surgieron unas cuantas voces que expresaron su oposición, pero no tuvieron repercusión alguna en el sistema político. Por sorprendente que parezca, los críticos más enérgicos del nuevo rumbo del imperio no procedían de entornos radicales, sino conservadores. Esta pauta se remonta a la propia guerra del Golfo, firmemente rechazada por Robert Tucker en un libro que escribió en colaboración con David Hendrickson. Según estos autores, Estados Unidos había asumido un «papel imperial sin cumplir las responsabilidades clásicas de un régimen imperial», de tal manera que «el miedo a las víctimas norteamericanas explica el carácter extraordinariamente destructivo del conflicto», que otorga «a la fuerza militar una posición en nuestra política excesiva y desproporcionada», con «el consentimiento, el entusiasmo incluso, de la nación». Robert Tucker y David Hendrickson, *The Imperial Temptation: The New World Order and America's Purpose*, Nueva York, 1992, pp. 15-16, 162, 185, 195. A las pocas semanas de los atentados del 11-S, cuando este tipo de reacciones eran inauditas, el gran historiador Paul Schroeder publicó un ensayo profético en el que anticipaba las probables consecuencias de un ataque victorioso a Afganistán: «The Risks of Victory», *The National Interest*, Invierno 2001-2002, pp. 22-36. En el nuevo siglo, han aparecido algunos excepcionales análisis críticos de la política exterior norteamericana, cada uno singular por sus propios motivos, si bien comparten rasgos comunes. Chalmers Johnson, en su día asesor de la CIA, publicó en 2000 *Blowback* [ed. cast.: *Blowback: costes y consecuencias del imperio americano*, Pamplona, Laetoli, 2004] una obra en la que predecía que las intrusiones imperiales norteamericanas no quedarían impunes, y después, en 2004, *The Sorrows of Empire* [ed. cast.: *Las amenazas del imperio*, Barcelona, Crítica, 2004] y *Nemesis* (2006), una trilogía cargada de mordaces detalles en la que se ofrece un diagnóstico despiadado de la *Pax Americana* contemporánea. Andrew Bacevich, en otros tiempos coronel del ejército de EEUU, escribió *American Empire* en 2002, seguido en 2005 por *The New American Militarism* y por *The Limits of Power: The End of American Exceptionalism* (2008), una serie de obras que recupera la tradición de William Appleman Williams –y en cierta medida también la de Beard– de una forma lúcida y actual, sin limitarse exclusivamente a las ideas de estos pensadores. Christopher Layne, que ocupa la cátedra Robert Gates

blica europea se mostró más preocupada, pero la mayoría de los gobiernos del Viejo Continente se solidarizaron con la causa.

La conquista de Iraq fue igual de fulminante que la de Afganistán: Bagdad cayó en tres semanas, en lugar de las cinco que se habían necesitado para doblegar a Kabul. Pero el régimen baasista, más antiguo que el talibán, tenía una estructura capilar que, a los pocos días de la ocupación, demostró que tenía la capacidad necesaria para organizar una feroz resistencia, encarnada en la guerrilla suní, a lo que había que añadir el ascenso de los radicales chiíes. El peligro de que se formara un frente común de resistencia para luchar contra los invasores fue efímero. Los atentados en las mezquitas y en las procesiones chiíes que cometieron los fanáticos salafistas y la colaboración de los más altos jerarcas religiosos con EEUU en Nayaf para lograr la dominación chií, precipitaron una guerra civil en el seno de la sociedad iraquí que permitió a las fuerzas norteamericanas mantener el control, en un principio de forma precaria, aunque con el tiempo lograrían crear divisiones dentro de la propia comunidad suní y acabar con la insurgencia.

La tercera guerra terrestre más importante a la que se enfrentaba el país desde 1945 fue, para EEUU, una tarea relativamente sencilla. Aunque su coste en dólares fue superior al de la guerra de Corea o la de Vietnam –el armamento avanzado era más caro–, en proporción con el PNB fue menor y el impacto que ejerció en la economía nacional fue muy inferior. Siete años después de que comenzara el conflicto, el número total de bajas en el bando norteamericano ascendía a 4.500, una cifra inferior a la de las personas que pierden la vida en accidentes de automóvil en EEUU en un periodo de dos meses. Mal vista en casa, después de la euforia inicial, la guerra de Iraq nunca suscitó la misma oposición doméstica que había generado la de Vietnam ni tuvo un impacto electoral similar a la de Corea. La profunda inquietud que provocaron

---

de Inteligencia y Seguridad Nacional en la George Bush School of Government and Public Service de Texas, se ha convertido en el crítico más mordaz y realista del repertorio completo de la actuación norteamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la Guerra Fría y después, en una obra algo más teórica, *The Peace of Illusions: American Grand Strategy from 1940 to the Present* (2006), un libro fundamental.

la tortura y las masacres que cometió el ejército estadounidense no tardó en amainar. Al igual que en los conflictos anteriores, el país que los norteamericanos luchaban por liberar fue el que tuvo que cargar con el coste de la guerra. Es posible que murieran menos iraquíes como consecuencia de la invasión y la ocupación de su país que a causa de las sanciones anteriores, pero, proporcionalmente, el número de víctimas –más de 160.000 según los cálculos más prudentes– fue superior al de las bajas norteamericanas en la Segunda Guerra Mundial[13]. A las muertes había que añadir los desplazamientos de población –unos dos millones de iraquíes refugiados en los países vecinos–, la limpieza étnica y el colapso de los servicios esenciales. Diez años después, más del 60 por 100 de la población adulta está en el paro, una cuarta parte de las familias vive por debajo del umbral de la pobreza y Bagdad carece de un suministro de electricidad regular[14].

Sin embargo, desde el punto de vista militar y político, EEUU alcanzó sus objetivos. No se produjo ningún episodio similar a la derrota invernal del río Yalu, ni hubo que evacuar a nadie en helicóptero, como había sucedido en Saigón. El régimen baasista fue aniquilado y las tropas norteamericanas regresaron en buenas condiciones, después de redactar una nueva constitución en la embajada estadounidense más grande del mundo y de elegir un nuevo dirigente según las premisas de EEUU, dejando el país bajo el control de unas fuerzas de seguridad que sumaban 1.200.000 efectivos, casi el doble que los del ejército de Saddam, equipados con armamento estadounidense. Esto fue posible gracias al apoyo que brindaron a los invasores estadounidenses los líderes de la comunidad chií y de la kurda, que constituían las dos terceras partes de la población total del país, enemigos de Saddam Hussein desde mucho antes que Washington y deseosos de sustituirle en el poder. Una vez que el ejército de ocupación se marchó, estas dos comunidades, que contaban con su propia maquinaria de repre-

---

[13] Para esta cifra, véase Iraq Body Count, un informe que se basa fundamentalmente en los casos que han aparecido en medios de comunicación hasta marzo de 2013: las muertes de civiles oscilan entre los 120.000 y los 130.000.

[14] «Iraq Ten Years On», *Economist*, 2 de marzo de 2013, p. 19.

sión, se repartieron entre sí un país que sigue siendo un polvorín religioso y étnico, sacudido por la ira suní y por las maquinaciones de Turquía e Irán, dos Estados con intereses divergentes. En cualquier caso, Iraq ya no representa una afrenta a la dignidad del imperio[15].

En otros lugares, el gobierno de Bush, a pesar de su retórica específica, mantuvo una continuidad esencial en relación con su predecesor. Clinton había estrechado los lazos con Yeltsin, un dirigente que nunca le negaba nada. Bush actuó de la misma manera, o incluso mejor, con Putin. Aunque era un hueso duro de roer, prestó el espacio aéreo de Rusia a los norteamericanos para que sobrevolaran Afganistán y se aguantó con la ampliación de la OTAN para incluir a las repúblicas del Báltico. Los chinos se mostraron igual de solícitos en su defensa del ataque a Kabul, pues, al igual que los rusos, temían que los islamistas traspasaran las fronteras de su país. Se persuadió a la UE para que entablara negociaciones con Turquía, con vistas a su admisión en la Unión. Aunque la liberalización del comercio mundial que se acordó en la Ronda de Doha fracasó por la negativa de la India a dejar desprotegidos a sus agricultores ante las exportaciones de cereales euroamericanos subvencionados, la retirada del embargo estadounidense a la tecnología nuclear de la India fue mucho más importante desde el punto de vista estratégico, pues allanó el camino para que se estrecharan las relaciones con Nueva Delhi. Los liberales, angustiados por el daño que hubiera podido hacer la guerra de Iraq a la reputación de los norteamericanos, no tenían por qué preocuparse. Para las potencias relevantes, este episodio había sido similar a la invasión de Panamá, pero en el desierto, y no había dejado ninguna huella apreciable.

---

[15] El espíritu que subyace a la invasión norteamericana lo reflejó Kennan cuando el Ejército Popular de Liberación hizo retroceder a las tropas de MacArthur en el río Yalu en diciembre de 1950: «Los chinos han cometido ahora una afrenta de la mayor magnitud contra Estados Unidos. Nos han hecho algo que no podremos olvidar durante años y los chinos deberán preocuparse de reconciliarse con nosotros, no nosotros con ellos. Lo único que le debemos a los chinos es una lección», *Foreign Relations of the United States*, cit., vol. III, pp. 1345-1346. En sus últimos años, Kennan cambió de opinión y se opuso enérgicamente al ataque de Iraq.

8. EL PRESIDENTE ACTUAL

La llegada de los demócratas a la Casa Blanca en 2009 no afectó demasiado a la política imperial norteamericana. Como prueba de esta continuidad, desde el principio se mantuvo en su cargo o se ascendió a los responsables que habían desempeñado un papel clave en la guerra contra el terror promovida por los republicanos: Gates, Brennan, Petraeus, McChrystal. Antes de entrar en el Senado, Obama se había opuesto a la guerra en Iraq; una vez en el Senado, votó a favor de que se le destinaran 360.000 millones de dólares. En la campaña electoral que le llevó a la presidencia, criticó esa guerra y se declaró a favor de otra. La potencia militar de EEUU no debía concentrarse en Iraq, sino en Afganistán. Un año después de asumir el cargo, las tropas estadounidenses se habían duplicado hasta alcanzar los 100.000 efectivos y las operaciones de las Fuerzas Especiales se habían multiplicado por seis, en un intento por repetir el éxito militar de Iraq, donde Obama solo tenía que ceñirse a los planes de retirada que había trazado su predecesor. Pero Afganistán no era Iraq y, por tanto, no se podían esperar los mismos éxitos. Además de duplicar en superficie a Iraq, era un territorio sumamente montañoso, el terreno ideal para la guerrilla. Lindaba con un país aún más grande, obligado a permitir que los norteamericanos realizaran operaciones en su suelo, pero más que dispuesto a proporcionar apoyo y ayuda encubierta a los que combatían a las fuerzas de ocupación al otro lado de la frontera. Por último, pero no por ello menos importante, los norteamericanos solo contaban con el respaldo de grupos minoritarios –tayikos, hazara, uzbecos– mientras que la resistencia afgana se apoyaba en la pluralidad de los pastunes, una etnia que se extendía más allá de la frontera noroccidental. A todos estos obstáculos había que añadir el impacto de la propia guerra de

Iraq. A los habitantes del Hindu Kush les importaba el conflicto, del mismo modo que en Bruselas, Moscú, Pekín y Nueva Delhi les traía sin cuidado. La resistencia iraquí, dividida y autodestructiva, había sido aplastada. Pero se habían necesitado cinco años y 250.000 hombres para doblegarla, y como consecuencia de ello se había descuidado a los talibanes, que habían tenido tiempo para presentar su lucha como algo más parecido a una guerra de liberación nacional. De este modo, la guerrilla afgana se había reagrupado para lanzar un contraataque contra a los invasores cada vez más eficaz.

Desesperado por acabar con esta resistencia, el gobierno demócrata intensificó la guerra en Paquistán, donde el anterior presidente ya había lanzado ataques por sorpresa recurriendo a la más avanzada tecnología de lanzamiento de misiles. La RAM había progresado desde los tiempos de Kosovo y ahora se fabricaban aviones no tripulados capaces de alcanzar a un individuo desde una altura de treinta mil pies. Bajo la presidencia de Obama, los drones –los *Predators* del «Comando Libertad», que bombardearon con misiles *Hellfire* los pueblos sospechosos de la frontera noroeste, asesinando mujeres y niños, además de guerrilleros, en su incansable batalla contra el terrorismo– se convirtieron en el arma predilecta de la Casa Blanca: los ataques por sorpresa se han incrementado en un 70 por 100 durante la presidencia de Obama. Decidido a demostrar que podía ser igual de duro que Bush, el presidente estaba dispuesto a declarar la guerra a Paquistán si se negaba a que EEUU se adentrara en su territorio para acabar con Bin Laden en Abbottabad. Lo que ha sido, a efectos domésticos, el principal trofeo de su política internacional[1]. Los asesinatos con drones, que se pusieron en marcha bajo el mandato de su predecesor, se han con-

---

[1] «Ante las distintas opciones que se le presentaron durante los preparativos, Obama se decantó personalmente y de forma reiterada por las más arriesgadas. Como consecuencia de ello, el plan que se llevó a cabo incluía la eventualidad del conflicto militar con Paquistán», James Mann, *The Obamians: The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*, Nueva York, 2012, p. 303; «No llegó a estallar la guerra entre Estados Unidos y Paquistán, pero Obama habría estado dispuesto a hacerla para capturar a Bin Laden».

vertido en la marca personal del ganador del premio Nobel de la Paz. En su primer mandato, Obama ordenó una operación de estas características cada cuatro días, unas diez veces más que Bush.

La intensidad de la Guerra contra el Terror, rebautizada según los designios del presidente con el nombre de «Operaciones de contingencia en el extranjero» –un término que se puede equiparar con las «Técnicas de Interrogatorio Mejoradas» de la época de Bush–, no se ha reducido lo más mínimo, ni en EEUU ni en el extranjero. Se ha premiado a los torturadores con la impunidad, mientras que la propia tortura, negada oficialmente y sustituida en buena medida por el asesinato, se delega ahora, cuando es necesario recurrir a ella, en los servicios de inteligencia de otros países, sin sospechar en ningún momento que vayan a maltratar a los prisioneros que les entregan[2]. Guantánamo, el centro de detención que se prometió clausurar en otros tiempos, sigue funcionando. En 2008, dos años después de ganar las elecciones, Obama había creado al menos sesenta y tres nuevas agencias antiterroristas[3].

Pero lo más importante es que el manto de secretismo que envuelve al presidente es cada vez más tupido, y se acosa y se procesa a cualquiera que se atreva a romper la *omertà* oficial con más frecuencia que en los tiempos de su antecesor. Se protege a los criminales de guerra y se castiga a los que descubren los crímenes –en el famoso caso del soldado Manning, con una crueldad sin preceden-

---

[2] Para la administración Obama, el asesinato es preferible a la tortura: «Matar por control remoto es la antítesis de la intimidad y el trabajo sucio de los interrogatorios. De alguna manera, parece más limpio, menos personal», lo cual permitió a la CIA, sometida a menos restricciones legales que el Pentágono, «darse cuenta de que este tipo de acciones tenían mucho futuro: ya no era necesario mantener encarcelados eternamente a los enemigos de Norteamérica, sino actuar como una organización militar y eliminarlos». A los enemigos de Norteamérica y a cualquiera que se encuentre a su alcance, por supuesto, como le sucedió a un ciudadano norteamericano de dieciséis años en Yemen, al que ni siquiera se le consideraba terrorista, que fue asesinado por un drone enviado por orden del presidente. Mark Mazzetti, *The Way of the Knife: The CIA, a Secret Army and a War at the Ends of the Earth*, Nueva York, 2013, pp. 121, 310-311.

[3] Dana Priest y William Arkin, *Top Secret America: The Rise of the New American Security State*, Nueva York, 2011, p. 276.

tes y con la autorización del propio Comandante en Jefe–. El lema de la campaña de asesinatos de la administración ha sido, en palabras de uno de los responsables más antiguos de este gobierno, «precisión, economía y negación»[4]. Solo lo último es cierto, los daños colaterales ocultan el resto. Desde la Segunda Guerra Mundial, la criminalidad presidencial ha sido la regla, no la excepción, y Obama ha sabido estar a la altura. Para librarse de otro régimen militar que no gozaba de los favores de EEUU, lanzó ataques aéreos y con misiles sobre Libia sin la autorización del Congreso, vulnerando la Constitución y la Ley de Poderes de guerra de 1973, aduciendo que este ataque no se podía considerar una «hostilidad», pues las tropas norteamericanas no habían participado en ningún momento, sino que se trataba de una mera «acción militar cinética»[5]. Con este corolario al aforismo de Nixon, que rezaba que «si lo hace el presidente, entonces no es ilegal», se ha establecido una nueva cota para el ejercicio presidencial de los poderes imperiales. El resultado, aunque no ha sido acogido con tanto entusiasmo en casa, ha sido más importante que la incursión en Abbottabad. La campaña de Libia, la sencilla destrucción de un Estado débil incapaz de defenderse, ha servido para reformular las credenciales de la intervención humanitaria empañadas por la guerra de Iraq y para restablecer la colaboración militar con Europa bajo la bandera de la OTAN –como en Yugoslavia y en Afganistán–, con la única abstención de Alemania. La Operación Amanecer de la Odisea, un éxito diplomático e ideológico, se ha conver-

---

[4] David Sanger, *Confront and Conceal: Obama's Secret Wars and Surprising Use of American Power*, Nueva York, 2012, p. 246.

[5] Para esta escalada de la criminalidad en el Ejecutivo, véase el riguroso examen de Louis Fisher, «Obama, Lybia and War Powers», en *The Obama Presidency: A Preliminary Assessment*, Albany, 2012, pp. 310-311, donde se observa que, según su forma de razonar, «una nación con una fuerza militar superior puede pulverizar a otro país sin que haya hostilidades ni guerra». O, como afirma James Mann, «con estos ataques aéreos y con drones se impone una nueva y extravagante lógica: los responsables de la administración de Obama sostienen que, como las botas de los soldado norteamericanos no han pisado el suelo libio, Estados Unidos no ha participado en la guerra. Según este razonamiento, un ataque nuclear no sería una guerra», J. Mann, *The Obamians*, cit., p. 296.

tido en un modelo para la futura defensa de los derechos humanos en el mundo árabe, donde este asunto no representaba una preocupación nacional para los Estados leales.

Queda pendiente una tarea más ardua. Irán, un Estado satisfecho con la derrota de dos regímenes de base suní a manos de EEUU estuvo de acuerdo con la ocupación de Afganistán y de Iraq. Pero no había pedido perdón por la ocupación de la embajada de EEUU en Teherán, seguía entrometiéndose en Bagdad y consideraba desde hacía tiempo que Norteamérica era el Gran Satanás. Meras molestias ideológicas. Mucho más grave era la implicación de este régimen religioso en un programa nuclear dirigido a la creación de un arma estratégica. El Tratado de No Proliferación Nuclear, que limitaba el derecho a desarrollar este tipo de armamento a una oligarquía de potencias privilegiadas, había sido concebido para evitar que sucedieran este tipo de cosas. En la práctica, siempre que un Estado fuera lo suficientemente servicial con EEUU, Washington se había mostrado dispuesto a ignorar la violación de este tratado: no se conseguía nada si se castigaba a India o a Paquistán. Sin embargo, Irán era otra cuestión. Por supuesto que la posesión de un arma de alcance regional no representaba amenaza alguna para EEUU. Pero, además de no simpatizar demasiado con esta república islámica, había otra razón primordial para actuar con ella de manera distinta. En Oriente Medio, Israel llevaba tiempo acumulando un enorme arsenal nuclear compuesto por doscientos o trescientos misiles, con sus correspondientes sistemas avanzados de lanzamiento, mientras que en Occidente –con Estados Unidos a la cabeza– tenían la cortesía de hacer como si no supieran nada de ello. La fabricación de una bomba en Irán quebraría el monopolio nuclear israelí en la región, e Israel –sin reconocer, por supuesto, que tenía armas nucleares– había dejado claro que estaba dispuesta a conservarlo, si era necesario atacando a Irán antes de que desarrollara su potencia nuclear.

En virtud de su estrecha relación con Israel, este asunto también se convirtió automáticamente en un imperativo para EEUU. Pero Washington no podía limitarse a esperar que el gobierno de Tel Aviv controlara esta amenaza, en parte porque podía darse el

caso de que no fuera capaz de destruir la totalidad de las instalaciones clandestinas de Irán, pero sobre todo porque si el Estado judío emprendía un ataque de estas características existía el riesgo de que se armara un buen alboroto en el mundo árabe. Si había que lanzar un ataque, era más seguro que estuviera en manos de la propia superpotencia. Se había escrito mucho en EEUU y en otros países aliados sobre el marcado giro que había tomado la administración republicana respecto de las mejores tradiciones norteamericanas al proclamar su derecho a la guerra preventiva, una decisión que se solía considerar había sido el peor error de su mandato. Pero se trataba de una afirmación infundada: esta doctrina era muy anterior a Bush y la administración demócrata la había heredado. Obama amenazó abiertamente con emprender una guerra preventiva contra Irán[6]. De momento, del mismo modo que Washington había intentado acabar con el régimen iraquí con ayuda del bloqueo económico y la guerra aérea antes de recurrir a la invasión por tierra, ahora espera doblegar al régimen de Irán a través del bloqueo económico y de la guerra cibernética para no tener que descargar una tormenta de fuego sobre el país. Las sanciones son cada vez más férreas. El objetivo es interrumpir el comercio y forzar la subida de los precios de los artículos de primera necesidad para debilitar la base social de la República Islámica, y golpear de este modo tanto a los comerciantes como a las clases populares, con la esperanza de alimentar la arraigada oposición de las clases medias y la juventud urbana, que simpatizan con Occidente.

Para complementar este ataque, mientras Israel se dedica a quitarse de en medio a algunos científicos iraníes con una serie de asesinatos con coches y motos bomba, el gobierno de Obama ha puesto en marcha un masivo ataque conjunto norteamericano-

[6] Para las antiguas tradiciones norteamericanas de la guerra preventiva, véase la optimista crónica que ofrece Gaddis en *Surprise, Security and the American Experience*. Para la continuación de estas tradiciones por parte de Obama, véase su declaración ante el *lobby* israelí en AIPAC en la primavera de 2011: «No voy a practicar una política de contención. Mi política consiste en evitar que Irán obtenga armas nucleares. Cuando digo que no se descarta ninguna opción, lo digo en serio».

israelí contra las redes informáticas iraníes, con el fin de paralizar el desarrollo de su programa nuclear. Obama ha supervisado personalmente la inoculación del virus *Stuxnet*, una flagrante violación de la ley internacional vigente. En palabras de uno de sus admiradores, «desde hace más de cuatro décadas, cuando Lyndon Johnson ocupaba ese mismo despacho, quizá ningún otro presidente de Estados Unidos se ha implicado tanto en el ataque a las infraestructuras de una nación extranjera»[7]. En su lucha contra Iraq, EEUU entabló una guerra convencional no declarada que se prolongó durante la mayor parte de la década antes de alcanzar su objetivo. Para combatir a Irán, se ha puesto en marcha una guerra informática. Como en el caso de Iraq, la lógica de la intensificación del conflicto es evidente. Solo permite dos resultados: la rendición de Teherán o la guerra total por parte de Washington. Las previsiones de los norteamericanos, que piensan que el régimen iraní hará todo lo posible por evitar la suerte que corrieron Iraq o Libia, no parecen descabelladas. Si hay que ceder para sobrevivir, la república islámica lo hará. Las divisiones internas y la llegada de un presidente acomodaticio apuntan en esa dirección. Pero si el país no se ve amenazado hasta ese extremo en el ámbito nacional, ¿hasta qué punto es probable que descarte la protección más obvia contra los peligros en el exterior?

Por fortuna para EEUU, disponen de otro mecanismo a su alcance. En Siria, la guerra civil ha llevado al único aliado con el que puede contar Teherán en la región hasta el extremo del peligro inminente de extinción. El régimen baasista de este país nunca ha provocado a EEUU tanto como el de Iraq, llegando incluso a participar en la Operación Tormenta del Desierto como aliado en la región. Pero su enemistad con Israel y sus vínculos tradicionales con Rusia le convirtieron en una presencia intermitente en la lista de países díscolos con los que hay que acabar si se presenta la ocasión. La rebelión contra la dinastía Assad era la oportunidad que estaba esperando EEUU. Pero Rusia y China, furiosos –sobre todo los primeros– por el modo en que Occidente había manipulado la resolución de la ONU en relación a Libia que ellos

[7] D. Sanger, *Confront and Conceal*, cit., p. x.

aprobaron y que desembocó en la operación Amanecer de la Odisea –una cortina de fuego que ellos no habían pactado–, impidieron cualquier reedición de la intervención de la OTAN en Libia. El régimen de Damasco, además, estaba mejor armado y contaba con un respaldo social más fuerte que el de Trípoli. Tampoco se podía detectar demasiado entusiasmo en el ámbito doméstico en relación con las aventuras en el extranjero. El camino más seguro era una guerra por poderes desde dos puntos distantes. EEUU no intervendría directamente, ni siquiera proporcionaría –de momento– armas ni adiestraría a los rebeldes sirios. En lugar de ello, Qatar y Arabia Saudí se encargarían de entregarles las armas y el dinero, y Turquía y Jordania les darían refugio y los organizarían.

La administración demócrata, dividida en relación con esta cuestión, sabía perfectamente que esta opción tenía sus riesgos. A medida que el conflicto en Siria progresaba iba, cada vez más, adoptando las formas de un enfrentamiento religioso entre suníes y alauitas, en el que los que combatían con mayor eficacia al régimen de Assad eran los yihadistas salafistas, similares a los que ya habían hecho estragos entre los chiíes –y, por supuesto, en el propio ejército norteamericano– en Iraq. Después de vencer, ¿acaso no se volverán contra Occidente, como habían hecho los talibanes? Pero, ¿no es esta una razón aún más poderosa para intervenir directamente, o al menos para proporcionar más armas a los mejores elementos de la rebelión siria y evitar así esta posibilidad? Parece poco probable que estas consideraciones tácticas influyan en el resultado final. Siria no es Afganistán: la base social del radicalismo suní es mucho más modesta, en una sociedad más desarrollada y menos tribal, y Washington puede apostar por los islamistas sin correr tantos riesgos, sobre todo porque es casi seguro que Turquía, el modelo del islamismo incondicionalmente capitalista y pro occidental, supervisará cualquier régimen que surja en Siria después de los baasistas; un gobierno que será necesariamente mucho más débil que su predecesor. Hasta la fecha, la firme lealtad de los alauitas, el tibio apoyo de los rusos, el precario flujo de armas desde Teherán y los guerreros de Hezbolá han evitado la caída del régimen de Assad. Pero el equilibrio de fuerzas está en su contra: los rebeldes no solo cuentan con el apoyo de los

países del Golfo y de Occidente, sino con el de la pinza de Turquía e Israel, una vieja alianza que se ha renovado ante la insistencia de los norteamericanos. Para Israel, se vislumbra una perspectiva excelente: la oportunidad de contribuir al derrocamiento del régimen de Damasco, uno de sus adversarios en la región y, al mismo tiempo, neutralizar o exterminar a Hezbolá en el Líbano. EEUU conseguirá apretar aún más la soga que le ha colocado a Irán alrededor del cuello.

En otros lugares de la región, la Primavera Árabe, que sorprendió desprevenida a la administración norteamericana y en un principio provocó cierta preocupación, ha producido hasta el momento una cosecha de sucesos positivos para EEUU. Aun en el caso de que quisieran hacerlo, los incompetentes gobiernos islamistas de Egipto y de Túnez, que avanzan a tropezones entre la represión y la recesión, no se encuentran en posición de rectificar las sumisas políticas exteriores de los regímenes policiales que han desbancado, y siguen a merced de los buenos oficios del FMI y de los norteamericanos. Parece ser que la llegada de Al Sisi al poder en El Cairo, a medida que vaya cayendo en el olvido la torpeza inicial de su consecución, supone una buena noticia para Washington, en virtud de los lazos que el general mantiene desde hace tiempo con el Pentágono. En Yemen, se ha llevado a cabo un relevo de poder sin contratiempos. Para evitar el peligro del estallido de una rebelión popular se ha mantenido en el poder a algunos miembros de la familia del tirano que gobernaba el país. En Bahréin, el cuartel general de la Quinta Flota de EEUU, único punto conflictivo del Golfo, una oportuna intervención saudí ha restablecido el orden. En el caso de los palestinos, hace tiempo que se decidió que la mejor actitud era la pasividad. Los Acuerdos de Oslo, redactados a favor de Israel por los noruegos a petición de los norteamericanos, han perdido toda credibilidad. Sin embargo, el paso del tiempo ha pasado factura. La voluntad de resistencia de los palestinos ha disminuido visiblemente y Hamás ha seguido la misma trayectoria de acercamiento a Qatar que Fatah. Dado que el apoyo árabe con el que cuentan es cada vez más reducido, ¿no sería mejor abandonarlos a su propia suerte? O, si no, ¿hacerles aceptar los asentamientos judíos en Cisjordania y las

unidades del ejército israelí a lo largo del Jordán a perpetuidad? En cualquier caso, Washington puede contar con que al final tendrán que aceptar la realidad y convertirse en un pequeño Estado nominal controlado por los israelíes.

Diez años después de la invasión de Iraq, el paisaje político de Oriente Medio ha sufrido cambios importantes. Aunque el apoyo doméstico a la proyección de poder imperial norteamericano ha disminuido, su posición relativa en la región no se ha alterado demasiado. Uno de los dictadores más leales a EEUU ha desaparecido –Obama le expresó su agradecimiento por los treinta años de servicios que había prestado a su país– y no ha surgido ningún régimen capaz de actuar con mayor independencia en relación con Washington. Otro dictador, este más bien desleal, se ha visto cada vez más debilitado, socavada su posición por los adláteres de Estados Unidos. Ni en Egipto ni en Siria se vislumbra la llegada de un régimen fuerte. E Iraq, con el norte kurdo convertido prácticamente en un Estado emancipado, ya no es una fuerza que haya tener en cuenta. En el equilibrio de poder de la región, el declive de estos populosos centros de la histórica civilización árabe se ha traducido en el auge de la importancia y la influencia de las dinastías ricas en petróleo de la Península Arábica que siempre han defendido lealmente el sistema norteamericano en Oriente Medio.

Solo allí donde termina el mundo árabe se enfrenta Washington con verdaderas dificultades. En Afganistán, es probable que la beneficiosa «guerra de necesidad» que Obama sostuvo en detrimento de la perjudicial «guerra de voluntad» de Iraq sea la peor decisión tomada para EEUU, pues en este campo de batalla se enfrentan a la cruda derrota en lugar de una victoria aparente[8]. En Irán, el margen de maniobra de EEUU, y el de sus leales aliados israelíes, se ha reducido tanto como el del régimen que intentan arrinconar. Aunque tienen buenas razones para confiar en que Teherán cederá, si no consiguen sobornar o contravenir la volun-

---

[8] Para evitar este desenlace, el tratado firmado entre EEUU y el régimen de Karzai garantiza el mantenimiento de bases militares, fuerzas aéreas, fuerzas especiales y asesores en Afganistán hasta 2024, por lo menos, más de una década después de abandonar Iraq.

tad de la república islámica, corren el riesgo de pagar un precio muy elevado por cumplir sus amenazas. Pero a pesar de estas excepciones, no se puede decir que el Gran Oriente Medio sea una desastrosa zona de arenas movedizas para Estados Unidos. El islam, aunque es una religión bastante ajena al «país de Dios», nunca ha sido una fe monolítica y buena parte de la corriente salafista es menos radical de lo que creían los preocupados occidentales. La realidad, obvia desde hace tiempo, es que desde el Delta del Nilo hasta la llanura del Ganges, el mundo musulmán se encuentra dividido en dos comunidades, la chií y la suní, en un enfrentamiento similar, para EEUU, a la disputa chino-soviética del antiguo bloque comunista, lo que les permite enfrentar a ambos bandos entre sí –respaldar a los chiíes en Iraq y a los suníes en Siria– según los dictados de la razón táctica. Un frente de resistencia islámica unido es un sueño al que los dirigentes norteamericanos no tienen por qué temer.

En términos estratégicos, y a efectos prácticos, Oriente Medio sigue perteneciendo en buena medida a Estados Unidos. La relativa recuperación económica de Rusia –en la actualidad aún crece a toda velocidad, más rápido que Norteamérica– no se ha traducido en una iniciativa política eficaz equivalente fuera de las fronteras del antiguo territorio soviético, ni en el regreso a la zona en la que en otros tiempos rivalizó en influencia con los estadounidenses. En un intento por «reajustar» las relaciones con Moscú, Obama anuló el sistema de defensa con misiles que Bush había planeado instalar en la Europa del Este para protegerse de la amenaza iraní, supuestamente. Para compensar, quizá, Rusia no se opuso a la resolución de la ONU que autorizaba la creación de una zona de exclusión aérea en Libia con la excusa de la protección de los civiles, una circunstancia que EEUU y sus aliados de la UE aprovecharon rápidamente para lanzar una guerra contra este país con previsibles víctimas civiles. Furioso ante este uso indebido de su visto bueno, Putin vetó una resolución muy similar en relación con Siria, aunque no ofreció mayor respaldo al régimen de Damasco y sí contemporizó con los rebeldes. Con una imagen debilitada ante la creciente oposición en el ámbito nacional, intenta desde entonces causar una buena impresión en

el extranjero y ha diseñado un plan para que la ONU inspeccione Siria con el fin de determinar la existencia de armas químicas y evitar así que los norteamericanos lancen un ataque con misiles sobre este país. Concebido como un intento por elevar a Moscú a la categoría de *interlocuteur valable* de Washington y dar un respiro temporal a Damasco, no parece demasiado probable que el resultado sea muy distinto del de Libia. En su afán por ganarse el respeto de EEUU, la diplomacia rusa ha convertido la ingenuidad y la incompetencia en el sello de sus intervenciones desde la *Perestroika* hasta ahora. Putin, que se dejó engañar en el conflicto de Libia al igual que Gorbachov con la OTAN, corre el riesgo ahora de que le suceda lo mismo que a Yeltsin con Yugoslavia: al considerar la posibilidad de no ayudar a El Assad, lo más probable es que acabe enviándole por el mismo camino que Milošević. Está por ver si Obama, rescatado del oprobio de una derrota en el Congreso, se muestra tan agradecido con su San Bernardo como lo estuvo Clinton por librarle de una guerra terrestre. En el Consejo de Seguridad, Rusia puede seguir vacilando entre la connivencia y la obstrucción. Su importancia para EEUU se encuentra especialmente en otro escenario, a lo largo de las líneas de suministro que ha proporcionado a los norteamericanos para la guerra de Afganistán. Con una política exterior tan voluble como esta, Washington no tiene motivos para prestar demasiada atención a sus relaciones con Moscú.

Europa, que no es precisamente un peso pesado de la diplomacia, ha exigido un esfuerzo mayor. Francia y Gran Bretaña, otrora las potencias imperiales más importantes, ansiosas por demostrar la persistencia de su relevancia militar tomaron la iniciativa en las presiones para una intervención en Libia cuyo éxito dependía de los drones y los misiles norteamericanos. París y Londres se han adelantado una vez más a Washington para pedir públicamente el envío de armas occidentales a los rebeldes en Siria. La beligerancia anglo-francesa en el Mediterráneo no ha logrado hasta ahora arrastrar a la totalidad de los Estados europeos –Alemania ha actuado con mayor prudencia– y ha topado con el escollo de la opinión pública. Pero la Unión ha desempeñado un papel activo, y se ha encargado de hacer cumplir las sanciones contra los tres ene-

migos de la paz y los derechos humanos: Libia, Siria y, sobre todo, Irán. Aunque es cierto que la administración Obama se ha beneficiado del deseo general de resolver las diferencias con Washington después de la guerra de Iraq y del afán de los ingleses y los franceses por recuperar el protagonismo en la escena mundial, no solo puede reivindicar legítimamente que ha conseguido que Europa se ponga de su lado para la supervisión del mundo árabe, sino que además se sitúe al frente de vez en cuando, la mejor forma de promocionar su moderación en la región.

II

Como ya sucedió bajo la presidencia del segundo Bush, la necesidad de mantener el mundo menos desarrollado bajo control determinó las prioridades de Obama durante su primer mandato. Su segunda prioridad era lograr la integración del mundo desarrollado. Es evidente que el ingreso de China y después de Rusia en la OMC resultó beneficioso para la organización, pero en ambos casos la iniciativa fue local y en las negociaciones no intervino la diplomacia de altura –la Ronda de Doha no sirvió de nada–, sino que fue una cuestión meramente burocrática. Durante el segundo mandato de Obama, el comercio internacional se ha convertido de nuevo en una prioridad. Para afianzar los lazos con Europa, uno de los objetivos oficiales de la presidencia es la creación de un Acuerdo de Libre Comercio Transatlántico. Dado que los aranceles son en la actualidad insignificantes para la mayoría de los productos que circulan entre EEUU y la UE, la creación de una OTAN económica no representará una diferencia material de peso para ninguno de los dos bloques –en el mejor de los casos, tal vez, una presencia aún mayor de las empresas de comunicación estadounidenses en los mercados continentales y la entrada de productos transgénicos en Europa–. Este acuerdo tendrá una importancia más bien simbólica: la reafirmación, después de la tempestad, de la unidad de Occidente. La Asociación Transpacífica, promovida por Washington un poco antes, es otra cuestión. Su finalidad es abrir la economía japonesa, protegida por un laberin-

to de barreras informales que han frustrado durante décadas los intentos de EEUU de introducirse en los mercados locales de venta al por mayor, finanzas y manufacturas, por no hablar de los productos agrícolas. Integrar a Japón en el Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica sería un gran triunfo, pues supondría el final de la anomalía que su alto nivel de clausura comercial –tolerable durante la Guerra Fría– ha representado en los años posteriores, y vincularía a Japón con más firmeza que nunca al sistema de poder norteamericano. La disposición del gobierno de Shinzō Abe a perder uno de los privilegios históricos del país refleja el miedo de la clase política e industrial japonesa al ascenso de China, que ha generado una postura nacionalista más agresiva que, dada la diferencia de tamaño entre ambos países, requiere la protección de EEUU.

El cambio de actitud en Estados Unidos ante el incremento del poder de la República Popular de China ha eclipsado todos estos acontecimientos. Mientras Obama lideraba una serie de guerras abiertas y encubiertas en el Gran Oriente Medio, China se convertía en el principal exportador (2010) y en la economía industrial más importante del mundo (2012). Inmediatamente después de la crisis financiera global de 2008-2009, el paquete de estímulos chino era proporcionalmente tres veces más grande que el de Obama y la tasa de crecimiento medio casi cuatro veces más rápida. Atraído por las implicaciones estratégicas de estos cambios, el gobierno norteamericano anunció que en lo sucesivo intentaría acercarse a Asia para controlar los peligros potenciales del ascenso de China. Las economías de estas dos potencias están tan interrelacionadas que cualquier declaración pública de intenciones implica una violación del protocolo, pero el propósito de este giro es evidente: crear un anillo de aliados y dependencias militares estadounidenses para cercar a la República Popular China y, en concreto, salvaguardar la hegemonía marítima en el Pacífico, hasta el Mar de China Oriental y más allá. Al igual que en otros lugares del mundo, aunque de forma más flagrante en este caso, la asimetría de pretensiones indisimulada es una de las prerrogativas del imperio. Así, EEUU considera que tiene derecho a gobernar los mares a más de diez mil kilómetros de sus costas,

cuando jamás permitirían que una flota extranjera navegara en sus aguas. Obama ya contribuyó a derrocar al desventurado gobierno de Hatoyama en Tokio por atreverse a contemplar la posibilidad de realizar cambios en las bases que posee EEUU en Okinawa y desde entonces ha añadido a las más de setecientas que posee en el resto del mundo una base de Infantería de Marina en el norte de Australia[9], a la vez que ha intensificado las maniobras navales en colaboración con una India ahora complaciente. Este proceso de acercamiento no ha hecho más que empezar y, de momento, tiene una intención tanto diplomática como militar. La mayor esperanza de EEUU es convertir a China, según el vocabulario del Departamento de Estado, en un depositario responsable en el sistema internacional, es decir, en un leal auxiliar en la jerarquía del poder capitalista global, no en un presuntuoso advenedizo y, menos aún, en un intruso amenazador. Estos serán, en el futuro, los principales objetivos de la gran estrategia.

¿En qué se distingue el régimen de Obama, considerado como una etapa del imperio norteamericano? En el transcurso de la Guerra Fría, la presidencia estadounidense fue acumulando a un

---

[9] El mejor estudio sobre las bases militares de Estados Unidos lo encontramos en la formidable trilogía de Chalmers Johnson. Véanse los capítulos «Okinawa, Asia's Last Colony», en *Blowback*, cit., pp. 36 y ss; «The Empire of Bases» –donde se afirma que suman 725, según el recuento oficial del Pentágono, además de otras bases dedicadas a la vigilancia «que se mantienen en secreto»–, en *The Sorrows of Empire*, cit., pp. 151-186; y «US Military Bases in Other Peoples' Countries», en *Nemesis*, una obra en la que Johnson permite adentrarse al lector en el laberinto de las Bases Operativas Principales, los Lugares de Localización Avanzada y las Localizaciones de Seguridad Cooperativa («nenúfares», que se supone que se empezaron a utilizar en el Golfo), pp. 137-170. Aquí encontramos uno de los antecedentes de las actuales revelaciones acerca de la naturaleza y la magnitud del control de las comunicaciones a nivel mundial que ejerce la Agencia Nacional de Seguridad. No es de sorprender, dada la estrecha cooperación entre las instituciones militares y las de vigilancia, que el antiguo representante de Defensa, Sandars, en su estudio sobre las bases norteamericanas, afirme satisfecho que «Estados Unidos ha surgido con mérito y honor de la experiencia única de controlar el mundo sin imponer guarniciones en territorios ocupados, con el consentimiento de sus amigos y aliados», *America's Overseas Garrisons*, cit., p. 331.

ritmo constante cada vez más poder ilegítimo. Entre el mandato de Truman y el de Reagan, la plantilla de la Casa Blanca se multiplicó por diez. En la actualidad, el Consejo de Seguridad Nacional –integrado por más de doscientos miembros– es casi cuatro veces más grande que en la época de Nixon, la de Carter o incluso que la del primer Bush. La CIA, una organización cuyo tamaño aún permanece en secreto, aunque ha crecido de forma exponencial desde que se creó en 1949, con un presupuesto que se ha multiplicado por diez desde la época de Kennedy –4.000 millones de dólares en 1963 y cuarenta y cuatro en 2005, en incrementos constantes– es en realidad un ejército privado a disposición del presidente. Gracias a las denominadas «declaraciones firmadas», el presidente puede ahora invalidar leyes que han sido aprobadas por el Congreso pero que no se ciñen a los criterios de la Casa Blanca. El Despacho de Asesoría Legal del Departamento de Justicia sanciona con regularidad leyes ejecutivas que vulneran la ley y proporcionan memorandos sobre la legalidad de la tortura, pero ni siquiera el grado de servilismo de esta institución ha sido suficiente para el Despacho Oval, que ha creado su propio Consejo de la Casa Blanca, un organismo que aprueba más incondicionalmente si cabe las decisiones de la presidencia[10]. Obama ha heredado este sistema de poder y violencia arbitrarios y, al igual que la mayoría de sus predecesores, lo ha ampliado. La Operación Amanecer de la Odisea, el gusano informático Stuxnet, el asesinato selectivo, el programa de vigilancia PRISM son las expresiones que han definido su mandato: guerras que ni siquiera se consideran hostilidades, ataques electrónicos a distancia con virus, asesinatos de ciudadanos norteamericanos y de otras nacionalidades, el control total de las comunicaciones nacionales y extranjeras. El Verdugo en Jefe se ha mostrado reticente incluso a renunciar a la capacidad de ordenar la ejecución sin juicio de un ciudadano norteamericano dentro de las fronteras de su propio país. Nadie puede acusar a este presidente de falta de humanidad: las lágrimas que derramó en Nueva Inglaterra tras la muerte de algunos esco-

---

[10] Para este mecanismo, véase Bruce Ackerman, *The Decline and Fall of the American Republic*, Cambridge, Massachusetts, 2010, pp. 87-115.

lares conmovieron a la nación y no son pocos los que se han convertido a su credo después de escuchar sus reiterados llamamientos al control de las armas de fuego. Al presidente no le quita el sueño que muchos otros niños que ni siquiera podían acudir a la escuela hayan muerto por su culpa en Ghazni o Waziristan. Los *Predators* son más precisos que los rifles automáticos y el Pentágono siempre está dispuesto excusarse. La lógica del imperio, no la falsedad del dirigente, es el criterio moral que prevalece.

Tradicionalmente, la principal limitación al empleo de la fuerza imperial por parte de Estados Unidos ha sido la volubilidad de la opinión pública en el ámbito doméstico. Aunque el pueblo norteamericano siempre se muestra dispuesto a emprender una nueva aventura en el extranjero, se cansa enseguida cuando estas empresas implican un número considerable de víctimas en el bando nacional, algo que la gente tolera cada vez peor, a pesar de la abolición del servicio militar; de hecho, rechazaron incluso las escasas bajas de la guerra de Iraq. Los principales ajustes prácticos de la política estadounidense bajo el mandato de Obama han sido concebidos con el fin de evitar este problema. El término oficial que ha elegido su administración para designar este tipo de medidas es la palabra «reequilibrio», aunque la expresión «cambio de imagen» es perfectamente intercambiable. En realidad, esta palabra alude a tres cambios fundamentales. Con el objetivo reducir el número de bajas en su propio bando al mínimo absoluto –en teoría, y en algunos casos también en la práctica, a cero– se recurre cada vez más a las tecnologías de larga distancia de la RAM, que permiten aniquilar al enemigo desde lejos evitando los riesgos del combate cuerpo a cuerpo. En aquellos lugares en los que la guerra convencional es inevitable, es preferible utilizar delegados, equipados con fondos y armas clandestinos, que soldados norteamericanos; en los casos en que no se puede evitar la intervención de las tropas estadounidenses, se recurre a las unidades secretas del Comando de Operaciones Conjuntas Especiales, responsable de la guerra encubierta.

Por último, es necesario buscar aliados del Primer Mundo para cualquier empresa, importante o insignificante: sea cual sea su utilidad militar, necesariamente variable, los aliados son un para-

choques político que permite detener las críticas a la sensatez o a la justicia de cualquier acción en el extranjero y otorgan el sello definitivo de la legitimidad: el respaldo de la «comunidad internacional». Este enfoque más multilateral de las cuestiones relacionadas con la seguridad global es perfectamente compatible con la misión de gobernar el mundo que se han impuesto los norteamericanos. El faro que les guía sigue siendo la hegemonía estadounidense, ahora poco menos que un atributo de la identidad nacional[11]. En palabras del imberbe responsable de los discursos de Obama, Benjamin Rhodes, el actual asesor de seguridad nacional, «estamos intentando conseguir que Norteamérica goce de otros cincuenta años de liderazgo». El propio presidente no está dispuesto a conformarse con menos. En más de treinta ocasiones ha declarado que este siglo, al igual que el anterior, será el siglo de Estados Unidos[12].

III

Setenta años después de que los estrategas de Roosevelt esbozaran el proyecto de la *Pax Americana*, ¿cuál es el balance final? Desde el principio, la dualidad ha definido la estructura de la estrategia estadounidense: la constante interrelación entre lo universal y lo particular. En la versión original se postulaba un orden liberal-capitalista de libre comercio que abarcara a la totalidad del mundo, en el que Estados Unidos ocuparía el primer lugar auto-

---

[11] Como observaba David Calleo en 2009: «Resulta tentador pensar que las recientes desventuras norteamericanas pondrán en duda o desterrarán nuestros anhelos hegemónicos y que, después de las elecciones presidenciales de 2008, una nueva administración los abandonará. Pero en la medida en que nuestra identidad como nación se encuentra íntimamente vinculada con la imagen que tenemos de nuestro país, la del más poderoso del mundo, en el centro de un sistema global, es probable que la hegemonía siga siendo la obsesión recurrente de nuestro imaginario oficial, la *idée fixe* de nuestra política exterior», *Follies of Power: America's Unipolar Fantasy*, Cambridge, 2009, p. 4.

[12] Benjamin Rhodes, *The Obamians*, cit., p. 72; Obama: Bacevich (ed.), *The Short American Century*, cit., p. 249.

máticamente, en virtud de su poder económico y de su condición ejemplar. El estallido de la Guerra Fría frustró este plan. La derrota del comunismo se convirtió en una prioridad fundamental y la construcción de una ecúmene liberal quedó relegada a un segundo plano. Estos principios debían suavizarse o posponerse para lograr la victoria sobre un enemigo que amenazaba al capitalismo en cualquiera de sus manifestaciones, ya fuera librecambista o proteccionista, liberal o intervencionista, democrático o dictatorial. En este conflicto mortal, Estados Unidos acabó desempeñando un papel aún más autoritario, en un escenario todavía más amplio de lo que se había previsto en Bretton Woods y en Dumbarton Oaks, y se convirtió en el líder indiscutible del Mundo Libre. Después de cuatro décadas de lucha incansable, se construyó un orden militar y político que transformó lo que en tiempos había sido una mera hegemonía hemisférica en un imperio global, y se remodeló la forma del propio Estado norteamericano.

En la Guerra Fría, al final se obtuvo una victoria total. Pero el imperio que se había creado para lograrla no se disolvió para transformarse en la ecúmene liberal de la que había surgido su imagen ideológica. Las instituciones y las conquistas, las ideologías y los reflejos que había legado la batalla contra el comunismo formaban ahora un descomunal complejo histórico con una dinámica propia que ya no necesitaba el estímulo de la amenaza soviética para seguir funcionando. Este sistema contaba con fuerzas especiales en más de cien países a lo largo y ancho del mundo; con un presupuesto militar superior al de la suma del resto de las potencias importantes; un sistema tentacular de infiltración, espionaje y vigilancia; una estructura profesional de seguridad nacional muy compleja y, por último, pero no por ello menos importante, una clase intelectual dedicada a revisar, refinar, amplificar y poner al día las tareas de la gran estrategia, de una calidad y una productividad superior a la de la estrategia dedicada a los asuntos domésticos… ¿Cómo esperar que todo esto se redujera para adaptarse a las remotas y caducas máximas de 1945? La Guerra Fría había terminado, pero la policía nunca descansa. Tuvieron lugar más expediciones armadas que antes; se crearon más armas avanzadas que nunca; más bases se añadieron a la cadena; se desarro-

llaron más doctrinas de amplio alcance sobre la intervención. No había vuelta atrás.

Pero junto a este impulso inercial del imperio victorioso, otra presión condicionó la trayectoria de la única superpotencia que quedaba. El orden liberal-capitalista que se había propuesto crear había empezado, antes incluso de derrotar a su antagonista histórico, a escapar a los designios de su arquitecto. La reconstrucción de Alemania y de Japón no redundó en un beneficio inequívoco para Estados Unidos, después de todo, y el sistema de Bretton Woods zozobró bajo la presión de la competencia de estos países: el poder, que en tiempos había superado al interés y había permitido alcanzar la hegemonía, ahora tenía un coste. De este revés surgió un modelo de mercado libre más radical en el ámbito interior que podría ser exportado sin inhibiciones como norma del orden neoliberal cuando se obtuviera la victoria en la Guerra Fría. Pero a cambio de las ganancias que la desregularización globalizada le reportó a EEUU se produjeron algunas pérdidas, más radicales, pues su déficit comercial y los préstamos que necesitaban para paliarlo aumentaban de forma constante. Con el ascenso de China –capitalista en la forma, desde luego, pero ni mucho menos liberal; gobernada, de hecho, por un partido comunista– como potencia económica que no solo contaba con un dinamismo superior sino con una envergadura que pronto se demostró que era comparable a EEUU, con unas reservas financieras de las que había acabado dependiendo el propio crédito público norteamericano, la lógica de la gran estrategia norteamericana a largo plazo amenazaba con volverse sobre sí misma. Su premisa había sido siempre la armonía entre lo universal y lo particular: la supremacía nacional de Estados Unidos garantizaba los intereses generales del capital. Para soldar ambos elementos se había construido un imperio global. Pero aunque el imperio ha sobrevivido, cada vez se encuentra más desconectado del orden que pretendía propagar. La primacía norteamericana ya no es el toque final automático de la civilización del capital. Un orden liberal internacional con Estados Unidos al frente corre el riesgo de convertirse en algo distinto y ya no se ajusta tanto al modelo de la Tierra de la Libertad. La reconciliación, jamás perfecta, entre lo universal y lo

particular era una condición constitutiva de la hegemonía norteamericana. En la actualidad, ambos elementos se están alejando. Si se pueden conjugar, ¿cómo se hará? El discurso del imperio gira ahora en torno a estas dos cuestiones y sus estrategas se encuentran divididos.

CONSILIUM

En el panorama intelectual norteamericano, la literatura especializada en la gran estrategia constituye un ámbito independiente, separado de la historia de la diplomacia y de la ciencia política, aunque en ocasiones bebe de estas fuentes. Los autores de este tipo de obras pertenecen a la élite de la seguridad nacional, que abarca la esfera de la burocracia, el mundo académico, las fundaciones, los comités de asesores y los medios de comunicación. En este entorno, cuyos miembros pueden ocupar cargos en el Consejo de Relaciones Extranjeras, en la Kennedy School de Harvard, el Woodrow Wilson Center de Princeton, la Nitze School de Johns Hopkins, el Naval War College, la Universidad de Georgetown, la Fundación Brookings, la Fundación Carnegie, el Departamento de Estado y el de Defensa y, por supuesto, en el Consejo de Seguridad Nacional y en la CIA, los puestos se intercambian con facilidad, de tal manera que un mismo individuo puede pasar sin problemas de una cátedra universitaria a un comité de expertos o a las oficinas del gobierno, independientemente del partido que controle la administración en cada momento.

Este entorno anfibio hace que las obras especializadas en política exterior se diferencien del estudio de la política nacional, que se circunscribe en buena medida a los límites de una disciplina profesional y depende de algunos mecanismos de evaluación internos, y por tanto tiene cierto carácter endogámico. Los criterios de aptitud en el discurso de la política exterior son distintos, debido al público al que va dirigido: los cargos públicos y el público culto. Estas obras poseen una naturaleza fundamentalmente consultiva cuyo origen se remonta en cierto sentido al Renacimiento: es el género que cultivaban los consejeros de los príncipes. Los gobernantes no soportan a los pedantes: los consejos que reciben

deben ser claros y estructurados. En la Norteamérica contemporánea, los líderes siempre disponen de un equipo de expertos situado en un peldaño inferior que valora el éxito por motivos propios. Los comités de expertos, de suma importancia en este mundo, eximen a sus miembros de la enseñanza; a cambio, esperan obtener de esta posición cierto impacto mediático –columnas de opinión, páginas de tribunas, tertulias, *bestsellers*–. Pero no aspiran a ganarse al público en general, sino a la reducida y pudiente minoría que se interesa por estas cuestiones. La consecuencia de este fenómeno es una literatura menos erudita, pero más libre e imaginativa –menos estreñida– que la especializada en asuntos domésticos.

La diferencia radica además en el campo de actuación. Para un ingente número de norteamericanos la política nacional es mucho más interesante que la diplomacia. Pero en el sistema político nacional, atrapado en un punto muerto institucional de uno u otro sesgo, los cambios son infrecuentes. En este escenario las frustraciones son habituales y las emociones escasas. El sistema imperial norteamericano, por el contrario, es un teatro en el que el drama nunca cesa: golpes de Estado, crisis, insurgencias, guerras, emergencias de toda índole y, así, salvo en el caso de tratados que tengan que ser aprobados en la legislatura, ninguna decisión tiene jamás consecuencias perceptibles. El ejecutivo puede hacer lo que le plazca, siempre que las masas no se levanten sobresaltadas después de un revés impopular, un caso verdaderamente excepcional: en el caso de Corea y de Vietnam, tardaron mucho tiempo en levantarse; en el de Iraq, la disconformidad fue marginal[1]. En este

[1] En palabras de un responsable político representativo, «en Estados Unidos, al igual que en otros países, la política exterior únicamente preocupa a una pequeña parte de la población. Pero el desarrollo de cualquier política exterior requiere el apoyo del público en general. Mientras que la élite de la política exterior está firmemente convencida de que el liderazgo norteamericano es necesario para el mundo, el compromiso del público en general con el liderazgo global es más débil. No es de sorprender. Ese compromiso se basa en la percepción de sus efectos en el resto del mundo y de las probables consecuencias de su ausencia. Se trata una percepción poco frecuente que la mayoría de los norteamericanos, al igual que buena parte de los pueblos de otros países, no puede obtener, pues no están lo suficiente-

vasto territorio de acción potencial, la imaginación de los asesores puede divagar –descontrolarse incluso– con una libertad imposible en el ámbito nacional. Al margen de los resultados, diversos, como es lógico, es indudable que la política exterior atrae una mayor cantidad de energía intelectual en el mundo teórico del gobierno federal y sus alrededores.

---

mente interesados para recopilar la información imprescindible para ello. La política exterior norteamericana se parece, por tanto, a una empresa en la que la dirección –la élite de la política exterior– tiene que convencer a los accionistas –el público– para que autoricen gastos», Michael Mandelbaum, «The Inadequacy of American Power», *Foreign Affairs* 81, 5 (septiembre-octubre de 2002), p. 67. Basta con observar el modo en que muchas empresas consultan a sus accionistas en relación con sus gastos –en este caso gastos militares, por supuesto–, para confirmar la pertinencia de esta analogía.

1. TRADICIONES AUTÓCTONAS

En vísperas de los atentados del World Trade Center y del Pentágono apareció una obra en la que se combinaban con rotundidad los recursos nacionales que durante dos siglos habían logrado que la política exterior norteamericana se llevara «todos los honores». Se podría considerar que *Special Providence: American Foreign Policy and How It Changed the World* (2001) de Walter Russell Mead es el punto de referencia de todas las obras posteriores. Según Mead, Estados Unidos siempre se había mantenido al margen de las tradiciones del realismo geopolítico de la Europa continental[1]. La actuación internacional estadounidense no se había basado en las directrices geopolíticas, sino en la moral y en la economía. Esto no significaba que no hubiera que recurrir a la fuerza para lograr un buen fin: en la guerra del siglo XX, Norteamérica se había mostrado aún más despiadada que la Alemania nazi a la hora de aniquilar a sus enemigos[2]. Pero las

---

[1] Walter Russell Mead, *Special Providence: American Foreign Policy and How It Changed the World*, Nueva York, 2001, pp. 34-39 y ss. El hecho de que Mead afirmara que el realismo de Kissinger no era típicamente norteamericano, no impidió que le nombraran investigador principal residente Kissinger del Consejo de Relaciones Exteriores a raíz de su éxito, antes de ocupar una cátedra en Bard.

[2] «En los últimos cinco meses de la Segunda Guerra Mundial, los bombardeos norteamericanos acabaron con más de 900.000 civiles japoneses, sin contar los que murieron en Hiroshima y Nagasaki. Esta cifra representa casi el doble de los norteamericanos que han perdido la vida en el combate a lo largo de la historia bélica de Estados Unidos (441.513) en el extranjero», mientras que la proporción de bajas civiles en relación con las bajas en el combate en las guerras norteamericanas de Corea y Vietnam es más elevada incluso que la de la invasión alemana de Rusia. Como es natural, Mead asegura a sus lectores, que no se puede establecer una comparación en términos morales. W. R. Mead, *Special Providence*, cit., pp. 218-219.

políticas que habían determinado estos fines habían sido el resultado de una síntesis democrática excepcional: se había intentado, de acuerdo con Alexander Hamilton, obtener ventajas comerciales para las empresas norteamericanas en el extranjero; siguiendo el ejemplo de Woodrow Wilson, se había asumido el deber de propagar la libertad por todo el mundo; se había observado la preocupación de Jefferson por mantener la virtudes de la república a salvo de las tentaciones extranjeras; y, al igual que Jackson, se había actuado valientemente siempre que se había desafiado el honor o a la seguridad del país. Aunque los dos primeros principios eran credos de las élites y el tercero una tendencia intelectual, el cuarto era el espíritu popular de la mayoría del pueblo norteamericano. En cualquier caso, de la rivalidad entre estos valores –la perspectiva de los comerciantes, la de los misioneros, la de los legisladores constitucionales y la de los colonos– había surgido, como si de la mano invisible del mercado se tratara, la mejor de todas las políticas extranjeras[3]. Combinando el tacto con la mano dura de una manera al tiempo flexible, pragmática e idealista, la conducta norteamericana en los asuntos internacionales había desarrollado a partir de la diversidad complementaria de sus fuentes de inspiración una estabilidad y una sabiduría homeostáticas.

A efectos descriptivos, el recuento de tradiciones autóctonas que lleva a cabo Mead es gráfico y brillante, rico en perspicaces observaciones, al margen de que se ofrezca una versión bastante idealizada del pasado en el que ven la luz. Desde el punto de vista analítico, sin embargo, se basa en el *non sequitur* de que existe una equivalencia entre ellas, como si todas hubieran contribuido a un mismo resultado. Si hacemos un repaso de las figuras que a su modo de ver han encarnado estas tradiciones, esta teoría cae por su propio peso. La extensa lista de estadistas hamiltonianos que han dirigido el Departamento de Estado o se han instalado cómodamente en la Casa Blanca –Clay, Webster, Hay, Lodge, Theodore Roosevelt, Hull, Acheson, el primer Bush– tiene su contrapartida wilsoniana solo si se apela a la regularidad

[3] W. R. Mead, *Special Providence*, cit., pp. 95-96, 311-312.

de las recetas que se han aplicado desde la Segunda Guerra Mundial –Franklin Delano Roosevelt, Truman, Kennedy y los demás; mientras que no ha habido prácticamente ningún gobernante o canciller jeffersoniano–. El propio Jefferson ejemplifica a duras penas la abstinencia de las ambiciones internacionales y del engrandecimiento[4]. Como único ejemplo, encontramos un descolorido grupo integrado por figuras aisladas y personajes desconocidos en el que podemos encontrar a Borah, a Lippman y a Fulbright. Por lo que respecta a los jacksonianos, con la salvedad de un grupo indiferenciado de veteranos militares del siglo XIX, los únicos que se podrían encuadrar en esta categoría son Polk y el segundo Bush. La mayoría de los ejemplos recientes que cita Mead en *Special Providence* –Patton, MacArthur, McCain, y quizá Wallace– no llegaron a cuajar, en realidad. El apoyo popular a las guerras norteamericanas, señala Mead acertadamente, exige la cristalización de la truculencia jacksoniana en las profundidades de la sociedad nacional. Pero la política exterior que las determina se decide en otros lugares. Lo cierto es que de estas cuatro tradiciones, solo dos han tenido un peso constante desde la guerra contra España; las otras se han limitado a ofrecer ejemplos esporádicos de casandrismo y carne de cañón.

En ese sentido, se puede dar por buena la dicotomía más convencional que Kissinger –un político que, según Mead, había practicado una *Realpolitik* de corte europeo sin raíces norteamericanas– expuso al principio de su tratado *Diplomacy* algunos años antes. En la versión de Kissinger, los dos legados que importan son tradiciones que descienden de Theodore Roosevelt y de Woodrow Wilson: el primero sería el propósito realista de mantener un equilibrio de poder en el mundo; el segundo, el compromiso idealista destinado a poner fin a las fuerzas arbitrarias en todo el mundo. Aunque en su época cayeron en el descrédito, a largo plazo las ideas de Wilson se han impuesto a

---

[4] Para la trayectoria de Thomas Jefferson, véase Robert W. Tucker y David C. Hendrickson, *Empire of Liberty: The Statecraft of Thomas Jefferson*, Nueva York, 1990.

las de Roosevelt. La política exterior norteamericana acabaría reconciliando estas dos tendencias, pero la wilsoniana sería la dominante. «Una agrupación universal de naciones mayoritariamente democráticas actuaría como "fideicomiso de paz", reemplazando los viejos sistemas de equilibrio del poder y de alianzas. Ninguna nación había planteado nunca tan exaltados sentimientos y, por supuesto, nunca habían sido aplicados. No obstante, en manos del idealismo norteamericano se convirtieron en la moneda común del pensamiento nacional sobre política exterior», afirmaba Kissinger. El propio Nixon tenía colgado un retrato de Woodrow Wilson, el «hombre de paz», en el Despacho Oval que le servía inspiración: «En todo este tiempo, los principios de Wilson han seguido siendo el sólido fundamento del pensamiento norteamericano sobre política exterior»[5].

II

La autoría de esta sentencia indica por sí sola la necesidad de darle la vuelta. Es cierto que desde la Segunda Guerra Mundial el registro de la ideología norteamericana en política exterior ha sido siempre predominantemente wilsoniano: la frase «convertir el mundo en un lugar seguro para la democracia» se fue modificando poco a poco hasta derivar en la «seguridad colectiva» que en un momento dado quedaría reducida al escudo exterior de la «seguridad nacional». Pero, en esencia, la política exterior de EEUU ha sido inquebrantablemente hamiltoniana: la búsqueda de la supremacía norteamericana en un mundo seguro para el capital[6]. Pero, salvo raras excepciones, como la de Kis-

---

[5] Dado que «el mundo de la posguerra fue, en gran parte, una creación de Estados Unidos» los norteamericanos podían «desempeñar el papel que Wilson les había asignado: el modelo a seguir y la promesa que se aspiraba a alcanzar». H. Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, 1994, pp. 52, 55 [ed. cast.: *Diplomacia*, Barcelona, Ediciones B, 1996].

[6] Como insinuaba el propio Wilson en 1923, «El mundo se ha convertido en un lugar seguro para la democracia. Pero la democracia todavía no

singer, la ideología siempre ha sido un aditamento crédulo más que un adorno cínico del ejercicio del poder norteamericano, y los que lo han detentado –Bush y Obama solo son los últimos de una larga lista– siempre han creído que no existe conflicto alguno entre los valores y los intereses norteamericanos. Los responsables políticos y sus asesores, sea cual sea su posición en el espectro político, dan por sentado que la superioridad de EEUU es al mismo tiempo una recompensa nacional y un bien universal. En el plano terminológico, en este universo la expresión «primacía» es preferible a «imperio», pero en su extremo más teórico, prácticamente todo el mundo acepta el término «hegemonía». Los editores actuales de *To Lead the World*, un volumen en el que participaron eminencias de todas las disciplinas, señalaban que todos estos autores estaban de acuerdo en que «Estados Unidos debe liderar el sistema internacional», en que, según la definición de Clinton, son «la nación indispensable», y observaban que el país debía conservar su hegemonía militar: «Ninguno de los autores que han colaborado en esta publicación se declara partidario de reducir el presupuesto militar de forma significativa ni de permitir que se erosione la superioridad de EEUU»[7].

---

ha convertido el mundo en un lugar a salvo de las revoluciones irracionales. Esa tarea suprema, que consiste nada menos que en la salvación de la civilización, es la que tiene que afrontar ahora a la democracia de manera insistente e imperativa. No puede eludirla, a menos que todo lo que hemos construido caiga dentro de poco y las ruinas nos rodeen; y Estados Unidos, la mayor de las democracias, debe llevarla a cabo». Para estas reflexiones, véase «The Road Away from Revolution», *ca.* 8 de abril de 1923, *The Papers of Woodrow Wilson*, vol. 68, Princeton, 1993, p. 323.

[7] Melvyn Leffler y Jeffrey Legro (eds.), *To Lead the World: American Strategy after the Bush Doctrine*, Nueva York, 2008, pp. 250-252. Entre los autores que han participado en esta recopilación se encuentran Francis Fukuyama, Charles Maier, John Ikeberry, James Kurth, David Kennedy, Barry Eichengreen, Robert Kagan, Niall Ferguson y Samantha Power, representante ante la ONU con Obama. El propio Leffler explica en otra parte que si «la comunidad que surgió después de la Segunda Guerra Mundial» quiere sobrevivir, «es necesario legitimar de nuevo el papel hegemónico de Estados Unidos» o, en palabras de Wilson, «la fuerza moral organizada de la humanidad debe garantizar la paz». M. Leffler, «9/11 and The Past

El hecho de que sea necesario enunciarlo incluso es lo que caracteriza el periodo que se extiende desde 2001 como una nueva fase en el discurso, si no en la práctica, del imperio. En este caso, las vicisitudes de los últimos doce años –los atentados de 2001, la invasión de Iraq de 2003, la crisis financiera de 2008, la prolongación de la guerra de Afganistán– han generado una serie de interrogantes prácticamente universales. ¿Se encuentra el poder norteamericano en decadencia global? Y de ser así, ¿cuáles son los motivos? ¿Qué hay de los remedios? Hay varios *leitmotiv* comunes que aparecen en muchas de las respuestas que se han ofrecido a estas preguntas. En casi todos los casos, se incluye una enumeración de las reformas domésticas necesarias para recuperar la superioridad competitiva de la economía y la sociedad norteamericanas. En todas ellas se calculan los posibles riesgos que podría entrañar para la primacía norteamericana una renovación de la rivalidad entre grandes potencias –China ocupa un lugar prominente, pero no exclusivo, en estas valoraciones–, y se contemplan los peligros del terrorismo en Oriente Medio que amenaza la seguridad norteamericana. El destino del capitalismo y el futuro de la democracia casi siempre están presentes. Cada interpretación difiere de forma significativa de la siguiente y, en conjunto, ofrecen un espectro de variaciones que se puede leer como una representación del repertorio actual –en parte en curso y en parte prospectivo– de la gran estrategia estadounidense en el nuevo siglo. El núcleo de la comunidad que ha creado estos estudios está formado por pensadores que han desarrollado su carrera en cargos gubernamentales, en universidades y en fundaciones. En este ambiente, a diferencia de lo que sucede en el de los historiadores de la diplomacia, los enfrentamientos directos y las polémicas son excepcionales, no solo por el alcance de los presupuestos comunes, sino también porque se suele escribir con la vista puesta en la promoción oficial, donde el pugilismo intelectual no es el método predilecto, aunque las divergencias intelectuales son todavía bastante evi-

and Future of American Foreign Policy», *International Affairs* 79, 5 (octubre de 2003), pp. 1062-1063.

dentes. Las peculiaridades individuales garantizan que ninguna selección de estrategas puede ser plenamente representativa. Pero se pueden identificar fácilmente cuáles son las aportaciones más relevantes[8].

[8] En el análisis que ofrecemos a continuación no hemos incluido a aquellas figuras que han desarrollado su carrera exclusivamente en los medios de comunicación o en los círculos académicos. En la primera categoría cabe destacar a los periodistas Fareed Zakaria de *Newsweek* y a Peter Beinart de *Time*, autores, respectivamente, de *The Post-American World* (2008) y *The Icarus Syndrome* (2010). Para la segunda categoría, véase Anders Stephanson, «TheToughness Crew», *New Left Review* II/82 (julio-agosto de 2013). En el mundo académico, el campo de las relaciones internacionales o los «estudios sobre seguridad» abarca tanto las obras dedicadas a los tecnicismos de la teoría de juegos y la decisión racional como cualquier ciencia política doméstica, alambicamientos que excluyen a un público más amplio, pero también encontramos a teóricos cuya independencia intelectual les ha librado de las tentaciones de los cargos oficiales. Un buen ejemplo es el de John Mearsheimer, de Chicago. Para su obra *Tragedy of Great Power Politics* (2001), véase el ensayo de Peter Gowan «A Calculus of Power», *New Left Review* II/16 (julio-agosto de 2002); pero hay muchos más. Entre las figuras destacadas que hemos omitido en nuestro análisis se encuentra Joseph Nye, de la Harvard Kennedy School, subsecretario de Estado en la administración Carter y presidente del CNS bajo Clinton, autor de *Bound to Lead* (1990) y *The Paradox of American Power* (2002). No consideramos que su obra sea suficientemente original para estudiarla en este ensayo, pues se limita a las banalidades del poder inmaterial. Philip Bobbitt –el actual Director del Centro de Seguridad Nacional de Columbia, empleado de la CIA bajo Carter, del NSC bajo Clinton y del Departamento de Estado bajo el segundo Bush, autor de *The Shield of Achilles* (2003) y de *Terror and Consent* (2008)– no es una figura en modo alguno banal, pero su pensamiento ya ha sido analizado en profundidad por Gopal Balakrishnan en «Algorithms of War», *New Left Review* II/23 (septiembre-octubre de 2003).

2. CRUZADOS

Podríamos empezar por la proteica figura del propio Mead. Su primera obra, *Mortal Splendor*, publicada en 1987 en el máximo apogeo del escándalo del Irangate, era una crónica de los sucesivos fracasos de Nixon, Carter y Reagan en su intento por devolver el lustre al imperio norteamericano, así definido, sin rodeos. Mead criticaba el arcaísmo, la involución y la corrupción de la Constitución, lamentaba el declive del nivel de vida del pueblo y el rápido aumento del déficit presupuestario, y terminaba pidiendo a los Demócratas que pusieran fin a un decadente «orden burocrático y oligárquico» fundando una «cuarta república». Les instaba a que pusieran en marcha otro New Deal que tuviera un impulso más populista y radical, y a que lo proyectaran hacia el exterior como un plan para el mundo en general[1]. Catorce años después, su punto de vista había dado un giro radical. Si en *Mortal Splendor* Mead se había presentado voluntario para portar el féretro del imperio, en *Special Providence* lo saludaba al son del clarín, aunque el término en sí había desaparecido. EEUU era ahora, en la mayor parte del libro, «la potencia central en un sistema mundial de finanzas, comunicaciones y comercio» o el «giroscopio del orden mundial». La nación, era cierto, gozaba de hegemonía internacional. Pero los norteamericanos no habían reflexionado lo suficiente acerca del significado y de los propósitos de este estatus y ahora las distintas tradiciones nacionales tenían que iniciar un debate en torno a

[1] «Las reformas deben ser más exhaustivas que las que se llevaron a cabo en la época de Roosevelt», insistía Mead. «La nueva versión tendrá un tinte más socialista y menos liberal que la primera». W. R. Mead, *Mortal Splendor. The American Empire in Transition*, Nueva York, 1987, pp. 336-338.

estas cuestiones. Personalmente, Mead se inclinaba por las ideas de Jefferson[2].

Esta inclinación no duró demasiado. En su respuesta a los ataques del 11-S, que tuvieron lugar a los pocos meses de que publicara *Special Providence*, Mead tuvo que adaptar su taxonomía a la nueva situación. En *Power, Terror, Peace and War* (2004) estableció un sólido programa para afrontar los desafíos a los que se enfrentaba ahora el «proyecto norteamericano» de seguridad doméstica y paz mundial, un plan cuyo fracaso representaría un desastre para la humanidad. Por fortuna, EEUU seguía combinando las tres formas de poder que hasta entonces habían garantizado su hegemonía: el poder «brusco»: la fuerza militar, para evitar que Oriente Medio se convirtiera en un «presidio del terror teocrático»; el poder «pegajoso»: la interdependencia económica que ataba a China a Estados Unidos a través del comercio y la deuda; y el poder «dulce», los atractivos culturales de las películas y la música popular norteamericana, las universidades, el feminismo, las multinacionales, la inmigración y la caridad. Pero el terreno socioeconómico en el que estas formas debían desplegarse había cambiado. Después de la Segunda Guerra Mundial, el fordismo había proporcionado un terreno firme para que arraigara la supremacía de EEUU, pues la producción en masa y el consumo masivo se habían combinado de tal manera que habían dado lugar a un estilo de vida que era la envidia del mundo. Una vez terminada la Guerra Fría, el modelo norteamericano parecía prometer un futuro en el que la libertad económica y política podría propagarse en lo sucesivo a cualquier lugar, bajo el dosel protector del poder norteamericano[3].

Pero no había que olvidar que el capitalismo es un sistema dinámico que destruye una y otra vez lo que ha creado para dar lugar a nuevas formas. En Norteamérica y en otros lugares la economía burocratizada, el pleno empleo y la industrialización asociados al fordismo pertenecían ahora al pasado. Este modelo había sido remplazado por un «capitalismo milenario» en el que

---

[2] W. R. Mead, *Special Providence*, cit., pp. 323-324, 333-334.
[3] W. R. Mead, *Power, Terror, Peace and War*, Nueva York, 2004, pp. 26-55.

habían cobrado protagonismo una competencia más libre y los riesgos individuales, los recortes de plantilla y los proyectos de alta tecnología, sin los apoyos y las protecciones de la época anterior: una fuerza temida por todos aquellos –gobiernos, élites y masas– que se habían beneficiado del fordismo y todavía se aferraban a sus maneras. Incansable y perturbadora, la llegada de este capitalismo milenario había impulsado la revolución de la política exterior norteamericana en el nuevo siglo. Los paladines de este capitalismo se encontraban ahora al timón, reformulando la concepción hamiltoniana de la empresa, reactivando la libertad wilsoniana y poniendo al día el giro jacksoniano hacia la acción preventiva[4]. Puede que el motivo que había esgrimido la administración Bush para atacar Iraq fuera poco convincente, pues las armas de destrucción masiva eran mucho menos importantes que asestar un golpe al fascismo en la región e instaurar la posibilidad de la primera democracia árabe en Bagdad, pero no era el momento de albergar recelos jeffersonianos. Desde el punto de vista estratégico, la administración republicana había aprovechado al máximo las opciones correctas. Era cierto que la ejecución había sido un poco chapucera, pero Theodore Roosevelt y Wilson también habían tropezado alguna que otra vez al impulsar sus respectivas revoluciones. Con las tropas estadounidenses a orillas del Tigris, se había puesto en marcha la estrategia adecuada para enfrentarse a los fascistas y a los terroristas árabes, y en realidad, a todos los demás enemigos de la libertad: la «contención avanzada», complementada allí donde fuera necesario con ataques preventivos contra los adversarios.

Tres años después, en su obra *God and Gold: Britain, America and the Making of the Modern World*, Mead revistió estos motivos

[4] *Ibid.*, pp. 73-103. En esta época, el propio Kissinger –otro defensor de la invasión de Iraq– había adoptado la taxonomía de Mead para criticar la conducta norteamericana en la Guerra Fría antes de la llegada de Nixon y de su propia asunción del poder, y señalaba que se había impuesto una mezcla demasiado rígida de wilsonismo y jacksonismo y se habían olvidado los principios de Hamilton. Véase *Does America Need Foreign Policy?*, Nueva York, 2002, pp. 245-256, un libro cuya calidad intelectual supera con creces a la de su título.

con el envoltorio de una teodicea histórica de alcance internacional. Detrás de la hegemonía global de Estados Unidos se ocultaba la antigua supremacía de Gran Bretaña, y ambas mantenían una relación que no era meramente secuencial, sino orgánica: un vínculo que a lo largo de cinco siglos había concedido a las potencias angloamericanas una sucesión ininterrumpida de victorias en la lucha contra los enemigos del liberalismo: la España de los Habsburgo, la Francia de los Borbones y la de Napoleón, la Alemania Guillermina y la nazi, el Japón imperial y la Rusia soviética. El secreto de este triunfo constante era, según Mead, una cultura excepcionalmente proclive a las fuerzas titánicas del capitalismo, una cultura en la que la religión anglicana y sus retoños se entrelazaban con la Ilustración de Newton y de Smith, de Madison y de Darwin: una variedad de cristianismo en la que la razón, la revelación y la tradición se reconciliaban y se aliaban con una «meme dorada» de concepciones laicas del orden, derivadas de la interacción libre de las fuerzas naturales y de su evolución. En un momento determinado, la combinación de la fe de Abraham, comprometida con el cambio –una religión que no era estática, sino dinámica en el sentido que le atribuye Bergson a esta expresión– con la explosión del potencial humano liberado por el capitalismo, había dado lugar a la narrativa liberal del progreso histórico global.

Este había sido el entorno cultural que había alimentado la monumental creatividad de las finanzas angloamericanas, primero en Londres y después en Nueva York, el fundamento de la eficiencia del capitalismo entendido como un sistema de asignación racional de recursos, un modelo capaz de desarrollar ininterrumpidamente nuevos mecanismos para la banca, el comercio, el corretaje, los seguros… hasta la seguridad de las tarjetas de crédito y las hipotecas en la que se basa la prosperidad actual. El poder del consumo masivo, a su vez, aprovechando la flexibilidad de los mercados en favor de los intereses económicos de los más aptos –«quizá el descubrimiento más revolucionario de la historia de la humanidad desde que el hombre aprendió a dominar el fuego»– había generado un aluvión de inventos, un proceso liderado por Gran Bretaña y Estados Unidos: electrodomésticos, ferrocarriles,

grandes almacenes, automóviles, teléfonos y cultura popular en general. No era de sorprender que estos dos países hubieran demostrado ser invencibles en la escena mundial.

Pero el propio éxito de Inglaterra y de Estados Unidos había generado algunas ilusiones específicas, como la firme creencia en que el resto del mundo debe seguir por su propia voluntad, tarde o temprano, el camino de la libertad, la diversidad y la prosperidad que ellos habían mostrado. El capitalismo, sin embargo, solo podía florecer de manera tranquila y gradual en el mundo bajo las condiciones privilegiadas del liberalismo y el anglicanismo. En el resto del planeta el proceso había sido más complicado. Un fenómeno más repentino que había contravenido las costumbres tradicionales y que, además, había estado teñido, en la mayoría de los casos, por el resentimiento que suscitan los que han conseguido llegar primero y por el duro castigo que los demás pensaban, con razón, que les habían infligido, una crueldad envuelta en reiteradas expresiones vanas de arrepentimiento o de rectitud, en la línea del poema de Lewis Carroll «La morsa y el carpintero». Las sucesivas potencias imperiales europeas ya habían generado este tipo de resentimiento en el pasado y, según Mead, en la actualidad todavía está muy extendido más allá de los límites del Viejo Continente, desde el oso ruso que se lame las heridas hasta el dragón chino que resopla envidioso, por no hablar de los diversos escorpiones árabes de Oriente Medio.

Después del fin de la Guerra Fría, todavía habían quedado en pie algunas fuerzas peligrosas. Para lidiar con ellas, Estados Unidos había de mostrar cierto tacto con otras culturas cuya sensibilidad habría exigido la sutileza de una «diplomacia de las civilizaciones». Pero no había motivos para la duda o para el desaliento. El dominio de los mares seguía siendo la clave del poder global y, en este campo, la supremacía de EEUU era indiscutible: el sistema marítimo que había garantizado la victoria angloamericana contra cualquier enemigo, desde los tiempos de Isabel I y Felipe II en adelante, se mantenía tan firme como siempre. Europa, unida y libre, era una aliada; Rusia estaba muy debilitada; la amenaza de China se podía contrarrestar con Japón y con la India. En Oriente Medio, el islam era una religión integrada en el diálogo mundial,

en el cual todos los pueblos y culturas tenían derecho al reconocimiento colectivo, aunque se machacara a los milenaristas del terror árabe. La *Pax Americana* persistiría, pues era un error pensar que todos los imperios entran necesariamente en decadencia o desaparecen. Por el contrario, como demuestra el ejemplo de China, pueden experimentar altibajos a lo largo de los milenios.

En aquel entonces, ya estaba claro que la invasión de Iraq «había sido una guerra innecesaria y mal planeada», después de todo. Pero EEUU tenía que involucrarse más a fondo en Oriente Medio y Mead esperaba ansioso la llegada de los Demócratas centristas para que enmendaran el error. Imbuida del sentimiento trágico de la historia y la responsabilidad norteamericana que había legado Niebuhr, y apoyándose en el despertar de una nueva moderación evangélica, la nación podría recuperar el dinamismo de la «creencia humana, profunda y aparentemente innata, de que a través del cambio podemos encontrar lo trascendental y lo divino». El capitalismo, según Mead, nos conducía a un futuro de cambios acelerados, y sería entonces cuando se le presentaría la oportunidad a EEUU. Pues el proyecto norteamericano no consistía únicamente en traer la libertad personal y la abundancia material para todos. Tenía un significado más elevado. Al conducir al mundo hacia «un viaje de exploración por aguas desconocidas», «nuestro destino y nuestro deber», el orden marítimo consistiría en navegar hacia un horizonte que la imaginación aún no podía concebir: el lugar donde «el fin de la historia es la paz de Dios»[5].

No sería disparatado pensar, a la luz de esta extravagante interpretación místico-comercial, que este autor se encuentra alejado del discurso dominante en la política exterior, y es cierto que, a diferencia de la mayoría de sus pares, Mead nunca ha detentado un cargo gubernamental. Pero si, a pesar de ello, este pensador ocupa un lugar destacado no se debe tanto a la brutal energía de su estilo y al incansable ingenio de su imaginación, sino al modo indisociable en que ha sabido encarnar de manera radical dos ten-

---

[5] W. R. Mead, *God and Gold: Britain, America and the Making of the Modern World*, Nueva York, 2007, pp. 378, 387-402, 409, 411, 412.

dencias opuestas del nacionalismo norteamericano que se suelen expresar independientemente de manera más moderada: el realismo económico y político de la tradición que representa el primer Roosevelt, y el moralismo pedagógico y religioso consagrado por Wilson. Por una parte, repite una y otra vez las amargas verdades del capitalismo, sin estremecerse ante las fechorías de la expansión angloamericana –más bien, parecería que se jacta de ellas–; por otra, sublima la democracia liberal y la superior productividad hasta transformarlas en la parusía del Señor. Esta excéntrica combinación no le ha relegado a la marginalidad. Como había vaticinado Mead, los demócratas no tardaron en regresar a la Casa Blanca. Y una vez en la presidencia, Obama salmodiaría la sabiduría de Niebuhr, para satisfacción de Mead, en un discurso ante el comité del premio Nobel que podría haber escrito el propio autor de *God and Gold.* Cuando Francis Fukuyama rompió con la publicación que le había hecho famoso, *The National Interest*, aduciendo que la revista se había inclinado demasiado hacia la *Realpolitik* nixoniana, olvidando el bálsamo del idealismo wilsoniano que debería ser su complemento, fue Mead quien se unió a él para crear un nuevo foro, *The American Interest*, y restituir de este modo el equilibrio de un auténtico Realismo Liberal[6].

---

[6] Después de llegar a la conclusión de que la mayoría de sus compañeros de filas neoconservadores habían defendido con un celo demasiado wilsoniano la implantación de la democracia en Iraq, Fukuyama decidió que otros compañeros habían mostrado una indiferencia demasiado kissingeriana en un cálculo de poder excesivamente alejado de los valores de la democracia. Tomar bien la temperatura ideológica no es una tarea fácil, pero de ello depende la buena salud de las relaciones de Norteamérica con el mundo. Dado que ya he escrito con anterioridad sobre la obra que Fukuyama publicó en esta época, *America at the Crossroads: Democracy, Power and the Neoconservative Legacy* (2006) [ed. cast.: *América en la encrucijada*, Barcelona, Ediciones B, 2007], no la he incluido en este ensayo, aunque es uno de los mejores ejemplos de este tipo de literatura. Para mi reseña sobre esta obra, véase *The Nation*, 24 de abril de 2006. Fukuyama y Mead han seguido comentando la actualidad nacional e internacional desde las páginas de *The American Interest*, una publicación que asegura emplear un enfoque más amplio –sobre todo en lo que concierne a la «religión, la identidad, la etnicidad y la demografía»– que *The National Interest*.

II

Este híbrido extático es un caso atípico en este campo. Lo habitual es encontrar pensadores afiliados sin ambigüedad a una u otra tradición del repertorio externo del Estado norteamericano. En este repertorio, como hemos señalado, la tendencia dominante desde mediados de los años cuarenta ha sido la wilsoniana, sobre todo con los tres últimos presidentes, que han expresado su devoción por los objetivos del célebre «Hombre de Paz» de un modo más explícito y estridente que cualquiera de sus predecesores. Los teóricos más destacados en este bando, Michael Mandelbaum y John Ikenberry, que han ocupado sendos cargos en el Departamento de Estado, ofrecen dos versiones alternativas de este punto de vista que, si bien se superponen en lo que atañe al marco intelectual, se diferencian en algunos puntos importantes en lo que concierne a las consecuencias políticas[7]. Mandelbaum es el más prominente y prolífico de los dos, autor que en menos de una década ha dado a la imprenta cinco libros muy elogiados, empezando por tres obras cuyos títulos hablan por sí solos: *The Ideas that Conquered the World* (2002), *The Case for Goliath* (2005) y *Democracy's Good Name* (2007).

Para Mandelbaum, la historia del siglo XX ha sido «una historia totalmente liberal»: la del triunfo de la triada wilsoniana de la paz, la democracia y el libre mercado. Estas fueron las ideas que acabaron con la Unión Soviética y favorecieron la victoria en la Guerra Fría, pues los dirigentes soviéticos sucumbieron a su poder de atracción. En parte, este proceso se podía comparar con la selección natural: habían desaparecido los menos aptos en términos económicos. Pero también había sido la consecuencia de una revelación moral provocada por un credo superior, algo similar a lo que había sucedido en la Antigüedad Tardía cuando los paganos se

[7] Mandelbaum trabajó a las órdenes de Eagleburger y de Shultz durante el primer mandato de Reagan; Ikenberry con Baker en el gobierno del primer Bush. Una de las características de estos personajes «interinos» que pasan del gobierno a la cátedra sin afiliarse a ningún partido político, es que, en el plano personal, se encuentran más próximos a los demócratas que a los republicanos.

habían convertido al cristianismo: Gorbachov e incluso Deng Xiaoping eran los Constantinos modernos. Los resultados se habían podido comprobar después de la atrocidad de los atentados de 2001. Los gobiernos de todos los países importantes habían declarado su solidaridad con Norteamérica, pues todos «eran partidarios del orden mundial basado en el mercado que había sido atacado, orden mundial cuyo eje lo constituía Estados Unidos», y no había otra alternativa factible. Sin lugar a dudas, la triada wilsoniana todavía no había arraigado en todo el mundo. El libre mercado era ahora la idea más aceptada de la historia mundial. Pero la paz y la democracia no estaban a salvo en la misma medida. Las políticas exteriores de Moscú y de Pekín no eran ni mucho menos pacíficas, su mercantilismo era insuficiente y la democracia no estaba consolidada. El objetivo prioritario de Occidente pasaba ahora por transformar a Rusia y a China e incorporarlas plenamente al orden mundial liberal, como ya se había hecho en el pasado con las potencias antiliberales de Alemania y Japón, que después de la guerra, se habían convertido en los pilares del sistema.

En esa tarea, el liderazgo tenía que recaer sobre una nación que era algo más que una nación. Norteamérica no es solo el benéfico Goliat de los Estados, el sol alrededor del cual gira el sistema solar de las naciones. Es, según este autor, «el gobierno del mundo», pues es el único capaz de ofrecer el servicio de la seguridad internacional y la estabilidad económica a la humanidad, y se le reconoce este mérito en virtud del consenso que se ha impuesto en el siglo XXI en torno a la triada wilsoniana. Todo el mundo reconoce el valor de las aportaciones norteamericanas al mantenimiento de la paz y a la difusión del liberalismo económico. Pero la importancia de Estados Unidos en la propagación de la democracia no le va a la zaga. A lo largo de la historia, la idea de libertad y la de soberanía popular –cómo hay que gobernar y quién debe gobernar– siempre se han diferenciado analítica y cronológicamente. La noción de libertad es anterior a la soberanía popular, que no apareció hasta la Revolución francesa pero que después se extendió mucho más rápido, a menudo a expensas de la libertad. La democracia, cuando se da, es la improbable fusión de estas dos ideas. Su aparición en el siglo XX se debió en buena

medida al dinamismo de los mercados libres, que generaron prosperidad social y una sociedad civil. Pero también se basó en el magnetismo del poder y la riqueza de las dos grandes democracias angloparlantes: Gran Bretaña y –en la actualidad de forma abrumadora– Estados Unidos. Sin la supremacía de estas dos potencias, la mejor forma de gobierno nunca habría arraigado en tantos lugares. Fueron ellas las que la convirtieron en «la marca líder» que tantos otros querían adquirir.

En esta interpretación, la devoción wilsoniana se presenta como una apoteosis de Estados Unidos que en cierto sentido es aún más prístina que la versión sincrética de Mead, un autor que reconoce alegremente la existencia de un lado oscuro en la historia del expansionismo norteamericano. No es que «el gobierno del mundo» sea infalible. Mandelbaum, asesor de Clinton en la campaña electoral que le llevó a la presidencia, se llevó una desagradable sorpresa cuando este fue elegido: el cargo de Asesor de Seguridad Nacional de la Casa Blanca no fue para él, sino para Anthony Lake. Tres años después, Mandelbaum situó directamente a Lake en su punto de mira y publicó una crítica fulminante de la política exterior del régimen de Clinton, «Foreign Policy as Social Work», en la que arremetía contra las intervenciones en Haití y en Bosnia, que a su modo de ver habían sido intentos vanos por jugar a ser la Madre Teresa de Calcuta en el extranjero, y contra la ampliación de la OTAN hacia el Este, una estúpida provocación a Rusia que había puesto en peligro la integración de esta nación en una ecúmene consensual después de la Guerra Fría[8].

Con el tiempo se daría cuenta de que en casa las cosas tampoco iban bien. Diez años después de que comenzara el nuevo siglo,

---

[8] M. Mandelbaum, «Foreign Policy as Social Work», *Foreign Affairs* 75, 1 (enero-febrero de 1996); seguido por *The Dawn of Peace in Europe*, Nueva York, 1996, pp. 61-63. «La ampliación de la OTAN en los noventa ha sido para los rusos el equivalente a la cláusula de culpabilidad que se impuso a los alemanes en los años treinta: vulnera a su juicio los términos y condiciones del fin del conflicto con Occidente. Representa una traición al trato que creían haber alcanzado con sus antiguos enemigos», lo cual podía «provocar la peor pesadilla de la era posterior a la Guerra Fría: la Rusia de Weimar».

el autor denunciaba en *The Frugal Superpower* (2010) que las desigualdades sociales eran cada vez mayores, que el derecho al bienestar había sufrido un incremento vertiginoso a pesar de la falta de previsión fiscal –el Medicare era, en potencia, peor que la Seguridad Social; los déficits keynesianos se habían agravado por culpa de los recortes de impuestos lafferesquianos– y que el país tenía que adaptar sus objetivos internacionales a sus medios domésticos. En *That Used to Be Us* (2011), un libro escrito en colaboración con Thomas Friedman, la lista de preocupaciones se ampliaba. La educación secundaria norteamericana estaba en crisis; las infraestructuras se estaban desplomando; el gasto en I+D era muy escaso; no existía una política energética coherente; se acogía a los inmigrantes de mala gana. Había muchos individuos que encarnaban el altruismo y la visión empresarial, pero el conjunto de la nación necesitaba recuperar la calma y para ello había que crear una serie de vínculos entre lo público y lo privado que permitieran recuperar el éxito económico y la armonía social de antaño. Se necesitaba una terapia de choque que acabara con el estancamiento del sistema político: un candidato presidencial de un tercer partido que blandiera la bandera del «centrismo radical».

La urgencia de estas reformas no expresaba un sentimiento de descontento con Norteamérica ni significaba que la nación debiera renunciar a su papel de guardián del mundo. «Nosotros, los autores de este libro, no solo queremos que Norteamérica recupere su solvencia. Queremos que conserve su grandeza. No somos contables. Somos patriotas», explicaban, en el estilo inimitable de Friedman[9]. ¿Qué resultado se podía obtener si se seguían las recetas que proponían? La mala imagen que tenía de Clinton le impedía a Mandelbaum establecer una comparación convencional con Bush. En esencia, a su juicio, la política exterior de ambos había sido la misma. La intervención humanitaria y la guerra preventiva no eran conceptos opuestos, sino idénticos. La invasión de Iraq, aclamada en el epílogo de *Ideas That*

[9] Thomas Friedman y Michael Mandelbaum, *That Used Bo Be Us: What Went Wrong With America –and How It Can Come Back*, Nueva York, p. 10.

Conquered the World, donde el autor había declarado que había sido una misión destinada a trasladar la triada wilsoniana a Oriente Medio –«llevar la paz, la democracia y el libre mercado adonde no han existido hasta ahora»–, quedaba reducida cuatro años después, en *Democracy's Good Name*, a una «búsqueda de la paz» –arrebatándole al régimen de Bagdad sus armas de destrucción masiva–, en la que la democracia ni siquiera se mencionaba. En *The Frugal Superpower* ya no tenía «nada que ver con la democracia» y Mandelbaum arremetía contra esta misión, una operación mal ejecutada, a su modo de ver[10]. Aun así, aunque los costes inmediatos de la invasión de Iraq promovida por Bush habían sido más elevados, la ampliación de la OTAN que había impulsado Clinton había sido un error mucho más grave y duradero: no se había intentado solucionar un problema real –sin lograrlo–, sino que se había creado uno donde no existía. EEUU tenía que dejar de recurrir a la fuerza militar para consolidar su identidad nacional y buscar la cooperación internacional siempre que fuera posible. Pero no siempre se podía confiar en los aliados; si Occidente seguía actuando sin determinación en Afganistán, no era por culpa de una Norteamérica despótica y unilateral, sino por la mala actuación de una Europa fragmentada. En Oriente Medio, todavía cabía la posibilidad de que hubiera que entablar una guerra con Irán. Allí se necesitaría una cooperación más estrecha con «el único país democrático y leal a los norteamericanos» de la región, una nación dotada de «un gobierno legítimo, una sociedad cohesionada y un ejército formidable: el Estado de Israel»[11].

---

[10] M. Mandelbaum, *The Ideas That Conquered the World*, Nueva York, 2002, p. 412; y *Democracy's Good Name*, Nueva York, 2007, p. 231(donde se argumenta que si EEUU se hubiera apoderado de Iraq en el siglo XIX, podrían haber creado con el tiempo las instituciones y los valores necesarios para instaurar una democracia, como hicieron los británicos en la India, creando un Nehru iraquí); *The Frugal Superpower*, Nueva York, 2010, pp. 76-77, 153 (donde el autor se reafirma en su esperanza de que «algún día se considere que los esfuerzos norteamericanos en Iraq fueron un éxito»). Esta modulación no es exclusiva de Mandelbaum; está muy extendida en el campo que estamos analizando.

[11] M. Mandelbaum, *Frugal Superpower*, cit., pp. 98, 189-190.

III

La obra de Mandelbaum representa la versión más estridente del credo wilsoniano desde el fin de la Guerra Fría, pero en dos sentidos no es la más auténtica. Por su propia naturaleza, esta tradición es la que presenta un grado más elevado de edulcoración –la más inequívocamente apologética– del canon de la política exterior norteamericana y, por la misma razón, en la medida en que es la que más se acerca a la ideología *tout court*, es la más importante para las autoridades. Las ideas de Mandelbaum son demasiado ásperas y mordaces para adaptarse a estos dos requisitos, como demuestra su relación con la administración Clinton. La encarnación perfecta de esta tradición la encontramos en Ikenberry, «el poeta laureado del internacionalismo liberal». El núcleo duro del *establishment* puede confiar en encontrar en su obra un bálsamo más reconfortante. En 2006, el Princeton Project on National Security presentó *Forging a World of Liberty under Law: US National Security in the 21st Century*, el ensayo final que Ikenberry había escrito en colaboración con Anne-Marie Slaughter después de dirigir un proyecto en el que colaboraron unos cuatrocientos estudiosos y pensadores[12]. En el prólogo de la obra, firmado por Lake y Shultz, se mencionaban las provechosas y «sinceras conversaciones que hemos mantenido con Zbigniew Brzezinski y Madeleine Albright» y, por supuesto, se elogiaba la «sabiduría y la perspicacia de Henry Kissinger». Según Ikenberry y Slaughter, en esta obra habían intentado ofrecer nada menos que «una versión colectiva del artículo de X, "The sources of Soviet Conduct"», el ensayo que escribió Kennan en los albores de la Guerra Fría, para proporcionar a la nación unas directrices similares que le permitieran afrontar la nueva era, aunque lo cierto es que el informe confidencial NSC-68 también les había servido de inspiración.

---

[12] Se puede considerar que Slaughter, autora de *A New World Order* (2004) y *The Idea that is America: Keeping Faith with Our Values in a Dangerous World* (2007), es la subcampeona de la carrera que ha ganado Ikenberry. Directora de Planificación Política (2009-2011) con Clinton en el Departamento de Estado, se ha destacado recientemente por pedir a gritos la intervención en Libia y en Siria.

¿Qué había que hacer para crear un mundo de libertad bajo el amparo de la ley? Entre los numerosos consejos que se ofrecen, destacan media docena de propuestas más concretas. A lo largo y ancho del planeta, Estados Unidos tendría que «educar a los gobiernos para que aprendan a ser populares, responsables y a respetar los derechos». En el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas habría que evitar que cualquier miembro acapare el poder necesario para vetar acciones de seguridad colectiva y habrá que imponer obligatoriamente a todos los Estados miembros «la responsabilidad de proteger». Será necesario reforzar el Tratado de No Proliferación Nuclear, recortando la libertad de acción en materia de desarrollo de la energía nuclear para uso civil. Para conseguir la paz, EEUU tendrá derecho a lanzar ataques preventivos contra los terroristas allí donde sea necesario y debe estar dispuesto a «asumir riesgos considerables» para impedir que Irán desarrolle su programa nuclear. Y, por último, pero no por ello menos importante, deberá crearse un Concierto de Democracias mundial, una institución alternativa que legitime las intervenciones militares que desbarate la ONU y que sea capaz de puentear a este organismo.

La siguiente propuesta teórica de Ikenberry, *Liberal Leviathan* (2011), gira en torno a la idea de que, en la medida en que el orden mundial estadounidense sirve –tal es el subtítulo de la obra– para «reconciliar el poder y la jerarquía con la cooperación y la legitimidad», esta es, decididamente, una «hegemonía liberal, no un imperio». Y esto es así porque se basa en un «acuerdo» consensuado, en virtud del cual EEUU obtiene la cooperación de otros Estados para lograr sus objetivos a cambio de un sistema de reglas que restringe la autonomía norteamericana. Esta es la virtud de la alianza occidental multilateral que se consagró con la creación de la OTAN y del Pacto de Seguridad bilateral que se firmó con Japón durante la Guerra Fría. Es indudable que en las regiones atrasadas, situadas en los márgenes del mundo, los norteamericanos ocasionalmente trataban de un modo más arrogante a unos Estados que eran vasallos antes que socios, pero eran elementos accesorios cuyo peso no afectaba a la estructura general del consenso internacional con el que contaba Estados

Unidos[13]. En el momento actual, sin embargo, la hegemonía norteamericana se encuentra sometida a cierta presión. El éxito de este modelo, no su fracaso, ha generado una «crisis de autoridad». Pues con la desaparición de la URSS, EEUU se ha convertido en una potencia unipolar que se enfrenta a la tentación de actuar según las relaciones que ha establecido, sin atenerse a las reglas comunes, y sus aliados tradicionales tienen cada vez menos motivos para someterse a su autoridad, en un momento en que las nuevas agitaciones y fuerzas transnacionales –sobre todo el terrorismo– exigen nuevas respuestas. La administración Bush intentó afrontar la crisis demostrando unilateralmente la voluntad norteamericana y retomó un nacionalismo conservador que ha resultado contraproducente. La solución a la crisis radica en una renovación del internacionalismo liberal que permita reformular el pacto hegemónico de una época anterior para adaptarlo a las nuevas realidades.

Esto implicaba, ante todo, un regreso al multilateralismo: la puesta al día y la reparación de un orden democrático liberal tan «abierto, amistoso y estable» como el antiguo, pero que incluyera a una variedad más amplia de potencias[14]. La ampliación de la OTAN, el NAFTA y la OMC constituyeron admirables ejemplos. También lo fueron las intervenciones humanitarias, siempre

---

[13] En una discreta nota a pie de página, el autor explica que «este estudio se centra fundamentalmente en el orden internacional creado por Estados Unidos y las demás grandes potencias. No se ofrece un análisis exhaustivo de los rasgos más generales del orden mundial que incluye las relaciones de Norteamérica con los Estados más débiles, menos desarrollados de la periferia». J. Ikenberry, *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis and Transformation of the American World Order*, Princeton, 2011, p. 27.

[14] Ikenberry se vale del tipo de metáfora que se nos viene a todos a la mente y afirma que «si el antiguo orden hegemónico de la posguerra fuera una empresa comercial, se habría llamado American Inc. Era un orden que, en algunos sentidos importantes, pertenecía a Estados Unidos y estaba dirigido por esta nación. La crisis actual es en realidad una crisis en torno a la propiedad de esa compañía. Se trata de la transformación de una compañía semiprivada en una empresa pública, con una variedad cada vez más amplia de accionistas y de nuevos miembros en la junta de dirección». J. Ikenberry, *Liberal Leviathan*, cit., p. 335. Algo similar a la metamorfosis de News Corp., se podría decir.

que se contara con el consentimiento de los aliados. Los principios del tratado de Westfalia habían quedado obsoletos: el orden liberal internacional debía prestar ahora más atención que en el pasado a la situación interna de los Estados. Una vez recuperado su valor multilateral, Norteamérica podría mirar hacia el futuro con confianza. Es cierto que estaban surgiendo otras potencias. Pero si se renegociaba, el sistema que tantos beneficios había generado en el pasado podría «ralentizar y amortiguar las consecuencias de un regreso de la multipolaridad». En el amplio orden de la hegemonía norteamericana, posiblemente el más eficaz de la historia mundial, resultaba «fácil integrarse» y era un sistema «difícil de derrocar»[15]. Si el indeciso Estado chino se adaptaba a las reglas de forma adecuada, el sistema sería irresistible. Para ello, hay que desarrollar una sensata estrategia regional en Asia Oriental. Pero el éxito es seguro: «La buena noticia es que EEUU es especialista en desarrollar una gran estrategia basada en un entorno determinado»[16].

A escala global, por supuesto, era inevitable que se produjeran ciertas tensiones entre las exigencias de la prolongación del liderazgo norteamericano y las normas de la comunidad democrática. El papel de potencia liberal no siempre coincide con el de gran potencia tradicional, y si se produce entre ambos un conflicto demasiado agudo el gran pacto en el que se basa la paz y la prosperidad del mundo se verá amenazado. Pues hay que reconocer que la hegemonía no es democrática de por sí[17]. ¿Pero quién se puede quejar con unos resultados tan beneficiosos? El oxímoron del título del libro no encierra ironía alguna. Para Hobbes, un Leviatán liberal –liberal en la acepción religiosa del término– habría sido motivo de lúgubre sarcasmo.

---

[15] J. Ikenberry, *Liberal Leviathan*, cit., p. xi; «Liberal Order Building», en Leffler y Legro (eds.), *To Lead the World*, cit., p. 103.

[16] J. Ikenberry, *Liberal Leviathan*, cit., pp. 343-344 y ss; «Liberal Order Building», p. 105.

[17] J. Ikenberry, *Liberal Leviathan*, cit., p. 299.

IV

Dentro de ese mismo espectro ideológico, podemos encontrar una propuesta alternativa en la obra de Charles Kupchan, quien aunque hace tiempo escribió una obra en colaboración con Ikenberry después se ha desmarcado en cierta medida de sus ideas. La trayectoria de Kupchan comenzó en el último año de mandato del primer Bush, cuando entró a trabajar en la Oficina de Planificación de Políticas del Departamento de Estado encabezado por Baker. Posteriormente fue ascendido, durante la presidencia de Clinton, a director de Asuntos Europeos del Consejo de Seguridad Nacional. En la actualidad, ocupa una cátedra en la School of Foreign Service and Government de Georgetown y forma parte del Consejo de Relaciones Extranjeras. Cuando el mandato del segundo Bush se acercaba a su fin, Kupchan expresó su preocupación por una eventual desaparición del internacionalismo liberal, el cual habría constituido, en el transcurso de la Guerra Fría, la gran tradición en la política norteamericana. Las grandes inversiones en presupuesto militar se combinaban con un firme compromiso con las instituciones internacionales para lograr un equilibrio entre la fuerza y las alianzas que contaba con el consenso de los dos partidos mayoritarios. Ahora, la polarización en la opinión pública y en el Congreso era cada vez más acentuada, el amplio consenso en relación con la política exterior norteamericana se había debilitado y el pacto en el que se basaba este consenso se había roto. Durante la presidencia del segundo Bush, se había producido un giro conservador en virtud del cual la fuerza había invalidado las alianzas y las repercusiones de esta actuación habían dañado gravemente los intereses de la nación en el extranjero. Se necesitaba una nueva gran estrategia para restablecer el equilibrio entre las dos tendencias, una estrategia que se adaptara a las nuevas circunstancias en las que se encontraba ahora el país[18].

---

[18] En Charles Kupchan y Peter Trubowitz, «The Illusion of Liberal Internationalism's Revival», *International Security* 35, 1 (verano de 2010), se criticaba la pasividad al respecto: se decía que era un error afirmar que el internacionalismo liberal se encontraba en un buen momento en Norteamérica. Se necesitaba un nuevo y vigoroso programa para devolverle la salud.

Una de las circunstancias más importantes era la previsible pérdida de la hegemonía global absoluta que Estados Unidos había detentado una vez terminada la Guerra Fría. En 2002, Kupchan ya había intentado asumir este fenómeno en *The End of the American Era*, argumentando que, si bien EEUU aún gozaba de una primacía unipolar, el poder estaba más repartido internacionalmente y el público norteamericano se había encerrado en sí mismo. Por otra parte, la excesiva especulación de Wall Street era preocupante[19]. De momento, la Unión Europea, un gran éxito hasta la fecha, era el único gran rival en potencia de EEUU. Pero los norteamericanos tenían que actuar con prudencia y afrontar por anticipado el desafío de un mundo más plural: tenían que crear un «directorio global» integrado por Rusia, China, Japón y quizá algunos Estados de otras regiones del mundo. Para ello habría que «esforzarse deliberadamente por aislar a la política exterior y sus raíces domésticas de la política de partidos», un ámbito en el que los intereses y la cultura de cada región eran divergentes, por desgracia. Para reactivar el internacionalismo liberal se necesitaba un «alto el fuego político consciente»[20].

Diez años después, en *No One's World* (2012), Kupchan ofrecía un diagnóstico aún más radical. No solo había otras grandes potencias que estaban recortando las distancias con EEUU en el plano económico, educativo y tecnológico, sino que además algunas de ellas –China, sobre todo– acabarían tomando la delantera

---

[19] Aunque era consciente de que la burbuja financiera se había desarrollado durante el mandato de Clinton, Kupchan no podía ocultar su entusiasmo: «La economía doméstica no podía estar en mejores manos. Rubin pasará a la historia como uno de los más distinguidos y talentosos individuos que han honrado el Departamento del Tesoro desde Alexander Hamilton». Ch. Kupchan, *The End of the American Era: US Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-First Century*, Nueva York, 2002, p. 25.

[20] Ch. Kupchan, *The End of the American Era*, cit., pp. 296, 244. La confianza de Kupchan en las credenciales políticas de su país para asumir el liderazgo global no tiene parangón. Dado que no es «un Estado imperial con afán depredador», explicaba a sus lectores (en 2002), «es indudable que en la mayoría de las regiones del mundo, incluido Oriente Medio, Estados Unidos es objeto de deseo, no de agravio», p. 228.

en su debido momento en distintos aspectos. En el futuro, el mundo sería un universo interdependiente y no habría un único guardián ni un centro de gravedad. Occidente no podría, como insinuaba Ikenberry, limitarse a integrar a otros países en el orden institucional que había creado después de la guerra. Más bien, afirmaba Kupchan, las nuevas potencias intentarían adaptar este orden a sus propios intereses y valores, y Occidente tendría que asociarse con ellos para colaborar en esta tarea. Y, por consiguiente, tendrían que renunciar a la exigencia de que todos estos países se convirtieran en democracias autorizadas para poder participar en la formulación de un nuevo sistema de reglas y conductas internacionales. La modernización había seguido caminos muy diferentes a lo largo del mundo y no se podía imponer una forma determinada en otros lugares.

En este universo emergente había tres tipos de autocracia destacados: la autocracia comunal, como la de China; la paternalista, como la de Rusia; y la tribal, como la de los países del Golfo. A esta mezcla había que añadir a los teócratas de Irán, a los dictadores de África, a los populistas de América Latina y a algunas «democracias especiales» (poco amigas de EEUU) como la India. Estados Unidos, eterno representante de la tolerancia, el pluralismo y la diversidad en casa, debía trasladar al extranjero ese mismo respeto multicultural por la diversidad de gobiernos, doctrinas y valores, y podía permitírselo. Pues, dado que «el capitalismo ha demostrado que posee un atractivo universal», no había demasiados motivos para preocuparse en ese sentido. No había que insistir tanto en la necesidad de reproducir las variedades occidentales de capitalismo. El criterio para admitir a un nuevo aliado del orden global venidero no tenía que ser la democracia liberal, sino «el gobierno responsable», legitimado conforme a criterios locales[21].

Entre tanto, la tarea consistía en recuperar la cohesión y la vitalidad de Occidente, amenazada por la renacionalización de la política en la Unión Europea y la polarización en Estados Uni-

---

[21] Ch. Kupchan, *No One's World: The West, the Rising Rest and the Coming Global Turn*, Nueva York, 2012, p. 189.

dos. En el ámbito doméstico, los norteamericanos se enfrentaban a la crisis económica y al aumento de las desigualdades, en un sistema político paralizado por los intereses particulares y la costosa financiación electoral. Con el fin de superar el estancamiento bipartidista y revitalizar la economía, los centristas deberían intentar exhibir un populismo progresista que –sin abandonar los principios occidentales– aceptara cierto grado de planificación, de tal manera que «los consejos estratégicos se combinaran con el dinamismo derivado de la competencia de los mercados». Para fortalecer la cohesión de la comunidad atlántica, no había que limitarse a utilizar la OTAN para operaciones exteriores, como la de los Balcanes y la de Afganistán, sino que había que transformarla en «el principal punto de reunión de Occidente para coordinar la alianza con las potencias emergentes», una empresa en la que Moscú, si se integraba en este organismo, podría con el tiempo desempeñar un papel estelar[22].

El nuevo panorama multipolar internacional y la necesidad de recuperar la solvencia en el ámbito nacional habían impuesto un discreto repliegue de los proyectos norteamericanos en el extranjero. Para gestionar bien los recursos, había que confiar más en los aliados regionales y había que cerrar algunas bases militares. A cambio, Europa debería incrementar su presupuesto militar. Kupchan terminaba esta argumentación con una advertencia general: «Estados Unidos aspira aún a un grado de hegemonía global para el cual no dispone de los recursos y de la voluntad política suficientes. Las élites norteamericanas se siguen aferrando a un mensaje nacional coherente con esta política –el de "la nación indispensable", "el siglo americano", "el momento de Estados Unidos"–. Estos y otros lemas similares todavía forman parte del debate político en torno a la estrategia estadounidense. Han desplazado a otro debate más fructífero en torno al orden global del futuro, mucho más heterogéneo»[23].

---

[22] Ch. Kupchan, *No One's World*, cit., pp. 171, 111; «NATO'S Final Frontier: Why Russia Should Join the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2010.

[23] Ch. Kupchan, *No One's World*, cit., pp. 204.

Aparentemente, a juzgar por estas afirmaciones, *No One's World* señala una ruptura con la insistencia axiomática en la primacía de Norteamérica como condición de la estabilidad y el progreso internacionales, uno de los principios del consenso en torno a la política exterior en Estados Unidos. La intención de Kupchan, sin embargo, no es abandonar el «internacionalismo liberal» que prestó un servicio tan fiel a la nación durante la Guerra Fría, sino modernizarlo. Es necesario recuperar el equilibrio entre las alianzas y la fuerza. Pero los presuntos aliados no son los mismos y no tiene sentido tener escrúpulos a la hora de contravenir de diversas maneras las normas de la comunidad atlántica, pues todos aliados avanzan de una u otra forma hacia la modernidad capitalista. Reformular las alianzas no implica, no obstante, renunciar al poder. En la necesaria tarea de la construcción de un nuevo consenso global, «EEUU debe asumir el liderazgo». El fin último de un «repliegue juicioso y selectivo» no es la reducción gradual de la influencia de Norteamérica, sino la «reconstrucción de los fundamentos del bipartidismo para crear un liderazgo constante y sostenible». En esa labor, «la superioridad militar estadounidense es un recurso nacional muy valioso» cuya reconfiguración no debe afectar «a la capacidad de Norteamérica para proyectar su poder sobre una base global»[24].

Al permitir que las autocracias responsables accedan a los consejos del mundo, Norteamérica no debe renunciar a su compromiso histórico con la democracia y los derechos humanos. La «responsabilidad de proteger» es totalmente coherente con esta actitud. Hay que enfrentarse a los Estados que actúan al margen de la ley, como Irán, Corea del Norte o Sudán, y erradicar las ti-

---

[24] Ch. Kupchan, *No One's World*, cit., pp. 7, 179, 203; «Grand Strategy: The Four Pillars of the Future», *Democracy – A Journal of Ideas* 23 (invierno de 2012), pp. 13-24, donde Kupchan señala que EEUU «debe evitar una contención excesiva», sobre todo en el Golfo Pérsico y en el Asia Oriental, donde «el repliegue debe venir acompañado de palabras y hechos que demuestren a los aliados que Norteamérica sigue conservando su poder»; si bien, en general, dado que «no existe una alternativa al uso de la fuerza para afrontar las amenazas inminentes», EEUU necesita «reequipar a su ejército y permanecer alerta ante cualquier posible misión».

ranías, lanzando ataques preventivos allí donde sea necesario –lo ideal sería que se tratara de operaciones multilaterales, como en el caso de la acción ejemplar de la OTAN en Libia, pero siempre humanitarias–. Los imperios, al igual que los individuos, tienen sus momentos de falsa modestia. El tipo de atrincheramiento que propone Kupchan es uno de ellos. El lema que se puede leer entre líneas es muy antiguo: *reculer pour mieux sauter*.

3. IDEALES REALISTAS

Aparentemente, la obra del más influyente pensador neoconservador, Robert Kagan, se opone diametralmente a la de Kupchan. Kagan, que formó parte primero de la Oficina de Planificación de Políticas y después de la sección de Asuntos Interamericanos, ambas dependientes del Departamento de Estado, estuvo involucrado en la campaña de la Contra que lanzó el gobierno de Reagan, un episodio que relataría más tarde en el riguroso libro *A Twilight Struggle: American Power and Nicaragua, 1977-1990*. Enérgico defensor de la estrategia de reformulación de la escena internacional que promovió el segundo Bush, fue asesor de política exterior en la campaña electoral de McCain. Pero, como la mayoría de estos personajes fluctuantes, no tardó en pasarse al bando contrario y, en 1992, prestó su apoyo a Clinton; más tarde, durante el primer mandato de Obama, trabajó como asesor de su esposa Hilary en el Departamento de Estado. Se hizo famoso con el libro que publicó en 2003, *Of Paradise and Power*, una obra que escribió aprovechando su estancia en Bruselas como acompañante de su mujer, representante adjunta de EEUU ante la OTAN[1]. En este libro, que apareció en pleno apogeo de las tensiones trasatlánticas en relación con la inminente invasión de Iraq, proponía una explicación de esta situación que acalló inmediatamente los lamentos de los liberales por las desavenencias en la comunidad atlántica.

---

[1] Victoria Nuland: más tarde sería jefe de Estado Mayor con Strobe Talbott en la administración Clinton; asesora adjunta de Política Exterior de Cheney y más tarde representante en Bruselas con la administración Bush; en la actualidad es secretaria adjunta de Asuntos Europeos del gobierno de Obama.

Europa y Norteamérica, según Kagan, no se encuentran alejadas, como se suele pensar, por culpa de un contraste subjetivo cultural o político (el «modelo social» del Viejo Mundo), sino en virtud de una diferencia en su situación objetiva que ha dado lugar a dos puntos de vista diferentes. El hecho de que la UE, represente la ley en el universo kantiano de la paciencia y la persuasión pacífica, y EEUU aboguen por la fuerza, en el mundo hobbesiano de la vigilancia y el poder, se debe a una diferencia de capacidad militar: unos son débiles y los otros fuertes. Siempre que esta situación se ha invertido, ha sucedido lo mismo con las posturas concomitantes: en el siglo XIX, los norteamericanos solían apelar a la ley internacional y a los valores del comercio pacífico, y denunciaban la política de la fuerza, tal y como lo hacen los europeos en la actualidad, mientras que estos practicaban –y predicaban– las bondades de la *Realpolitik* y el carácter inherentemente agonal del sistema interestatal cuyo último recurso era la violencia. En el siglo XX, con el cambio en la correlación de las fuerzas, se habían invertido las actitudes[2].

La inversión no era totalmente simétrica, pues por encima y por debajo de la «brecha de poder» objetiva de cada época se encontraba la particularidad histórica de los dos bandos. En 1945, traumatizada por las guerras intestinas que había provocado la política de fuerza en el Viejo Mundo, Europa aceptó cincuenta años de dependencia estratégica absoluta de Norteamérica en la batalla contra el comunismo. Después, una vez que se derrumbó la Unión Soviética, Europa se libró efectivamente de esas preocupaciones. Los europeos, sin embargo, no fueron capaces de convertirse en una potencia capaz de contrarrestar el poder de Estados Unidos, ni de recuperar el protagonismo de antaño en la escena internacional, pues la propia integración europea era un proceso tan complejo e inaudito que los europeos apenas tenían tiempo para prestar atención a lo que sucedía más allá de sus fronteras. Por otra parte, su capacidad de acción conjunta se vio mermada

---

[2] R. Kagan, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*, Nueva York, 2003, pp. 7-11 [ed. cast.: *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*, Madrid, Taurus, 2003].

por la ampliación de la UE. Al contrario de lo que habían soñado los entusiastas partidarios de la unión, la integración no era la condición de la proyección de poder global, sino su enemigo. El resultado había sido la reducción del presupuesto militar, sin visos de incrementarse, y un grado de cooperación estratégica muy escaso, incluso dentro de la propia UE.

La experiencia norteamericana había sido completamente distinta. En un principio, EEUU también había sido una república «protegida», pues no solo estaba defendida por dos océanos, sino por la potencia marítima británica. Pero incluso cuando aún era un Estado relativamente débil para los criterios de la época, siempre había mostrado una actitud expansionista –desde la liquidación de los indios hasta la anexión de México, pasando por la conquista de Hawái o la de Filipinas– y ningún estadista norteamericano había puesto en duda que en el futuro EEUU se acabaría convirtiendo en una gran potencia y que los valores norteamericanos eran superiores a los de los demás. Después, el país no había sido objeto de ninguna invasión u ocupación y las bajas que habían sufrido en las dos guerras mundiales habían sido bastante escasas. A partir de 1945 se había convertido en una potencia global en la Guerra Fría. Posteriormente, el final de la Guerra Fría no había dado lugar a un repliegue del poder estadounidense, sino que, por el contrario, había traído consigo una expansión aún mayor de la proyección de poder, primero bajo el mandato de Clinton y luego bajo el de Bush, y se había incrementado de manera espectacular después de los atentados del 11-S. Pues, del mismo modo que el ataque a Pearl Harbor había conducido a la ocupación de Japón y a la transformación de EEUU en una potencia en el Asia Oriental, el suceso de las Torres Gemelas iba a convertir al país en una potencia *in situ* del Asia Occidental[3]. La nueva era de la hegemonía norteamericana acababa de comenzar.

Bajo el manto protector de EEUU, Europa se había adentrado en un paraíso poshistórico y se había entregado al cultivo del arte de la paz, la prosperidad y la vida civilizada. ¿Quién podía culparles? Los norteamericanos, que permanecían en guardia contra las

---

[3] R. Kagan, *Of Paradise and Power*, cit., pp. 95-96.

amenazas del mundo hobbesiano situado más allá de las fronteras de este reducto kantiano, no podían entrar en ese Edén, aunque, orgullosos de su poder, tampoco tenían deseos de hacerlo. Habían contribuido a crear la Unión Europea y tenían que cuidarla, extremando las precauciones diplomáticas para no herir susceptibilidades, y los europeos, por su parte, tenían que aprender a valorar la nueva superioridad norteamericana y a adaptarse a su nueva magnitud, en un mundo en el que el triunfo del capitalismo había relegado la cohesión de Occidente a un segundo plano y el enemigo del fundamentalismo islámico no representaba una grave amenaza ideológica para el liberalismo. En Washington, el multilateralismo siempre había sido una política muy útil que se había practicado para defender los intereses de EEUU, no como un ideal con un valor intrínseco, pero ahora no era necesario, y si los norteamericanos tenían que actuar en solitario, no había razón alguna para que se sintieran atenazados por culpa de las inhibiciones europeas. Había que respetar los placeres de Venus; las obligaciones de Marte eran otro negociado.

En *Dangerous Nation* (2006), Kagan desarrolló el breve bosquejo de la historia de Norteamérica que había ofrecido en *Of Paradise and Power* y lo transformó en un extenso estudio en el que analizaba directamente la imagen que tenían los norteamericanos de su propia nación: una sociedad encerrada en sí misma que, a lo largo de la historia, solo se había aventurado en el mundo exterior de mala gana y esporádicamente. Se trataba de una imagen falsa pues, en realidad, los norteamericanos habían sido desde el principio una potencia agresiva y expansionista basada en la limpieza étnica, la especulación territorial y el esclavismo, flagrante heredera del despiadado patrimonio del colonialismo británico en el Nuevo Mundo. A través de una crónica pormenorizada, Kagan desmitificaba un episodio detrás de otro, desde la guerra de los Siete Años hasta la guerra contra España –una narración que, con la excepción del reducido papel que le atribuía a los ideales de una *Commonwealth* cristiana, William Appleman Williams habría suscrito tranquilamente– e insistía en la importancia fundamental que había tenido la Guerra Civil estadounidense como modelo para el uso norteamericano de la fuerza incontrolada con

el consentimiento divino –en palabras de Lincoln, «los juicios del Señor indudablemente son verdaderos y justos»–, y como ejemplo para futuras empresas de conquista ideológica y de desarrollo de la identidad nacional[4].

Dos años después, en *The Return of History and The End of Dreams*, reforzaría uno de los puntos débiles de la argumentación de *Of Paradise and Power*. Después del comunismo, el fundamentalismo islámico era la única alternativa ideológica al liberalismo, pero era demasiado arcaico para representar una grave amenaza y, por consiguiente, el enfrentamiento con él sería una atracción secundaria, sin parangón con la Guerra Fría. Pero, en ese caso, ¿dónde se encontraban los amenazadores peligros de los que Marte tenía que proteger a Venus? Según Kagan, el orden liberal internacional que ensalzaban Mandelbaum e Ikenberry no había acabado con los antiguos conflictos entre grandes potencias, como ellos imaginaban. En el nuevo siglo, con el ascenso de China y la recuperación de Rusia, enormes autocracias inherentemente contrarias a las democracias occidentales, con unos dirigentes que no eran meros cleptócratas instalados en la riqueza y en el poder para obtener beneficios personales, sino gobernantes que querían traer el orden y la prosperidad a sus naciones y recuperar su influencia y su prestigio global, y que por tanto servían a una causa más elevada, los antiguos conflictos saldrían a flote de nuevo. Perfectamente conscientes de que a los Estados democráticos estaban deseosos de acabar con ellos, era poco probable que suavizaran su postura y se sometieran a Occidente, como se esperaba tan a menudo, a través de lazos comerciales y de la interdependencia económica. Históricamente, la economía casi nunca se había impuesto al poder visceral del orgullo nacional y la competencia política[5]. Era un error pensar que la ecúmene pacífica, consensuada, estaba a la vuelta de la esquina. El tiempo de los sueños se había termi-

---

[4] R. Kagan, *Dangerous Nation: America and the World 1600-1900*, Londres, 2006, pp. 269-270.

[5] R. Kagan, *The Return of History and the End of Dreams*, Nueva York, 2008, pp. 78-80 [ed. cast.: *El retorno de la historia y el fin de los sueños*, Madrid, Taurus, 2008]. Esta representación de las grandes autocracias es el punto en el que más tarde Kupchan discreparía con Kagan.

nado. Las grandes potencias compartían pocos valores; las autocracias eran enemigos. Se necesitaba una Liga de Democracias para imponerse a ellos.

En *The World America Made* (2012) Kagan tranquilizaba a sus lectores. Puede que China y Rusia representen una gran amenaza, pero Estados Unidos es perfectamente capaz de acabar con ellos. Al igual que el Imperio romano en la Antigüedad y que la China imperial durante milenios, el orden norteamericano del siglo XX había establecido normas de conducta, modelado ideas y creencias, y había determinado la legitimidad de los gobiernos a su alrededor. La paz y la democracia se habían propagado bajo su protección. Pero no eran el fruto de la cultura, de la sabiduría ni de los ideales norteamericanos. La paz y la democracia eran el resultado de la atracción que ejerce el poder norteamericano y sin él nunca se habrían impuesto. Este poder, a pesar de los numerosos excesos y los fracasos que han cometido los norteamericanos, emulando a sus predecesores, sigue contando excepcionalmente con el respaldo y la complicidad de los demás. Se trata de un modelo único en la historia de la humanidad que ninguna coalición ha intentado desestabilizar.

Y esto no ha sucedido porque los norteamericanos hayan recurrido al poder con moderación, ni porque lo hayan ejercido respetando las leyes internacionales o después de consultar a sus aliados. Tampoco ha sido por las ventajas que otorga el sistema liberal estadounidense. Un factor decisivo es que Estados Unidos es la única potencia que no linda con otras potencias, como sucede en Europa, en Rusia, en China, en India y en Japón, Estados que tienen más razones para temer a sus vecinos inmediatos que a la lejana Norteamérica. En esta escena, no puede haber una «paz democrática» porque Rusia y China no son democracias, y la experiencia de la paz sigue siendo demasiado breve –desde 1945, solo veinte años más duradera que la del periodo que se extendió entre 1870 y 1914– como para confiar en que las armas nucleares se mantendrán guardadas de forma indefinida. La única garantía de paz fiable es la hegemonía de EEUU. En el caso de que desapareciera, el mundo estaría en peligro. Pero, afortunadamente, Norteamérica no se encuentra en decadencia.

Goza de una posición histórica similar a la que detentó Gran Bretaña hasta 1870. Es cierto que existen algunos problemas económicos en el ámbito doméstico que hay que solucionar. No es un país omnipotente. Pero no se encuentra en una situación militar o económica comprometida y el presupuesto militar sigue representando un modesto porcentaje del Producto Nacional Bruto. Lo importante es que su hegemonía sigue siendo incuestionable, y lo será en el futuro, siempre que los norteamericanos atiendan al llamamiento de Theodore Roosevelt: «Hemos de basar un internacionalismo sensato y práctico en un nacionalismo sólido e intenso»[6].

La autoridad que se le concede al primer Roosevelt revela la distancia que existe entre el pensamiento de Kagan y el legado de Wilson, sobre todo en *Of Paradise and Power* y en *Dangerous Nation*. Pero el propio adagio expresa el carácter invariable que subyace a la ideología de la política exterior norteamericana desde la Segunda Guerra Mundial, una doctrina que cuenta con un equivalente en la China imperial: *ru biao*, *fa li* –confuciano en apariencia, legalista en la esencia–[7]. El internacionalismo liberal es el lenguaje obligatorio del poder imperial norteamericano. El realismo, ante el riesgo de una correspondencia más estrecha con su práctica, sigue siendo facultativo y subordinado. El internacionalismo puede declararse abiertamente y alcanzar con regularidad una expresión casi pura. El realismo debe rendir tributo al internacionalismo y ofrecer una articulación de ambos. Lo mismo sucede con el propio Kagan. En 2007, unió sus fuerzas con Ivo Daalder –el eterno relevo de los demócratas, responsable de Asuntos Bosnios en el Consejo de Seguridad Nacional de Clinton y, después, representante ante la OTAN con Obama– para proponer la creación de una Liga de Democracias prácticamente idéntica al Concierto de Democracias que habían planteado un año antes Ikenberry y Slaughter con el fin de consolidar el apoyo a las

---

[6] R. Kagan, *The World America Made*, Nueva York, 2012, p. 98.

[7] Literalmente, «confuciano por fuera, legalista por dentro». El legalismo, en la China antigua, representa el gobierno de la fuerza, el confucianismo, la santurronería de la benevolencia.

intervenciones humanitarias[8]. Esta idea, que Kagan confirmaría en *The Return of History* y que McCain incorporaría a su programa electoral en 2008, con Kagan a su lado, era rematadamente wilsoniana y alarmó incluso a numerosos liberales *bona fide*. Pero no tardó en descartarse, aduciendo que podía molestar a los aliados de Estados Unidos en Europa y provocar a los adversarios rusos y chinos, a quienes era mejor engatusar con mucho tacto para que se incorporaran al bando de las naciones libres que estigmatizarlos *ab initio* negándoles la entrada. *The World America Made* corrió mejor suerte. Las ideas que proponía cautivaron a Obama, que confesó su entusiasmo por el libro en vísperas de su Discurso sobre el Estado de la Unión de 2012, en el que proclamó que «Norteamérica había vuelto»[9]. Kagan le devolvería el cumplido y no solo atribuiría a Obama el mérito de haber aplicado «una política muy inteligente en Asia» –con la creación de una nueva base militar en Australia, «un poderoso símbolo de la perdurable presencia estratégica de Norteamérica en la región»–, sino también el de haberse mostrado partidario de la democracia «no solo en Oriente Medio, sino también en Rusia y Asia». Aunque esta impecable trayectoria quedó emborronada por la incapacidad de lograr un acuerdo para que el gobierno de Bagdad permitiera que

---

[8] La primera versión de esta idea fue la «Comunidad de Democracias» que planteó Albright en 2000: entre los invitados, se encontraban el Egipto de Mubarak, el Azerbaiyán de Aliyev y el Bahréin de la dinastía Al Jalifa. El principal manifiesto en favor de una Liga de Democracias fue idea de Ivo Daadler y James Lindsay, «Democracies of the World, Unite», *The American Interest*, enero-febrero de 2007 (entre los veteranos hombres de Estado incluidos en la Junta de Asesores de esta Liga se encontrarían Fischer, Menem, Koizumi y Singh), seguido de I. Daalder y R. Kagan, «The Next Intervention», *Washington Post*, 6 de agosto de 2007, y R. Kagan, «The Case for League of Democracies», *Financial Times*, 13 de mayo de 2008.

[9] Según se explicaba en *Foreign Policy*, en una reunión extraoficial con algunas personalidades del periodismo, «Obama remachó su razonamiento citando un artículo que había escrito Kagan en *New Republic*, titulado "The Myth of American Decline". Le había gustado tanto el artículo de Kagan que estuvo más de diez minutos hablando de él en la reunión, repasando sus tesis párrafo por párrafo, según confirmó el portavoz del Consejo de Seguridad Nacional Tommy Vietor». El artículo era un extracto de *The World America Made* que se publicó antes de que apareciera el libro.

las tropas estadounidenses se quedaran en Iraq, la intervención en Libia lo compensó con creces. Los elogios de Kagan hablan por sí solos: «Obama se ha situado en la gran tradición de los presidentes norteamericanos que han sabido entender que Norteamérica tiene que desempeñar un papel especial en el mundo. Rechaza a conciencia el denominado enfoque realista, ensalza el excepcionalismo norteamericano, habla de los valores universales e insiste en que Estados Unidos solo debe utilizar la fuerza, cuando sea pertinente, para defender esos valores»[10].

II

El realismo se presenta en una amalgama más insólita, sin este tipo de rectificaciones, en la obra de un pensador cuyos méritos en la Guerra Fría son aún mayores que los de Kagan. Zbigniew Brzezinski, responsable, en calidad de Consejero de Seguridad Nacional de Carter, de la operación norteamericana que suministró armas y dinero a la rebelión islamista que luchó contra el comunismo afgano y que después entabló una guerra para expulsar al Ejército Rojo del país, es el más distinguido exresponsable político de la galería de los estrategas estadounidenses contemporáneos. Descendiente de la *szlachta* polaca, se le puede comparar equivocadamente con Kissinger, en virtud sus orígenes europeos[11]. Pero su formación y sus puntos de vista son muy diferentes. Mientras que Kissinger se jactaba de ser el heredero de la tradición de los estadistas partidarios del equilibrio de poder del Viejo Mundo, Brzezinski procede de un linaje posterior, y bastante diferente, de geopolítica. Se trata de una filiación radicalmente alejada de las beaterías wilsonianas a las que Kissinger siempre ha rendido un tributo simbólico. Pero en este caso, el realismo más contundente hacia el cual se inclina, liberado de los formalismos de la democracia y del mercado, se combina con una *Kulturkritik* de cuño

[10] *Weekly Standard*, 28 de marzo de 2011.

[11] Brzezinski no llegó a Norteamérica en calidad de refugiado en 1938, sino acompañando a su padre, el Cónsul General de Polonia en Canadá.

clásico y amenazador cuyo origen se remonta a la retórica del malestar asociada con la presidencia de Carter. Brzezinski, que solo se mantuvo en su cargo político hasta que Reagan llegó a la presidencia en 1980, ha permanecido vinculado al poder mucho menos tiempo que Kissinger y, por tanto, su motivación para dejar su impronta en las administraciones posteriores ha sido mayor, con una sucesión de cinco libros que se han ido publicando oportunamente de acuerdo con el calendario electoral: *Out of Control* (1993), que apareció cuando Clinton llegó a la presidencia; *The Grand Chessboard* (1997), que coincidió con el comienzo de su segundo mandato; *The Choice* (2004), que se publicó cuando Kerry se enfrentó a Bush para llegar a la Casa Blanca; *Second Chance* (2007), cuando se vislumbraba la perspectiva de una recuperación de los demócratas; y *Strategic Vision* (2012), cuando Obama se aproximaba a su segundo mandato[12].

Brzezinski expuso su visión general en la primera de estas obras, dedicada a Carter. El triunfo en la Guerra Fría, lejos de dar paso a un nuevo orden internacional de tranquilidad, seguridad y prosperidad común, había obligado a Estados Unidos a enfrentarse a una era de confusión global provocada en buena medida por los propios norteamericanos. Pues, aunque la Unión Soviética había desaparecido, no había motivos para la satisfacción en el ámbito doméstico. La sociedad norteamericana tenía que cargar con el lastre de unos niveles de endeudamiento elevados, déficit comercial, escasez de ahorro y de inversión, ralentización del crecimiento de la productividad, una atención sanitaria precaria y una educación secundaria deficiente, unas infraestructuras dete-

---

[12] Como se deduce de esa planficación editorial, los lazos de Brzezinski con el Partido Demócrata han sido más estrechos que los de Kissinger con el Republicano, aunque no se trata de una relación de exclusividad. Véase su amistoso diálogo con Brent Scowcroft, asesor de seguridad nacional del primer Bush, en *America and the World: Conversations on the Future of American Foreign Policy*, Nueva York, 2008. Sus comentarios sobre Obama suelen ser elogiosos –«posee un verdadero sentido de dirección estratégica y entiende a la perfección la realidad del mundo actual»– aunque le critica su falta de intrepidez: «From Hope to Audacity: Appraising Obama's Foreign Policy», *Foreign Affairs* 89, 1 (enero-febrero de 2010).

rioradas, ricos codiciosos y pobres sin hogar, racismo y delincuencia, y una crisis política –una serie de males que Brzezinski ya enumeraba antes de que se convirtieran en la lista estándar de libros como el de Friedman y Mandelbaum–. El país estaba, además, profundamente corrompido por la cultura de los excesos hedonistas y por el individualismo amoral. Una «permisiva cornucopia» había dado pie al consumo masivo de drogas, al libertinaje sexual, a la degeneración de los medios de comunicación visuales, a la decadencia del orgullo cívico y al vacío espiritual. Sin embargo, al mismo tiempo, en virtud del atractivo de la riqueza material y de la seducción de la cultura popular, EEUU constituía una fuerza desestabilizadora en las regiones menos avanzadas del mundo: trastocaban los modos de vida tradicionales y ofrecía a poblaciones poco instruidas la tentación de ceder al mismo «aumento vertiginoso de la dinámica del deseo» que estaba llevando a Norteamérica a la perdición.

Estos efectos podían ser aún más incendiarios si se tenía en cuenta que, en la mayor parte del planeta –en las regiones pobres y subdesarrolladas–, no escaseaban las razones para la agitación, pues el aumento vertiginoso de la población juvenil derivado de la explosión demográfica se había combinado con el desarrollo de la alfabetización y de los sistemas de comunicación electrónica, que estaban a punto de detonar un «despertar político global». Mientras este fenómeno se ponía en marcha, las masas reactivadas mostraban cierta inclinación por las fantasías primitivas, escapistas y maniqueas, con un fuerte componente racial y a menudo antioccidental, insensibles a las necesidades del pluralismo y el compromiso. La exportación de la falta de autocontrol norteamericana solo serviría para avivar el fuego. En el plano político, Estados Unidos era el guardián del orden mundial; en el cultural, era una fuerza que sembraba el caos. Se trataba de una contradicción extremadamente peligrosa. Para resolverla, Norteamérica tendría que poner en orden su propia casa. «A menos que se realice un esfuerzo deliberado para devolver su valor a ciertos criterios morales que favorezcan el ejercicio del autocontrol en detrimento de la satisfacción como fin en sí misma, la etapa de la hegemonía norteamericana no durará mu-

cho», advertía Brzezinski: las probabilidades de que «una potencia global que no se guía por un código de valores global siga ejerciendo su hegemonía durante mucho tiempo» eran muy escasas[13]. En última instancia, un renacido respeto por la naturaleza debía reflejarse en todo ello, aunque las sociedades ricas y las pobres no compartieran las mismas prioridades ecológicas. En el ámbito nacional, los problemas sociales y económicos, por graves que fueran, eran más fáciles de abordar que las cuestiones metafísicas de los fines y sentidos. Lo que necesitaba Norteamérica ante todo –Brzezinski renegaba de cualquier reforma basada en recetas concretas– era la revalorización cultural y la introspección filosófica, y esto no se podía alcanzar de la noche a la mañana.

Hasta que se lograra esa meta, los asuntos del mundo no podían esperar. Puede que la hegemonía norteamericana se encontrara en peligro de desintegración, pero la única alternativa a este modelo era la anarquía global: guerras regionales, hostilidades económicas, revueltas sociales, conflictos étnicos. Con todos sus defectos, Estados Unidos seguía gozando de una superioridad absoluta en las cuatro dimensiones clave del poder: la militar, la económica, la tecnológica y la cultural; y era una superpotencia benévola, cuya primacía, aunque en ciertos aspectos recordaba a la de los anteriores imperios, se basaba en mayor medida en las alianzas de élites dependientes que en el sometimiento incondicional. Huntington tenía razón cuando afirmaba que la primacía norteamericana era fundamental para el futuro de la libertad, la seguridad, la apertura de los mercados y las relaciones pacíficas internacionales. Para preservar todo esto, EEUU necesitaba «una estrategia geopolítica integral, exhaustiva y a largo plazo» para la gran masa continental del planeta, pues de su destino dependía el diseño del poder global: «Para Estados Unidos, el principal trofeo geopolítico es Eurasia»[14].

---

[13] Z. Brzezinski, *Out of Control*, Nueva York, 1993, p. xii.

[14] Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard*, Nueva York, 1997, p. 29 [ed. cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998].

Desde *The Grand Chessboard* (1997) en adelante, este sería el objeto de estudio de la obra de Brzezinski, proponiendo una serie de prescripciones mucho más detallada que otros autores especializados en esta misma área. Desde el final de la Guerra Fría, comenzaba explicando, una potencia no euroasiática ocupaba por primera vez en la historia un lugar preeminente en esta región. La primacía global de Norteamérica había dependido de su capacidad para sostener dicho predominio. ¿Cómo lo había hecho? En la lucha contra el comunismo, EEUU se había atrincherado en la periferia occidental y oriental de este megacontinente, en Europa y en Japón, y a lo largo de la frontera meridional, en el Golfo Pérsico. Ahora, sin embargo, la Unión Soviética había desaparecido y la Rusia que la había sucedido se había convertido en un inmenso agujero negro que recorría la parte central de Eurasia y que tenía una importancia estratégica vital para EEUU. Era ilusorio imaginar que la democracia y la economía de mercado podían arraigar rápidamente, y menos aún de manera simultánea, en este vacío geopolítico. No existía una tradición democrática y había sido una locura utilizar una terapia de choque para introducir la economía de mercado.

Las élites rusas estaban resentidas debido a la reducción territorial histórica que había experimentado su país y podían vengarse; se daban todos los requisitos para un fascismo ruso. El golpe más duro que habían recibido había sido el de la independencia de Ucrania y no acababan de resignarse. Para frenar cualquier tentación de revanchismo en Moscú, EEUU tenía que levantar una barrera en el sur que abarcara a Ucrania, Azerbaiyán y Uzbekistán y, sobre todo, ampliar la OTAN hacia el Este. Para Brzezinski, la expansión de la Alianza Atlántica hasta las fronteras de Rusia había sido la prioridad individual más importante de la era posterior a la Guerra Fría. Impulsada por su antigua discípula Albright desde el Departamento de Estado –uno de los hijos de Brzezinski también estaba involucrado activamente en el Consejo de Seguridad Nacional–, esta medida había sido un logro inmenso, pues, al utilizar a Europa como una plataforma de lanzamiento que permitiera la expansión progresiva de la democracia en Eurasia, la llegada de la OTAN a sus fronteras podía servir llegado el mo-

mento para convencer a Rusia de que, para estar a buenas con la UE, tenía que mirar hacia el futuro y renunciar a la nostalgia de un pasado imperial e incluso, ¿por qué no?, dividirse en tres Estados más modestos, uno al oeste de los Urales, otro en Siberia y un tercero en el Lejano Oriente, o crear una confederación flexible integrada por los tres.

La UE, por su parte, que participaba de la misma tradición civilizadora que EEUU, era sin duda un modelo a seguir, una forma más amplia de organización posnacional: «Pero, ante todo, Europa es la cabeza de puente geopolítica esencial de Norteamérica en Eurasia». Por desgracia, no atravesaba su mejor momento, aquejada de una pérdida generalizada de energía interna y de impulso creativo, con algunos síntomas de falta de realismo y de templanza en los Balcanes. Alemania podía ser útil para llevar a cabo la ampliación de la OTAN y Francia podía servir de contrapeso junto a Polonia. Gran Bretaña era irrelevante. Pero en lo que respecta al estatus de Europa en general, Brzezinski no tenía pelos en la lengua: «La cruda realidad es que la Europa Occidental, y la Central cada vez más, sigue siendo en buena medida un protectorado norteamericano, con unos Estados aliados que recuerdan a los antiguos vasallos y tribunos»[15]. No era una situación saludable. Tampoco era deseable, sin embargo, que Europa se convirtiera en una gran potencia capaz de competir con Estados Unidos en regiones tan importantes como Oriente Medio o América Latina. Una rivalidad de esas características tendría consecuencias destructivas para ambos bandos. Cada uno tenía sus propias tradiciones diplomáticas. Pero, «una Europa en esencia multilateral y una Norteamérica en cierta medida unilateral eran la pareja perfecta para un matrimonio de conveniencia. Si actúa por su cuenta, Norteamérica puede ser preponderante pero no omnipotente; Europa puede ser rica pero impotente. Si juntan sus fuerzas, Norteamérica y Europa serán, de hecho, globalmente omnipotentes»[16].

---

[15] Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard*, cit., p. 58.

[16] Z. Brzezinski, *The Choice*, Nueva York, 2004 [ed. cast.: *El dilema: ¿dominación global o liderazgo global?*, Barcelona, Paidós, 2005].

Pero esta perspectiva no parecía demasiado probable. En el extremo opuesto de Eurasia, Brzezinski se mostraba más prudente. Allí, a falta de un sistema de seguridad colectiva, Japón no podía desempeñar el papel de Alemania en Europa. Seguía siendo, no obstante, un bastión norteamericano y se le podía animar a que se transformara en un Canadá asiático: un país rico, inofensivo, respetado y filántropo. Pero ¿qué pasaba con China? Orgulloso de su actuación bajo la presidencia de Carter y de las relaciones diplomáticas que había entablado con Pekín como contrapeso a la influencia de Moscú, Brzezinski –al igual que Kissinger y por las mismas razones– siempre se ha mostrado contrario a aquellas políticas que se puedan interpretar como la creación de una coalición contra China, una nación que inevitablemente se acabará convirtiendo en la gran potencia regional –aunque no aún en una potencia global–. Estaba claro que la mejor opción era «convencer a una China democrática y partidaria del libre mercado para que se integrara en un marco regional de cooperación mayor». Aunque no se lograra este ideal, «China tiene que convertirse en el punto de apoyo de Estados Unidos en el Lejano Oriente en el ámbito, más tradicional, de la política de fuerza», y actuar como «un activo geoestratégico vital –en este sentido, igual de importante que Europa y más que Japón– que garantizará la estabilidad en Eurasia»[17]. Sin embargo, quedaba pendiente una cuestión bastante espinosa: «Hablando en plata, ¿en qué medida y hasta dónde puede permitir Norteamérica que se extienda la esfera de influencia china en el marco de una política que conduzca a la exitosa integración de esta nación en los asuntos del mundo? ¿Qué regiones que en la actualidad se encuentran fuera de su radio de acción política hay que ceder a China para que resurja el Imperio Celestial?»[18]. Para solucionar esa delicada cuestión, se necesitaba alcanzar un consenso entre Washington y Pekín, pero no era una cuestión acuciante. De momento, lo importante era invitar a China a unirse al G-7.

Con el flanco occidental y oriental de Eurasia asegurados, todavía quedaba el flanco meridional. Allí, unos treinta Estados me-

---

[17] Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard*, cit., pp. 54, 193, 207.
[18] *Ibid.*, p. 54.

nores formaban un «rectángulo de violencia» que se extendía desde Suez hasta Sinkiang, en lo que se podía definir perfectamente como unos Balcanes globales: una región plagada de odios étnicos y religiosos, de gobiernos débiles, con un amenazante incremento de la población joven –por no hablar de los peligros de la proliferación nuclear–, pero rica en petróleo, gas y oro. EEUU se encontraba demasiado alejado del Asia Central para dominarla, pero podía poner freno a los intentos rusos por recuperar su influencia en esta zona. En Oriente Medio, sin embargo, Norteamérica gozaba desde la guerra del Golfo de una primacía exclusiva. Pero era una hegemonía precaria, advertía Brzezinski, que carecía de raíces políticas o culturales en la región y que dependía demasiado de la obediencia de las corruptas élites locales. La Guerra contra el Terror que se había puesto en marcha después de los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono había sido una reacción desproporcionada, pues se había confundido una táctica –muy antigua entre los débiles– con un enemigo, en lugar de analizar los problemas políticos en el mundo árabe que se ocultaban detrás de este suceso, una situación que EEUU había contribuido a crear. Tampoco servía de nada intentar imponer la democracia en la región. En Oriente Medio se necesitaba paciencia, y el mejor camino a seguir no era la democratización artificial, sino la modernización social progresiva. EEUU y la UE debían decidir los términos de un acuerdo de paz entre palestinos e israelíes, un pacto en torno al cual existía un consenso internacional: volver a las fronteras de 1967 con intercambios de territorio acordados mutuamente, regreso puramente simbólico de los refugiados y desmilitarización de la resultante Palestina.

En las obras posteriores de Brzezinski muchos de estos temas se radicalizaron. En *Second Chance* (2007) ofrecía una mordaz visión retrospectiva de la política exterior del primer Bush, de la de Clinton y de la del segundo Bush. El primero, aunque había gestionado el final de la Guerra Fría de manera bastante diestra (a pesar de que había sido incapaz de darse cuenta de la importancia que tenía apoyar la independencia de Ucrania y dividir a la Unión Soviética), se equivocó con la guerra del Golfo. El resultado insatisfactorio de este conflicto se podría haber evitado imponiendo el

exilio forzoso de Saddam y manteniendo en su lugar al ejército iraquí. Además, Bush había desperdiciado la única oportunidad que se le había presentado a la Casa Blanca de imponer un acuerdo de paz a Israel y a Palestina después del conflicto. Su cháchara sobre el nuevo orden mundial no tenía verdadera sustancia, pues este no era más que un retorno al «antiguo orden imperial». A Clinton había que atribuirle un gran mérito: el de la ampliación de la OTAN; y otro logro considerable, el de la creación de la OMC; y al menos había sido capaz de recuperar el equilibrio fiscal en el ámbito nacional. Pero tampoco había conseguido obtener un acuerdo de paz en Oriente Medio, pues había tardado demasiado en reunir a israelíes y a palestinos en Camp David, y después había concedido demasiados favores a los últimos. Su fe en el insípido mantra de la globalización había generado un complaciente determinismo económico que había dado pie a una conducta despreocupada y oportunista en los asuntos exteriores.

Pero las doctrinas neoconservadoras posteriores habían sido aún peores y, de no ser por los atentados del 11-S, habrían perdurado como un fenómeno puramente marginal. Bajo el segundo Bush, estas doctrinas habían conducido a una guerra en Iraq cuyos costes habían superado con creces a los beneficios obtenidos, pues no solo se habían desviado recursos necesarios para la guerra en Afganistán, sino que habían provocado una lamentable pérdida de prestigio internacional. Esta funesta consecuencia se agravó con el fracaso de la Ronda de Doha y con el infausto pacto nuclear que se firmó con la India y que estuvo a punto de provocar la ira de los chinos[19]. En casi todo el mundo, las tendencias geopo-

---

[19] Brzezinski criticaría más adelante la venta de armamento avanzado de Obama a la India y, por los mismos motivos, advertiría de los peligros que implicaba estrechar las relaciones con Nueva Delhi. Uno de los partidarios más prominentes de reforzar este vínculo ha sido Fareed Zakaria, que afirma entusiasmado que es prácticamente inevitable que EEUU entable con la India una relación que vaya más allá de lo meramente estratégico. A su modo de ver, los indios son quizá la nación más partidaria de Norteamérica de la Tierra, pero, además, son pueblos muy parecidos: «Los indios entienden a Norteamérica. Son una sociedad ruidosa, abierta con un sistema democrático caótico, como el suyo. El capitalismo indio es muy similar al "todos contra todos" de Norteamérica» y, a la inversa, «los norteamericanos entienden

líticas fundamentales le habían dado la espalda a Estados Unidos. «Quince años después de su coronación como líder mundial, Norteamérica se está convirtiendo en una democracia temerosa y solitaria en un mundo antagónico desde el punto de vista político»[20]. La situación nacional tampoco era mucho mejor. De las catorce enfermedades del país que había enumerado en 1993 y que eran susceptibles de ser medidas y cuantificables, nueve se habían agravado. EEUU necesitaba urgentemente una revolución cultural y un cambio de régimen.

Cinco años después, en *Strategic Vision*, insistía Brzezinski en que la decadencia norteamericana tendría consecuencias desastrosas para el mundo, que necesitaba más que nunca un liderazgo norteamericano responsable. Aunque todavía tenía que esquivar la obsolescencia en casa y parecía haber perdido contacto con el extranjero, EEUU, aparte de sus defectos, conservaba todavía muchas virtudes. Y tenía que apoyarse en ellas para diseñar una gran estrategia para Eurasia adaptada a la situación actual, basada en dos objetivos. Por una parte, había que ampliar el mundo occidental con la plena incorporación de Turquía y de Rusia, extendiendo sus fronteras hasta Van y Vladivostok de manera que llegara casi hasta Japón. La juventud europea podía repoblar y dinamizar Siberia. En el Asia Oriental, era imprescindible lograr el equilibrio entre las diferentes potencias de la región. Sin interferir en este objetivo prioritario, se podía invitar a China a formar parte de un G2 con EEUU. Pero los chinos no debían olvidar que si cedían a las tentaciones nacionalistas se encontrarían automáticamente aislados, pues «a diferencia de Norteamérica,

---

a la India», pues han tenido «una experiencia muy positiva con los indios en Norteamérica». Los lazos que unen a ambos países, predice Zakaria, son como los que unen a EEUU con Gran Bretaña o Israel: «Amplios y profundos, por encima de los responsables gubernamentales y de las negociaciones diplomáticas». *The Post-American World*. Véase Sean Clark y Sabrina Hoque (eds.), *Debating a Post-American World: What Lies Ahead?*, Nueva York, 2012, p. 42.

[20] Z. Brzezinski, *Second Chance*, Nueva York, 2007, p. 181 [ed. cast.: *Tres presidentes: la segunda oportunidad para la gran superpotencia americana*, Barcelona, Paidós, 2008].

que goza de una posición geográfica privilegiada, China es vulnerable a un posible asedio estratégico. Japón impide el acceso de China al Océano Pacífico, Rusia la separa de Europa y la India se eleva sobre un océano que lleva su nombre y que es el principal acceso de China a Oriente Medio». El mapa incluido en el libro compensaba la discreta omisión de EEUU en este anillo de potencias[21].

En el plano geopolítico, por tanto, «Norteamérica debe ejercer un doble papel. Debe actuar como *promotor* y *garante* de una unidad más férrea y amplia en Occidente, y como *equilibrador* y *conciliador* de las principales potencias de Oriente»[22]. Pero nunca debe olvidar que, como observó en cierta ocasión Raymond Aron, «la fuerza de una gran potencia disminuye si deja de servir a una idea». El propósito último de la hegemonía norteamericana, que no durará para siempre, era la creación de una estructura estable destinada a contener el desorden potencial, basada en una comunidad de valores compartidos, que sea capaz de superar «la crisis global del espíritu». La democracia, un sistema cuya demanda se había sobrevalorado incluso en el momento de la caída del comunismo, un fenómeno en el que se encontraban implícitos muchos otros anhelos, no era la respuesta indicada[23]. Había que recurrir a otro ideal: «Norteamérica solo podrá evitar el riesgo de que el despertar político global se vuelva contra ella si logra identificarse con la idea de la dignidad humana universal y con el inseparable requisito del respeto de otras culturas políticas, sociales y religiosas»[24].

En su peculiar registro, la interpretación general de Brzezinski –en parte geopolítica, en parte metacultural– no escapa al dualismo de la ideología norteamericana en política exterior que se im-

---

[21] Z. Brzezinski, *Strategic Vision*, Nueva York, 2012, pp. 85-86.

[22] *Ibid.*, p. 85.

[23] Z. Brzezinski, *Out of Control*, cit., pp. 54-60. De hecho, desde la caída del comunismo, la democracia se había convertido en una ideología sospechosamente uniforme, pues «la mayoría de los gobiernos y de los actores políticos hablan de boquilla de las mismas verdades y utilizan los mismos clichés».

[24] Z. Brzezinski, *Second Chance*, cit., p. 204.

puso a partir de 1945, sino que lo reproduce[25]. Según su propia formulación, «el internacionalismo idealista es el dictado racional del realismo radical». Pero en esta versión moderna de la combinación, ambos componentes tienen una inflexión marcadamente europea: la de la *Realpolitik* basada en los cálculos geográficos que procede de Mackinder, y la de la *Kulturkritik* de las costumbres contemporáneas cuyo origen se remonta a Arnold o a Nietzsche. En cuanto tradición, la *Kulturkritik* siempre se ha inclinado por un pesimismo en total contradicción con el optimismo del credo norteamericano, según la formulación clásica de Myrdal. En el caso de Brzezinski, la desaparición de ese matiz nacional en sus últimas obras se debe sin duda a los avatares de su carrera, y su fría visión de la euforia posterior a la Guerra Fría hay que achacarla en parte a que el mérito de la caída del comunismo se suele atribuir a Reagan, en lugar de concedérselo a Carter o a los presidentes anteriores. Por último, su valoración negativa de los presidentes posteriores se debe a su incapacidad para volver a ocupar cargos de responsabilidad: su mordacidad es a la vez causa y efecto de la falta de ascensos. En la medida en que es capaz de expresar la cruda verdad en el examen de su país de adopción y de sus aliados –unos EEUU con su «élite hegemónica» de «burócratas imperiales», y una Europa de «protectorados» y «vasallos» que dependen de ellos– Brzezinski se desmarca del resto de los autores especializados en este campo. El afán de conciliación no es uno de sus defectos.

Al alejarse de la norma estadounidense, la sustancia y el estilo de su obra llevan la impronta de sus orígenes europeos, que se revelan, sobre todo, en su incansable rusofobia, que Brzezinski ha mantenido incluso después de la caída del comunismo y de la desaparición del enemigo soviético, un sentimiento que es el resultado de siglos de historia polaca. Las estrategias euroasiáticas que ha desarrollado en las dos últimas décadas giran en torno al espectro de una posible recuperación de la potencia rusa. Por el contra-

[25] Para la «metacultura» y la *Kulturkritik* como una subespecie de ella, véase Francis Mulhern, *Culture/Metaculture*, Londres, 2000, y «Beyond Metaculture», *New Left Review* II/16 (julio-agosto de 2002).

rio, debido en parte a su involucración personal en el pasado pero también a una obsesión anacrónica con la coyuntura que dio pie a sus logros políticos, considera que China es el aliado de Norteamérica contra el común enemigo de Moscú. Cuando por fin se dio cuenta de que China representa una amenaza potencial a la hegemonía global de Estados Unidos mucho más peligrosa, se limitó a mover las piezas en el tablero de su imaginación y a considerar que Rusia es el brazo geopolítico de un mundo occidental ampliado que conecta Europa con Japón para cercar a China, en lugar de considerar que China es el punto de apoyo de los norteamericanos en su lucha contra Rusia. Estos planes tan alejados de la realidad –cuya culminación sería la creación de un sistema de Seguridad Transasiática que se extendería desde Tokio a Dublín– se pueden encuadrar en la tradición de los pronosticadores del futuro norteamericano: ese ámbito en el que el realismo radical se convierte en un constructo idealizado.

III

Más concisa e imparcial, la obra de Robert Art, que ocupa una posición aún más alejada del centro wilsoniano del espectro, ofrece un marcado contraste con la de Brzezinski. Su sello es la precisión analítica, la claridad argumental y la lúcida moderación en los juicios. El resultado es un realismo de más alta resolución[26]. La primera diferencia la encontramos en la definición que ofrece Art de su objeto de estudio. «La gran estrategia no es lo mismo que la política exterior». La política exterior abarca todas las formas en que se pueden concebir los intereses de un Estado y los instrumentos que se pueden utilizar para conseguirlos. La gran estrategia alude específicamente al modo en que un Estado em-

---

[26] Los tres modelos a imitar de Art, según explica el propio autor, son Spykman, Lippman y Tucker, autores que escribieron «probablemente los mejores libros sobre la gran estrategia norteamericana en la segunda mitad del siglo XX». Art declara que ha intentado continuar esta tradición geopolítica. *A Grand Strategy for America*, Nueva York, 2003, p. xv.

plea su poder militar para defender sus intereses nacionales: «La política exterior abarca todos los objetivos y los instrumentos del estatismo; la gran estrategia, todos los objetivos, pero un único instrumento»[27]. El objeto de estudio del pensamiento de Art es invariablemente el papel de la fuerza militar en la actuación norteamericana. Menos conocido que otros autores –no hay *bestsellers* en su haber– desde su cátedra de Brandeis, Art ha trabajado como asesor para el Pentágono –en la Oficina de Planificación a Largo Plazo bajo Weinberger– y para la CIA.

El punto de partida de la teoría de Art es la naturaleza intercambiable –no ilimitada, sino sustancial– del poder militar: las diferentes maneras en que se puede rentabilizar política o económicamente. La diplomacia coercitiva, es decir, amenazar a otro Estado con la agresión para obligarle a cumplir las órdenes de otro más fuerte –lo que ha intentado el gobierno de Washington, según observa Art, en más de una docena de ocasiones entre 1990 y 2006– nunca da lugar a un éxito rotundo: entre los fracasos que han cosechado los norteamericanos hasta hoy con este método destacan las sucesivas tentativas para obligar a Irán o a Corea del Norte a que abandonen sus programas nucleares. Las armas nucleares, por otra parte, son más útiles de lo que se suele suponer, no solo por su capacidad de disuasión ante un ataque potencial, sino por el amplio margen de seguridad que conceden a las maniobras diplomáticas, por los beneficios que se pueden obtener de los Estados a los que se puede proteger con ellas, y por los recursos que la rentabilidad de la seguridad que proporcionan generan para otros propósitos. En términos más generales, mientras la anarquía prevalezca entre los Estados, la fuerza no solo será el árbitro final de las disputas que surjan entre ellos, sino que influirá en el modo en que se puedan sellar tales disputas al margen del uso de la fuerza.

El ejemplo más positivo en este sentido es el papel que la fuerza militar de EEUU ha desempeñado a la hora de unir a las naciones del mundo libre después de 1945, al crear las condiciones políti-

[27] R. Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, Nueva York, 2008, p. 1.

cas necesarias para el desarrollo interrelacionado de su economía: «No se puede considerar que la fuerza sea un instrumento político irrelevante en las relaciones económicas que entabla Norteamérica con otras grandes potencias aliadas: la primacía militar norteamericana impregna políticamente estas relaciones. Es el aglutinante de la interdependencia económica»[28]. Los japoneses y los europeos occidentales pudieron crecer y prosperar juntos bajo la seguridad del paraguas nuclear estadounidense a cambio de someterse a los acuerdos monetarios y diplomáticos de Norteamérica. Pues «sería verdaderamente extraño que Estados Unidos no aprovechara esta dependencia para favorecer sus intereses políticos y económicos». Así fue, de hecho, como se sucedieron los acontecimientos: Washington obligó en primera instancia a su aliado británico, antes incluso de la invención de la bomba atómica, a aceptar unos tipos de interés fijos en Bretton Woods, y después desvinculó el dólar del oro en 1971. Y no solo lo hizo sin consultar a sus aliados, sino que les obligó, durante los veinte años posteriores, a elegir entre la inflación o la recesión. Sin su hegemonía militar –y sin su fuerza industrial– EEUU no habría podido actuar de esta manera: «Norteamérica empleó políticamente su poder militar para hacer frente al problema de la devaluación del dólar». Art nos invita a adentrarnos en un territorio muy alejado del placebo de la nación de naciones.

Desde el final de la Guerra Fría, ¿con qué finalidad se tenían que haber utilizado las fuerzas armadas estadounidenses? Desviándose de la norma, Art ordena estos propósitos según una jerarquía explícita y los divide en intereses realmente vitales e intereses deseables, en una puesta al día geopolítica. Entre los propósitos vitales encontramos, en orden de importancia: la seguridad de la patria frente a la amenaza de las armas de destrucción masiva, la prevención de conflictos entre grandes potencias en Eurasia, el suministro ininterrumpido de petróleo desde Arabia. Los objetivos deseables, en orden de importancia, son: el mantenimiento un orden económico internacional libre, la promoción de la democracia y la defensa de los derechos humanos

---

[28] *Ibid.*, p. 132.

y la protección del medio ambiente global. La línea de acción que recomienda Art para lograr estos objetivos es una «dedicación selectiva»: una estrategia que concede prioridad a los intereses vitales pero que «mantiene la esperanza en que los objetivos deseables se pueden lograr en parte», alcanzando un equilibrio entre excederse y quedarse corto en el uso de la fuerza[29]. Desde el punto de vista operativo, la dedicación selectiva es una estrategia de defensa avanzada que permite reducir el nivel general de tropas norteamericanas pero que exige el mantenimiento de bases militares en el extranjero, donde no solo actúan como guardianes de la estabilidad política, sino también controlan el nacionalismo económico.

En el mismo sentido, la ampliación de la Alianza Atlántica hacia el Este –un proyecto prioritario de la administración Clinton desde el principio– no solo se concibió para llenar un vacío de seguridad o para reanimar a la OTAN, sino para preservar la hegemonía norteamericana en Europa. En Oriente Medio, la política que se debería seguir en el Golfo era la de «dividir en lugar de conquistar», enfrentar a los diferentes gobernantes de los países ricos en petróleo entre sí, sin intentar controlarlos de cerca. En Afganistán, EEUU tenía que mantenerse firme hasta el final. Por otra parte, sería una locura atacar a Irán. La seguridad de Israel era una prioridad esencial para los norteamericanos. Pero solucionar el problema palestino era la medida más importante para lograr que disminuyera el apoyo al terrorismo antiamericano. El camino para lograrlo era la defensa formal de un tratado con Israel que permitiera estacionar tropas estadounidenses dentro de sus fronteras y que les obligara a devolver los territorios ocupados. En el Asia Oriental, la seguridad de Corea del Sur era otra cuestión esencial para los intereses norteamericanos. Pero el objetivo de la política estadounidense tenía que ser la desnuclearización y la unificación de la península. Se podía tolerar que China obtuviera una influencia preponderante en Corea una vez lograda esta meta. EEUU podía prescindir de establecer una alianza con Corea, pero no con Japón, pues era el fundamento de la presencia

---

[29] *Ibid.*, p. 235.

norteamericana en Asia Oriental y la condición de su supremacía marítima en la región.

El ascenso de China en esta zona era inminente, según Art. ¿Cómo tenía que reaccionar Estados Unidos? No debía considerar que la República Popular de China representaba un peligro potencial comparable al de la antigua URSS. La Unión Soviética había sido una amenaza geopolítica tanto para Europa como para la región del Golfo. China no. Si, con el tiempo, acababa dominando gran parte del Sudeste Asiático, como podía suceder también con Corea, ¿qué más daba? Con tal de que EEUU conservara sus bases navales en Singapur, Filipinas e Indonesia, mientras Europa, la región del Golfo, la India, Rusia y Japón se mantenían independientes o vinculados a Norteamérica, la hegemonía terrestre de China en el Este y el Sudeste Asiático no afectaría al equilibrio de poder. La República Popular China nunca podría poner en riesgo la influencia norteamericana como lo había hecho la Unión Soviética, que se extendía por todo el continente euroasiático. Dejando de lado las fricciones generadas por la situación de Taiwán –que se podían resolver llegado el momento mediante presiones económicas que dejaran la isla reducida a una dependencia de la China continental, o a través de una reunificación política, si los chinos abrazaban la democracia–, no había motivo alguno para una guerra entre Norteamérica y China. Podía darse el caso de que Pekín reuniera una armada poderosa, pero nunca sería capaz de poner en cuestión la primacía de EEUU en el Pacífico. De hecho, los chinos necesitaban adquirir una fuerza nuclear disuasoria en el mar si querían que la estrategia de las armas nucleares (*mutually assured destruction*, o MAD) funcionara, y EEUU no se opondría a ello.

La fuerza militar seguía cumpliendo su misión, como debía ser. Para mantener su liderazgo económico y político, EEUU tenía que seguir proyectando su poder militar en el extranjero con el fin de determinar los acontecimientos en lugar de limitarse a reaccionar a ellos; tenía que crear su entorno. No bastaba con sobrevivir en él. Eso no significaba que hubiera que recurrir a la fuerza de manera imprudente o indiscriminada. Art, a diferencia de los que apoyaron la guerra de Iraq en un primer momento y

se desmarcaron de esta postura más adelante, se había declarado en contra seis meses antes de que se iniciara el conflicto[30], y lo condenaría cuando ya se encontraba en marcha, pues consideraba que era una auténtica catástrofe. El «wilsonismo brusco» había conducido a la deshonra y a la pérdida de legitimidad. Ni siquiera la dedicación selectiva era inmune a la tentación inherente a cualquier potencia imperial –pues eso era Estados Unidos– de cometer excesos por miedo a actuar con demasiada cautela. La primacía global norteamericana apenas duraría unas pocas décadas más. A partir de entonces, el futuro pasaba quizá por la transición hacia «un sistema internacional a medio camino entre la primacía estadounidense y la descentralización regional»[31]. Lo mejor que podía hacer el país era prepararse para ese momento. Mientras tanto, había que poner en orden la economía nacional.

En lo que respecta a su teoría de la seguridad nacional, Art se mantiene dentro de los límites de la política exterior convencional y suscribe el supuesto indiscutible de que la primacía internacional norteamericana es necesaria para que no sobrevenga el caos[32].

---

[30] Véase «War in Iraq is *Not* in America's National Interest», *New York Times*, 26 de septiembre de 2002 un comunicado firmado por unos treinta «especialistas en seguridad internacional». Entre ellos se encontraban Robert Jervis, John Mearsheimer, Robert Pape, Barry Posen, Richard Rosecrance, Thomas Schelling, Stephen Van Evera, Stephen Walt y Kenneth Waltz.

[31] R. Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, cit., p. 387.

[32] Art intenta diferenciar el «dominio» de la «primacía». El dominio «daría lugar a un imperio norteamericano global», lo cual permitiría a EEUU «imponer sus dictados a los demás» y, reconoce que, mientras que «EEUU nunca ha practicado una política de dominio en el sentido estricto», desde 1945 «han surgido políticas similares en cuatro ocasiones»: al comienzo de la Guerra Fría (la estrategia no declarada de obligar a retroceder al enemigo); bajo la presidencia de Reagan; después del fin de la guerra del Golfo (con la «Guía para la Planificación de la Defensa» de 1992) y bajo el mandato del segundo Bush. «El dominio es una tentación muy atractiva para una nación tan poderosa como Estados Unidos». Pero es imposible alcanzarlo; cualquier viso del mismo sería, además, contraproducente. La primacía, sin embargo, es una «mayor influencia», no un «sometimiento absoluto». Tampoco se puede considerar una gran estrategia, sino simplemente ese margen de fortaleza militar añadida que hace que el Estado que la deten-

Pero dentro de esta corriente de pensamiento, la calidad intelectual de sus ideas destaca no solo por su falta de patetismo retórico, sino por la serenidad y el respeto con el que analiza otras posiciones menos convencionales y rompe determinados tabúes de la ortodoxia. La oposición de partida a la guerra de Iraq, la impaciencia ante la terquedad de Israel, el reconocimiento del ascendiente regional de China, son elementos que también se encuentran presentes en la obra de Brzezinski. Pero estos dos autores no solo se diferencian en su estilo, totalmente distinto. Art no está obsesionado con Rusia –un tema ausente, por sorprendente que parezca, en sus últimos ensayos– y sus propuestas para solucionar la cuestión de Tel Aviv y la de Pekín son mejores: Art se declara partidario de obligar a Israel a firmar un tratado poco grato y a permitir que China amplíe su supremacía terrestre y desarrolle su capacidad ofensiva en el mar. En todas estas medidas se pone de manifiesto el espíritu del neorrealismo, en su acepción técnica, al que pertenece Art, una corriente cuyo principal representante, Kenneth Waltz, sostenía que la proliferación de armas nucleares favorecía la paz.

Pero una cosa es el neorrealismo puramente teórico, un paradigma en el estudio de las relaciones internacionales, y otra muy distinta el discurso ideológico de la política exterior norteamericana. El neorrealismo no puede adentrarse en este territorio a solas. Art es consciente de ello. La dedicación selectiva, explica, es una estrategia de «*Realpolitik* con un valor añadido». ¿En qué consiste este valor añadido? La noche en la que todos los gatos son pardos: «el realismo combinado con el liberalismo». La finalidad del realismo es lograr «la seguridad y la prosperidad de Estados Unidos»; la del liberalismo, «dar un empujoncito al mundo para que abrace los valores que la nación mantiene en alto: la democracia, el libre mercado, los derechos humanos y la apertura

---

ta se convierta en el actor más influyente en general. *A Grand Strategy*, cit., pp. 87-92. Pero dado que, como observó Samuel Huntington en cierta ocasión, en un sistema interestatal no existen por definición las potencias absolutas, el poder de cualquier Estado siempre será relativo en comparación con el de los demás y la distinción entre ambos términos es inevitablemente porosa.

internacional»[33]. Esta diferenciación se corresponde con la jerarquía de los intereses de Norteamérica: el realismo consigue los objetivos vitales, el liberalismo persigue solo los deseables. El segundo es un añadido; el pensamiento de Art es eminentemente realista. Sin embargo, no es un mero adorno y tiene cierta incidencia en la estructura de su concepción general, pues la línea que separa lo vital de lo deseable por fuerza se desdibuja y los intereses de la lista de Art fluctúan con el paso del tiempo. La «apertura económica internacional», la clásica política de Puertas Abiertas, ocupa –desde el punto de vista realista, podríamos decir– la segunda posición en la lista de los cinco intereses prioritarios que aparecía en «A Defensible Defense» (1991); pero en «Geopolitics Updated» (1998), este interés pasa a ocupar el cuarto lugar en una lista de seis, un cambio que el autor justifica aduciendo que el 90 por 100 del PNB estadounidense se produce en el ámbito nacional. En *A Grand Strategy for America* (2003), solo se constata un interés vital, la defensa de la patria, aunque se incluyen otros dos objetivos sumamente importantes: la paz en Eurasia y el petróleo del Golfo Pérsico[34]. No se debe recurrir a la guerra para perfeccionar la democracia ni para proteger los derechos humanos (que el autor sitúa, sin dar ninguna explicación, por encima del cambio climático global). Pero se puede hacer una excepción cuando se trata de instaurar una nueva democracia o evitar una matanza. Art reconoce bastante abiertamente que la dedicación selectiva tiene que superar ciertos «escollos», pues, a menos que se extreme la precaución, «las operaciones pueden prolongarse de forma indefinida», aunque él mismo ofrece un ejemplo perfecto de cómo se puede caer en ese error, pues afirma que hay que «mantenerse firme hasta el final en Afganistán», pero ¿hasta cuándo?[35]. ¿Qué tiene de selectiva la propuesta de mantener «bases de operaciones avanzadas permanentes» en Asia Oriental y Meridional, en Europa, en el Golfo Pérsico y en Asia Central, renunciando «en ge-

[33] R. Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, cit., p. 235.

[34] R. Art, *A Grand Strategy*, cit., p. 46; *America's Grand Strategy and World Politics*, cit., pp. 190, 235, 237.

[35] R. Art, *America's Grand Strategy and World Politics*, cit., pp. 254, 379.

neral» solo a Sudamérica y a África?[36]. Según la reveladora fórmula que Art repite en más de una ocasión al explicar los méritos de su versión de la gran estrategia, la proyección de poder de EEUU puede «decidir los acontecimientos» y «crear un nuevo entorno que se adapte mejor a los intereses estadounidenses»[37]. En la vaguedad y la inmensidad de esta ambición, totalmente indefinida, el realismo se disuelve y se convierte en la justificación universal de todas las aventuras que se han emprendido en nombre del liberalismo.

---

36 *Ibid.*, p. 374.
37 *Ibid.*, pp. 373, 235.

4. LA ECONOMÍA EN PRIMER LUGAR

¿Existe alguna interpretación significativa en el discurso de la política exterior norteamericana que escape a esta díada obligatoria? Quizá hay una que, a su manera, la elude. Por su formación y sus objetivos, Thomas P. M. Barnett pertenece a la categoría de los grandes estrategas, pero, a juzgar por sus ideas, ocupa una posición divergente. Formado en Harvard como especialista en la Unión Soviética, ha trabajado como profesor en el Naval War College, en la Office of Force Transformation que creó Rumsfeld en el Pentágono; apoyó a Kerry y en la actualidad dirige una consultoría dedicada a ofrecer conexiones técnicas y financieras con el mundo exterior en regiones como el Kurdistán iraquí. El libro *Great Powers: America and the World After Bush*, un producto de su trayectoria, no tiene parangón en la literatura especializada, ni en lo que respecta al estilo ni al contenido. Con el tono alegre de un vendedor con un repertorio inagotable de eslóganes concisos, presenta una visión fácil de digerir pero en modo alguno convencional de la globalización, la narrativa maestra para comprender la naturaleza y el futuro del poder planetario de Estados Unidos, una exposición concebida para desconcertar por igual a los que defienden los tópicos del clintonismo biempensante y a los que los condenan, como Brzezinski, con una actitud tan triunfalista y confiada que prescinde de muchos de los atavíos habituales.

Norteamérica, según explica Barnett, no tiene motivos para la incertidumbre ni para el desaliento después de la guerra de Iraq, una buena iniciativa pésimamente gestionada. La posición de EEUU no ha variado: «Este sigue siendo el mundo de Norteamérica». Pues, al ser la primera y más exitosa economía liberal del mundo y la principal unión política multiétnica, con una trayectoria que anticipa la que tiene que seguir el mundo en general,

«somos el código genético de la globalización moderna: su ADN». ¿Cuál es la consecuencia de esto? «Estados Unidos no se enfrenta a un desenlace trágico, sino a un comienzo optimista: el sistema norteamericano se ha proyectado en el mundo de manera eficaz»[1]. Esa proyección, bien entendida, no implica ni requiere la promoción de la democracia en general. Para Barnett, que se define sin reparo alguno como un determinista económico, la verdadera fuerza revolucionaria que ha engendrado Norteamérica es el capitalismo, y está tan extendida que no es necesario intentar introducir las elecciones y el parlamentarismo en el mundo. La Guerra Fría se ganó utilizando el poder militar de EEUU para ganar tiempo hasta que Occidente superó económicamente a la Unión Soviética. Por tanto, en la era posterior a la Guerra Fría, hay que conceder prioridad a la paz sobre la justicia: si EEUU está dispuesto a renunciar a sus exigencias políticas en las regiones que no conocen ni aceptan la democracia liberal y, al mismo tiempo, consigue imponer sus exigencias económicas, en su debido momento asistirán a la materialización de sus ideales. «Norteamérica necesita preguntarse: ¿Qué es más importante, hacer que la globalización sea verdaderamente global, al tiempo que mantenemos la paz entre las grandes potencias y acabamos con los movimientos de insurgencia antiglobalización que puedan surgir en las décadas venideras, o supeditar nuestro apoyo al avance de la globalización al requisito directo de que el mundo se parezca primero a nosotros en el plano político?»[2].

De modo que, hoy en día, lo que se necesita no es una liga de democracias, sino una liga de potencias capitalistas que se comprometan a hacer que el orden del capital sea factible en la escena mundial, rebautizada, de acuerdo con Lincoln, como un «equipo de rivales» integrado por China y Rusia, y también por Japón, Europa, India y Brasil. Los norteamericanos no tienen por qué mostrarse reacios a que se incorporen a esta liga algunos de sus antiguos adversarios en la Guerra Fría. Después de llevar a cabo

---

[1] Thomas P. M. Barnett, *Great Powers: America and the World After Bush*, Nueva York, 2009, pp. 1-2, 4.

[2] *Ibid.*, p. 30.

su propia revolución, Estados Unidos tardó medio siglo en desarrollar una democracia popular multipartidista, y cuando lo hizo, excluyó a las mujeres y a los esclavos, y ofreció protección a sus industrias durante otro siglo más. China está acortando distancias con Norteamérica valiéndose de los mismos métodos que Hamilton y que Clay, aunque ahora necesita reformas reguladoras como las de la Era Progresista (lo mismo que le sucede a Wall Street en el momento actual). La política exterior nacionalista que practican los chinos es similar a la del primer Roosevelt. Por lo que respecta a Rusia, con su brutalidad económica y su materialismo despiadado, con su mezcla de individualismo descarnado y chovinismo colectivo, se encuentra en el equivalente a la Edad de Oro de Norteamérica. En lo sucesivo, los norteamericanos tendrán que enfrentarse en numerosas ocasiones con otros Estados que están atravesando las mismas etapas que ellos ya han superado y puede que no sepan darse cuenta de ello: «Moscú, con una postura pragmática, ve a Norteamérica como realmente es en este momento: un Estado con un poder militar desbordante, una economía en números rojos, una nación presa de la crispación ideológica». Pero los rusos han adoptado una actitud antiamericana para impresionar, en buena medida. A la vista del pasado ruso, EEUU no podría encontrar un mejor aliado que Putin, que detenta un régimen nacionalista, como el de China, pero no expansionista. «Ninguno de estos dos países amenaza al sistema, pues ambos defienden el avance de la globalización y por tanto comparten en buena medida nuestros mismos temores»; no tienen intención de desafiar el orden comercial liberal dominante, sino extraer de él el máximo beneficio[3]. Las variedades de capitalismo que estos y otros competidores representan son una de las ventajas de este sistema, que permite experimentos y compensaciones que solo pueden fortalecerlo.

Entre el centro desarrollado y las zonas más atrasadas del mundo, todavía existe una brecha histórica que hay que superar. Pero ya se ha producido cierto efecto dominó capitalista, de tal manera que «África seguirá a la India, que ya siguió el ejemplo de

[3] *Ibid.*, pp. 184-185, 227-231.

China, que imitó a Corea del Sur, que a su vez siguió los pasos de Japón, que hace medio siglo creció gracias a nosotros siguiendo el modelo de Estados Unidos. Podríamos definir este proceso como una globalización con "seis estadios de replicación"»[4]. No obstante, si bien en términos económicos podemos hablar de «un auténtico "fin" de la historia», hasta que se cierre la brecha tendrá lugar un periodo de transición que generará una serie de tensiones sociales sin precedentes, pues antes de que llegue la prosperidad de la clase media el tipo de población convencional y los modos de vida tradicionales tendrán que desaparecer. La religión siempre será el puente más útil para salvar el abismo, pues servirá para lidiar con estas tensiones y, a medida que la globalización se extienda, lo lógico es que se produzca el despertar religioso más grande de la historia, porque está provocando un imponente proceso de cambios radicales en las condiciones económicas. En este ambiente tempestuoso, cuanto más se mezclen y más multiculturales se hagan las sociedades, más individuos se aferrarán a su identidad religiosa, a falta de una cultura común. Norteamérica, un modelo de fe multicultural, también liderará esta transformación universal.

¿Qué sucederá con la zona de guerra en la que el propio Barnett ha estado involucrado? A pesar de todos los pretextos espurios que se esgrimieron para lanzar el ataque, la decisión de invadir Iraq no fue irracional: es cierto que estuvo mal gestionada, pero sirvió para sacar a Oriente Medio del estancamiento en el que se encontraba sumido y para conectar esta región con el impulso de la globalización. Por el contrario, la guerra de Afganistán es un callejón sin salida que solo servirá para suscitar nuevos conflictos con Paquistán. El mayor error de Bush fue que derrocó a los dos enemigos suníes de Irán, a Saddam y a los talibanes, sin obtener nada a cambio de este país, y se empeñó –ante las presiones de Arabia Saudí y de los israelíes– en intentar contener a Irán en lugar de aprovechar sus servicios. Por tanto, no es de sorprender que los mullah piensen que las armas nucleares les mantendrán a salvo de los intentos estadounidenses de derrocarlos. En eso

[4] *Ibid.*, p. 248.

tienen toda la razón. Habría que admitir a Irán en el club de las potencias nucleares, pues el único modo de impedir que desarrollen este tipo de armas es atacarles con ellas. Los bombardeos convencionales no servirían de nada. Lo que se necesita en Oriente Medio no es que Israel o EEUU lancen un ataque inútil contra Irán, sino crear un sistema de seguridad regional con la cooperación de las grandes potencias asiáticas, China e India, más dependientes del petróleo del Golfo que Norteamérica, un modelo en el que Irán –el único país de la región en el que los gobiernos pueden ser derrotados en las urnas– desempeñe el papel que se merece por su entidad y su cultura[5].

Por lo demás, al dificultar considerablemente la guerra entre las grandes potencias, la fuerza militar estadounidense ha sido un valioso regalo para la humanidad. Sin embargo, en la actualidad el Pentágono necesita recortar su capacidad militar al menos en una cuarta parte o, posiblemente, una tercera. Para Barnett, profesor de Petraeus y Schoomaker, el futuro de la contrainsurgencia es el novedoso modelo de AFRICOM que, a diferencia de otros mandos regionales del Pentágono –el Central, el Pacífico, el Europeo, el del Norte y el del Sur– mantiene una discreta red de «puntos de operaciones de contingencia» en África y combina la vigilancia militar con la asistencia civil: «Imperialismo, para algunos, pero nada más que un Equipo de Paz con armas, en mi opinión»[6]. Puede que las inversiones chinas estén ayudando a cerrar la brecha con el continente negro, pero AFRICOM también cumple una función esencial.

En la escena global, la obsesión norteamericana por el terrorismo, la democracia y las armas nucleares es irrelevante. Lo importante es el desarrollo de una globalización que se parece a internet, según la definición que acuñó uno de sus creadores: «No es de nadie, todo el mundo lo usa y cualquiera puede añadirle servicios». Tanto internet como la globalización forman ahora parte de un único proceso. Del mismo modo que la globalización se ha convertido en «unos Acuerdos de Helsinki virtuales para

---

[5] *Ibid.*, pp. 10-11, 26-27.
[6] *Ibid.*, pp. 286-289.

todo aquel que acceda al sistema», Wikileaks es –y esto lo dice un estratega recién salido del Departamento de Defensa– «la Radio Europa Libre de la era de la vigilancia»[7]. Para unirse a la globalización, no hay ninguna necesidad de que la sociedad en cuestión sea una democracia electoral, que reduzca las emisiones de carbono o que desista de la sensata protección de sus industrias. Las reglas para ingresar son muy sencillas: *«Como seas y cuando puedas»*. Dado que la clase media crecerá hasta representar la mitad de la población mundial en 2020, Norteamérica no tiene por qué temer a perder su hegemonía. Siempre y cuando siga siendo el país que más riesgos toma de la economía global, «nunca habrá un mundo posamericano. Solo un mundo poscaucásico»[8].

Con un poema de Lermontov como epígrafe y una cita de H. G. Wells a modo de conclusión, *Great Powers* es una obra que, en cuanto ejercicio de gran estrategia es, en su estilo, igual de exótica que *God and Gold.* Podría decirse que ambos libros acotan por entero esta materia. Mientras que en la interpretación de Mead el realismo se combina con el idealismo a la estadounidense en una unión que llega al paroxismo, Barnett, aunque evita esta unión, llega –al menos formalmente– a conclusiones muy similares. En su concepción del poder norteamericano en el nuevo siglo, y aunque se quita el sombrero ante Woodrow Wilson, es prácticamente nula la influencia del impulsor de la Sociedad de Naciones. La propia expresión «orden liberal internacional» es más un símbolo que una piedra de toque, pues la acepción que utiliza Barnett no hace referencia al proteccionismo económico. En su significado local, el idealismo está prácticamente ausente, pero los elementos realistas son más visibles. Barnett afirma que Theodore Roosevelt –que no solo fue el presidente más joven, sino «el individuo más experto en líneas generales que jamás haya accedido a la presidencia»– fue el gran transformador de la política norteamericana, tanto en el ámbito doméstico como en el extranjero, y sostiene que *Dangerous Nation* de Kagan ha sido la obra que le animó buscar conexiones entre la historia norteamericana y la globalización. Pero el jovial

---

7 *Ibid.*, pp. 301-318.
8 *Ibid.*, pp. 413, 251.

recibimiento que *Great Powers* brinda a las autocracias de China y Rusia como versiones juveniles del propio Estados Unidos está en las antípodas de Kagan. El análisis de Putin que ofrece Barnett le pondría los pelos de punta a Brzezinski. Y, para Art, permitir que Irán desarrolle su programa nuclear, sería demasiado.

Esta iconoclasia no es simplemente una cuestión de temperamento, aunque está claro que lo es en cierta medida (no es de extrañar que el Naval War College decidiera prescindir de los servicios de Barnett). Lo que sucede es que la problemática subyacente tiene bien poco que ver con el papel de la fuerza militar –la cuestión en la que se suele centrar la tradición realista–, o incluso con la expansión económica como impulso nacionalista. El giro que diferencia a esta obra de las teorías convencionales del excepcionalismo norteamericano, al tiempo que ofrece una versión maximizada del mismo, es que este autor reduce la relevancia de EEUU en el mundo al principio fundamental del capitalismo: Norteamérica es el país que distribuye el código genético de la globalización, un ADN que no se basa en los catorce puntos de la Carta Atlántica, sino simplemente en el poder del mercado y del consumo masivo, y requiere una mínima dosis de fuerza para doblegar a los adversarios que puedan surgir. En su impávido determinismo económico, la teoría de Barnett podría considerarse una versión materialista, desde el otro lado de las barricadas, de la imagen de Norteamérica que ofrecen Hardt y Negri en *Empire*. Este imperio, en su sentido más tradicional, que estos autores repudian, se encuentra presente aún en *Great Powers*, como se desprende con claridad del panegírico del Mando de África incluido en esta obra. En este caso, las huellas del imperio son aún más visibles. AFRICOM, creado hace muy poco, en 2007, cuenta en la actualidad con efectivos militares norteamericanos en 49 de los 55 países del continente[9]. No es que Norteamérica domine el mundo; el mundo se está convirtiendo en Norteamérica. Este es el mensaje, tomado al pie de la letra, de *Great Powers*. Entre tanto, hay menos diferencias entre Norteamérica y el mundo de lo que sugiere en la propuesta.

---

[9] Véase la sorprendente documentación que presenta Nick Turse en «The Pivot to Africa», *TomDispatch.com*, 5 de septiembre de 2013.

II

Pero hay otra visión económica alternativa, antítesis y coda al mismo tiempo de la que acabamos de analizar; más tradicional desde el punto de vista teórico, pero más en boga durante el segundo mandato de Obama. En *The Resurgence of the West* (2013), Richard Rosecrance –formado en la Kennedy School de Harvard, estuvo destinado en la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado– toma como punto de partida la decadencia relativa de la economía norteamericana en comparación con el auge de China e India, países cuyas sociedades se benefician aún de la transición de mano de obra desde la agricultura a la industria y a los servicios, y de la importación de tecnología extranjera, dos factores que han permitido un crecimiento muy rápido. Estados Unidos, como cualquier otra economía madura con una población de clase media, no puede aspirar a mantener un ritmo comparable. Pero si forjan una unión trasatlántica con Europa, podrían compensar espacialmente lo que están perdiendo con el paso del tiempo, mediante la creación de un mercado el doble de grande que el suyo y que abarcaría más de la mitad del PNB mundial –una ampliación que daría lugar a un aumento de las inversiones y del crecimiento, y a la creación de una fuerza económica sin rival–. Pues aunque los aranceles entre EEUU y la UE son bajos en la actualidad, hay numerosas barreras no arancelarias –sobre todo, en el sector de los servicios y el de los productos alimenticios– cuya abolición dinamizaría ambas economías. Es más, una unión aduanera, con una vinculación de ambas monedas tendría un efecto tan aleccionador para otras potencias como la desvinculación del dólar del patrón oro que llevó a cabo Nixon con Connally como secretario del Tesoro[10].

La contratación de mano de obra barata de países asiáticos –una práctica bastante satisfactoria para las empresas estadounidenses actuales, pero no para el Estado norteamericano, que no puede

[10] Richard Rosecrance, *The Resurgence of the West: How a Transatlantic Union Can Prevent and Restore the United States and Europe*, New Haven, 2013, p. 79.

despedir a los ciudadanos del mismo modo que las empresas despiden a sus empleados, y se arriesga a recibir sanciones si los trabajos desaparecen– se reduciría y se sacaría el máximo partido de los beneficios inherentes de la alta tecnología y del entramado científico de Occidente. China, que depende de las materias primas y de los mercados extranjeros mucho más que cualquier otra gran potencia, con una base industrial integrada en buena medida por eslabones de cadenas de producción que comienzan y terminan en otros lugares, no se encontraría en posición de desafiar a este gigante trasatlántico –que, quizá, podría llegar a ser un gigante transpacífico si se uniera Japón–. Por otra parte, esta Unión Occidental no solo beneficiaría a Estados Unidos y a Europa. Históricamente, las transiciones hegemónicas siempre han acarreado el riesgo de guerras entre las potencias que ascienden y las que descienden, y hoy muchos temen que China resulte ser una Alemania guillermina frente a un Estados Unidos semejante a la Inglaterra eduardiana. Pero la historia también nos enseña que, para garantizar la paz, lo mejor no es un precario equilibrio de poder –que fue lo que condujo a la Primera Guerra Mundial–, sino un desequilibrio de poder que disuada ante cualquier posible desafío y que, en lugar de alimentar antagonismos, atraiga a otros a unirse a él. Una fusión euroamericana, además de rejuvenecer a Occidente, provocaría precisamente ese fenómeno: «La posibilidad de un desequilibrio de poder estable se encuentra ante nosotros. Solo hay que aprovecharla». Es más, una vez logrado este objetivo, «el poder arrogante puede servir de imán»[11]. De hecho, ¿quién dice que China no se pueda unir en un futuro a una hipotética TAFTA [Transatlantic Free Trade Area], asegurando una paz eterna?

Barnett, que tiene una imagen negativa de la salud demográfica y económica de Europa, ridiculiza en *Great Powers* la perspectiva de que se cree una TAFTA que se convierta en la palabra mágica que permita a Norteamérica recuperar su destino: «Siempre que escucho a un político norteamericano proclamar la necesidad de reforzar la alianza occidental, sé que lo que propone ese

---

[11] *Ibid.*, pp. 108, 163, 173, 175.

líder es que sigamos nuestra trayectoria histórica en lugar de diseñar una estrategia de futuro. Revivir la gloria del pasado no significa revivir nuestra juventud, sino negar nuestro parentesco con este mundo en el que vivimos con tanto malestar en la actualidad»[12]. En dicho mundo, los europeos son los jubilados. Sería un error rechazarlos, pero no tiene sentido acudir a ellos en busca de ayuda. A fin de cuentas, observa Barnett amablemente, en la autopista de la globalización el abuelito puede viajar con nosotros, sea quien sea quien ocupe el asiento del copiloto.

---

[12] Th. P. M. Barnett, *Great Powers*, cit., p. 369.

5. FUERA DEL CASTILLO

En este viaje, el conductor sigue siendo norteamericano. Desde la época de Clinton, el discurso de la política exterior vuelve una y otra vez sobre un conjunto común de temas a los que tiene que enfrentarse la nación: el desorden en la patria, la amenaza del terrorismo, el ascenso de las potencias orientales. Los diagnósticos del grado de peligro que entrañan estas amenazas para Estados Unidos varían: Mead y Kagan se muestran optimistas; Mandelbaum y Kupchan, preocupados; y Brzezinski, alarmista. Lo que permanece inmutable, aunque se exprese de distintas maneras, es el valor axiomático que se le concede al liderazgo de Norteamérica. La hegemonía de Estados Unidos sigue sirviendo tanto a los intereses particulares de la nación como a los intereses universales de la humanidad. Desde luego, hay que adaptarla al presente y es cierto que algunas veces se ha gestionado mal, pero los beneficios que ha aportado al mundo son incuestionables. El estilo de vida norteamericano, ciertamente, ya no se puede ofrecer como modelo a imitar con la seguridad con que lo hacía Henry Luce hace setenta años. Los achaques en el ámbito doméstico y los tropiezos en el exterior le han hecho perder atractivo. Pero si las versiones positivas clásicas de los beneficios del poder norteamericano ahora han de matizarse, sin ser por ello descartadas, su legitimación negativa se propone cada vez con más vehemencia. Puede que a veces la primacía de EEUU ponga los pelos de punta a los demás, incluso con razón, pero ¿quién duda que la alternativa sería aún peor? Sin la hegemonía norteamericana, el caos global –la guerra, el genocidio, la depresión, el hambre– se impondría con consecuencias fatales. Como último recurso, la paz y la seguridad del planeta dependen de ella. Ya no es necesario seguir admirándola; sencillamen-

te, hay que aceptarla para evitar males mayores, *um schlimmeres zu vermeiden*.

La premisa en la que se apoyan casi todos estos autores es que, de uno u otro modo, la supremacía norteamericana tiene que ser reparada. Todos ellos repiten incansablemente los puntos de la reforma interna que ha de llevarse a cabo: las desigualdades se han descontrolado, el sistema educativo se encuentra en declive, la asistencia médica es demasiado cara, las infraestructuras son anticuadas, la energía se despilfarra, la inversión en I+D es insuficiente, los trabajadores están poco cualificados, las finanzas necesitan una regulación más férrea, los derechos sociales están fuera de control, el presupuesto en números rojos, el sistema político demasiado polarizado. Lo que se necesita, afirman casi todos, es un proyecto «centrista»: incrementar las inversiones en ciencia y en capital humano, mejorar los transportes y las comunicaciones, controlar el coste de la asistencia médica, promover la contención fiscal, un proyecto de seguridad social más realista, conservar la energía, renovar las ciudades, etcétera. Puede que algunos pasen por alto esta receta –así sucede en buena medida en el caso de Kagan o en el de Barnett– pero casi nunca se rechaza de plano.

En lo que atañe a los remedios necesarios para contrarrestar los reveses en el exterior y los peligros venideros hay un mayor desacuerdo. La administración republicana que gobernó entre 2000 y 2008, más controvertida que su antecesora, contó con el apoyo constante de Kagan y con el de Mead y Barnett al principio, pero fue el blanco de las críticas, a menudo vehementes, de Ikenberry y de Kupchan, de Art y de Brzezinski. Después, se ha impuesto el estribillo universal que afirma que, en aras de la propia primacía norteamericana, hay que tener más en cuenta los sentimientos de los aliados y de los extranjeros de lo que lo hicieron Bush y Cheney si se quiere recuperar la legitimidad. «Multilateralismo» es la palabra mágica de los wilsonianos, pero una vez acuñada, otros pensadores más radicales la reverencian en igual medida: Kagan afirma que hay que tener más tacto con los europeos, Mead aboga por «una diplomacia de las civilizaciones» para dialogar con el islam, Art propone que la hegemonía norteamericana «adquiera

una apariencia más benévola» y Fukuyama exige «al menos una preocupación retórica por los pobres y los excluidos»[1].

La expansión de la democracia, sin embargo, que hasta ayer se consideraba que era un objetivo irrenunciable de cualquier diplomacia que se preciara, se encuentra ahora en segundo plano. Abiertamente rechazada como directriz por Kupchan, Barnett y Brzezinski, degradada por Art, una cuestión de horticultura más que de ingeniería para Mandelbaum, solo Ikenberry y Kagan contemplan con melancolía la posibilidad de que una liga de democracias gobierne el mundo. En la región en que Norteamérica ha intentado introducirla recientemente ha fracasado. Pero aunque son pocos los que expresan su satisfacción con la actuación de EEUU en Oriente Medio, ninguno propone un cambio significativo en los planes de Norteamérica en esta región. Para todos ellos sin excepción, el control militar del Golfo es una condición necesaria del poder global estadounidense. Los lazos con Israel siguen siendo un «interés nacional» crucial, incluso para Art; solo Brzezinski se permite quejarse discretamente de la excesiva influencia que ejerce el gobierno de Tel Aviv en Washington. La solución más atrevida para resolver el problema de Palestina es la opción de blindar los bantustanes –asentamientos desmilitarizados que constituyen la cuarta parte del antiguo Mandato– que propuso Clinton y dejar los principales asentamientos judíos donde están, con el apoyo del ejército norteamericano que colaboraría con las Fuerzas de Defensa de Israel, y firmar un tratado de defensa formal con Tel Aviv. Si Irán se niega a obedecer a Occidente y no interrumpe su programa nuclear, habrá que lanzar un ataque in extremis –aunque para nadie sea plato de gusto tal eventualidad–, y es de esperar que Moscú y Pekín tiendan una mano amiga o hagan un guiño amistoso. Solo Barnett se atreve a romper el tabú que protege el monopolio nuclear israelí en nombre de la no proliferación.

---

[1] W. R. Mead: *God and Gold*, cit., pp. 378 y ss. Art: «La tarea de los dirigentes estadounidenses es muy dura: hacer que Estados Unidos parezca más benévolo y, al mismo tiempo, perseguir los intereses nacionales norteamericanos haciendo uso del considerable poder que ejerce la nación», *America's Grand Strategy*, cit., p. 381. Fukuyama: «Soft Talk, Big Stick», en M. Leffler y J. Legro (eds.), *To Lead the World*, cit., p. 215.

¿Cómo debe preservarse la hegemonía norteamericana en el ruedo de la *Weltpolitik* propiamente dicha, el ámbito de las grandes potencias y sus conflictos, reales o potenciales? La Unión Europea es la potencia menos conflictiva, pues es evidente que no representa amenaza alguna para la hegemonía estadounidense. Todos estos autores subrayan o recuerdan la necesidad de la cohesión occidental: Ikenberry y Kupchan lo hacen piadosamente, Art impasiblemente, Brzezinski y Kagan con desdén, y Rosecrance plantea una propuesta radicalmente institucionalizada. Dado que Japón se encuentra aún bajo la tutela de EEUU y la India todavía no es un actor protagonista, las verdaderas manzanas de la discordia son Rusia y China. En ambos casos, estos autores se dividen entre los defensores de la contención y los apóstoles de la absorción. Brzezinski no solo estaría dispuesto a inmovilizar a Rusia levantando dos murallas en sus fronteras, una en Europa y otra en China, sino que, para él, lo ideal sería despedazar este país. Para Mandelbaum, sin embargo, la ampliación de la OTAN hasta las fronteras de Rusia es una provocación gratuita que solo puede volverse contra Occidente, mientras que Kupchan alberga la esperanza de incorporar a Rusia a la Alianza. Para Kagan, tanto China como Rusia son regímenes hostiles, perfectamente conscientes de que Occidente alberga la esperanza de transformarlos o debilitarlos, y el único trato que se les puede dispensar es la demostración de la superioridad de la fuerza. Para Mandelbaum e Ikenberry, por el contrario, China es el gran trofeo que hay que conseguir, su adhesión al orden liberal internacional es cada vez más plausible y acabará siendo irreversible, mientras que para Barnett, con su concepción más flexible de ese orden, la República Popular China ha entrado en el redil a todos los efectos. Art está dispuesto a concederle una franja de hegemonía que se extienda desde el Nordeste al Sudeste Asiático, con la condición de que EEUU siga dominando los mares del Pacífico. Brzezinski, después de considerar en un primer momento que China era una base adelantada de los norteamericanos cuya misión era sitiar a Rusia desde el Este por poder interpuesto, ahora vaticina que Rusia acabará sitiando a China desde el norte.

II

En estas recomendaciones del momento, hay tres rasgos que llaman la atención. A pesar de la extrema atención que prestan en la actualidad a los enemigos domésticos, una presencia bastante reciente en el discurso de la política exterior, el grado de preocupación nunca excede a la superficialidad del análisis. Las causas que subyacen a la prolongada desaceleración del crecimiento y la producción, al descenso de los ingresos medios y de la productividad, y al ascenso concomitante de la deuda pública, empresarial y familiar, no solo en EEUU sino en todo el mundo capitalista, no han dado lugar a una sola línea de investigación o de reflexión. Para esta comunidad, la obra de los autores que sí las han estudiado –Brenner, Duncan, Duménil y Levy, Aglietta– es un enigma. Es indudable que sería poco razonable esperar que los especialistas en relaciones internacionales estuvieran familiarizados con la obra de los historiadores de la economía. Al ignorarlos, sin embargo, los orígenes de la decadencia que tantos condenan e intentan remediar permanecen ocultos.

Esto por lo que respecta a los asuntos internos. Las recomendaciones externas, mucho más numerosas y ambiciosas, como es natural, pertenecen a otro orden. Ahí, el compromiso y la dedicación profesionales están lejos de resultar estériles. En la tarea de arreglar la situación actual del país en general e imaginar el futuro del mundo no se escatiman la pasión ni el ingenio. Llama la atención, sin embargo, la naturaleza fantasiosa de las teorías que se barajan una y otra vez. Aparatosas restructuraciones del tablero en Eurasia, en las que enormes países se mueven como si fueran torres y peones; la ampliación de la OTAN hasta el Estrecho de Bering; el Ejército de Liberación Popular vigilando las torres petroleras de Aramco; Ligas de democracias que incluyen a Mubarak y a Ben Ali; un *Zollverein* que se extienda desde Moldavia a Oregón, o incluso hasta Kobe; el fin de la historia como la paz de Dios. El distanciamiento prácticamente absoluto de la realidad que demuestran estos autores –ni siquiera en las propuestas más prosaicas, como la de la Unión Occidental de EEUU y la UE, se detalla una sola línea acerca de las medidas políticas

que han de aplicarse para su consecución– revela cierto grado de desesperación inconsciente, como si la única manera de recuperar el liderazgo norteamericano en toda su plenitud en este mundo, aunque sea temporalmente, fuera imaginar otro mundo completamente distinto.

Por último, y más importante, la exuberancia de esquemas para la transformación por arte de encantamiento de amigos y enemigos se corresponde con la escasez de cualquier propuesta significativa relacionada con la retracción del propio imperio. La conclusión final no es la retirada, sino el ajuste. Pero de los ajustes que se han puesto en marcha –la extensión de los tentáculos en África, Asia Central y Australia; los asesinatos desde el aire por decisión del presidente; la vigilancia universal; la guerra cibernética– casi nunca se dice nada. Los que hablan de estos temas se encuentran fuera de este campo. «En la política internacional», ha señalado Christopher Layne, «las hegemonías benignas son como los unicornios: son animales imaginarios. Las hegemonías se aman a sí mismas, pero los demás desconfían de ellas y las temen, y con razón»[2]. La tradición de la disidencia en política exterior que representa Layne está viva y goza de buena salud. Como sucedía en el antiguo Imperio británico, sigue ocupando, como siempre, un lugar marginal en el debate nacional y no influye en absoluto en los asuntos de Estado, pero esto no le resta perspicacia. Es en esta corriente donde encontramos un realismo auténtico, un realismo que no es una postura en las relaciones interestatales, ni una teoría acerca de ellas, sino la capacidad de contemplar la realidad sin engañarse y describirla sin eufemismos. Los nombres de Johnson, Bacevich, Layne, Calleo, por no hablar de Kolko o Chomsky, son los que hay que honrar. El título del último libro de Chalmers Johnson, un autor que exige el cierre de la CIA y de las innumerables bases militares del Pentágono, sintetiza a la perfección el mensaje de la obra de estos autores, tan inconformistas como siempre: *Desmantelar el imperio*.

---

[2] Ch. Layne, *Peace of Illusions*, cit., p. 142.

EPÍLOGO

Los acontecimientos que han tenido lugar desde que terminé de escribir estos ensayos han desencadenado, como viene siendo habitual desde los años setenta, una nueva oleada de lamentos en los medios de comunicación occidentales y en la clase política americana, que se quejan de que el poder norteamericano se encuentra en decadencia y critican al gobierno de Obama por la debilidad de su respuesta a las nuevas amenazas contra la seguridad internacional. Los sucesos que han dado pie a esta última avalancha de inquietud y preocupación son demasiado recientes y, dado que sus consecuencias aún no se pueden percibir con claridad, tan solo podemos comentarlos someramente. Estos incidentes se han desarrollado en dos grandes áreas, Oriente Medio y Europa. ¿Cuál es, hoy día, el balance en cada uno de estos lugares?

En el centro del mundo musulmán, el derrocamiento militar del gobierno electo en El Cairo, destinado a sustituir al desaliñado gobierno de los Hermanos Musulmanes por el regreso del régimen de Mubarak bajo un nuevo liderazgo, ha servido para estabilizar las posiciones estadounidenses en el país más importante para los norteamericanos, la nación de la que depende la tranquilidad de Israel como Estado vencedor. Gracias al régimen de Al Sisi, capaz de cerrar los pasos subterráneos que comunican con Egipto de manera aún más eficaz que el de Mubarak, la resistencia Palestina en Gaza se ha visto estrangulada una vez más, en esta ocasión por medio de la invasión punitiva de gran alcance que han llevado a cabo los israelíes mientras los signatarios de Camp David siguen recibiendo armas y ayuda estadounidense. En Siria, sin embargo, la guerra por poderes que ha orquestado EEUU con ayuda de las monarquías del Golfo y de Turquía para desbancar a Al Assad no ha sido tan eficaz desde el punto de vista militar como

los combatientes de Hezbolá y las líneas de suministro iraníes que apoyan al presidente sirio a lo largo el eje crítico que se extiende desde Damasco a Alepo. Con el ascenso de una insurgencia suní radical que ha ocupado el vacío que se extiende hacia el Este hasta llegar al norte de Iraq y se ha apoderado de Mosul, los cálculos de Washington han variado: la atención se dirige ahora de nuevo hacia Bagdad. Allí, la supervisión paternal de los norteamericanos ha sido demasiado permisiva: el régimen de Maliki, desobedeciendo los consejos de EEUU, se ha apoyado en un ejército y en un sistema de seguridad exclusivamente chiíes y totalmente corruptos. Con los yihadistas instalados en Faluya y en Ramadi, y con Erbil bajo amenaza, la administración Obama no ha perdido ni un minuto en expulsar a Maliki para sustituirlo por un pelele que acate mejor la voluntad americana y ha respaldado al nuevo gobierno lanzando ataques aéreos sobre las posiciones del llamado Estado Islámico. Apaciguar a la opinión suní, en una reedición del «Despertar de Al Anbar» que promovió la administración Bush entre 2006 y 2007, es el próximo requisito.

La fatiga doméstica impide un nuevo envío de tropas de tierra a Iraq. La lección que han aprendido en Washington es que fue un error retirar por completo el ejército: es preferible dejar allí una fuerza residual para las emergencias que puedan surgir. En Afganistán, donde Karzai no se mostró mucho más dispuesto que Maliki a aceptar ese tipo de fuerza de seguridad, Obama ha dejado claro que con EEUU no se juega. Pero asegurar una transición suave para colocar en el poder a un sucesor más acomodaticio no ha resultado sencillo, pues los candidatos rivales, que pregonan la necesidad de que las tropas norteamericanas permanezcan en el país, están enredados en fraudes electorales entre ellos y no consiguen derrotar a los talibanes. En el extremo opuesto de la región, la descomposición de Libia, el escaparate de la intervención humanitaria de EEUU, en feudos internos, mientras Egipto y los Emiratos Árabes Unidos bombardean Trípoli clandestinamente, pone de manifiesto los problemas que entraña el control indirecto en contextos revivalistas y neotribales. En estos variopintos escenarios de conflicto, la superioridad americana no ha encontrado todavía su equilibrio.

Pero en el frente estratégico decisivo de esta región, la administración Obama tiene motivos para mostrarse satisfecha de momento, pues el régimen religioso de Irán, que se ha visto obligado a pasar por el aro ante la presión de las sanciones implacables, cada vez parece más resignado a aceptar la imposición norteamericana de que Israel tendrá que seguir detentando el monopolio nuclear en la región a cambio de que se levante el bloqueo al que se encuentra sometido el país. El interés común por proteger de EIIL [ISIS, Islamic State of Iraq and al-Sham] al reciclado gobierno chií de Bagdad permite vislumbrar la perspectiva de una cooperación más estrecha: la discreta ayuda iraní en las anteriores invasiones americanas de Afganistán e Iraq es un antecedente muy prometedor. En esta ocasión se trataría de una colaboración más abierta y a mayor escala que reconciliaría a Teherán y a Riad para luchar contra la bandera negra y rehacer Oriente Medio con el fin de que todas las elites de la región puedan permanecer a salvo. Lógicamente, aseguran los estrategas políticos de Washington, cuando Irán se reincorpore al orden económico global que lidera Estados Unidos, el gobierno de Teherán retirará automáticamente su apoyo al régimen de Damasco y, una vez doblegado el EIIL, se acabará con Assad por otra vía. Aunque es evidente que el gobierno de Rohuaní quiere pactar con EEUU, no es inmune a las críticas domésticas ni a las délficas directrices del Líder Supremo y, por tanto, no se puede afirmar que estos planes sean una conclusión inevitable. El doble objetivo de las conversaciones de Ginebra no se ha alcanzado todavía. Pero se han hecho algunos progresos.

En Europa, la escena ha estado dominada por el tira y afloja político de Ucrania. El débil Estado que acaba de surgir, un derivado de la disolución de la Unión Soviética, ha generado el clásico vacío de poder que Occidente intenta aprovechar para atraer al país hacia la antesala de la Unión Europea mientras Rusia trata de contener una nueva expansión de la OTAN hasta sus propias fronteras meridionales. A principios de 2014, el gobierno rechazó en el último minuto un pacto comercial con la UE en favor de un tratado con Rusia y esta decisión desencadenó un levantamiento popular en la capital y en el Oeste del país que acabó con el régi-

men. Los norteamericanos se apresuraron entonces a enviar personal diplomático y de seguridad para colocar en el poder a un socio del que Washington y Bruselas se pudieran fiar[1]. Como consecuencia de la anexión de Crimea, una región que se considera unida a Ucrania recientemente y por accidente, la popularidad de Putin en el ámbito doméstico creció, pero al evacuar a la población rusa del Este del país su influencia en Ucrania ha disminuido y, además, ha desatado el irredentismo en Donetsk, una región unida a Ucrania hace tan solo unas décadas. El resultado ha sido que gran parte del Este se ha levantado contra Kiev, una rebelión en parte espontánea, en parte instigada desde Moscú, que ha dado pie a una guerra civil localizada en la que las milicias rebeldes se han salvado hasta la fecha de la derrota a manos del ejército ucraniano, que cuenta con la ayuda y el asesoramiento no oficial de los servicios de inteligencia norteamericanos, gracias a las tropas y al armamento que ha enviado Rusia en secreto. En el momento que escribo estas líneas, se percibe la perspectiva de un estancamiento militar de intensidad relativamente baja.

En la contienda por imponerse en Ucrania, sin embargo, EEUU y la UE cuentan con el as en la manga de una oligarquía maleable, un electorado favorable y, en última instancia, la capacidad de los occidentales para llevar al país a un callejón sin salida económico. Pues, si el suministro energético de Ucrania depende de Rusia, las inversiones de capital y la estabilidad financiera de los rusos dependen de un sistema bancario global controlado por EEUU: una interrelación de puntos débiles que quizá impida una escalada de las hostilidades entre ambos bandos. No es una situación equilibrada: la capacidad de EEUU y de la UE para dañar a Rusia es muy superior a la capacidad de Rusia para dañar a Ucrania. Aunque la propia Europa padecerá en cierta medida las consecuencias de las represalias a las medidas económicas que ya se han tomado para castigar a Rusia, la determinación americana de castigar a Putin ha demostrado una vez más lo limitada que es la

[1] Para documentación relacionada con este tema y un análisis de la crisis de Ucrania, véase el editorial de Susan Watkins, «Annexations», publicado en *New Left Review*, 86, marzo-abril de 2014, pp. 5-13.

autonomía del capital europeo cuando la hegemonía americana se encuentra en juego.

La crisis de Ucrania es una consecuencia lógica de la decisión de la administración Clinton de ignorar las promesas de su predecesor y forzar la expansión de la OTAN hacia el Este, una decisión que, como hemos visto, desaconsejaron en su momento muchos insignes veteranos de la Guerra Fría. Después de soportar una humillación detrás de otra a manos de Occidente, que nunca ha agradecido la voluntad de acuerdo de Rusia, siempre ha existido la posibilidad de que, al final, se les agote la paciencia y los reflejos defensivos adquieran un tono agresivo. En la tradición clásica, en tales situaciones, los cálculos racionales casi nunca sirven para nada. Putin sabe cuál es el coste de desafiar la voluntad americana, y durante más de una década se ha sometido a ella. Pero la perspectiva de un protectorado estadounidense en Kiev no solo representa una amenaza militar para su régimen, sino también una amenaza política, pues puede detonar una serie incontrolada de reacciones que pongan en peligro a su gobierno. El efecto ejemplarizante de las sanciones que se le han impuesto a Irán representa una advertencia para Moscú, una barrera contra la que no se puede permitir colisionar. En el gran conflicto de poder en torno al Mar Negro, las protestas estadounidenses en relación con Crimea, una región que pertenece a Rusia desde hace tiempo, cesarán. La potencia hegemónica americana está dispuesta a sacrificar un peón para comerse a una torre: Ucrania sigue siendo un premio más valioso y ahora se encuentra a su alcance.

Más importante para Washington que estas escaramuzas a lo largo de las fronteras de la UE es lo que sucede en dos teatros de operaciones en los que están en juego intereses más profundos, generales y duraderos. El primero de ellos es un escenario económico. La prioridad son los pactos de libre comercio que ofrece insistentemente a la Unión Europea en un extremo del globo, y en el otro, en Japón, la creación de una ecúmene comercial que se extienda desde el Atlántico hasta el Pacífico, con núcleo en Norteamérica. No parece que estas dos prioridades estén a punto de lograrse, y si Obama no se esfuerza por sacarlas adelante, ambas pasarán a la agenda de la siguiente administración. En el Lejano

Oriente, al menos, donde los beneficios que puede conseguir EEUU son potencialmente muy superiores, la actuación del gobierno de Abe ha sido especialmente alentadora, pues no solo da muestras de su disposición a desmantelar los mecanismos de protección económica tradicionales de Japón, sino también a extender el alcance diplomático e inversor de los norteamericanos desde el Sudeste Asiático hasta la India, pues comparte con ellos la desconfianza hacia China.

El segundo teatro de operaciones es de carácter militar. Discretamente, después de una puesta al día radical de la variedad y la precisión de su armamento nuclear, Estados Unidos ha recuperado en cierto modo la superioridad estratégica absoluta en armas de destrucción masiva que detentaron durante un tiempo después de la Segunda Guerra Mundial. Teniendo en cuenta el desgaste del arsenal nuclear ruso y las limitaciones muy superiores de los chinos, EEUU prácticamente se encuentra en condiciones de efectuar un hipotético primer ataque que aniquilaría a ambos adversarios sin temor a represalia alguna[2]. Aunque cualquiera de estos supuestos es difícil de imaginar, aún forman parte de las cábalas de lo que antiguamente se definía como «disuasión nuclear». Esta es la verdadera proliferación –tecnológica– que se esconde detrás del Tratado de No Proliferación Nuclear.

---

[2] Véanse los estudios consecutivos de Kier Lieber y Daryl Press: «The Rise of US Nuclear Primacy», *Foreign Affairs* (marzo-abril de 2006), pp. 42-54; «The End of MAD? The Nuclear Dimension of US Primacy", *International Security* (primavera de 2006), pp. 7-44; «The Nukes We Need: Preserving the American Deterrent», *Foreign Affairs* (noviembre-diciembre de 2009), pp. 39-51; «Obama's Nuclear Upgrade: The Case for Modernizing America's Nukes», *Foreign Affairs* (Julio de 2001), epílogo; «The New Era of Nuclear Weapons, Deterrence and Conflict», *Strategic Studies Quarterly* (primavera de 2013), pp. 3-14.

ÍNDICE

Desde su mismísimo nacimiento como nación, Estados Unidos ha albergado una imagen de sí nucleada en torno a la idea de Imperio. A través de una lectura atenta tanto de sus grandes estrategas como de los analistas de política exterior más contestatarios, Perry Anderson cartografía el desarrollo histórico de la dimensión imperial de Estados Unidos, así como el papel que ha desempeñado como garante por antonomasia del capital. Las tensiones entre ambas facetas indesligables se analizan magistralmente desde los últimos estadios de la Segunda Guerra Mundial, pasando por la Guerra Fría hasta la «guerra contra el terror» de nuestros días.
A pesar de la derrota de la URSS, Anderson muestra cómo las capacidades bélicas para la guerra y la observación militar no se han replegado, sino todo lo contrario. El futuro del Imperio aún está por dirimir.

> «Uno de los grandes ensayistas de nuestro tiempo en cuestiones políticas, históricas y literarias.»
>
> *Times Literary Supplement*

> «Una inteligencia poderosa y lúcida.»
>
> Eric Hobsbawm

> «Anderson es uno de los analistas más perspicaces y pertinentes para las políticas de la Europa contemporánea.»
>
> Andrew Moravcsik, *Foreign Affairs*


ISBN 978-84-460-4000-2

www.akal.com





Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.